HAIMI SNOWN

# Navidad



# NAVIDAD BAJO ARRESTO

HAIMI SNOWN

Derechos de autor © 2025 Haimi Snown

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*A mis lectoras locas, valientes y un poco malas: que encontréis a alguien que os ponga las esposas… y luego os quite todo lo demás.*

# Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
SINOPSIS
1 Bienvenida a Glenshannon (o cómo el destino me dio un puñetazo navideño)
2 Mi pasado tiene reno inflable
3 Hogar, dulce trampa
4 Desayunos de madrugada y otras invasiones
5 Cómo mi uniforme intentó matarme antes que el caso
6 Los fantasmas del jueves por la noche
7 Espíritu navideño, versión forzada
8 Luces, sospechas y burlas en primera persona
9 El ejército de limpieza
10 Un perro y una confesión
11 Custodia compartida
12 Investigación fallida
13 El salvador del belén
14 El sospechoso más encantador del contado
15 Inspección no oficial y otras mentiras que me conté
16 Todo el mundo ama a Aiden Byrne
17 Listas y mensajes fuera de servicio
18 Invasión navideña
19 Declaraciones en frío
20 No hay historia navideña sin muérdago
21 Las malas decisiones son las mejores
22 Esposas y cero profesionalidad
23 A quemarropa
24 El encendido navideño
25 Un corazón mojado

26 Las celdas frías son perfectas para confesiones
27 Los fantasmas de los novios pasados
28 Las O'Connor al rescate
29 Sentimientos bajo llave
30 Conversaciones que nunca tuvimos
31 Dignidad en oferta
32 El día que la cabalgada perdió las vacas
33 La verdad no es lo que pensabas
34 La reina de la sutileza
35 Navidad en Glenshannon
36 Prueba de colchón
37 Caos navideño y finales felices
Epílogo

# SINOPSIS

Kelsy O'Connor juró que volver a su pueblo sería algo temporal: resolver unos casos, evitar el drama y desaparecer en cuanto termine el traslado. Lo que no planeó fue tropezar con Aiden Byrne, dueño de los hoyuelos más peligrosos de Irlanda, el que más la hizo sufrir… y que aún consigue hacerla temblar.

Alguien está saboteando la Navidad en Glenshannon. Luces desaparecidas, decoraciones vandalizadas, un árbol casi incendiado, y todas las pruebas apuntan a Aiden.

Kelsy no tiene más remedio que interrogarlo. Una y otra vez.

Pero lo que Aiden está ocultando no es lo que ella esperaba descubrir, y cada encuentro complica más las cosas. Especialmente cuando él deja claro que no está interesado en mantenerse al margen de su vida.

Ella quiere mantener su placa intacta.

Él la quiere a ella. En su vida. En su cama. En su Navidad.

Entre una influencer que retransmite cada uno de sus encuentros, un perro callejero con aspiraciones de Cupido y todo un pueblo apostando por su historia de amor, Kelsy luchará por mantener su profesionalidad, su reputación... y su corazón a salvo.

Pero ¿cómo atrapas a un sospechoso cuando lo que quieres es besarlo bajo el muérdago?

# 1 Bienvenida a Glenshannon (o cómo el destino me dio un puñetazo navideño)

Hay tres cosas que nunca pensé que haría en mi vida:

Una: volver a Glenshannon, el pueblo del tamaño de un sello postal, donde había crecido y del que había huido en cuanto tuve edad legal.

Dos: trabajar con mi padre, el jefe de estación más terco de todo el condado de Kerry.

Y tres: hacerlo durante las Navidades.

Pero allí estaba, frente al cartel de la entrada del pueblo, más oxidado que mis esperanzas de entrar en unos vaqueros talla cuarenta. Ponía: «Bienvenido a Glenshannon - Corazón Verde del Condado de Kerry».

Debería decir: «Bienvenido a Glenshannon - Donde tu pasado te espera con los brazos abiertos».

Seis jodidas semanas, en el pueblo que había jurado dejar atrás, trabajando con el padre que apenas me dirigía la palabra y durante la época del año donde todos se volvían locos con el espíritu navideño.

Al menos regresaba con una placa brillante del *Garda College* y suficiente determinación como para llenar dos maletas. Ya no era la adolescente perdida que hacía que su padre se arrancara los pocos pelos que le quedaban. Durante este traslado, planeaba ser su orgullo, su maldita agente estrella.

Me dieron la bienvenida las mismas colinas húmedas, casas de piedra y jardines envueltos en niebla. Bajé la ventanilla para oler el musgo en el aire, pero también olía a recuerdos que preferiría enterrar, así que la cerré y encendí la radio.

Tenía planeado ir primero a instalarme, pero los nervios me lo impidieron. Casi sin darme cuenta aparqué frente a la estación local, una casita de techo azul, con ventanas diminutas y un cartel torcido que llevaba años pidiendo a gritos un clavo nuevo.

Bajé del coche y me froté las manos en los pantalones, tomándome un momento para encontrar el valor de entrar.

—Llegas tarde. —Mi padre estaba fumando, oculto por una pancarta.

Tragué saliva y tiré de la bufanda.

—Hola, papá.

—Aquí soy el jefe —replicó, con ese tono seco que no había echado de menos.

Pero sus ojos, detrás de la fachada de garda duro, tenían un brillo de orgullo que me sorprendió.

—Entendido, jefe —dije, intentando sonar profesional.

Me dio una palmada en el hombro que casi me mandó al suelo.

—Me alegro de que estés aquí.

En el idioma de los O'Connor, eso era un «Te quiero» con todas las letras. Me calentó el pecho de una forma que me hizo parpadear rápido para que no se me notara.

—El idiota de Donovan se rompió la pierna en el peor momento —farfulló a continuación.

El calor de mi pecho se desvaneció. Desde luego. Le alegraba porque era el reemplazo del sargento que estaba de baja, no porque iba a estar cerca de él.

—Vamos, te presento. —Se adelantó para conducirme hacia el interior.

No hacía falta presentarme a nadie, los conocía a todos, pero no como garda.

Maggie Doyle, la administrativa de la estación, me recibió con un grito.

—¡Kelsy O'Connor! ¡La hija rebelde ha vuelto! —Se levantó de su silla—. Pensé que te habías fugado con aquel violinista de Galway.

—Casi, Maggie. Pero me dejó por una gaitera con mejor repertorio —respondí, guiñándole un ojo—. Decirte la verdad, me hizo un favor —susurré mientras nos abrazábamos.

Ella soltó una carcajada que hizo temblar los archivadores.

El sargento Flaherty, un hombre robusto con bigote de morsa y paciencia de santo, continuó:

—Así que tenemos otra O'Connor para dejarnos sordos.

—Yo no grito tanto —respondí en automático.

Ignoré el resoplido de mi padre y le estreché la mano.

Maggie me arrastró para completar una pila de formularios y me puso al tanto de los crímenes de Glenshannon: ovejas sueltas, tartas robadas en la feria y peleas de bingo. Esto no era Dublín, pero no me importaba. Era mi oportunidad de hacer las paces con mi padre.

Justo había dejado mi última firma en el contrato de trabajo cuando el teléfono de la estación sonó.

A través de la puerta entreabierta, escuché la voz profesional de Maggie: Garda Station Glenshannon... Sí, señora Murphy... Entiendo... Enviaremos a alguien de inmediato.

Un momento después, la radio chasqueó:

«Unidad en estación, tenemos reporte de alteración del orden público. Sospechoso identificado: Aiden Byrne.»

El bolígrafo se me escapó de los dedos.

Se me paró el corazón.

Y luego volvió a arrancar a todo gas.

El sargento Flaherty me lanzó una mirada divertida.

—Sí, ese Aiden Byrne. El de los Byrne de la colina. ¿Te suena?

Oh, joder. Sí, me sonaba. Él lo sabía bien, en más de una ocasión había encubierto eventos que nos implicaban a Aiden y a mí, para que no llegaran a los oídos de mi padre.

—¿No estaba en Dublín? —pregunté, intentando sonar casual.

Aiden, al que odiaba con todo mi ser y cada una de mis vísceras.

—Volvió hace unos meses. Y desde entonces se dedica a «dar alegría» al pueblo.

Según los rumores, Aiden se había hecho rico al vender aplicaciones móviles de las más diversas. No me había informado ni nada, pero había escuchado de una para rastrear ganado por GPS, que usaban granjeros de Australia a Montana, y de su éxito *SheepDreams*, una absurda mezcla de sonidos de ovejas para dormir bebés, que inexplicablemente había tenido millones de descargas.

Me extrañaba que a los veintiséis años, con ese éxito y ese dinero en el banco, siguiera comportándose como un gamberro.

—¿Puedo ir? —pregunté, levantándome tan rápido que la silla casi se cayó.

No había planeado ver a Aiden nada más llegar, pero mejor arrancarme la tirita cuanto antes.

—Técnicamente, aún no estás de servicio.

—Solo mirar, sargento. Prometo no esposar a nadie… todavía.

Mi padre me lanzó una mirada de advertencia. Le devolví una sonrisa de niña buena que no engañó a nadie.



La alteración del orden resultó ser exactamente lo que uno esperaría.

Un coche daba vueltas por la plaza, cubierto de luces navideñas y con un reno inflable en el techo. El altavoz escupía una versión techno de *Jingle Bells* y un grupo de niños corría detrás, gritando como si persiguieran al mismísimo Papá Noel.

Me bajé de la patrulla detrás de Flaherty y me mantuve a un lado, observando el espectáculo, dividida entre el horror y la fascinación.

El vehículo frenó con un chirrido que sonó a desafío y Aiden bajó del asiento del conductor. Sus gafas de sol reflejaron la luz, la bufanda roja aleteó por el viento, y bajo ella, la sonrisa más peligrosa del condado.

«Mierda.»

Aiden tenía ese tipo de atractivo que a primera vista quitaba el aliento. A la segunda te aflojaba las rodillas. Y a la tercera ya estabas valorando si la reanimación cardiopulmonar podía considerarse un beso aceptable por la ley irlandesa.

Había crecido hacia arriba y hacia afuera: más hombros, más mandíbula, más descaro. O tal vez yo había encogido bajo el peso de la humillación anticipada. Y cuando se quitó las gafas, sus ojos verdes me golpearon como un sorbo de *whisky* tomado demasiado deprisa: quemó, mareó y me hizo olvidar cosas básicas. Como respirar. O mi nombre. O las diecisiete razones por las que odiarlo había sido mi deporte favorito durante los últimos años.

—¡Muchacho, estás violando unas tres normas de tráfico! —gritó Flaherty para hacerse escuchar por encima de la música que salía del coche.

Aiden bajó el volumen con el mando a distancia. Luego alzó la vista y me vio.

Las comisuras de su boca se alzaron de una forma peligrosa, como si acabara de tener una idea indecente. Los hoyuelos se le marcaron en las mejillas y recordé que eran el tipo de trampa visual que convertía cerebros funcionales en puré de patata. Por lo visto, seguían funcionando perfectamente.

—Kelsy O'Connor —dijo, pronunciando mi nombre como si fuera el título de una canción antigua—. No me jodas.

Y así, en tres segundos, me di cuenta de tres cosas:

Una: Aiden Byrne seguía siendo un dolor de muelas.

Dos: No me había vuelto inmune.

Y tres: Iban a ser seis semanas larguísimas.

# 2 Mi pasado tiene reno inflable

—Hola, Aiden —respondí, con toda la calma que pude fingir.

Difícil encontrar la calma cuando veía a mi complicada juventud cobrar vida y arruinar mi intento de madurez en tiempo récord. Años de terapia emocional tirados por el retrete en unos minutos.

—Pensé que te habías largado para siempre. Nueva vida, nueva identidad. —Sus ojos me recorrieron con descaro.

—Garda —anuncié, cruzando los brazos como si eso fuera a protegerme de su mirada—. Solo estoy cubriendo la plaza de Donovan durante unas semanas.

Su sonrisa vaciló un segundo.

—Ah. —Ladeó la cabeza, y un brillo malicioso se encendió en sus ojos—. Entonces la rebelión fracasó.

Solté un bufido muy poco profesional.

—Nunca fui una rebelde. Solo estaba bajo mala influencia.

—¿Mala influencia? —Fingió ofensa con una mano en el pecho —. ¿De mí?

—Por algo tu moto y yo acabamos en el lago.

Él se echó a reír, y la carcajada fue tan sincera que por un segundo olvidé por qué lo detestaba. Necesitaba tatuarme el recordatorio de que sus hoyuelos eran peligrosos.

—Esa moto me costó el sueldo de un verano. —Se acercó un poco y su voz bajó hasta convertirse en un murmullo grave—. Pero valió la pena, solo por verte con el pelo lleno de algas.

Hice una mueca, pero agradecí que me recordara lo capullo que podía llegar a ser.

—Encantador como siempre.

Desde el otro lado de la calle, una voz chillona nos interrumpió:

—¡Oh, gente, mirad esto! ¡La Garda discutiendo con el Byrne más guapo del condado! ¡No os perdáis mi directo!

Me giré. A unos metros, una chica menuda con gorro amarillo nos grababa con un móvil que tenía una funda con brillantitos y un aro de luz portátil.

—Apaga eso —ordené con mi mejor voz de agente.

—Estoy en directo —me informó, sin inmutarse lo más mínimo.

—Te lo repito: apágalo.

La chica bajó un poco el móvil y me observó con una mezcla de curiosidad y desafío que me recordó a mí misma a esa edad.

—¿Kelsy? ¿Eres tú?

La contemplé de cerca y tardé un segundo en reconocerla.

—Saoirse O'Donnell. Dios mío, eras una cría cuando me fui.

—Ya. Ahora soy una periodista que ejerce su derecho a la libertad de información —dijo y levantó el móvil con renovado entusiasmo.

—Cariño, no hay libertad para grabar infracciones.

—No estoy interfiriendo en vuestra… investigación —replicó ella con una sonrisa pícara.

Aiden soltó una carcajada.

—Tiene razón, O'Connor. No puedes evitar que grabe.

—Tú tampoco puedes aparcar encima de una acera.

—Detalles —murmuró él, con ese tono despreocupado que me producía ganas de estrangularlo.

Saoirse enfocó su propio rostro y entonó la voz:

—En directo desde la escena del crimen. La autoridad local intenta silenciar a una inocente periodista del pueblo mientras graba un incidente. No sabemos con certeza qué ha pasado, pero fuentes anónimas aseguran que el sospechoso está para que se te divorcien las rodillas.

—¡Saoirse! —protesté, sintiendo el calor subir por mis mejillas —. Eres menor.

—Tranquila, Kelsy, las redes me censuran por cualquier tontería, así que voy con cuidado —replicó ella, guiñándome un ojo antes de volver la cámara hacia nosotros—. Relájate, voy a sacar tu lado bueno.

Me metí las manos en los bolsillos del abrigo, encogiéndome con la gracia de alguien que sabía que no tenía un lado bueno. El espejo me había devuelto una versión decente esa mañana, porque me había esforzado para que mi padre me viera bien: el maquillaje en su sitio, las ojeras y las pecas atenuadas con un poco de corrector. Pero la cámara del móvil no iba a hacerme favores.

Aiden se inclinó hacia mí y su hombro rozó el mío. De repente, era muy consciente de cada centímetro donde nuestros cuerpos se tocaban.

—¿Vas a esposarme? —murmuró, lo bastante bajo para que solo yo lo oyera—. Porque viniendo de ti, no suena nada mal.

—Por desgracia, no estoy de servicio. Se lo dejo a Flaherty, seguro que te tratará con más ternura que yo.

Saoirse soltó una risita ahogada, del tipo que las adolescentes reservaban para cuando pillaban a los adultos haciendo travesuras.

—Esto es mejor que Netflix —dijo, ajustando el ángulo de la cámara para capturarnos a los tres en un plano que, sin duda, acabaría viral en el grupo de WhatsApp del pueblo—. Reencuentro épico con química explosiva. ¿Qué *hashtag* le ponemos?

—Niña, ¿no tienes deberes? —Le lancé una mirada que pretendía ser de autoridad pero que, lo más probable, salió como la de una tía exasperada.

—Sí, pero esto es contenido original —replicó ella, girando el móvil con una floritura.

Aiden, el muy canalla, saludó a la cámara con una inclinación teatral de cabeza.

—Hola, soy Aiden Byrne, amante de la buena música y…

—De las multas —añadí entre dientes, cruzándome de brazos para poner algo de distancia entre nosotros, aunque mi pulso ya latía con esa vieja melodía que él siempre había sabido tocar.

—Solo si las pones tú —contestó, bajando la vista por mi cuerpo con una lentitud deliberada—. Joder, Kelsy, has crecido.

Sus ojos se detuvieron un segundo de más en mis labios fruncidos, y sentí el calor subir por mi garganta, traicionero y familiar.

«Respira, Kelsy. Respira y no le des la satisfacción».

Flaherty carraspeó detrás de nosotros.

—¿Todo en orden?

—Estoy en ello.

Aiden dio un paso más cerca. Podía oler su perfume, una mezcla de madera y algo sensual, tal vez un eco de *whisky*, y por un instante, el bullicio de la plaza se desvaneció, dejando solo el latido acelerado de mi corazón y el roce accidental de su manga contra mi brazo.

—Así que vas a trabajar para tu padre —comentó, con una sonrisa maliciosa—. ¿Ya sabe cómo pasábamos el tiempo después de tu toque de queda?

Tragué saliva, recordando demasiado bien aquellas noches: el ronroneo del motor viejo, su mano rozando la mía al cambiar de marcha, el mundo entero reduciéndose al interior de su coche. Pero también recordé otras cosas, más dolorosas, que creía haber borrado de mi mente. Como el día cuando me rompió el corazón y me demostró que nuestra amistad no había significado nada para él.

—Puedes contárselo tú mismo desde la celda —repliqué, y esta vez sí conseguí que mi voz sonara firme.

—Oh, Kelsy —su tono se suavizó, volviéndose grave y casi tierno—. No me digas que te has vuelto una de esas personas serias. ¿Qué ha pasado con tu chispa?

—Alguien tiene que mantenerte a raya —murmuré, alzando la vista hacia la suya.

Estábamos tan cerca que podía ver las motas doradas en sus iris, como luces navideñas.

—¿Tú? —Su sonrisa se ensanchó, insolente pero cargada de intimidad—. Buena suerte con eso. Me alegro de que el uniforme no te haya quitado el sentido del humor.

—Hablo en serio. No voy a pasarte ni una —repliqué. Señalé su coche—. Ese reno está obstruyendo la visibilidad.

Como si me hubiera oído, el reno inflable dio un giro dramático con una ráfaga de viento, chocando contra un poste de luz con un golpe sordo que resonó en la plaza. Se desató y empezó a rodar calle abajo, un gigante de plástico tambaleante que arrastraba lo que encontraba a su paso.

Unos niños que merodeaban cerca soltaron chillidos de deleite y se lanzaron en persecución.

Aiden y yo intercambiamos una mirada divertida.

—¿Vas a ir a por él? —preguntó, con un guiño.

—Es tuyo, tú lo atrapas —respondí, disimulando cómo mi pulso se aceleraba ante este recordatorio de los viejos tiempos.

Salió disparado tras el reno, riéndose con carcajadas contagiosas.

Saoirse narró la persecución:

—¡Y ahora, el sospechoso en plena huida! ¿Logrará atrapar al reno?

La curiosidad me venció, como siempre lo había hecho con él. Lo seguí a una distancia prudente, mis botas chapoteando en los charcos mientras pensaba que mi gran plan de «nuevo comienzo» se había ido al garete en menos tiempo del que tardaba una pinta en asentarse.

Aiden esquivó bicicletas, a los transeúntes y saltó por encima de una maceta con geranios.

—¡No abandones el trineo, colega! ¡Piensa en las zanahorias! —le gritó al reno.

Al final, lo atrapó por una pata hinchada y luchó con el plástico rebelde hasta que lo arrastró de vuelta al coche, jadeante y con el pelo revuelto. Me guiñó un ojo mientras volvía a atarlo.

—Te veo por ahí, agente O'Connor —dijo, limpiándose el barro de las manos en los vaqueros con una lentitud que me obligó a apartar la vista.

—Espero que no.

Retrocedí hasta el coche patrulla, donde Flaherty esperaba con la libreta en mano y una expresión de diversión contenida.

Saoirse se acercó para susurrarme:

—Esto va a tener más «me gusta» que el vídeo del gato de la señora Murphy. ¿Quieres un avance del montaje?

—Saoirse, ni se te ocurra subir ese vídeo con mi cara.

—¿Y si te pongo un filtro de reno?

—No.

Esperé hasta que el sargento le entregó la multa a Aiden. Puse los ojos en blanco cuando él agitó el papelito con el entusiasmo de quien acababa de ganar la lotería.

Nos despedimos con un movimiento de cabeza y después se alejó hacia su coche, silbando una melodía que sonaba sospechosamente a lo que llamábamos «nuestra canción» en el instituto.

Me quedé mirando la calle vacía mucho después de que se fuera. Algunas canciones no se olvidaban, algunas personas tampoco.

Feliz puta Navidad para mí.

# 3 Hogar, dulce trampa

Mi padre no se lo tomó bien cuando le conté que me instalaría en la casita de los abuelos, en lugar de en la suya. Frunció el ceño y apretó la mandíbula.

—Haz lo que te salga de las narices, pero no vengas llorando cuando te arrepientas.

Sorpresa, lo hice nada más verla.

El portón estaba cerrado con un candado tan oxidado que parecía sacado de un naufragio pirata. Las ventanas estaban selladas con mugre, el tejado tenía tanto musgo que podría haber albergado un ecosistema entero, y el jardín era una selva de ortigas que me miraban con rencor. El buzón estaba tan lleno de cartas que parecía a punto de estallar, y una gaviota gorda y con cara de mala leche estaba posada en la valla, mirándome como si yo fuera la intrusa.

Intenté asomarme por la ventana, pero el vidrio estaba tan sucio que mi cara quedó dibujada.

Di la vuelta a la casa en busca de una forma de entrar. Después de varios minutos de patinar sobre barro y maldecir cada piedra del jardín en gaélico (gracias, abuela, por el repertorio de insultos), encontré la ventana del lavadero entreabierta, porque las bisagras oxidadas se habían roto. El allanamiento de morada no era digno de una garda, pero tampoco iba a dormir en el coche.

Empujé el marco con el hombro y me lancé dentro. O, mejor dicho, me desplomé dentro, porque aterricé de cara y sobre los codos, en un suelo que olía a moho. Tosí e intenté levantarme, pero mi mano resbaló en algo viscoso.

—No mires, Kelsy —me advertí, con el corazón en la garganta —. Es solo moho o una rata muerta. O tu dignidad, que se acaba de suicidar.

Encendí la linterna del móvil y lo primero que vi fue una telaraña enorme. En el medio, una araña con más derecho a estar ahí que yo.

—Hola, señora araña —la saludé jadeando, pues cualquiera sabía que había que mostrarle respeto a las arañas gigantes o acabarían por vengarse.

El interior era una cápsula de tiempo. Los muebles, cubiertos de sábanas, las cortinas, amarillentas, una radio antigua sobre la mesa de la cocina, todavía enchufada, como si alguien pensara volver a encenderla. Cada paso que daba levantaba una nube de polvo que me hacía toser.

Probé la luz. La primera bombilla parpadeó varias veces antes de iluminarse. La segunda explotó con un «pop» que me hizo gritar como una colegiala. La tercera ni se molestó en encenderse.

—Estupendo. Ambiente gótico y oscuridad —murmuré—. Perfecto para la época navideña.

Abrí los grifos. Como temía, no salió ni una gota.

El frío se colaba por las paredes congeladas y el silencio era tan espeso que hasta mi respiración sonaba sospechosa.

Había pasado los últimos años en Dublín, acostumbrada al tráfico, al ruido constante, a los turnos interminables y al anonimato que venía con ser una más entre cientos de agentes. En la ciudad nadie conocía tu nombre ni tus dramas familiares, y eso me parecía un lujo. Pero Glenshannon era distinto. Todos sabían lo que habías desayunado, con quién habías hablado y cómo habías dormido. No me extrañaría que mi regreso ya se estuviera discutiendo en los *pubs*.

Suspiré y regresé a la puerta de entrada. Encontré encima del perchero la llave que mis abuelos usaban para cerrar de noche y conseguí abrir después de sudar la gota gorda. Sin detenerme a recuperar el aliento, logré desatascar también el candado de la valla y regresé con una de mis maletas.

El móvil vibró en mi bolsillo. Contesté por impulso, antes de ver que era mi madre.

—¡Kelsy! —Su voz sonó tan llena de entusiasmo que alejé el aparato del oído—. Por fin me respondes. He estado intentando hablar contigo todo el día. ¿Ya llegaste al pueblo?

—Sí. Llueve. Mucho.

—Oh, qué romántico. La lluvia siempre lo es, si sabes mirarla bien.

—No cuando te pasas veinte horas mojada.

La escuché reír.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—Igual que siempre. Disciplinado, gruñón y orgulloso —enumeré con los dedos mientras observaba alrededor y hacía un plan mental de convertir el espacio en uno habitable.

—Bueno, alguien tiene que compensar tu exceso de sarcasmo. —Hubo una pausa corta—. ¿Y cómo te sientes?

—Como si hubiera retrocedido diez años en el tiempo —respondí con la verdad.

—Quizás eso no sea tan malo. A veces hay que volver atrás para poder avanzar.

Cerré los ojos.

—Es solo un trabajo, mamá. Me han asignado al pueblo hasta que se cure la pierna de Donovan.

—Ajá. Claro.

El silencio se alargó un segundo de más. Luego escuché el sonido familiar de su taza de porcelana contra el platito.

—Te quiero, cielo —dijo suavemente—. Llámame cuando el temporal te deje ver las estrellas.

Cuando colgué, la casa volvió a quedar en silencio.

El viento soplaba afuera y yo miré por la ventana el reflejo borroso de mi rostro: tenía la piel clara, salpicada de pecas que ningún maquillaje conseguía cubrir, y labios demasiado llenos para parecer neutrales en una conversación seria.

Pensé en mi padre, en los fantasmas. En Aiden y su «has crecido».

Tenía la sensación incómoda de estar otra vez en el punto exacto donde todo había empezado… y tal vez, donde no había terminado. Y ni lo haría, si no me ponía manos a la obra.

Busqué el móvil y marqué para que me reconectaran el agua, un asunto que resolvimos con una charla breve y un pago de las facturas atrasadas que me convenció de que una cuchara de agua sería suficiente para que me bañara a partir de ahora.

Luego me asomé a la ventana sucia del salón y escudriñé el jardín. Reconocí al otro lado de la valla la figura inconfundible del padre Donald, mi vecino. Era el tipo de cura que oficiaba misas con anécdotas sobre ovejas perdidas, y que una vez había bendecido mi bicicleta después de que la estrellara contra un seto. También sabía que era manitas y que había resuelto muchas averías en esta casa. Si alguien podía arreglar mi electricidad con eficiencia y rapidez, era él.

Abrí la ventana y lo llamé.

—¡Padre Donald! Hola.

Él se detuvo, alzó la vista y sonrió al reconocerme.

—Kelsy. He oído que has vuelto para salvarnos de nosotros mismos.

Me reí, aliviada porque encontré en su mirada cálida una parte de mi pasado que me gustaba recordar.

—Entre el agua cortada y las bombillas que explotan, estoy a un paso de convertirme en una ermitaña. ¿Se anima a jugar a electricista divino, o rezo por un milagro?

—Reza por el milagro, pero intentaré también lo mundano —dijo, guiñándome un ojo mientras rodeaba la valla con paso firme.

Me morí de vergüenza al dejarlo entrar, pero él no parpadeó al ver el desastre. Se quitó el abrigo y se arremangó el jersey con la determinación de un profeta a punto de partir el Mar Rojo.

—Veamos este lío —murmuró, inspeccionando el cuadro eléctrico—. Ah, aquí está el culpable. ¿Sabes, Kelsy? La electricidad es como la fe: a veces falla porque hemos olvidado el mantenimiento. O porque el diablo ha metido las narices en el enchufe.

Solté una carcajada y lo observé mientras él buscaba la caja de herramientas de mi abuelo. Se puso a trabajar con murmullos filosóficos que entremezclaban citas bíblicas con chistes. Para cuando las luces se estabilizaron con un zumbido triunfal, me sentía menos congelada por dentro.

—Listo —anunció, limpiándose las manos—. La luz ha vencido otra vez. Ahora, si me permites un consejo no solicitado: no te

mates limpiando sola, Kelsy. El orgullo es un pecado sutil, pero el pueblo está lleno de manos dispuestas. Incluyendo las mías.

Le di las gracias con un abrazo torpe y lo acompañé a la puerta, donde el sol de la tarde se asomaba con timidez y teñía el jardín de un dorado esperanzador.

—Gracias por ayudarme con este desastre.

Él se ajustó la bufanda, con esa chispa en los ojos que lo hacía parecer más un amigo que un cura.

—Los desastres son solo oportunidades disfrazadas, hija. Ahora ve, conquista el polvo. Yo me voy a bendecir la cafetera de la señora Murphy; sospecho que necesita un milagro tanto como tu casa.

Miré a mi alrededor. Mi equipaje. El desorden y la suciedad. La vida que había dejado atrás esperándome en cada rincón.

—Bueno —dije—, si los desastres son oportunidades, soy la mujer con más oportunidades de Irlanda.

# 4 Desayunos de madrugada y otras invasiones

Pasé el resto del día librando una guerra contra el polvo y el moho, y también esperando encontrar mi optimismo.

Abrí las ventanas, dejando entrar el aire y llené una decena de bolsas de basura con trastos inservibles, como calendarios de los últimos diez años, alfombras raídas o una colección de cubiertos oxidados. En un cajón, encontré una caja de galletas vacía y una foto en blanco y negro de mis abuelos. Ella, con una sonrisa cálida mientras él la miraba como si no existiera nada más. Se me formó un nudo en la garganta. No estaba segura si era el polvo o la foto, pero me picaban los ojos.

Por la tarde, la casa olía un poco menos a mausoleo y empezó a ser «pues parece que no me voy a pudrir viva».

Salí para hacer una compra de productos básicos y al regresar, encendí la chimenea con el periódico local de hace seis años. El chisporroteo del fuego me sonó a aplauso sarcástico, pero le sonreí victoriosa.

Acumulé la leña del porche. Tuve un momento de debilidad mirando el horizonte y divisando el tejado del *pub* donde Aiden y sus amigos se subieron aquella vez para apodarme «O'Confitura» a grito pelado.

Resoplé y cerré la puerta tras de mí con decisión, dejando que los malos recuerdos se congelaran afuera.

Dormí en el sofá, abrazada a una manta que olía a rata de canal. En algún momento de la madrugada, un crujido me hizo levantarme de un salto. Me quedé quieta, con el corazón a mil, esperando a que cualquier cosa entrara por la chimenea.

Me convencí de que era el viento que rugía al colarse por las rendijas de la casa, pero entonces escuché golpes en la puerta. Dos veces, luego una pausa y otras dos veces. Me recordó al código que usábamos de adolescentes. Sacudí la cabeza y la metí bajo la almohada, segura de que estaba alucinando.

Los golpes se repitieron.

Me levanté arrastrando la manta, apostando mentalmente a que era mi padre viniendo a entrometerse en mis asuntos.

—¿Quién diablos...?

—¡Kelsy! —La voz era profunda, masculina, y no era de mi padre—. Abre, anda, hace un frío que pela.

«Aiden.»

Resoplé tan fuerte que se me levantó un mechón del flequillo.

Por supuesto que era él. Quién más tendría la desfachatez de aparecer de madrugada en mi puerta.

Abrí con la cadena del pestillo puesta, lo justo para verle medio rostro. Estaba esperando en el escalón superior, con una sonrisa torcida y una cesta de mimbre en los brazos. Un gorro gigante le ocultaba las cejas.

—¿Sabes qué hora es? —protesté.

—Dos y media. Hora internacional de las buenas intenciones —respondió alegre, enseñando esa maldita sonrisa que llevaba años intentando olvidar.

Mitad encanto irlandés. Mitad peligro. Cien por cien el peor tipo de problema.

—A mí, tus buenas intenciones me importan un pepino, Byrne.

—¿Vas a dejarme morir de hipotermia o piensas practicar eso de «proteger y servir»? —se mofó, arqueando una ceja que movió el gorro.

—Depende —contesté, apretando la manta—. ¿Qué hay en la cesta?

—Pan recién sacado del horno, café molido hace diez minutos, queso y mermelada. —Lo dijo tan serio que me desconcertó.

—¿De fresa? —pregunté, antes de poder evitarlo.

—Sí. —Sonrió triunfal y los hoyuelos se le marcaron en las mejillas—. Tu favorita.

—¿Cómo sabes...?

—Kelsy, llevas toda la vida pidiendo tostadas de fresas en la cafetería de Annie. Lo sabe hasta el cura, lo menciona en sus sermones.

Lo odié por acordarse. También me odié a mí misma por lo rápido que mi mano traidora fue hacia el pomo de la puerta.

—Pasa, antes de que te congeles. —Di un paso atrás con toda la convicción de quien acababa de vender su alma por conservas de fruta—. Aunque verte sufrir es mi fantasía recurrente.

—Sabía que en el fondo me querías —dijo, entrando.

—En mi escala del amor estás justo entre los bichos del ático y el moho de la ducha.

Aiden dejó la cesta sobre la mesa del salón y se frotó las manos. El fuego de la chimenea ya se apagaba y por un momento, con la luz de las brasas y su silueta recortada, la escena se sintió demasiado íntima.

—No tenías por qué venir —farfullé, cruzándome de brazos por debajo de la manta.

—Lo sé.

—Ni traerme nada.

—También lo sé.

Lo miré, irritada.

—Entonces ¿qué haces aquí?

Se encogió de hombros, sin perder esa media sonrisa.

—La casa se cae a pedazos, en el *pub* todos dicen que tu padre no te dejó ni sal y Donny apostó a que no tenía agallas para venir.

Me tragué el ácido provocado por el comentario de la nula ayuda de mi padre.

—Ah, qué caballeroso de tu parte.

—Y —añadió, bajando el tono— porque tenía curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Quería ver cómo ibas.

Algo en su mirada me dijo que la respuesta completa era que quería comprobar si el tiempo había curado las heridas, y mi corazón decidió que ese era un buen momento para hacer cardio. Pero no estaba preparada para enfrentarlo a esas horas, así que jugueteé con el bote de mermelada.

—Voy bien —mentí.

Él soltó una risa suave.

—Tienes ojeras, *a chroí*.

Resoplé al escucharlo llamarme «mi corazón» en gaélico.

—Tal vez porque alguien se ha presentado en mi casa a las dos de la mañana.

—Me preocupaba que no tuvieras nada para desayunar. —La sonrisa se deshizo un poco y durante un segundo pareció sincero.

—He sobrevivido mucho tiempo sin tu ayuda.

Él se rio y esa maldita risa cálida, se coló entre las grietas de la casa. Encendió una vela de la cesta y el resplandor anaranjado le iluminó el rostro.

—No has cambiado tanto —murmuró.

—¿Qué? —Dejé el bote y apreté la manta.

No me parecía en nada a la chica gordita que él había conocido en el instituto. Los años que habían pasado desde entonces, había librado una guerra silenciosa contra mi propio reflejo. Llena de batallas de paciencia, con zapatillas de correr y platos de verduras que al principio sabían a traición, pero que poco a poco se convirtieron en aliados. Había perdido suficiente peso para renovar todo mi vestuario y había trabajado músculos que ni sabía que tenía. Pero la confianza... ah, esa era la enemiga más escurridiza.

Mi constitución, eso sí, no había cambiado de bando. No era la de una modelo de pasarela. No, yo era de proporciones generosas. Caderas anchas, que se balanceaban con una gracia que había aprendido a reclamar como mía, muslos firmes y redondeados, que rozaban el uno contra el otro al caminar, pero que ahora me impulsaban con la fuerza de quien ha recorrido kilómetros para llegar hasta aquí; pechos plenos que el uniforme de la Garda intentaba contener, casi perdiendo la batalla.

Todo ello formaba un conjunto que, en mis días buenos, me hacía sentir como una diosa celta: curvilínea, con una presencia que llenaba la habitación. En los días no tan buenos, seguía siendo la Kelsy que elegía colores oscuros en el armario para no atraer miradas que no sabía si eran de admiración o de juicio.

—Sigues fingiendo que todo te da igual, pero en el fondo te ocultas detrás del sarcasmo —continuó él.

Ah, era eso. Solté un suspiro de alivio.

—Y tú sigues pensando que puedes entrar en casas ajenas como si fueran tuyas. Pero olvidas que ahora puedo meterte en el calabozo.

—¿Vas a arrestarme? —preguntó, sin parecer preocupado, sino todo lo contrario.

—Estoy considerando la idea. —No solo la consideraba, tenía una fantasía bien detallada de un Aiden esposado y arrepentido.

—Puedo irme, si quieres.

—Por favor.

No respondió. Dio un paso y la distancia se acortó lo suficiente para que me costara respirar. Sus dedos rozaron mi brazo cuando se inclinó a dejar la hogaza de pan sobre la mesa. El roce fue leve, insignificante, pero mi cuerpo lo notó como una descarga.

—Todavía caliente —dijo, refiriéndose al pan, aunque su voz sonó en otro registro.

—Se enfría rápido —contesté, y ninguno de los dos estaba hablando de pan.

—Puedo quedarme a tomar una taza de ese café que te traje.

—Son las tres de la mañana.

—¿Un desayuno temprano?

Agarré la cesta de la mesa y la abracé para dejarle claras mis intenciones.

—Gracias por la invasión, el desayuno o lo que sea. Pero vete antes de que empiece a parecer que me caes bien.

Su sonrisa y los devastadores hoyuelos volvieron.

—Tarde —dijo—. Ya lo parece.

Me removí sobre los pies y le señalé la puerta, aunque añadí a regañadientes:

—Te debo una.

—Anótalo en tu libreta de multas.

Aiden se movió, por fin.

—Buenas noches, Kelsy —dijo, de espaldas.

—No lo serán.

Cerré la puerta tras él, pero seguí escuchando el eco de su risa flotando en el aire. El olor a pan se mezcló con el humo de la

chimenea, y aunque no lo admitiría ni bajo tortura, todo eso hizo que me costara seguir enfadada.

—Idiota —murmuré, sin saber si me refería a él o a mí.

# 5 Cómo mi uniforme intentó matarme antes que el caso

Me desperté en el sofá, con la espalda hecha un origami.

Procuré levantarme con la determinación de una mujer que iba a conquistar Glenshannon o, al menos, a no morir en el intento, pero el espejo del baño no me perdonó nada. Tenía el pelo hecho un desastre, ojeras y una telaraña pegada al cuello.

Después de ducharme, recogí mi uniforme de la silla donde lo había dejado la noche anterior, con el nombre O'Connor ya bordado en el pecho. Resultaba que cuando hacías las maletas con prisa y nervios para volver al pueblo donde naciste, era sorprendentemente fácil olvidar detalles menores. Como, por ejemplo, tu uniforme. El uniforme sin el cual no podías hacer tu trabajo. Ese pequeño detalle.

Se lo confesé a Maggie, con las mejillas ardiendo de vergüenza y rezando para que no se lo contara a mi padre. Se rio de mí a sus anchas, pero, al menos había movido sus contactos y conseguido otro en tiempo récord.

Ahora sostenía el uniforme nuevo con esperanza y escepticismo a partes iguales, analizándolo con la mirada crítica de alguien que ya sabía lo que venía.

Los uniformes de la Garda estaban diseñados por hombres. Hombres flacos que nunca habían tenido que lidiar con caderas, muslos, o el concepto general de curvas femeninas. Parecían creer que todas las mujeres agentes eran tablas de planchar con piernas.

Me enfrenté al pantalón primero y lo subí por las piernas con optimismo. Pasó las rodillas sin problemas, llegó a medio muslo y ahí se detuvo, como un alpinista que de repente decidía que esa montaña no merecía la pena. Tiré. El pantalón resistió. Volví a tirar, esta vez de lado, haciendo ese baile ridículo que todas hacíamos cuando la ropa no cooperaba. Finalmente cedió y subió hasta la cintura con un crujido alrededor de mi trasero que no auguraba nada bueno.

El cinturón fue otra historia. Lo abroché en el último agujero, el de la vergüenza, el que nunca querías usar, y aun así quedó tenso. Podía sentir mi circulación sanguínea mandándome mensajes de socorro.

Con la camisa no me fue mejor: los botones del pecho tiraban como si fueran los únicos pilares sosteniendo un edificio a punto de derrumbarse. Cada vez que respiraba hondo, amenazaban con convertirse en proyectiles.

—Perfecto —murmuré, intentando meter la camisa dentro del pantalón—. Vas a ser la primera garda en la historia de Irlanda en causar bajas civiles por exceso de pecho.

El uniforme se ajustaba… en las zonas equivocadas. Parecía una salchicha humana. Y el pelo cobrizo, rebelde incluso bajo el gorro reglamentario, se negaba a obedecer a la autoridad de una coleta.

Suspiré. Había hecho todo lo posible para verme autoritaria, pero a pesar de la placa, seguía siendo la misma chica que se sonrojaba cuando Aiden Byrne sonreía.

No había tiempo para crisis existenciales. Eran las ocho y cuarenta, y si llegaba tarde el primer día, mi padre me lo recordaría para siempre.

El día amaneció con lluvia helada, pero caminé erguida y entré en la estación con toda la dignidad que pude reunir, que no era mucha.

El sargento Flaherty estaba en su escritorio, con el periódico abierto y una taza de café humeante al lado. Levantó la vista, me recorrió con la mirada y esbozó una sonrisa que me preparó para su comentario.

—Buenos días, garda O'Connor. Veo que el uniforme...

—Cállate, Flaherty. —Me quité la chaqueta—. Si te ríes, apuntaré hacia ti cuando estornude y mis botones saldrán disparados como metralla.

Intenté ajustarme la camisa. Grave error. El movimiento hizo que se abriera un hueco entre dos botones, revelando un trozo de sujetador negro que no formaba parte del código de vestimenta.

La bendita Maggie apareció con una taza de té.

—¿Todo bien, cielo?

—¿Tú qué crees? ¿Los gardaí deberían poder respirar en su uniforme o es opcional?

Ella se rio, una risa suave que no tenía maldad.

—Es todo lo que pude conseguir, pero no te preocupes. Nadie lleva la talla correcta. Somos irlandeses, vivimos a base de patatas y Guinness. Nuestros cuerpos y nuestros uniformes nunca van a estar de acuerdo.

—¿Cuánto tarda en llegar una talla nueva?

—Tres semanas. Tal vez cuatro.

—Perfecto. Para entonces ya me habré muerto por asfixia —comenté, planteándome pedirle a alguien que me enviara mi uniforme desde Dublín.

—Te toca salir —me avisó, mirando el reloj de pared que marcaba las nueve en punto.

—¿Ya?

Mi padre apareció con una carpeta azul en la mano y una expresión impaciente.

—Tu primer caso —anunció, dejando caer la carpeta sobre el escritorio más cercano.

La agarré con las dos manos, sintiendo un cosquilleo de emoción mezclado con terror. Mi primer caso, en mi primer día, bajo la autoridad de mi padre. Esto era real, era importante. Tal vez un robo. Una disputa de vecinos, ganado extraviado. Algo digno, algo que pudiera resolver y demostrar que era buena en mi trabajo.

Abrí la carpeta y leí las primeras líneas. Cerré los ojos y los volví a abrir. Las palabras seguían ahí, burlándose de mí.

—¿Es una broma? —pregunté, con la voz plana.

—¿Qué te hace pensar eso? —Mi padre ocultó una sonrisita.

—Porque aquí pone —levanté la carpeta como si fuera evidencia en un juicio— «agresión a un muñeco inflable». Un muñeco. Inflable.

—Correcto.

—Y se supone que tengo que investigar… ¿qué? ¿El trauma emocional del muñeco? ¿Sus últimas voluntades?

—Tienes que interrogar al dueño del muñeco —me explicó mi padre, con una paciencia que me ponía de los nervios—. Y averiguar quién lo agredió y por qué.

—¿Quién es el dueño?

—Aiden Byrne. Está en el *pub*.

Por supuesto. El universo nunca se hartaba de esperar el momento perfecto para convertir mis peores pesadillas en entretenimiento.

Cerré la carpeta de golpe.

—Mi gran debut como agente de la ley en Glenshannon: persiguiendo psicópatas anti-muñecos inflables. Se cumplen mis sueños de infancia.

—Tus sueños de infancia eran adelgazar y caerle bien a los idiotas populares —me recordó mi padre.

—Tranquila —dijo Flaherty, sin levantar la vista del periódico —. Es solo el primer día. Podría ser peor.

—¿Peor? ¿Qué viene después, un robo de gnomos de jardín? ¿Una conspiración de gallinas?

—No des ideas —murmuró, conteniendo a duras penas una sonrisa.

Mi padre me miró de arriba abajo y carraspeó.

—¿Este es tu uniforme?

Maggie sacudió la cabeza a sus espaldas mientras vocalizaba «sí».

—Por supuesto —grazné.

Él me echó un último vistazo y se dio la vuelta.

—Ten cuidado al correr —me aconsejó.

Apreté los dientes, recogí la chaqueta impermeable, salí, y atravesé la plaza de Glenshannon. En cuestión de treinta segundos la lluvia fina se convirtió en un diluvio bíblico. Avancé a trompicones.

Un calor espeso me envolvió al abrir la puerta del *pub*. El aire estaba saturado de olor a cerveza y aceite de freír. Había unas diez personas repartidas por las mesas y todas giraron la cabeza al mismo tiempo. El silencio duró unos dos segundos antes de que empezaran los murmullos. Dejé mi chaqueta en el perchero, ignorándolos.

Aiden estaba sentado en un taburete frente a la barra.

—Garda O'Connor. —Dijo mi nombre como si estuviera probándolo, decidiendo si le gustaba el sabor—. Qué placer tan... húmedo.

Sus ojos bajaron por mi uniforme y se quedaron clavados en un botón de mi camisa que, de repente, parecía el puto centro del universo. Pensé en arrancarlo y metérselo por la garganta.

Respiré hondo y me repetí: «El homicidio es delito, aunque el cabrón se lo busque».

—Byrne —saludé sin entusiasmo—. Necesito hablar contigo sobre un asunto.

—¿De seguridad nacional? —preguntó, apoyando la espalda en la barra.

La chispa de sus ojos me hacía querer arrestarlo solo por diversión.

Antes de que respondiera, Brid, la camarera, soltó una risita.

—Ay, Kelsy, no hace falta fingir formalidades, después de lo de anoche —dijo, señalándome con un vaso vacío—. Todos somos amigos aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasó anoche?

En la esquina, el viejo Fitz levantó la vista de su pinta.

—Aiden saliendo de tu casa a las tres de la mañana…

—¿Qué? —pregunté, tan fuerte que el perro de Fitz abrió los ojos con alarma.

El murmullo se multiplicó. Brid alzó las manos.

—No lo decimos con mala intención, cielo. Saoirse lo subió a sus historias, y bueno… el pueblo se levantó con eso.

Aiden se encogió de hombros.

—Soy *trending topic* local —me informó y le dio un sorbo a su taza—. «Aiden Byrne sorprende a la garda O'Connor en plena madrugada.» Tiene ritmo, ¿verdad?

—Tú… ¿qué hiciste? —pregunté confusa.

—Llevarte pan. Pero aparentemente el pan es una metáfora ahora.

Las carcajadas estallaron. Una señora en la esquina comentó:

—A este paso, va a haber boda antes del festival.

Respiré hondo y decidí que me encargaría de eso más tarde. Con mucha calma, saqué mi libreta.

—¿Tienes algo que declarar sobre el incidente de anoche?

Él arqueó una ceja.

—¿Te refieres al muñeco inflable o a nuestra presunta noche de sexo?

—Al muñeco.

—Ah. Mucho menos interesante.

Apreté el bolígrafo con tanta fuerza que estuvo a punto de partirse.

—Byrne —repetí su apellido, jurándome en silencio que el saco de boxeo del gimnasio iba a tener su cara en mi próxima sesión, con esos hoyuelos que pedían a gritos un gancho de derecha —. O hablas, o te esposo por obstrucción a la justicia. Y créeme, con el humor que tengo, te aconsejo hablar.

Su sonrisa se transformó en algo provocativo.

—Oh, Kelsy —ronroneó—. Me muero por ver cómo manejas las esposas. ¿Te gusta hacerlo con delicadeza o… fuerza?

Conté hasta diez en mi cabeza, porque si no, iba a estamparle la libreta en esa cara de modelo de catálogo, dejando una marca que ningún filtro de su aplicación millonaria pudiera borrar.

El *pub* estaba en silencio, todos esperando mi próximo movimiento.

—Muy bien, listillo —dije, apoyando una mano en la barra para parecer intimidante, aunque el charco que dejaba en el suelo no ayudaba—. Cuéntame lo del muñeco. ¿Quién lo apuñaló? ¿Por qué? ¿Y por qué demonios había un Papá Noel inflable fuera?

Aiden se inclinó hacia mí. Sus ojos tenían ese brillo de quien sabía más de lo que decía, y mi radar de garda o de mujer que no se fiaba de los hombres guapos, y mucho menos de Aiden, se disparó.

—Era parte de la decoración del festival —explicó, encogiéndose de hombros como si yo no entendiera por qué llueve en Kerry—. Un tipo borracho lo apuñaló. Tres metros de espíritu navideño desinflado frente a testigos traumatizados. Fin de la tragedia.

—Estupendo —murmuré, garabateando «sospechoso borracho, cuchillo, Papá Noel muerto»—. ¿Alguna descripción del agresor?

—Sí —continuó él, mirando hacia la ventana—. Alto, flaco, chaqueta vieja, gorra gris. Y cero aprecio por la magia de la Navidad. No es del pueblo, eso seguro.

Asentí, escribiendo.

—Un turista —deduje, con un tono que destilaba sarcasmo—. Glenshannon debe ser el destino soñado para los asesinos de muñecos inflables.

—Qué va —intervino el señor Murphy—. Lo vi con mis propios ojos. Era un tipo bajo y gordo, con gorro de lana roja. Parecía el primo de los Doyle, el que siempre pierde en el bingo.

—¿Bajo y gordo? —La señora O' Callaghan soltó una maldición—. Yo lo vi alto, delgado, con una bufanda larga. Podría haber sido una mujer. ¿Estáis borrachos o qué?

Aiden se enderezó en su taburete. Su sonrisa se evaporó y fue reemplazada por una arruga entre las cejas que lo hacía parecer menos *playboy* y más... ¿preocupado? Me miró de reojo, como si esperara que yo confirmara su versión.

—¿Estáis seguros de que no fue un duende disfrazado?— comenté.

—Alto, delgado, turista. Fácil de recordar —insistió Aiden.

—Yo digo que fue el primo de los Doyle. Pregúntale a él, a ver si su cojera coincide.

—Gracias por las... aportaciones —dije, con una sonrisa que pretendía ser profesional pero salió más como «gracias por el circo»—. Os mantendré al tanto. ¿Algo más que quieras añadir antes de que salga a buscar al sospechoso? —pregunté hacia Aiden, sin mirarlo directamente.

—Solo que me pareces adorable cuando intentas ser seria —respondió—. Y si necesitas ayuda para cazar al villano, ya sabes dónde encontrarme.

—Oh, créeme, sé dónde evitarte —repliqué, dándome la vuelta para marcharme.

Salí bajo el mismo aguacero. La plaza estaba desierta, salvo por un perro callejero que me miró como si él también supiera que mi vida era una comedia de enredos. Me detuve bajo un tejado para protegerme de la lluvia y leí mis notas: «Sospechoso: alto, flaco, chaqueta verde, gorra, o gordo, o una mujer con bufanda larga. Motivo: ¿Borrachera? ¿Odio a Papá Noel? Víctima: muñeco inflable. Testigos: Aiden Byrne, imbécil encantador, la señora O' Callaghan, maestra en inventar historias y el señor Murphy, que necesita gafas desde que yo estaba en la guardería».

—Primer día, Kelsy —me dije, mientras el viento me lanzaba gotas de lluvia a la cara—. Has pasado de resolver crímenes a investigar un homicidio de plástico. Enhorabuena, eres la reina del ridículo.

Pero mientras caminaba de vuelta a la estación, con el pelo chorreando y el uniforme intentando estrangularme a cada paso, no pude evitar sonreír. A pesar de que mi primer caso era una farsa y aunque Aiden fuera una amenaza para mi cordura, había algo en Glenshannon que me hacía sentir viva. O quizás era solo el frío congelándome hasta el alma. Difícil saberlo.

# 6 Los fantasmas del jueves por la noche

A las seis de la tarde, mi cuerpo suplicaba misericordia.

El día había sido un desfile de humillaciones menores. Dos discusiones filosóficas con el sargento Flaherty sobre protocolo versus sentido común, rescatar a un borracho que se había encerrado en el baño de una tienda india, y un interrogatorio a un muñeco inflable que había demostrado más colaboración que la mitad de los testigos humanos del pueblo.

No quería irme a casa todavía, así que mis pies tomaron la decisión por mí y me llevaron al único lugar donde la calefacción siempre funcionaba y el juicio social venía incluido con cada pinta: el *pub* de Grace.

La puerta se abrió con un crujido familiar y el calor me golpeó como un abrazo de borracho, demasiado fuerte, demasiado cerca, pero bienvenido después de todo. Por un segundo volví a tener quince años y me vi sentada en una mesa del rincón, observando a los chicos de mi clase formando grupos cerrados mientras yo fingía que no me importaba quedarme fuera.

—Estupendo, Kelsy —murmuré, esquivando una mesa por milímetros antes de que mi cadera chocara contra ella—. Nada dice mejor «he madurado» que volver voluntariamente al escenario de tus peores traumas adolescentes.

El lugar estaba a reventar. Jueves por la noche en Glenshannon, aunque bien podría ser cualquier otra noche, significaba la misma fauna en todo su esplendor. Los jubilados reinaban en su mesa sagrada, discutiendo con pasión sobre quién había ganado el bingo de hace tres meses. Los del taller mecánico apuraban sus pintas y, para mi absoluto horror, mis ojos encontraron el grupo que esperaba no tener que ver.

Sarah Molloy. Connor Delaney. Liam Feeney.

La Santísima Trinidad del Acoso Adolescente.

Los mismos que a los quince años me habían bautizado con apodos que todavía me dolían: «O'Confitura», «Kelsy Magdalena»,

«La Garda XL». No eran originales, pero sí persistentes, como una canción que se te pegaba y aparecía en tu cabeza cuando menos lo esperabas.

Estaban en una mesa al fondo, riendo ajenos a que la mejor época de su vida fue hace una década.

Me encaminé hacia la barra sin hacer contacto visual, pero Sarah tenía el radar de una víbora cazando en la oscuridad. Me vio antes de que pudiera esconderme detrás de una columna.

—¡Pero mírala! —gritó, levantando su pinta con una sonrisa fingida—. ¡Kelsy O'Connor! ¡En carne y... bueno, mucha carne!

Sus compañeros soltaron risitas ahogadas. Sentí todas las miradas girando hacia mí.

Respiré hondo, lo más hondo que me permitió el maldito uniforme, enderecé la espalda y caminé con el paso firme de una mujer que se negaba a dejar que tres idiotas de su pasado le arruinaran la noche.

—Una pinta —le pedí al camarero nuevo, uno que no conocía y que, con suerte, no tenía ni idea de mi historial de desastres adolescentes—. Y si alguien pregunta por mí, estoy sorda.

Una risa grave resonó detrás de mí. Me giré con el estómago revuelto por una mezcla de anticipación y pavor, y me encontré con Kirian Byrne apoyado en la barra.

El hermano mayor de Aiden era un rompecorazones silencioso, el tipo que no necesitaba palabras para que las mujeres suspiraran por sus brazos fuertes y su actitud de ser el único refugio en una ventisca. Era alto, con hombros anchos que tensaban la camisa de franela a cuadros, y una barba incipiente que sombreaba una mandíbula cuadrada.

—Pensaba que los guardaí no bebían en servicio —se mofó, con su voz ronca.

—Acabo de dar por finalizado mi primer día.

—Entonces no hay duda de que te has ganado esta. Yo invito —le dijo al camarero y luego me guiñó un ojo.

No supe si era amigable o parte del manual secreto de los Byrne para desorientar a la gente: un guiño aquí, una risa allá, y de

repente te encontrabas contando secretos que ni a tu almohada le habías confiado.

Mientras la espuma de la Guinness se asentaba, me di cuenta de que Kirian no estaba solo. A su lado estaba Darik, el mediano de los Byrne, el propietario de una sonrisa contagiosa.

—¿Kelsy O'Connor? —exclamó. Antes de que pudiera responder, me envolvió en un abrazo de oso que me levantó del suelo—. No me lo puedo creer. ¿Qué hace la famosa garda nueva en este antro?

Era alto, pero no imponente como Kirian, con el cuerpo atlético de quien escalaba colinas por diversión y un rostro anguloso salpicado de pecas, que le daban un aire de pícaro irlandés sacado de un cuento de hadas pervertido.

—Investigando si el pueblo sigue igual de bocazas que antes —respondí cuando me soltó.

—Confirmo que sí —dijo Erin Byrne, la pequeña, que ya no tenía nada de pequeña. Habíamos compartido pupitres en biología y noches de estudio que terminaban en confidencias sobre chicos idiotas y sueños imposibles. Se levantó para darme un abrazo más contenido pero igual de cálido—. Incluso diría que un poco peor desde que volviste.

Erin intimidaba con una mirada aguda y una melena salvaje que caía en ondas rebeldes hasta sus hombros, enmarcando un rostro de pómulos altos y labios que se curvaban en sonrisas sarcásticas. Siempre había envidiado un poco esa confianza suya, que le permitía navegar el mundo como si fuera su patio de juegos, mientras yo aún luchaba con mis propias sombras.

—Por supuesto —asentí—. Debo ser la noticia de la semana.

—Nadie antes se había hecho famoso en veinticuatro horas, pero claro, no todos tienen a mi hermano saliendo de su casa a las tres de la mañana.

Darik fingió toser para disimular la risa mientras Kirian se hundía un poco más en su silla, con la expresión de quien preferiría estar lijando madera antes que presenciar aquello.

—Por favor, no lo hagas —imploré.

Erin no me hizo caso.

—La versión oficial es que estabas… «interrogando» a Aiden.

Solté una carcajada seca.

—Por favor. Si tuviera la tentación de relacionarme con tu hermano, lo primero que haría sería buscar ayuda profesional.

—Eso le va a herir su orgullo —se rio Darik.

Erin apoyó el codo en la mesa y me observó divertida.

—Entonces, ¿nada de romance secreto? ¿Ni siquiera un poquito? Porque si no hay, tendrías que empezar a fingirlo, el vídeo tiene medio millón de vistas.

Negué con la cabeza.

—Ni secreto, ni romance, ni milagro navideño. Solo pan, café y el peor malentendido de mi vida.

—Pan y café —repitió Darik con tono teatral—. El desayuno perfecto para después de un polvo.

Por el rabillo del ojo vi acercarse a Sarah.

—No puedo creer que seas garda —dijo, mirándome de arriba abajo—. Tú. La que odiaba las clases de gimnasia y se escondía en los vestuarios.

—Ironías de la vida —respondí—. Ahora puedo arrestar a mis excompañeros de clase. Qué vueltas da el karma, ¿verdad?

Sarah frunció el ceño.

—No era un insulto —se excusó, con ese tono que usaba en el instituto para fingir inocencia angelical—. Solo una observación.

—Y yo solo observaba que ese insulto ya prescribió —repliqué y me relamí de los labios la espuma que sabía a victoria.

Los Byrne se miraron entre ellos. Por un segundo glorioso, sentí que había ganado una pequeña batalla en una guerra que había empezado hace años.

Pero Sarah no sabía cuándo parar. Se inclinó hacia mí.

—Bueno, pues parece que esta vez no has perdido el tiempo. Has pescado a Aiden nada más venir. Siempre me pregunté —comentó, con un tono que prometía una patada emocional— si él sabía que te gustaba en el instituto.

Mi corazón dio un salto olímpico, pero lo disimulé con un sorbo largo.

Erin alzó la vista del móvil con una ceja levantada, esperando que actuara como lo hubiese hecho ella en mi lugar.

La Guinness me dio un segundo precioso para recomponerme. Apoyé el vaso en la barra y sonreí. No era una sonrisa amable, era la sonrisa de una mujer que había aprendido a devolver los golpes con intereses.

—Claro que lo sabía —la informé, mirándola a los ojos—. Todo el maldito pueblo lo sabía, Sarah. Y, para actualizar tu información, se me pasó hace años. Ahora solo me gusta la idea de arrestarlo.

Erin soltó una carcajada abierta, que me hizo enorgullecerme de que había cumplido con sus expectativas.

—Vamos, Sarah —dijo Kirian. Su tono era tranquilo, pero tenía una autoridad natural que hacía que la gente le hiciera caso sin discutir—. Queremos pasar un rato con Kelsy. Es tiempo de familia.

Había un nudo en mi pecho que no supe identificar. ¿Gratitud? ¿El cansancio de llevar todo el día fingiendo que estaba hecha de acero?

Sarah intentó mantener la sonrisa, pero se le desinfló como un globo pinchado.

Darik me guiñó un ojo y luego añadió:

—Kelsy, si sirve de consuelo, todos éramos un poco idiotas en aquel entonces. Algunos seguimos siéndolo.

No pude evitar reírme.

—Ya me estoy dando cuenta.

El ambiente se relajó cuando Sarah se retiró a su mesa del fondo, fingiendo dignidad herida.

Darik golpeó la barra con los nudillos en un ritmo alegre.

—Entonces, garda O'Connor —dijo con una expresión traviesa —, ¿qué se siente al volver al lugar del crimen?

—Depende —respondí—. ¿Hablas del pueblo en general o en concreto de mis años de instituto?

—Ambos —se rio—. Mismo público, menos acné, más arrugas.

—Y mucha menos paciencia con gilipolleces —añadí.

—Eso también. Aunque debo admitir que el uniforme te queda mejor que el chándal horrible del colegio.

—¿De verdad? —Alcé una ceja, escéptica—. Porque me aprieta exactamente igual de mal.

Durante un rato hablamos de cosas intrascendentes; el festival navideño que estaba convirtiendo el pueblo en un lugar entrañable, la lluvia que nunca paraba, y cómo el *pub* se había convertido en el corazón palpitante y un poquitín alcohólico de Glenshannon.

Yo escuchaba más de lo que hablaba, dejando que las risas de los Byrne y el murmullo constante diluyeran la incomodidad que Sarah había traído.

El peso de mi pasado, los apodos crueles, las burlas constantes, los años de sentirme invisible o peor, demasiado visible, se sintió más ligero. No había desaparecido por magia, pero ahora tenía gente que reía conmigo y no de mí.

Mientras me terminaba la pinta, entendí que había algo en este pueblo que me hacía querer quedarme.

Al menos hasta que Aiden volviera a volverme loca. O hasta el siguiente muñeco apuñalado. Lo que viniera primero.

# 7 Espíritu navideño, versión forzada

Había muchas formas de tortura. Algunas implicaban interrogatorios interminables, otras largas horas de papeleo que te hacían cuestionar tu vocación. Y luego estaba la que inventó mi padre esa mañana:

—Kelsy, te encargo la seguridad del Festival de Navidad. Trabajarás junto al comité de organización.

Sonaba inocente, casi aburrido. Hasta que vi la lista de las personas que formaban el comité. Entre «logística», «música» y «decoración», el nombre de Aiden Byrne aparecía como «coordinador general de actividades».

—Nooo —me lamenté.

—Sí —respondió mi padre, sin alzar la vista de un expediente que revisaba.

—No puedo trabajar con él. —Me crucé de brazos en un gesto que nunca jamás había funcionado con mi padre.

—Puedes y vas a hacerlo —replicó, pasando otra hoja—. Es parte de tus funciones, agente O'Connor.

—¿Y parte de tus funciones es arruinarme la vida?

—Ah, ya te han metido en la prueba de fuego, ¿eh? —intervino Maggie desde su escritorio—. Lo siento, pequeña. Este festival es tan desastre que ningún garda quiere supervisarlo. Te toca por ser la nueva.

—¿Y por qué demonios está Aiden en el comité? —pregunté, en parte a Maggie, en parte al universo.

Mi padre dejó el expediente sobre la mesa con un golpe seco que conocía demasiado bien. Significaba «discusión terminada».

—Es popular, eficiente, tiene los contactos necesarios y donó una cantidad de dinero infame para la organización. Además, el comité lo eligió en unanimidad.

—Claro —murmuré—. Si los compró…

—Kelsy. —Mi padre usó mi nombre con un tono que me hizo enderezarme—. Haz bien tu trabajo. Y no dejes que los rumores

interfieran.

Me ardieron las mejillas.

—¿Qué rumores?

Maggie carraspeó, demasiado divertida para fingir compasión.

—Oh, cariño... No has visto el vídeo, ¿verdad?

—¿Qué vídeo?

«Por favor, que no sea lo que creo que es.»

Mi padre suspiró.

—El de la *influencer*.

—¿Qué *influencer*? —La voz de la razón de mi cabeza me preguntó cuánto más tiempo tenía intención de hacerme la tonta.

—Saoirse O'Donnell.

«Joder.»

Maggie sacó el móvil y me lo mostró. Estaba enfocado de lejos, la calidad no era de las mejores, pero no había duda: Aiden salía de mi casa, con una sonrisa enorme, casi bailando, mientras yo aparecía envuelta en la manta, con los pies desnudos visibles.

El vídeo tenía música navideña de fondo y subtítulos que decían:

**¡Alerta de romance en Glenshannon! El chico malo del pueblo, Aiden Byrne, sorprendido saliendo de madrugada de la casa de la nueva agente Kelsy O'Connor. #RomanceRural #RomanceNavideño #AmorBajoCustodia**

—Oh, por Dios. —Sentí que la sangre me subía a las orejas—. ¿Pero esta niña no duerme? ¿Qué hace grabando vídeos a las tres de la mañana?

Ahora entendía las burlas y las miradas furtivas, pero era una cosa escucharlos y no saber de qué hablaban, y otra verme como la protagonista de una telenovela.

—Lo más probable es que alguien se lo enviara —me informó Maggie con dulzura—. Todo el pueblo le ofrece información. Es como tener un ejército de espías.

Cerré los ojos y me llevé las manos a la cara.

—Voy a morir por difamación digital.

Maggie soltó una carcajada.

—Vamos, campeona. El comité te espera en el *pub* de Grace. Y no pongas esa cara de funeral, que solo vas a supervisar un festival, no a desactivar una bomba.

—Preferiría la bomba —murmuré y me giré, evitando mirar hacia mi padre.

Arrastré los pies hasta el *pub*, paranoica con posibles cámaras ocultas. No vi nada sospechoso, pero el miedo de volverme viral otra vez no iba a desaparecer pronto.

Me detuve en la puerta, respirando hondo para invocar mi armadura profesional.

«Fría, Kelsy. Controlada. Nada de estrangulamientos en público».

El Comité del Festival se había apoderado de las mesas del fondo. Parecía una reunión escolar, por cómo todos vociferaban, discutían y se enfurruñaban. En la mesa había papeles arrugados, planos garabateados y una pila de tazas y jarras de cerveza, la mayoría vacías.

Y ahí, presidiendo el caos como un rey en su trono de desorden, estaba Aiden. Llevaba una camisa blanca arremangada hasta los codos, revelando antebrazos bronceados y venosos que gritaban «he estado talando árboles con mi hermano».

«Joder.»

—Ah, mirad quién llega —anunció, alzando la voz para atraer todas las miradas hacia mí—. Nuestra representante de la ley y, según ciertas fuentes virales, mi compañera nocturna.

Las risas estallaron como petardos.

El comité entero, (Mags con su moño torcido y ojos chispeantes, el panadero O'Toole, la florista Molly e incluso el padre Donald), intentaba disimular la diversión. Fracaso rotundo.

—Hola, Kelsy —intervino el padre Donald, con una sonrisa angelical—. Llegas justo a tiempo. Estábamos debatiendo si montar un portal viviente con cabras. Tú decides: ¿qué dice la ley sobre cabras en espacios públicos?

Me quité el abrigo y me senté frente a Aiden, cruzando las piernas bajo la mesa para ignorar, o al menos fingir que ignoraba, el

modo en que su mirada se deslizaba por mí cuerpo como una caricia fantasma.

—No necesitáis permiso —repliqué, desplegando mi libreta como un escudo—. Solo el seguro de responsabilidad civil.

Molly hizo tintinear su collar de cuentas.

—Bueno, según el vídeo de Saoirse —dijo, inclinándose con un brillo travieso en sus ojos castaños—, el festival tendrá tanta química que necesitaremos extintores. ¿O era eso lo que buscabas, Aiden? ¿Una excusa para que Kelsy te persiga de nuevo?

Clavé los ojos en él.

Se reclinó en su silla con una postura lánguida. Su camisa se le tensó sobre el pecho para recordarme por qué las mujeres de Glenshannon formaban colas invisibles por un simple «buenas noches» suyo.

—Para que conste —declaré, con voz firme—, Aiden vino a dejarme una cesta de pan y mermelada. No hay ningún «romance bajo arresto» ni otro título que se le haya ocurrido a Saoirse. Fue un acto de... caridad vecinal.

—Romance navideño —me corrigió él—. Sigue siendo tendencia local. Hasta el alcalde le dio «me gusta».

Disimulé el sonrojo con un sorbo del refresco, que Molly había deslizado hacia mí.

—Maravilloso —repliqué, goteando sarcasmo con cada sílaba —. Me alegra que mi humillación sirva para inflar tu ego y la economía local. ¿Cuál es el próximo paso? ¿*Merchandising* con mi cara en una etiqueta de «arrestos románticos»?

Él soltó una risa baja y se pasó la lengua por el labio inferior. Me obligué a apartar la vista antes de que mis pensamientos tomaran un desvío nada profesional.

—Yo lo veo más como estrategia de *marketing* para el festival —dijo. Se movió y su antebrazo rozó el borde de la mesa, cerca de mi mano—. «Navidad en Glenshannon: donde hasta la Garda tiene un lado salvaje». Imagínalo: tú y yo, posando con esposas y luces. Se vendería solo.

—Voy a fingir que no te oigo o alguien va a necesitar asistencia médica —le espeté—. O un exorcismo. Padre Donald,

¿tienes el kit?

El cura soltó una carcajada serena.

—Solo si prometes no usar las esposas en misa, hija.

Mags intervino.

—Bueno, ya basta de peleas. Aiden, deja de avivar el infierno. Y tú, Kelsy, recuerda que disparar no es parte del festival.

Aiden levantó las manos en un gesto de paz fingido, sin apartar los ojos de los míos.

—Solo quería romper el hielo —dijo, con un guiño—. Aunque, con Kelsy aquí, ya estamos todos derritiéndonos.

Lo miré, dispuesta a soltar otra respuesta mordaz, pero sus hoyuelos me dejaron muda.

—Bien —carraspeé—. Vamos a empezar con un protocolo de seguridad, circulación, control de fuego, animales, alcohol y cualquier otra forma de caos que estéis planeando.

—Y amor —añadió él, haciendo de la provocación un arte.

Le lancé una mirada letal.

—Tu amor propio no necesita un protocolo, Aiden, solo mucho espacio.

Mags tosió para disimular la risa, pero el resto del comité ya se estaba partiendo. Me sumé a las carcajadas, aunque las mías eran del tipo «Ja-quiero matarte y salir indemne-jaja».

El resto de la reunión fue un torbellino de absurdos dirigidos por Aiden: «carretillas arrastradas por renos falsos que escupen confeti», «vacas coronadas con luces que parpadean al ritmo de villancicos» y «una barbacoa comunitaria al aire libre con música en vivo y, posiblemente, un coro de ovejas».

En diciembre. Con un noventa por ciento de probabilidades de que la lluvia lo convirtiera todo en un pantano helado.

—¿Quieres hacer una barbacoa mientras nieva? —pregunté, incrédula, garabateando «riesgo de hipotermia colectiva» en mi libreta mientras su rodilla rozaba la mía bajo la mesa. Otra vez. Y no por accidente.

—La nieve da ambiente —contestó—. Imagina: copos cayendo, el humo de la parrilla mezclándose con el aire frío... y tú,

vigilando que nadie se congele. —Hizo una pausa y su voz bajó una octava—. En especial podrías mantenerme a mí caliente.

—O podríamos celebrarlo en la vieja galería, en lugar de al aire libre —propuse, intentando ignorar cómo su voz cargada de insinuaciones me erizaba la piel.

—No seas negativa. Y admite que sería inolvidable. —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en los míos—. Como nosotros.

El silencio que siguió hizo evidente que Molly tosió para interrumpirlo.

—No hay un «nosotros» —remarqué—. Nunca lo hubo.

Se encogió de hombros con despreocupación.

—No estoy de acuerdo.

—Aiden, te juro por Dios que...

—¿Qué? —Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, acortando la distancia entre nosotros hasta que pude oler su perfume—. ¿Te pongo nerviosa, garda O'Connor?

—Voy a taparte la boca si no te callas —espeté entre dientes.

—Promesas, promesas.

Mags dio una palmada en la mesa que nos hizo saltar a todos.

—¡Suficiente! —declaró, con la autoridad de quien había criado cinco hijos y sobrevivido a tres alcaldes corruptos—. Kelsy, anota lo que necesites. Aiden, deja de provocar o te meto en el coro de ovejas. Y el resto, comportaos o cancelo el festival.

Por suerte, funcionó.

Pasé la siguiente hora anotando locuras mientras Aiden me lanzaba miradas que sentía como caricias.

Cuando terminó la reunión, recogí mis cosas y me dirigí a la puerta como si huyera de un incendio. Logré salir, pero…

—Kelsy.

Me detuve en seco.

Aiden estaba a dos pasos, con las manos en los bolsillos y una expresión que no supe leer.

—¿Qué?

—¿Cenamos? Para discutir los detalles del festival.

—No.

—¿Mañana?

—Tampoco.

—¿Algún día de esta década?

Me crucé de brazos para armarme de valor.

—Cuando el infierno se congele, Byrne.

Algo cambió en su mirada. Se acercó lo suficiente para que, bajo la luz de la farola, pudiera ver las motas doradas en sus ojos verdes.

—Kelsy —dijo en voz baja—. Ya se congeló. Hace años. El día que te fuiste.

Se dio la vuelta antes de que pudiera procesar sus palabras, dejándome temblando en medio de la calle. Y no era por el frío.

# 8 Luces, sospechas y burlas en primera persona

El viernes por la mañana me desperté con un dolor de cabeza que parecía una resaca, aunque solo había tomado un refresco en el *pub* la noche anterior.

Me arrastré del sofá, pues no pensaba tocar la cama de mis abuelos antes de comprarme un colchón nuevo, y me preparé.

La ida a la oficina fue una repetición de los días anteriores, y mi nuevo caso asignado era el robo de las luces navideñas del árbol de la plaza. Justo lo que soñaba el día que levanté la mano derecha y juré proteger y servir a la comunidad.

Si alguien me hubiera dicho en la academia que acabaría investigando guirnaldas desaparecidas, habría pedido el traslado a tráfico sin pensarlo. Al menos allí los sospechosos tenían matrícula.

A media mañana, la plaza del pueblo estaba llena por curiosos que actuaban como si estuviéramos investigando un asesinato en serie, todos apretujados alrededor del abeto de diez metros, que ahora lucía desnudo y algo deprimido.

—¡Esto es un ultraje! —proclamó una anciana con un gorro rojo—. ¡Han profanado el espíritu navideño de Glenshannon!

—Las luces eran de las buenas, LED con temporizador programable —añadió el carnicero, cruzado de brazos—. Yo puse la mitad del cableado, ¿sabe usted? Me llevó tres horas.

Intenté mantenerme seria mientras tomaba notas en mi libreta, aunque sentía que me había metido en una comedia absurda, sin haber leído el guion ni haber firmado el contrato.

—Entonces... ¿las luces desaparecieron durante la noche? —pregunté.

—Entre medianoche y las seis de la mañana, calculo —dijo el carnicero, ajustándose el delantal—. El árbol estaba precioso, iluminado como una catedral, cuando cerré el local anoche.

A mi lado, el sargento Flaherty asintió con gravedad.

—Ajá. Robo de guirnaldas navideñas. Alta prioridad. Posible amenaza terrorista

—Sí, graciosísimo —murmuré, agachándome para examinar el suelo embarrado.

Mal movimiento. Los pantalones protestaron y las costuras se incrustaron en mi carne. Me incorporé despacio y decidí investigar desde la altura.

Había varias huellas frescas en el barro, de diferentes tamaños. También vi un par de bombillas rotas y cableado cortado. Nada que un *CSI* no resolvería en diez minutos con música dramática de fondo... si no fuera un caso de luces de Navidad en un pueblo irlandés, donde el crimen más grave del año pasado fue alguien robando queso del supermercado.

—Puede haber sido un grupo de adolescentes aburridos —propuse, anotando mentalmente los detalles—. O alguien con rencor contra la Navidad.

—Interroguemos a Aiden —susurró el sargento, con un tono demasiado divertido para mi gusto.

Le lancé una mirada asesina.

—¿Por qué él?

—Porque está detrás de la mayoría de los incidentes festivos desde que regresó —respondió—. Para el día de los muertos, decoró la plaza con algodón de azúcar. Y casualmente, tiene luces nuevas decorando su coche. Luces muy, muy similares a las desaparecidas.

Forzada a reconocer su presencia, giré la cabeza con lentitud.

Aiden estaba apoyado en la barandilla de madera frente al *pub* de Grace, taza de té en mano, observándonos con el aire de espectador VIP que había pagado entrada prémium para el espectáculo.

Llevaba una chaqueta de lana gruesa color gris y vaqueros oscuros que le quedaban indecentemente bien.

Delante de él, aparcado con descaro absoluto en la zona de carga y descarga, su coche brillaba como un maldito árbol de Navidad ambulante, cubierto de docenas de luces.

—No —susurré.

—Sí —confirmó el sargento, disfrutando demasiado de aquello para su profesión.

—¿Voy a hablar con él? —propuse en voz débil, con la esperanza de que mi compañero se ofrecería a hacerlo él.

—Estaría bien. —Me dio una palmadita en el hombro antes de retroceder.

Suspiré y le lancé una mirada al cielo encapotado. Ante la falta de ayuda divina, crucé la plaza con paso decidido, aunque cada movimiento era una negociación diplomática entre mi autoridad y la vergüenza del uniforme.

Aiden me vio venir y sonrió. Una sonrisa indolente, deliberada, que parecía tener banda sonora. Debería haber sido ilegal que un hombre tuviera los labios tan carnosos y apetecibles.

—Agente O'Connor —saludó, alzando la taza—. Qué alegría verte. ¿Vienes a felicitarme personalmente por tener el coche más luminoso y festivo del condado?

—En realidad —dije, deteniéndome frente a él con los brazos cruzados—, venía a preguntarte si sabes algo sobre las luces que desaparecieron del árbol de la plaza.

—Oh, eso. —Fingió sorpresa—. ¿Desaparecieron? Un misterio muy intrigante. Qué pérdida tan trágica para la comunidad.

—Aiden.

—Kelsy.

Suspiré, sintiendo que mi paciencia se evaporaba.

—Garda O'Connor —le corregí—. Voy a hacerte una pregunta muy sencilla. Son esas —señalé su coche brillante— ¿las luces del árbol?

El vehículo parecía un reno radioactivo que había tenido un accidente en una fábrica de bombillas.

—Por supuesto que no. Estas son... importadas. De proveedores legales. Con factura y todo.

Mi ceja subió un centímetro.

—¿Importadas de dónde? ¿Del ayuntamiento?

—Me encanta verte tan seria, Kelsy. Das miedo y… otras cosas.

Me guiñó un ojo y los hoyuelos hicieron acto de presencia.

Quise arrancarle la sonrisa a tiras.

—Garda O'Connor —repetí con voz de trabajo—. Si resulta que esas luces son las del árbol, haré un informe con tu nombre y lo firmaré con afecto.

—¿Un informe? —comentó—. Qué amenaza tan... erótica.

La gente a nuestro alrededor se apiñaba.

—Byrne —le advertí, con un tono que habría hecho retroceder a cualquier persona sensata.

Él no era una persona sensata. Levantó las manos en gesto de rendición inocente, pero sin borrar esa sonrisa infernal.

—Vale, vale. No fui yo. Lo juro por... algo sagrado.

Detrás de mí, el sargento tosió con violencia, fracasando en contener la risa.

—¿Todo bien por ahí, O'Connor? —preguntó.

—Perfectamente —contesté sin girarme, manteniendo contacto visual con Aiden—. Estoy recabando información del sospechoso.

Los ojos de Aiden brillaron con insolencia; sabía que estaba cruzando la línea y había decidido hacerlo de todos modos.

—Por si lo preguntas para tu informe —continuó—, no tengo coartada sólida. Estaba en casa, solo. Bebiendo chocolate caliente y pensando en cómo mejorar el espíritu navideño de nuestro pueblo.

—Eso suena demasiado preparado, Byrne.

—Lo sé. No tengo mucho talento para la improvisación. —Frunció los labios—. Aunque mi madre me ayudó a poner esas luces en el coche. Pregúntaselo si quieres. Le encantará volver a verte.

—Lo haré —le aseguré, a pesar de saber que era mentira. Un testigo familiar no era fiable y no pensaba hacer el ridículo interrogando a la señora B sobre las luces.

Me di la vuelta, pero su voz burlona me siguió:

—Tómate tu tiempo con ese informe, agente. No querrás que parezca que disfrutas tanto interrogándome.

—Te juro que disfruto más fantaseando con ponerte una multa —murmuré.

—Qué bien —replicó él, divertido—. Al menos algo entre nosotros será oficial.

Ese hombre tenía un don sobrenatural para disolver incluso mi autocontrol de garda.

Mientras el sargento Flaherty seguía hablando con el carnicero y las ancianas iniciaban un debate teológico sobre la moral de usar luces LED en lugar de las incandescentes tradicionales, Aiden se acercó.

—Estaba pensando... —empezó con ese tono casual que jamás, en la historia de los tonos casuales, había significado algo casual—. El comité quiere revisar los cambios del desfile. Podríamos discutirlos durante una cena. ¿Recuerdas que hablamos de hacerlo?

Yo sabía lo que estaba intentando y él sabía que yo lo sabía. Incluso así, lo dijo con esa sonrisa de pecado irlandés.

—No —respondí, seca.

Ni siquiera me detuve. Pasé de largo, como si acabara de rechazar la oferta de una teleoperadora insistente.

Escuché sus pasos siguiéndome.

—¿No puedes... o no quieres? —insistió.

Me giré tan rápido que casi me torcí el tobillo.

—¿Tú qué crees?

—Un día te convenceré —declaró, y por supuesto que sacó los hoyuelos, los dos, como armas de destrucción masiva.

Le ofrecí la sonrisa más fría que encontré en mi arsenal.

—No voy a cambiar de opinión. Jamás. Ni en esta vida ni en la siguiente.

Me fui caminando y mis botas cantaron: «tengo autocontrol, soy fuerte, no caigo en trampas de hoyuelos».

Aiden tenía un problema: necesitaba caerle bien a la gente como otros necesitaban oxígeno. Por eso hacía todas esas tonterías en nuestra juventud. Era el chico gracioso, el bromista, el que todos recordaban con una sonrisa cuando mencionaban su nombre, y suponía que por la misma razón le daba caña con el «espíritu navideño» del pueblo. No se sentía completo si la gente no lo amaba, si no era el protagonista de la historia.

Sospechaba que yo era la única persona con la que tenía un problema sin resolver. Sus insinuaciones constantes, sus bromas cargadas de doble sentido, nada de eso era para seducirme. Era

penitencia. Quería que lo perdonara por lo que me había hecho años atrás.

Pero perdonar no era lo mismo que olvidar. Perdonar era soltar el cuchillo. Olvidar era fingir que nunca te habían apuñalado. Y yo aún sentía la herida cada vez que lo miraba, por mucho que hubiera dejado de sangrar hace tiempo.

Al doblar la esquina, casi levanté los brazos en victoria.

Le había dicho que no a la cara a Aiden, sin tartamudear. Sin imaginar en cómo sería sentarme frente a él con velas, vino y postre. No iba a pensar en eso. Ni en cómo la luz de las velas resaltaría ese verde imposible de sus ojos. Ni en si todavía bebía cerveza o había cambiado a vino. Y definitivamente no iba a recordar que siempre pedía tarta de manzana pero acababa robando la mitad de mi *brownie* o cómo me pasaba el dedo por el labio cuando lo tenía manchado de nata montada. En que conocía todos mis gestos, mis silencios, mis mentiras piadosas.

Mierda. Ya estaba pensando en ello.

Pero por una vez, había ganado. Por una vez, no había cedido ante Aiden y su sonrisa de pecado.

—Bien hecho, Kelsy —murmuré—. Eres una fortaleza. Una muralla. Una roca inquebrantable.

Hasta que, cinco minutos después, me sorprendí mirando el móvil, por si me había escrito por milagro.

# 9 El ejército de limpieza

El sábado amaneció con sol, pero del tipo falso y traicionero, que brillaba con intensidad solo para burlarse del frío que te cortaba la cara en cuanto salías.

Me decanté por una taza de café, en busca de ánimo, y me quedé mirando la sucia cocina con la resignación de quien contemplaba el escenario de un crimen sin resolver.

Era mi primer día libre desde que llegué al pueblo y si no limpiaba pronto, acabaría recibiendo una denuncia de sanidad. Probablemente expedida por mí misma.

Así que me até el pelo en un moño, me puse la sudadera más vieja de mi colección limitada de sudaderas viejas y saqué la artillería pesada: trapos, escoba, productos de limpieza y una actitud de «no pienso morir enterrada en este basurero».

Llevaba media hora en ello, canturreando por encima de la radio vieja que emitía música navideña, con más ruido desintonizado que melodía, cuando alguien golpeó la puerta. La abrí y me encontré con cinco adolescentes, que me miraban con expresiones que oscilaban entre la incertidumbre y el desafío mal disimulado. Tres chicos y dos chicas.

—Eh... ¿Garda O'Connor? —preguntó uno de los chicos, el más alto, con una voz de gallo joven que todavía no se había decidido entre grave o aguda.

—Depende —respondí, apoyándome en el marco—. Si vienes a venderme galletas, no tengo efectivo, pero sí ganas de comer.

—Nos dijeron que necesitaba ayuda —dijo una de las chicas, pelirroja, con pecas como constelaciones y una mirada demasiado directa y madura para su edad.

—¿Ayuda? —repetí, cruzándome de brazos—. ¿Con qué?

Intercambiaron miradas y se removieron incómodos.

—Eh... con la casa —respondió un chico.

Lo miré de arriba abajo. Tenía el pantalón lleno de manchas de pintura seca de varios colores y esa expresión universal de quien

había cometido un error pero se empeñaba en seguir adelante.

—¿Y quién dijo que necesitaba ayuda con mi casa? —pregunté. Dudaba que mi padre hubiera decidido echarme un cable.

Me respondió el silencio. El viento sopló entre nosotros, llevándose mi paciencia junto con algunas hojas secas.

—No se preocupe —dijo la pelirroja—. Solo vinimos a echar una mano. Sin compromiso.

Los observé uno por uno, buscando grietas en sus fachadas.

—¿Ah, sí? ¿Por la bondad de vuestros corazones?

—Ajá —confirmó ella sin pestañear.

—Cinco adolescentes. Madrugando. Un sábado. Para limpiar de buena gana la casa de una completa desconocida, que además es garda.

El chico del gorro sonrió, mostrando unos bráquets plateados.

—Nos vamos si no nos quiere —dijo, pero otro tiró de su manga y le susurró algo que no entendí bien, pero que sonó a «no podemos, dijo que la ayudemos».

Qué curioso.

—Si ya estáis aquí y al parecer tenéis tiempo libre y energía juvenil que desperdiciar, vamos a hacer que valga la pena. Entrad, antes de que cambie de opinión o recupere el sentido común —cedí.

Los organicé como si fueran un escuadrón militar en entrenamiento básico. Al alto lo mandé por los cristales, que no se habían limpiado desde que los dinosaurios vagaban por la tierra. A otro lo asigné al jardín salvaje que empezaba a parecerse a la selva amazónica. A las chicas las puse a despejar la sala de estar de cajas y desorden acumulado. Yo me quedé en la cocina, supervisando con aire de sargento instructora mientras fregaba superficies que no recordaban haber sido limpias alguna vez.

No hablaban mucho entre ellos. Solo susurros ocasionales y risitas ahogadas cuando pensaban que no los escuchaba. De fondo sonaba el ruido de cubos de agua, trapos contra superficies y en mi cabeza, el de mi escepticismo creciente. Necesitaba saber quién los había mandado.

—Así que... —comenté con tono casual mientras limpiaba el fregadero—. ¿De dónde sois?

—De aquí, del pueblo —contestó la pelirroja sin levantar la vista de la estantería que estaba organizando.

—¿Y qué os motivó a pasar un precioso sábado ayudando a limpiar la casa de una mujer que podría ser vuestra futura pesadilla?

Uno de los chicos, que llevaba una sudadera azul desteñida extra grande, muy parecida a la mía, se encogió de hombros con esa indiferencia adolescente estudiada.

—Nos pareció... divertido.

—¿Divertido? —Levanté una ceja—. Qué concepto tan preocupante de diversión tenéis.

—Bueno, es sábado —dijo otro mientras luchaba con el recogedor—. Podríamos estar en el centro comercial, gastando dinero que no tenemos.

—O robando coches —añadí con sarcasmo.

—Eso ya lo hice —murmuró el del gorro casi inaudiblemente.

Las dos chicas se rieron como si hubiera hecho un chiste brillante.

—Perdón, ¿cómo dices? —Me giré hacia él con mi mejor mirada de agente.

—Nada, nada. Era broma.

Tomé nota mental de esa confesión accidental.

Con el paso de las horas, el ambiente se aflojó. Entre cubos de agua sucia, música y trabajo compartido, empezaron a soltar migajas de información que yo solo tenía que recoger y juntar como un rompecabezas.

La chica del pelo corto y oscuro (Anna), mientras barría el porche:

«Dijo que era buena gente. Solo un poco testaruda y orgullosa, pero buena en el fondo.»

El alto (Finn), limpiando las ventanas:

«La próxima vez que la cague, no pienso pedirle ayuda a él.»

Empecé a atar cabos sueltos y llegué a la lógica conclusión de que no era obra de mi padre, sino que olía a una persona con demasiada iniciativa, demasiado encanto para su propio bien, y una tendencia alarmante a meterse en mi vida sin permiso.

Aiden.

—¿Me dais alguna pista sobre quién os envió? ¿Apodo, tatuaje distintivo, cicatriz de villano? ¿Quizá hoyuelos? —intenté.

Por la expresión que puso el del gorro, había dado en el clavo.

—Nos hizo prometer silencio.

Esbocé esa sonrisa que usaba en los interrogatorios.

—¿Sabes cuántas veces al día oigo esa frase en el trabajo? Vamos, confiesa. Prometo no usarlo en tu contra ante un tribunal.

Se rieron nerviosamente, pero nadie soltó prenda todavía.

Tardaron otros veinte minutos, tres canciones más de la radio, cinco anuncios, y bastante presión silenciosa de mi parte. Hasta que la pelirroja, visiblemente cansada de aguantar el secreto y mi mirada inquisitiva, suspiró y dijo:

—Aiden Byrne.

El silencio que siguió tuvo el peso de mi orgullo herido.

—Por supuesto. Tenía que ser él —farfullé.

—Mejor pagarle los favores y estar en paz —murmuró uno de ellos.

—¿Y por qué le debéis favores a ese... tío?

Las historias salieron, una tras otra.

El del gorro ridículo había chocado accidentalmente su bicicleta contra el coche de Aiden, rayándolo bastante, y él no solo no lo denunció sino que pagó la reparación de la bicicleta.

La chica bajita de pelo oscuro trabajaba media jornada en una cafetería del pueblo y Aiden la ayudó a conseguir una beca para un curso de verano de fotografía.

Al alto le prestó herramientas para un proyecto escolar de carpintería, cuando su padre no podía permitírselas. Tomé nota mental de preguntarle a Kirian si le habían robado herramientas.

La pelirroja lo había insultado en redes sociales después de una discusión estúpida, y él, en lugar de enfadarse o contraatacar, le consiguió trabajo de voluntaria en el festival de música.

Cada uno venía por un motivo distinto, pero el culpable era el mismo: Aiden dichoso Byrne.

Mientras los escuchaba, sentí algo confuso. ¿Aiden era un cabrón manipulador y encantador, jugando al benefactor secreto y

héroe local? ¿O de verdad tenía esos buenos sentimientos dentro?

Cuando terminaron, varias horas después, el salón brillaba como nunca lo había visto y la cocina olía a limón y desinfectante.

Los adolescentes se despidieron entre risas y bromas, prometiendo volver si necesitaba más ayuda forzada.

—Llámanos para lo que sea —dijo la pelirroja—. Aiden tiene nuestros números.

Cerré la puerta y el silencio llenó la casa limpia. Me pasé una mano por el pelo despeinado y me reí sola en mi cocina limpia.

Si Aiden pensaba que de ese modo pagaba sus pecados, se equivocaba. Mucho.

# 10 Un perro y una confesión

El cielo estaba gris plomo. Igual que mi ánimo.

El plan del día era simple y alcanzable: entregar tres informes, pasar por la tienda de la señora O'Dwyer para comprobar si había llegado el paquete de Dublín que contenía mi uniforme, y tratar de no pensar en Aiden durante más de cinco minutos consecutivos.

Fallé en el tercer punto antes de salir de la estación. No había acabado los informes, ni el del apuñalamiento del muñeco, tampoco el de robo de las luces. Y ambos apuntaban a Aiden.

Las luces de su coche eran idénticas a las robadas del árbol. Mismo modelo, misma marca. Había comprobado las facturas, las especificaciones técnicas, todo. El problema era que me faltaban pruebas. Nadie lo había visto robándolas y sin testigos, no tenía caso.

En cuanto al muñeco apuñalado, estaba casi segura de que Aiden había mentido sobre la descripción del agresor. Los detalles no cuadraban, la historia tenía más agujeros que el pobre muñeco. Mi teoría era que él mismo lo había hecho pero ¿por qué? Si el muñeco le pertenecía, ¿qué sentido tenía destruirlo y luego denunciarlo como vandalismo?

A menos que... que quisiera mi atención. A menos que todo esto fuera una elaborada excusa para que yo tuviera que interrogarlo, investigarlo, pasar tiempo con él.

«No. Ni siquiera Aiden sería tan...»

Miré los informes otra vez.

«Mierda. Sí lo sería.»

Aunque me extrañaba, ¿tan importante era mi perdón para él?

El móvil vibrando en mi bolsillo me salvó de indagar demasiado a fondo. Lo saqué esperanzada, pero apreté los dientes después de leer el mensaje de mi hermana, Siobhan.

**¿Cómo estás? Mamá pregunta si estás comiendo bien. Le dije que probablemente no. Llámala, por favor. O al menos mándame una foto de algo verde que hayas comido esta semana.**

Guardé el móvil sin responder.

Siobhan era la hija perfecta, con su piso perfecto en Dublín, su trabajo perfecto en *marketing*, su novio perfecto que olía a dinero y ambición. Siobhan pasaba con mamá todas las tardes de martes, llamaba a papá cada domingo, sin falta, y nunca olvidaba cumpleaños ni aniversarios. Era mi melliza, pero igualmente yo bien podría haber nacido en una familia de monos, tan diferentes éramos.

Yo elegí un uniforme que me quedaba mal en lugar de un traje de oficina que me habría quedado igual de mal, pero con mejor sueldo. Opté por entrenar con armas y sacos de boxeo, cuando la alternativa era pasar los días en el espá y fiestas benéficas con mi madre.

Las amaba a las dos. A mamá, con su eterna preocupación disfrazada de crítica constructiva, y a Siobhan, con su perfección involuntaria, que nunca fue maliciosa, pero siempre dolió porque era un espejo de todo lo que yo jamás llegaría a ser.

Nunca había tenido lugar entre ellas, no del todo. Éramos tres mujeres que hablaban el mismo idioma pero que parecían no estar en la misma conversación.

Si tenía alguna esperanza de que no fuera así, la destruyó escribiéndome para criticar mis hábitos alimenticios pero no para darme explicaciones de porqué aún no me había enviado el paquete con mi uniforme.

Mis pasos me llevaron, sin haberlo decidido conscientemente, hacia la cafetería de Annie.

Mientras admiraba las guirnaldas colgando de las farolas y las decoraciones navideñas, me encontré tarareando los villancicos que sonaban en los altavoces de las tiendas. Hasta una atea como yo, debía reconocer que el pueblo estaba precioso en esta época, y que la alegría que se respiraba era contagiosa.

Me duró hasta que me encontré con un Papá Noel inflable nuevo vigilando la esquina del ayuntamiento, como un centinela

navideño, esperando otro ataque.

A mitad de camino oí un leve chasquido detrás de mí y me invadió la sensación de que me seguían. Me detuve, fingiendo que observaba un escaparate y escuché un paso suave, después otro. Luego, un resoplido.

Me giré despacio y descubrí al perro callejero que había visto rondando la plaza durante días. Su pelaje, que en algún momento debía haber sido dorado, era una mezcla desigual de tonos miel y crema, apelmazado por la lluvia. Tenía el pecho ancho, la cola larga que agitaba en el aire con un entusiasmo exagerado, y orejas que apuntaban en direcciones opuestas.

—¿Por qué me sigues? —le pregunté.

El perro ladeó la cabeza. Se sentó sobre las patas traseras y movió la cola contra el pavimento mojado.

—Vale. No quieres contestarme, no pasa nada. No eres el único —discutí, pensando en mi hermana.

Después me di cuenta de que estaba hablando con un perro y miré alrededor, en busca de cámaras de móviles. Solo me faltaba hacerme viral por hablar con los animales.

—Voy a seguir, ¿de acuerdo? —le informé de todos modos—. Sé un buen perro.

Durante media manzana más, el cachorro me siguió con la dedicación de un detective privado malo en su trabajo. Se detenía cuando yo lo hacía. Fingía estar fascinado por algo en dirección opuesta cuando me daba la vuelta para mirarlo. Tenía ese aire culpable de quien sabía que estaba siendo obvio pero no tenía talento para disimular mejor.

Dejé de intentar espantarlo y seguimos juntos. No tenía demasiada compañía últimamente y una sombra fiel, aunque peluda y probablemente con pulgas, no era lo peor del mundo.

La cafetería de Annie Kelleher era el corazón latiente del cotilleo, el consuelo y el café decente. Annie misma era una mezcla imposible entre hada madrina y tormenta eléctrica. Podía hornear el mejor *scone* del condado y destruir tu autoestima con una sola mirada.

Esperaba de todo corazón que notara que destruir mi autoestima era lo menos que necesitaba.

—¡Kelsy! —exclamó cuando me vio entrar, con una alegría genuina que me hizo sentir culpable—. Por fin apareces, criatura.

Agaché la cabeza, avergonzada. Tendría que haber pasado a saludar hacía días, pero había estado demasiado ocupada haciendo... bueno, evitando esto. Las conversaciones reales. Las preguntas sobre cómo estaba de verdad.

—Capuchino triple, por supuesto —dijo ella, ya girándose hacia la cafetera con movimientos practicados de décadas—. Con esa cara necesitas cafeína intravenosa, pero esto tendrá que servir.

—No deberías sobornar a una agente, Annie —bromeé, acercándome a la barra de madera, gastada por mil conversaciones.

—No me atrevería, cariño.

Salió y me envolvió en un abrazo que olía a canela, café y esa seguridad maternal que mi propia madre nunca había sabido transmitir. Annie había sido amiga de mi madre desde que eran jóvenes, antes de que mamá se mudara a Dublín y se convirtiera en la versión pulida y exitosa de sí misma.

Durante toda mi adolescencia caótica, Annie había sido más madre que la biológica. Cuando me refugiaba en su cocina huyendo de los silencios tensos de mi casa, de las comparaciones implícitas con Siobhan que nunca se pronunciaban pero siempre flotaban en el aire, Annie me daba chocolate caliente sin hacer preguntas incómodas. Y en días como este, con las calles mojadas y el mundo sintiéndose demasiado pequeño y demasiado grande al mismo tiempo, esa memoria olía a hogar.

—¿Cómo van tus días de guardiana de la ley y el orden? —preguntó ella, deslizando el capuchino humeante hacia mí.

—Estoy haciendo grandes avances —bromeé, pero me dio un ataque de reina del drama—. Ah, Annie, no consigo que ni este perro me haga caso.

El perro, que había esperado educadamente en la puerta como un caballero victoriano, decidió que ya había cumplido con el protocolo y aprovechó para entrar con un cliente.

Annie lo vio olfateando el marco de madera y las baldosas con interés detectivesco.

—¿Y tú quién eres, chiquitín? —preguntó, agachándose con más ternura que la que yo había recibido de mi familia en años—. No me digas que también vienes buscando café y consuelo.

El animal la miró con esos ojos marrones y sabios, evaluándola, y luego movió la cola.

—No es mío —dije—. Pero creo que lleva un par de días siguiéndome.

—Ah. Así empiezan todos los grandes amores de la vida. Con la negación. —Sacó un trozo generoso de pan, que el perro aceptó encantado—. Tienes mejor gusto en compañía que la mayoría de la gente.

Miré al perro y tuve que estar de acuerdo con ella.

—Tu madre me llamó ayer para preguntar si te veía sana, centrada y con una alimentación equilibrada —añadió Annie—. Palabras textuales.

Solté una risa que sonó más a exhalación dolorosa.

—Por supuesto que llamó. Siobhan debe haberle reportado que no respondo a sus interrogatorios.

—Tu hermana se preocupa a su manera —dijo Annie con cuidado.

—Pues no se preocupa de enviarme mi uniforme —me quejé.

Annie bajó la mirada hacia mi pecho, donde los botones libraban su batalla perdida, y se mordió el labio para no reírse.

—Bueno, al menos llama la atención. Nadie va a discutir contigo vestida así.

—Porque tienen miedo de que los botones salgan disparados y los dejen tuertos.

Ella despachó mi comentario con un gesto de mano.

—Después del vídeo de Aiden saliendo de tu casa, nadie va a estar mirando tu uniforme. Estarán ocupados con las apuestas sobre cuánto durará la relación.

—No me lo recuerdes —gemí, hundiendo la cara entre las manos.

—La señora Murphy lo ha compartido en el grupo de WhatsApp de la parroquia —continuó sin clemencia.

—Mátame ahora.

—Espera, que aún no has visto los comentarios. Mi favorito es el de Declan O'Brien. —Annie hizo memoria—. ¿Alguien sabe si la garda nueva está soltera o Aiden ya la ha fichado?, algo así.

Me salvó el perro, que atento al clima emocional tenso, se acercó y apoyó su cabeza peluda en mi rodilla. Le pasé la mano por el lomo y sentí su pelaje húmedo.

—No te acostumbres —murmuré, pero mi voz tenía cero convicción.

—Demasiado tarde para advertencias —dijo Annie suavemente—. Ya te adoptó.

—Lo último que necesito en mi vida es más apego —respondí.

Annie apoyó ambas manos sobre la barra y me miró.

—Kelsy, cariño. El apego no es tu problema, nunca lo fue. Tu problema es que pasaste toda tu vida huyendo de él porque creíste que si no encajabas en el molde de tu madre y tu hermana, entonces no merecías quedarte en ningún lado.

—Eso no es... —me quedé a medias, porque sus palabras resonaron en el fondo de mi mente.

—Tu madre te quiere —continuó ella, gentil pero implacable —. Y Siobhan también. No es culpa tuya no parecerte a ellas y por descontado, no es culpa tuya por necesitar algo diferente de lo que ellas pueden darte.

Bebí un sorbo largo de cappuccino y miré por la ventana. El cielo comenzaba a aclararse y escuchaba los murmullos de la clientela, pero no prestaba atención a lo que decían. Annie me había resumido lo que yo sabía desde hacía tiempo.

Charlamos unos minutos más, pero era una hora concurrida y dejé que atendiera a los clientes.

Cuando el perro y yo caminamos de vuelta juntos por la calle principal, pensé, sin querer hacerlo y sin poder evitarlo, en Aiden.

Hubo un tiempo en que creí que me miraba como si me viera de verdad. Una época en la que pensé que me entendía, cuando ni yo misma lo hacía. Que conectábamos a pesar de las diferencias de

estatus físico entre nosotros. Pero todo acabó con su vil traición. Aunque nunca le pedí explicaciones de por qué había ido a chivarse a mi padre, sabiendo que me castigaría y no me perdonaría el resto de mi vida. ¿Para qué? Si un amigo me traicionaba, entonces era que no lo había sido nunca.

No obstante, lo pasado no le impedía ocupar todos mis pensamientos, incluso cuando no estaba presente.

Suspiré, y el sonido se perdió en el viento frío.

—Muy bien, chico —le dije al perro—. Si vas a seguirme, tendrás que aprender a no juzgarme cuando tomo malas decisiones. Y te adelanto que van a ser muchas.

Él bostezó, mostrando todos sus dientes, lo cual interpreté como una promesa de lealtad o como indiferencia absoluta.

Lo guié hacia el interior de la casa, en el salón, donde el fuego se había convertido en brasas moribundas. Añadí un par de troncos más y me senté en el sofá, con la manta sobre las piernas y el perro a mis pies.

Bajo la mesita observé la cesta que me había traído Aiden. Estaba segura de que lo había hecho solo para sacarme de mis casillas, pero había vuelto a mi vida con la misma facilidad con la que respiraba.

Y yo, idiota redomada, le había abierto la puerta.

Otra vez.

# 11 Custodia compartida

Esa noche decidí que el perro necesitaba un baño. Lo metí en la bañera. Me miró como si lo estuviera enviando a la horca, con ojos redondos y húmedos que pedían clemencia. Pero en cuanto lo cubrí de espuma y el agua se volvió gris, supe que había hecho lo correcto. Al terminar, olía a champú demasiado caro para perros y me observaba desde el suelo con la dignidad herida.

Encendí la chimenea y le preparé una cama improvisada, con una manta y una vieja almohada. Cuando el fuego empezó a crepitar, el salón se llenó de una calidez que hacía tiempo que no sentía.

Annie me había dado un poco del estofado del día y se lo serví en su cuenco nuevo. El perro comió, se acomodó frente al fuego y soltó un suspiro tan profundo que me hizo reír.

La escena era perfecta: la chimenea encendida, la lluvia afuera, el perro dormido a mis pies y yo, con la sensación absurda de estar exactamente donde debía estar.

Duró una sola noche.

A la mañana siguiente, la cama estaba vacía, el cuenco limpio y ni rastro del perro.

Mi primer pensamiento fue que había vuelto a la calle y el segundo, que lo habían atropellado, porque el optimismo no era mi fuerte antes del desayuno. Salí a buscarlo, llamándolo con una mezcla de preocupación y malhumor, segura de que sonaba ridícula. Giré la esquina del *pub*, tan ensimismada que casi me caí de bruces en los brazos de Aiden.

Estaba sentado en un banco bajo el toldo, con una taza en la mano y el muy ingrato perro echado a sus pies.

Me había robado el perro y le había puesto ropa. Un maldito jersey de lana gris, con un reno bordado en el pecho y pompones rojos en las mangas.

—¿Qué demonios…? —fue todo lo que logré decir.

Aiden levantó la vista con su sonrisa más inocente, que en su caso era una forma particularmente refinada de provocación, y alzó

una ceja con aire satisfecho.

—Oh, buenos días, Kelsy. Qué agradable sorpresa. Justo estábamos hablando de ti. Bueno, yo hablaba, Finn escuchaba, aunque dudo que me juzgue tanto como tú. ¿Te gusta su nuevo atuendo? Pensé que necesitaba algo más festivo.

Me quedé mirando al perro, luego a Aiden, después otra vez al perro, que sacudía la cola, pero seguía echado a los pies de mi enemigo.

—¿Finn? —pregunté.

—Todo héroe necesita un nombre con encanto —se explicó.

Quise protestar, pero el perro parecía estar conforme con el nombre y no pretendía traumarlo con nuestras discusiones.

—Lo has secuestrado —deduje, echándome a un lado para ver si le había puesto un collar o una correa.

Me imaginaba que el perro había salido por la puerta trasera, del lavadero, que no cerraba bien y se abría al primer golpe del viento, pero no sabía cómo había llegado hasta Aiden.

—Siempre piensas lo peor de mí —se quejó él—. Lo he adoptado. Lo encontré en la calle y tenía frío. Aunque, cosa rara —arrugó la nariz—, olía a flores. Casi lo confunden con una mascota de exposición.

—Le di un baño —repliqué, cruzándome de brazos—. Y una cama y comida decente.

—Ah, ¿es tuyo? —se interesó—. No sabía que tenías perro.

No supe qué responderle. El perro, Finn, no era mío. Podía cuidarlo en el pueblo, pero en Dublín no sería igual de fácil. No obstante, que yo no lo hubiera adoptado oficialmente, no significaba que fuera a dejárselo a Aiden.

—Devuélvemelo —espeté.

Aiden chasqueó la lengua y se inclinó hacia el perro.

—¿Qué opinas, Finn? ¿Con quién prefieres quedarte?

El perro me miró, ladeó la cabeza y se acercó a mí.

Sonreí victoriosa.

—¿Ves? Tiene criterio.

Pero antes de que pudiera disfrutar mi triunfo, Finn dio media vuelta, regresó junto a Aiden y se tumbó otra vez a sus pies.

—Traidor —farfullé.

A Aiden le bailó la risa en los labios.

—No te ofendas, Kelsy. Algunos hombres sabemos cómo ganarnos la confianza de los demás. Aunque he de admitir que contigo me está costando un poco más.

Le lancé una mirada afilada, pero él solo rio.

—A lo mejor —añadió en voz más baja, sin apartar la vista de mí— no te molesta tanto que me gane a tu perro, sino que te gane a ti.

El corazón me dio un salto, así que hice lo único que sabía hacer: fingir indiferencia.

—Sigue soñando, Byrne. Y devuélveme a mi perro.

—Tarde —dijo, encogiéndose de hombros—. Ya se ha pasado a mi bando. Pero si te consuela, los dos te echaremos de menos.

Me giré y no respondí. No entendí por qué sentía una sonrisa creciendo en mi interior.



La guerra por Finn duró cuatro días antes de convertirse en un asunto público. Y para mi absoluta desgracia, en contenido viral.

Una mañana encontraba al perro frente a mi puerta, empapado y con expresión de mártir; la siguiente, el muy traidor aparecía en la plaza, siguiendo a Aiden como si fuera su guardaespaldas.

El pueblo entero se lo tomaba como un chiste.

En la tienda, la señora O’Dwyer me dijo:

—Lo vi esta mañana con Byrne, le compró una salchicha. ¿Quieres comprarle tú también una?

Y en el *pub*, Annie remató la humillación:

—No es por nada, cariño, pero Finn parece tener más química con Aiden que tú.

—No es mi perro —insistí.

A nadie le importaba. A veces pensaba que el pueblo entero tenía un pacto secreto para volverme loca.

Un día llegué a la estación y encontré a Maggie convulsionándose de risa detrás del mostrador. Tenía el móvil pegado a la cara y no reconoció mi existencia cuando entré. Levantó un dedo tembloroso en el gesto universal de «espera, esto es demasiado bueno para interrumpir».

—Buenos días —dijo por fin, conteniendo la risa con el éxito de alguien intentando contener un tsunami con las manos—. Pregunta seria: ¿la ley regula la tenencia compartida de animales domésticos entre ex... o lo que sea que seáis tú y Aiden?

—¿Qué demonios...? —empecé, pero ella ya estaba girando el móvil hacia mí.

La pantalla brillaba con colores navideños agresivos y un título que me hizo querer mudarme a una isla desierta sin wifi:

**GUERRA DE CUSTODIA**

**El triángulo amoroso entre la garda Kelsy, Aiden Byrne y Finn, el perro más adorable de Irlanda.**

**ACTUALIZACIONES DIARIAS.**

Me quedé paralizada, observando con horror creciente mientras el vídeo se reproducía automáticamente.

Las imágenes empezaban conmigo en la plaza, llamando a Finn con desesperación, mientras Saoirse narraba con tono dramático:

**Nuestra heroína local intentando recuperar a su perro… Pero ¿quién aparece al fondo con una sonrisa que derretiría el hielo de diciembre? Exacto, Aiden Byrne, el rompecorazones de Glenshannon, destructor de esperanzas desde dos mil diez…**

La cámara se movió con brusquedad hacia Aiden, que estaba agachado acariciando a Finn, con una expresión de victoria tan obvia que podría haberse puesto una corona. El perro lamía su cara como si acabara de encontrar al amor de su vida.

La voz de Saoirse continuó, cargada de implicaciones:

**¿Coincidencia? ¿Destino? ¿Manipulación? Dos almas divididas por un perro y casi diez años de historia no resuelta. Permanezcan atentos al próximo episodio.**

**#ElDramaDeFinn #EquipoAiden #EquipoKelsy**

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Por favor —le imploré a Maggie—, por favor, dime que esto tiene menos de cien visualizaciones. De jubilados que no saben usar internet correctamente.

—Ochenta y dos mil —canturreó ella—. Y subiendo por minutos. Hay GIFs, memes y una encuesta sobre quién merece quedarse con Finn. Aiden va ganando por un margen estrecho, así que debes hacer algo si no quieres perder.

—¿Cómo qué? —se me escapó.

—No sé, posar con Finn, hacerle mimos en público. Demostrar que eres la mejor opción. O un vídeo, los vídeos funcionan mejor.

—Maggie, soy garda. No *influencer* canina.

—Pues Aiden acaba de subir una historia en Instagram donde Finn le lame la cara. Lleva tres mil «me gusta» en veinte minutos.

—¿Aiden tiene Instagram? Yo no tengo.

—Exacto. Por eso vas perdiendo.

—Voy a estrangularlo con la correa de Finn.

—Esa violencia no te va a ganar votos, cariño. Aunque... podría funcionar como contenido viral —se mofó ella.

Me di la vuelta y me refugié detrás de mi escritorio. No hablé con nadie durante las siguientes tres horas. Rellené papeleo como si me fuera la vida en ello y cuando mi estómago gruñó enfadado, decidí que era hora de ir a ver a Annie y despejar la cabeza.

Grave error. Error monumental. Error digno de estudiar en academias: «Qué no hacer cuando eres viral en Internet».

La cafetería no solo estaba llena de personas, estaba repleta de comentarios, guiños cómplices, susurros mal disimulados y risitas ahogadas que explotaban en carcajadas cuando pensaban que no los escuchaba.

El carnicero me preguntó con absoluta seriedad si había contratado a un abogado especializado en custodia canina. Annie me

ofreció un descuento permanente en croquetas para Finn «sin importar en qué casa duerma esta semana» y terapia emocional para mí «porque está claro que la necesitas, cariño». Una anciana que nunca había visto en mi vida me detuvo de camino al baño para preguntarme si el perro «dormía en casa del novio o de la novia esa noche, porque necesitaba saberlo para su apuesta».

Volví a la estación, con un sándwich a medio comer y mi dignidad hecha jirones.

El sargento Flaherty me observó desde su escritorio mientras yo archivaba reportes con demasiada energía.

—¿Te pasa algo, O'Connor?

—Absolutamente nada —respondí, golpeando una carpeta contra el escritorio.

—Tienes la mandíbula apretada desde hace tres días. Eso no es nada. Parece violencia reprimida.

Pensé en comentarle que Aiden era mi único sospechoso en los casos, dada su edad y experiencia. Pero temí que se riera de mí, así que me aguanté las ganas. De un modo u otro, resolvería estos casos.

—Solo estoy cansada. El festival navideño me tiene hasta aquí —señalé un punto por encima de mi cabeza—. Y subiendo.

—Ah, el festival. —Se recostó en la silla con esa sonrisa de quien sabía con precisión qué botones presionar—. He oído que Aiden está haciendo un trabajo estupendo como coordinador.

—Gracias por la información no solicitada —dije entre dientes —. Es justo lo que necesitaba para completar mi día perfecto.

Soltó una carcajada breve pero se puso serio repentinamente. Su carraspeo me hizo girarme y casi tropecé con la bola de pelo que se enredó entre mis pies.

—¡Finn! —exclamé, agachándome para calmar al perro sobreexcitado, que saltaba como un misil teledirigido de felicidad.

Pero cuando me levanté con él en brazos (pesaba más de lo que recordaba, el traidor estaba engordando), descubrí que venía acompañado.

Por supuesto que sí.

Aiden estaba apoyado en el marco, con una pose de portada «Hombres Irlandeses Insoportablemente Atractivos, edición invierno». Llevaba un gorro ridículo con un pompón rojo que debería haberlo hecho parecer idiota pero que, maldita sea, solo lo hacía más... él.

—Vengo a devolver evidencia crucial —anunció, apoyando una cesta de mimbre en el mostrador de Maggie.

Alcé las cejas.

Señaló a Finn, que lamía mi cara con devoción.

—Evidencia de que este perro tiene pésimo gusto en humanos. Sigue volviendo a ti cuando está claro que yo soy la mejor opción.

Maggie soltó un resoplido mal disimulado y se acercó con unos papeles en la mano. Por la pinta que tenían, sospeché que los había recogido a toda prisa de la papelera solo para tener excusa de estar cerca del drama.

Le fruncí el ceño, esperando que captara la indirecta y se retirara a un perímetro seguro. Me respondió con un guiño y se quedó donde estaba.

—No sé si estás al tanto —le informé a Aiden—, pero hay un vídeo circulando por internet. Sobre nosotros y Finn. Con efectos especiales y música dramática.

—¿Ah, sí? —Fingió sorpresa con una actuación digna de los premios de la academia—. ¿Qué tipo de vídeo?

Lo fulminé con la mirada hasta que carraspeó.

—Vale, puede que esté al tanto.

—No. Es. Gracioso.

—Depende de a quién le preguntes. —Su sonrisa se ensanchó —. Finn tiene casi dos mil seguidores. Es prácticamente una celebridad. Estoy considerando conseguirle un agente.

El perro saltó de mis brazos y corrió hacia Aiden, como si de repente yo fuera una completa extraña.

—Espera. —Procesé sus palabras—. ¿Le has hecho una cuenta al perro?

—Por supuesto. —Aiden lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. @FinnElPerroDeGlenshannon.

—Es que es adorable —intervino Maggie—. Publica fotos todos los días. Ayer subió una de Finn con una bufanda navideña que me hizo llorar de ternura. Yo soy seguidora desde el día uno.

—Todo el mundo en este maldito pueblo está completamente loco —murmuré, sintiendo mi cordura escapar por la ventana.

Aiden tiró al suelo una golosina y Finn, motivado por la promesa de comida, empezó a correr en círculos frenéticos, tropezando con sus propias patas.

Ahogué una risa bajo el puño.

—Me gusta verte reír de nuevo —dijo Aiden suavemente—. Aunque sea mientras intentas matarme con la mirada. Es progreso.

Me costó volver a ponerme seria. Tuve que mirarle y recordarme que no podía confiar en sus palabras ni en cómo me hacía sentir.

—Por cierto, me temo que Finn prefiere mis juguetes. Están ahí. —Señaló la cesta—. Sin ofender, pero mis pelotas son superiores.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Acabas de presumir de tus pelotas delante de mí?

Maggie estaba a punto de explotar de tanto contener la risa. Tenía las mejillas hinchadas y la cara roja. Ayudó recogiendo una de las pelotas de la cesta y pasándosela a Aiden.

—Mira, las tuyas son funcionales, pero las mías... —Él la sopesó en la mano—. Más firmes, mejor agarre...

—Claro que sí, Byrne. Seguro que eso es lo que les dices a todas.

Su sonrisa se congeló por un segundo antes de recuperarse.

—¿Todavía estamos hablando del perro? —se interesó Maggie.

No le hice caso, ocupada en ganar esa batalla.

—El perro come basura del suelo. No sé si es la mejor referencia para evaluar calidad.

—Auch. —Aiden se llevó la mano al pecho—. Eso ha dolido. Mis pelotas y yo estamos ofendidos.

—Sobrevivirás. Gracias por el informe. Puedes irte. Vete. Sal. Abandona el edificio.

—No puedo. —Consultó su reloj con exagerada preocupación —. Te estoy esperando.

—¿Para qué?

—La reunión del Comité del Festival. Hoy es el gran ensayo en la plaza. ¿Lo olvidaste? Está en la agenda.

Maldición. Lo había olvidado completamente.

Resoplé y fui por mi chaqueta.

—Después de ti —ordené.

Lo seguí hacia la puerta mientras salíamos en fila india, aunque Finn no se decidía si quería ir primero como un explorador valiente, último como retaguardia, o entre Aiden y yo, haciendo de mediador.

Acabó tirando de la correa hacia la izquierda justo cuando Aiden giraba a la derecha, consiguiendo que ambos acabáramos enrollados.

—Mierda —solté cuando mi cara quedó a centímetros del pecho de Aiden y mis manos en sus hombros.

Sus dedos se cerraron instintivamente en mi cadera para evitar que me cayera. O eso me dije a mí misma.

—Finn es un romántico —comentó Aiden. El muy cabrón no se movió ni un centímetro—. Y tengo que admitir que su técnica es efectiva. Llevaba años intentando conseguir que te pegaras tanto a mí y el perro lo logra en dos segundos.

Tragué saliva.

Sus ojos bajaron a mis labios por una fracción de segundo antes de volver a encontrar mi mirada.

—Aunque si vamos a estar así de cerca, O'Connor, al menos podríamos aprovecharlo mejor. —Su sonrisa era puro pecado—. Tienes las manos frías. Podría calentarte.

Me aparté de un empujón, con el corazón desbocado.

—En tus sueños, Byrne.

—Créeme —dijo—, en mis sueños ocurre bastante más.

Me desenredé con toda la dignidad que pude reunir (ninguna), y salí a la calle.

Balance a mediodía: cero muertes, una crisis existencial, un perro casamentero con un plan maestro y Aiden confesando que tiene sueños eróticos conmigo.

Si esto fuera una película romántica, sería el momento en que la protagonista hacía una mala decisión.

Adelanto: yo era la protagonista.

Y las malas decisiones eran mi especialidad.

# 12 Investigación fallida

La plaza se había transformado en un circo navideño de proporciones épicas.

Había puestos medio montados, con carteles anunciando «Té caliente y bollos» y «Vino especiado». Los voluntarios corrían de un lado a otro, tropezando con cables eléctricos, gritándose órdenes contradictorias que nadie seguía, y creando un caos que hacía que mi primer día en el trabajo pareciera organizado.

Hasta que Aiden entró en acción. Y maldita sea, fue como ver a un director de orquesta tomar control de músicos borrachos.

Dio órdenes claras a un grupo de adolescentes, habló con el grupo de ancianas del comité, que se sonrojaron como quinceañeras, y consiguió que dejaran de discutir sobre la colocación exacta del pesebre. Ayudó a unos hombres a descargar cajas pesadas con la facilidad de quien ha pasado años trabajando con las manos, aunque sabía que lo suyo era no mover el culo de la silla del ordenador.

Lo observé desde mi puesto de vigilancia, tomando nota de cómo organizaba voluntarios con una facilidad exasperante y natural, que hacía que todos lo siguieran sin cuestionar. Un chiste por aquí que provocaba risas colectivas. Una sonrisa deslumbrante por allá que dejaba a las señoras del comité abanicándose. Un guiño bien colocado que hacía reír a los adolescentes.

Era el mismo Aiden del instituto, el que podía engatusar a cualquiera con su encanto. Mi amigo durante un tiempo, hasta que...

—Para de mirarlo, Kelsy —me dije entre dientes, mientras él ayudaba a un niño a desenredar unas luces.

Pero era demasiado tarde. Me vi arrastrada a mi último año de instituto. Aiden ya había terminado el suyo pero no había ido a la universidad. Se había quedado en Glenshannon con demasiado tiempo libre, que repartía entre el ordenador, ayudar a Kirian en el taller y hacer un caos de mi vida.

Algo había cambiado en él durante esos meses. Estaba más nervioso, de peor humor. Se enfurruñaba como un niño cuando rechazaba sus planes. Montaba escenas si yo elegía salir con otras personas en lugar de con él.

Y yo ya estaba cansada de fingir que era mi amigo y que no estaba enamorada de él. Me sentía tan avergonzada por mis sentimientos que cambiaba de novios como de calcetines para demostrarme a mí misma y a los cotillas de mis compañeros que solo tenía sentimientos de amistad hacia Aiden.

—¿Vas a mirarme todo el día —me llamó él—, o vas a ayudar?

—Estoy trabajando —respondí.

Se volvió.

—Me gusta que te preocupes tanto por mí. Es reconfortante.

—No me preocupo por ti —me sonrojé—. Cumplo con mi deber de supervisión de eventos públicos.

—Claro. Sigue diciéndote eso, agente O'Connor. A ver si algún día te lo crees.

Era infinitamente más fácil odiarlo cuando no me sonreía así.

Me giré para inspeccionar los puestos con eficacia fingida, intentando ignorarlo y fracasando miserablemente. Cada cable suelto, cada caja apilada de forma sospechosa, cada guirnalda movida de su sitio me hacía sospechar de él y de sus intenciones. ¿Y si estaba planeando otro ataque bajo mis propios ojos? ¿Podría convencerlo de que confesara su culpa en los otros casos?

A mitad de la tarde, la nieve empezó a caer en serio, copos gordos y perfectos. Sabíamos que no duraría, pero como nos pilló a todos de improvisto, creó un caos.

Los voluntarios corrieron a cubrir los altavoces con lonas. Los niños del coro empezaron a gritar de alegría y la señora Murphy comenzó a maldecir al cielo como si Dios personalmente le debiera una explicación detallada sobre sus decisiones meteorológicas.

En medio de todo eso, Aiden se acercó y me ofreció su enorme bufanda verde.

—No, gracias —negué, aunque mis dientes castañeteaban de forma audible.

Me había ido tan deprisa que me había olvidado la mía, así como de los guantes.

—Te estás congelando —insistió—. Puedo ver cómo tiemblas.

—Estoy más que bien —mentí, abrazándome a mí misma para ocultar el temblor.

—Eres cabezota. —Dijo esto con tanta suavidad que no sonó a insulto—. Entonces quédate ahí y observa cómo salvo la Navidad.

Y maldita sea su alma irlandesa, lo hizo.

Consiguió que el generador eléctrico temperamental arrancara con un rugido victorioso. Organizó a los niños del coro en filas que parecían milagrosamente ordenadas por primera vez en la historia. Hasta convenció a la señora Murphy de que la nieve era parte del encanto auténtico y justo lo que necesitábamos para ambiente.

Las luces de la plaza se encendieron, aunque eso hizo más evidente que el abeto gigante estaba apagado. Los voluntarios aplaudieron y la plaza se transformó en un cuadro navideño perfecto.

El ensayo terminó con aplausos, abrazos y la señora Murphy distribuyendo bollos caseros a todos los voluntarios como si fueran medallas de honor.

Me acerqué a donde Aiden revisaba cables junto a Kirian, quien había aparecido con una caja.

—Buen trabajo, agente —dijo este—. Casi parece un festival de verdad.

Me removí incómoda, porque no había hecho nada útil, excepto observar y sospechar.

Kirian se giró hacia su hermano menor.

—Aquí tienes todo lo que me pediste. Revisa que esté completo.

Aiden asintió, pero algo en su expresión, una sombra detrás de su mirada, activó todos mis instintos de garda.

—¿Qué hay en esa caja? —me interesé.

—Decoraciones —respondió con un tono inocente que sabía decodificar. Luego ladeó la cabeza y sonrió, demasiado tranquilo. —Pero si quieres inspeccionarla, te invito a mi casa. Solo tú, yo, esa

caja misteriosa y una botella de vino. Para fines profesionales, por supuesto.

—Prefiero morir congelada en esta plaza —dije.

Él arqueó una ceja.

—Entonces abrígate, porque pienso irme ahora mismo.

Y se marchó con la caja al hombro, sin esperar respuesta.

No había razón para seguirlo. Pero mis pies parecían tener voluntad propia, y antes de darme cuenta, estaba caminando detrás de él por la calle lateral, con la nariz metida en el cuello de la chaqueta y el corazón agitado.

La noche era densa y húmeda; la nieve caía otra vez, en copos gruesos que se derretían apenas tocaban el suelo.

Cuando dobló la esquina hacia su casa, lo perdí de vista. Apresuré el paso y tuve tiempo de verlo entrar por la puerta lateral, que daba a la cocina.

Era ahora o nunca.

Ni siquiera me detuve a pensarlo antes de girar el pomo de la puerta y llamarlo:

—Aiden.

El sonido de mi voz fue absorbido por el calor del interior.

La caja estaba sobre la mesa, abierta. Dentro había cables, bombillas y otras decoraciones navideñas, aunque su casa ya estaba decorada. De las ventanas colgaban luces en forma de copos de nieve y sobre los alféizares había coronas de abeto con muñequitos y velas.

Mientras yo observaba todo esto, Aiden entró por la puerta que comunicaba con el salón, en pleno proceso de quitarse el jersey. Se quedó congelado al verme, con la prenda a medio camino sobre su cabeza. Una procesión de emociones cruzó su rostro: sorpresa, miedo, inquietud. Pero al final ganó la provocación.

—Kelsy —ronroneó—. Así que aceptaste mi invitación.

—Solo quería asegurarme de que no estuvieras manipulando nada del ayuntamiento —le informé con rapidez.

—Qué dedicación. —Su voz bajó una octava.

—Te investigo.

Alzó una ceja mientras se acercaba y dejaba el jersey sobre el respaldo de una silla.

La camiseta ajustada reveló todo lo que las sudaderas anchas habían mantenido en secreto: brazos fuertes, definidos, capaces de levantarte sin esfuerzo o presionarte contra una pared sin que quisieras escapar. Las mangas cortas exponían antebrazos que mi mente traidora ya estaba imaginando rodeándome, sosteniéndome.

Mis dedos cosquillearon con necesidad de tocar, de trazar músculo bajo piel cálida. Cuando movió el brazo, observé fascinada cómo los tendones se flexionaban con facilidad natural.

Dios. Me obligué a concentrarme en su cara, pero eso tampoco ayudaba mucho.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada, el pelo cayendo sobre su frente, los labios entreabiertos como si fuera a decir algo. Las pestañas oscuras proyectaban sombras sobre sus pómulos mientras miraba hacia abajo, y agradecí ese momento robado. Porque sabía que cuando levantara la vista y sus ojos me encontraran, perdería cualquier pensamiento racional.

Me miró. Sentí el impacto como un cambio en la presión del aire.

—¿De qué soy sospechoso? —se interesó.

Cuadré los hombros y me forcé a recordar por qué lo había seguido.

—Del robo de las luces del árbol de la plaza y… del apuñalamiento del muñeco.

No sonreía, pero era evidente que a duras penas. El principio de los hoyuelos lo delataba.

—¿Ah, sí? Entonces haz tu trabajo, agente. —Avanzó mientras yo no podía moverme, reduciendo la distancia a un suspiro—. Interroga, registra, lo que necesites.

Su proximidad deshizo cualquier autoridad que me quedaba.

Me rodeó lentamente, su respiración rozando mi cuello mientras pasaba detrás de mí. Sentí el calor de su cuerpo incluso sin contacto directo.

Me giré y quedamos frente a frente, a centímetros.

No aparté la mirada. Él tampoco. La tensión crujía entre ambos.

—Dime qué necesitas —pidió, y su tono ya no era de burla. Era un desafío.

Podría haber dicho la verdad, pero estaba demasiado consciente de que mi verdad estaba teñida de mentira.

Cerró la puerta a su espalda, sin dejar de mirarme en todo momento. Nos envolvió un silencio absoluto.

—Estás jugando con fuego —susurré.

La comisura de su boca se torció.

—Y tú llevas el uniforme equivocado para apagarlo.

El reloj de pared marcó la hora con un golpe seco. Me aparté un paso, buscando aire y sobre todo, lógica.

—Si descubro que estás ocultando algo, no habrá nada que te salve —advertí.

Su sonrisa contenía una oscuridad que pocas veces había visto en su expresión.

—Entonces tendré que asegurarme de que valga la pena. —Se acercó y yo no me alejé, pero lo que dijo me tomó por sorpresa —: No me gusta lo que veo.

—¿Perdón? —pregunté, sin poder decidir si ofenderme por la audacia o temblar por la proximidad.

Aiden me repasó de arriba abajo. Sus ojos recorrieron cada centímetro con una atención que me hizo sentir desnuda a pesar de las capas de ropa. Sentí la necesidad visceral de encogerme. En vez de eso, enderecé la espalda con esfuerzo y alcé el mentón en un gesto desafiante.

—Ahí está —dijo él con voz suave, incluso un poco triste—. No me gusta lo que veo en ti. No me gusta en lo que te has convertido.

Solté una carcajada seca que sonó más a defensa que a humor.

—Ah, claro. No te gusta que me vea como una mujer segura de sí misma en lugar de la chica tonta que solía ser. —No me sentía segura por dentro, ni siquiera cerca, pero había aprendido con dolor

que las apariencias podían protegerte mejor que cualquier arma física.

Aiden negó despacio con la cabeza.

—Me encanta cómo te ves ahora —admitió con honestidad brutal—. Eres preciosa, fuerte, imponente. Pero echo de menos cómo eras antes. Quién eras.

«No lo hagas, no lo hagas, no preguntes. No le des esa satisfacción.»

—¿Cómo era? —pregunté con un hilo de voz.

—Brillante —respondió sin dudar ni un segundo, sin apartar esos ojos verdes de los míos—. Ingenua, sí, dolorosamente a veces. Pero llena de fuego. Hacías las cosas sin miedo, te lanzabas al mundo esperando que te atrapara. —Hizo una pausa y contuve la respiración—. Ahora pareces medir cada palabra que pronuncias, cada paso que das, cada gesto. Como si temieras que alguien te castigara por existir.

—No soy la misma persona —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho, tanto por un frío interior como por la necesidad de una barrera física—. No puedo volver a ser esa chica. Ella murió hace años.

—Lo entiendo —respondió él con algo que sonaba a lástima —. Yo tampoco soy el mismo capullo que la mató.

Vi algo en sus ojos que no había visto antes, algo que iba más allá de la culpa o el arrepentimiento.

—Aiden... —empecé con voz quebrada, pero él ya se había aproximado más.

Su mano derecha se levantó despacio hacia mi muñeca y sus dedos rozaron la piel expuesta. Fue apenas un roce ligero, pero un relámpago de calor subió desde el punto de contacto hasta mi pecho, instalándose ahí como brasas.

—Mides cada palabra que dices —susurró—. Pero mírame un segundo sin pensar, Kelsy. Solo un segundo. Y dime con honestidad que no te acuerdas de cómo éramos.

Todo volvió de golpe: las tardes después del instituto que pasábamos sentados en el muelle, con los pies colgando sobre el agua, escondiéndonos de su hermana. Las risas compartidas que

nadie más entendía. La forma en que me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta o más bien, cómo me imaginaba que me miraba. Recordé cómo lo buscaba para vernos, pero también… el día en que todo se torció y yo me rompí por ello.

Su otra mano subió con lentitud hasta rozarme el rostro.

El corazón se me fue directo a la garganta, latiendo tan fuerte que estaba segura de que podía verlo.

—No sé qué pretendes hacer, pero tus ideas suelen ser terribles —dije sin ninguna convicción real detrás de las palabras.

—Yo tampoco sé lo que pretendo hacer. —Su voz era baja, cruda en su sinceridad—. Seguramente es una idea terrible…

Su mano encontró mi cintura por encima del abrigo grueso, y sus dedos presionaron con fuerza, atrayéndome más cerca, hasta que no quedó espacio entre nuestros cuerpos.

—¿Aiden?

Empezó con el roce áspero de su barba de días contra la piel sensible de mi mentón.

—…te pediré perdón más tarde —susurró.

Mis dedos se aferraron a sus hombros, supuestamente para empujarlo, pero se deslizaron hacia su cuello.

—Sí, pides perdón mucho —musité, procurando recordar de qué estábamos hablando.

—Kelsy —murmuró mi nombre contra mi boca como oración o maldición, no estaba segura—. Dios, Kelsy.

Una de sus manos se deslizó más abajo por mi espalda, presionando contra la curva inferior con una posesividad que debería haberme ofendido, pero que en cambio me hizo temblar contra él.

—Qué… —suspiré sin reconocer mi propia voz, ronca y necesitada—. Yo no...

—Lo sé —gruñó contra mi cuello, acariciándome con la punta de la nariz—. Lo sé. Perdón.

Me aparté de golpe. Aiden tenía la mirada oscurecida, las pupilas dilatadas con un deseo que no intentaba ocultar. Respiraba como si acabara de correr una maratón su pecho subiendo y bajando contra el mío.

—Mejor no —dije, aunque mi voz tembló demasiado para sonar creíble, y mis manos ardían por tocarlo—. No puedes... no puedes acorralarme así y esperar que todo esté bien. ¿Quieres manipularme para que deje de investigarte?

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

Genial, había dado en el blanco. Se había imaginado que si me seducía, me olvidaría de por qué había venido.

Di un paso atrás, que sentí como una pérdida física. El aire se coló de inmediato en el espacio que su cuerpo había estado llenando, haciéndome temblar de forma visible.

Sacudió la cabeza.

—No puedes ignorar lo que hay entre nosotros —insistió.

«Ja», dijo mi lado combativo.

Vale, era bueno en leer el cuerpo de una mujer. Que le deseaba no significaba absolutamente nada. Cero.

—Observa cómo lo hago —respondí con terquedad.

Me miró durante unos momentos, después se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Algún día vas a tener que decidir qué te asusta más: lo que hice entonces o lo que podrías sentir ahora.

Salí a la calle helada y cerré la puerta tras de mí.

Había cruzado una línea invisible que llevaba años evitando. Y no estaba lista, ni siquiera cerca de estar lista, para admitir lo mucho que había querido besarle. O lo aterrador que era saber que ya no había forma de volver atrás, al espacio seguro de odiarlo sin complicaciones.

Aunque eso me recordó que había venido a investigarlo.

«Bien hecho, O'Connor. Excelente trabajo de campo.»

Era la peor agente del mundo. No lo había seguido por deber, sino porque una parte de mí quería que se diera la vuelta y me atrapara.

# 13 El salvador del belén

Tres golpes secos me sacaron del sueño. Me giré entre las mantas, rogando que fuera el viento o una rama contra la ventana, pero el siguiente estruendo hizo vibrar la puerta y mi corazón saltó directamente al modo pánico. Las llamadas de madrugada nunca traían buenas noticias: o se habían escapado unas ovejas, o había un borracho subido a un techo, o, lo que era peor, otro desastre relacionado con el maldito festival que estaba consumiendo mi cordura.

—¡Kelsy! Abre. ¡Ahora mismo!

La voz de mi padre me atravesó el sueño como un rayo. Era el tono que usaba cuando estaba demasiado furioso para gritar.

Me levanté tambaleándome, enredada en la manta, y tropecé con las botas que había dejado tiradas junto al sofá. El reloj marcaba las cinco y media, y la lluvia golpeaba las ventanas con la insistencia de un dedo acusador.

Cuando conseguí abrir la puerta sin caerme, el frío irlandés de diciembre me dio una bofetada en la cara que me despertó más eficazmente que cualquier café.

Mi padre tenía el abrigo empapado y la gorra de servicio torcida, linterna en mano y una expresión de enfado tan sólido que parecía cincelado en piedra.

—¿Por qué demonios no contestas al teléfono? —gruñó, levantando su móvil en alto—. ¿Sabes cuántas veces te llamé?

—Porque las personas normales y mentalmente sanas duermen a estas horas —respondí, sujetándome la manta al pecho con indignación—. Es un concepto revolucionario llamado «descanso nocturno».

—Pues las personas normales no trabajan en la Garda Síochána —replicó, empujando la puerta para entrar sin esperar invitación ni permiso—. Seis veces, Kelsy. Te he llamado seis malditas veces.

—Cinco habrían sido suficientes para transmitir urgencia —murmuré, siguiendo su mirada asesina hasta la mesa del salón, donde había dejado desorden antes de irme a dormir.

Él soltó un bufido.

—¿Qué pasa?

—Otro incidente.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasó ahora? ¿Se rebelaron los renos inflables?

—No. El belén. Desapareció.

—El belén… ¿del ayuntamiento? —Parpadeé, medio convencida de que seguía soñando—. ¿El belén completo?

Sacudí la cabeza. ¿Por qué no dejaba de repetir «belén»?

—Todas las figuras. Se llevaron al Niño Jesús, a María, a José y hasta el maldito burro de cerámica.

Me cubrí la cara con ambas manos, por lo que la manta se cayó, formando un charco alrededor de mis pies enfundados en calcetines gordos con dibujos navideños.

—Oh, por el amor de Dios.

—Eso dijo el padre Donald cuando lo llamaron. —Su tono era tan seco que casi crujía—. Muévete. Nos vamos ya.

Suspiré y puse rumbo hacia el armario para buscar mi ropa, cuando un ruido en el fondo del pasillo me hizo detenerme. Unos golpecitos leves, seguidos del sonido de algo desgarrándose.

—Un segundo —dije, levantando un dedo.

Me adelanté con pasos cautelosos y encendí la luz.

Finn, mi compañero canino y traidor reincidente, estaba sentado muy satisfecho sobre la alfombra heredada. A su alrededor, un caos digno de fotografiar como evidencia criminal; había arrastrado mi bolso y estaba mordiendo con deleite la correa de cuero de la funda del móvil.

Cuando me vio, levantó la cabeza y movió la cola feliz, como si esperara una medalla al mérito por su obra maestra de destrucción.

—Robaste mi teléfono —le acusé, incrédula.

Mi padre se asomó detrás de mí y frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que el perro —señaló a Finn con disgusto mal disimulado —te impidió responder a una llamada de emergencia

de la Garda?

—Bueno… sí —tartamudeé—. Pero seguro que fue un crimen sin premeditación.

—Te juro por San Patricio que no sé si reírme o retirarte la placa —dijo, frotándose la frente con una mano—. Coge tus cosas. Y deja al chucho aquí.

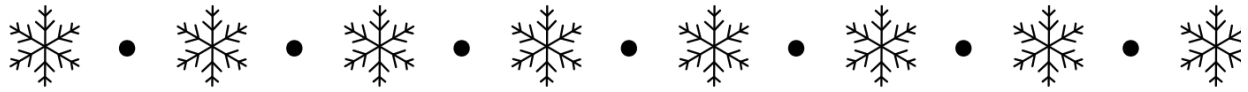
—No. —Levanté a Finn en brazos—. Viene conmigo.

—Kelsy...

—Tiene instinto —dije, aunque Finn acababa de empezar a morder la manga de mi camiseta—. Está en entrenamiento.

Mi padre me lanzó una mirada que traduje como que había perdido toda esperanza en mí y posiblemente en el futuro de la humanidad.

—Diez minutos —sentenció—. O te dejo aquí y vas caminando bajo la lluvia.



La lluvia era fina pero persistente, y helada. Subí al coche con Finn en brazos, que me miraba feliz, ajeno a la crisis que se desarrollaba a su alrededor.

Mi padre puso el motor en marcha y el silencio llenó el espacio entre nosotros, incómodo, con solo el sonido del limpiaparabrisas marcando el ritmo de su enfado.

—Si la mitad del tiempo que le dedicas al perro lo usaras para atrapar al que está detrás de estos desastres, ya lo tendría esposado.

—Si supiera quién es, lo haría.

—Pues empieza a averiguarlo, porque el pueblo está hablando y no me gusta lo que dicen.

Se me tensó el estómago.

—¿Y qué dicen?

—Que te preocupa más no ofender a Byrne que hacer tu maldito trabajo. Que hay un conflicto de intereses personal que está interfiriendo con tu juicio profesional.

Entendí que él estaba de acuerdo con esta acusación y se sintió como un golpe.

No contesté. Me limité a mirar por la ventana las luces temblorosas de la plaza que se acercaban y los reflejos de confeti líquido sobre los charcos.

Mi padre aparcó con un frenazo que hizo ladrar a Finn.

Había una multitud reunida alrededor del pesebre, o mejor dicho, de lo que quedaba de él. El cercado de madera estaba volcado, la estrella colgaba torcida de un cable y los restos de la decoración yacían desperdigados. Entre los murmullos, escuché fragmentos de teorías dignas de un libro: que si había sido un grupo de adolescentes antirreligiosos, que si fue una protesta anticlerical, que si los fantasmas del cementerio se habían unido al festival.

Mi padre masculló algo en gaélico y se abrió paso entre la gente, con la autoridad de treinta años en el cuerpo, dejando a su paso un silencio expectante y respetuoso.

Lo seguí, intentando copiar su expresión.

A un lado del cordón amarillo, Annie nos hacía señales entusiastas.

—Ah, ya llegó la caballería —dijo cuando me acerqué, con los ojos brillando de emoción—. Justo a tiempo para presenciar el milagro navideño del siglo.

—¿Qué milagro?

—Aiden Byrne. Lo ha hecho otra vez.

—¿Qué ha hecho ahora? —suspiré.

—Salvar la Navidad, cariño. ¿Qué más?

Giré la cabeza lentamente hacia donde señalaba Annie.

Aiden estaba iluminado por el brillo de las farolas, con el pelo alborotado por el viento y las manos cubiertas de barro. A sus pies estaban las figuras: María, José, el Niño y hasta el burro.

—¿Qué…? —empecé, pero las palabras murieron en mi garganta porque mi cerebro no podía procesar lo que estaba viendo.

Mi padre, con los brazos cruzados, parecía debatirse entre el alivio y la furia.

—¿Alguien me explica qué demonios está pasando?

Aiden se giró, y su sonrisa se encendió en su cara como luces navideñas en cuanto me vio.

—Habéis llegado justo a tiempo para el desenlace. El Niño Jesús ha sido salvado.

Las risas estallaron entre el público. Mi padre no sonrió. Yo, menos aún.

—¿Cómo las encontraste? —pregunté—. Con detalles específicos, por favor.

—Ah, verás —dijo Aiden, acomodándose como si estuviera a punto de contar una historia épica—. Todo comenzó alrededor de medianoche, cuando fui al cobertizo, a por más leña para la chimenea. Noté una corriente extraña de aire, un viento casi místico, y algo, llámalo intuición, llámalo destino, me dijo que debía seguirla. Así que caminé bajo la lluvia, guiado por fuerzas que no puedo explicar racionalmente, y encontré las figuras flotando en el río.

—¿Flotando? —repetí, con incredulidad—. ¿Las figuras de cerámica estaban flotando en el río?

—Como barcos sagrados en un mar de oscuridad —confirmó solemne—. Pero no temas, porque actué con rapidez decisiva. Salté al agua helada sin pensar en mi seguridad personal, las rescaté una por una con mis propias manos y las traje de vuelta a su hogar legítimo. Fue... —otra pausa dramática que debería ganarle un premio de actuación —una experiencia profundamente espiritual que cambió mi perspectiva sobre la existencia.

Un grupo de vecinos comenzó a aplaudirlo con entusiasmo. Finn se unió al espectáculo y movía la cola a su lado.

—¡Bravo, Byrne! ¡El héroe de la Navidad!

—¡Santo Aiden de Glenshannon!

Lo miré sin pestañear.

—¿Saltaste al agua helada, en mitad de la noche, para rescatar al Niño Jesús y compañía?

—El deber me llamó. —Asintió—. Y el Niño Jesús necesitaba un salvador. ¿Quién era yo para negarle esa ayuda?

—¿Y nadie te vio haciendo este rescate heroico?

—No, claro que no. —Sonrió, y en mi defensa, los hoyuelos me distrajeron solo dos segundos—. Los verdaderos milagros siempre ocurren sin testigos. Está documentado en la Biblia, es teología básica.

Finn ladró como si confirmara la historia.

Mi padre se giró hacia mí, mordiéndose el labio inferior tan fuerte que probablemente se estaba haciendo daño.

—Esto es ridículo —murmuró solo para que yo lo escuchara.

Aiden se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros al estilo de una capa, saludando a los presentes con una inclinación de cabeza que rozaba la parodia.

—No todos los héroes llevan uniforme —dijo cuando pasó junto a mí.

—Algunos deberían llevar un detector de mentiras —respondí.

Él siguió caminando, con Finn trotando a su lado, como un discípulo peludo.

Mi padre bufó impotente, mientras las cámaras de los móviles captaban cada gesto del falso redentor.

—Tendrás que incluir todo esto en el informe —dijo con resignación amarga—. Cada detalle ridículo.

—¿Qué incluyo? —pregunté, sin perder de vista a Aiden. Se había reunido con su familia. Todos sus hermanos y su madre estaban ahí. Él le pasó el brazo por los hombros a ella, y me llamó la atención que tanto su madre como él llevaban la ropa sucia, manchada de barro fresco—. ¿Su supuesto milagro o su ego del tamaño de Irlanda?

—Ambos —gruñó—. Y añade que estoy considerando en serio mi jubilación anticipada.

Me quedé mirando el belén reconstruido, observando las figuras, y sentí ese cosquilleo familiar y molesto en el estómago que siempre aparecía cuando algo no encajaba, cuando las piezas del rompecabezas estaban forzadas en lugares donde no pertenecían naturalmente.

Demasiado rápido. Demasiado perfecto. Demasiado conveniente.

Las figuras de cerámica no flotaban, la física lo prohibía. Nadie saltaba a un río helado en diciembre, además Aiden ni siquiera estaba mojado.

Pero el pueblo no quería lógica esta noche. No quería investigaciones ni preguntas incómodas. Querían un héroe que los hiciera sentir seguros, que salvara su Navidad, que les diera una historia que contar en el *pub* durante años.

Y Aiden, maldito sea, acababa de dárselo envuelto con un lazo perfecto.

Otra vez.

# 14 El sospechoso más encantador del contado

Al día siguiente el pueblo entero parecía flotar en una resaca emocional de espíritu navideño. Había niños jugando frente a la plaza, vecinos decorando sus fachadas con luces nuevas y en el aire flotaba un rumor tan dulce y pegajoso que podría haberse vendido en frascos de mermelada.

«Aiden Byrne, el héroe de la Navidad».

Lo decían con sonrisas amplias, orgullosos, como si Aiden hubiese devuelto él solo la fe en la Irlanda rural. Busqué señales de esos supuestos detractores que mi padre había mencionado, los que desconfiaban del comportamiento de Aiden, pero no encontré ni uno. Empecé a sospechar que era su manera sutil de empujarme a cerrar de una vez los casos, con Aiden como único culpable.

Mientras tanto, yo intentaba redactar un informe con la seriedad que exigía un documento que incluía las palabras «Niño Jesús» y «acto milagroso».

Llevaba más de media hora mirando la pantalla del ordenador, el cursor parpadeando burlándose de mí, pensando en cómo demonios se describía un rescate místico sin sonar incompetente.

«El testigo principal, Aiden Byrne, asegura haber hallado las figuras en el río», escribí, y luego borré la frase tres veces porque cada versión sonaba más absurda que la anterior.

Maggie, desde el otro lado del despacho, hojeaba un periódico local con aire divertido.

—Salís en la portada —anunció.

—¿Qué? —levanté la vista, alarmada.

Ella giró el periódico. En primer plano, había una foto de Aiden sonriente, con Finn a su lado y el titular:

**EL ÁNGEL DE GLENSHANNON SALVA EL BELÉN**

En el borde inferior, un pequeño recuadro con mi cara empapada y una frase que dolía más que una patada:

**La nueva agente observa agradecida la hazaña.**

Consideré mudarme a Islandia, en una cabaña, con auroras boreales para distraerme y cero vídeos virales de adolescentes con móviles.

Mi teléfono empezó a vibrar. El nombre en la pantalla me heló más que el aire de la mañana: mamá.

Deslicé el dedo para contestar y me llevé el móvil a la oreja de mala gana.

—Kelsy, querida —empezó. Hablaba con un acento dublinés pulido, que hacía que incluso los reproches sonaran educados—. Acabo de ver algo encantador. Un par de vídeos, de hecho. ¿No querías contarle a tu madre que te has echado un novio, que es un héroe local?

Cerré los ojos con fuerza, imaginando su rostro: el cabello rubio recogido en un moño impecable, las gafas de montura fina posadas en la punta de la nariz, y la sonrisa astuta.

Detrás de ella, oí el sonido inconfundible de tazas de porcelana chocando contra platillos, y una risita aguda, mal disimulada, que identifiqué al instante como la de mi hermana Siobhan. Probablemente celebraban su ritual de té con bizcochos.

—Mamá, no es lo que parece —murmuré, enderezándome en la silla y lanzando una mirada paranoica alrededor. Solo estaba Maggie, que, por una vez, parecía no prestarme atención—. Saoirse se inventa cualquier cosa con tal de hacerse viral.

—Y guapo —continuó, con un tono insinuante que me hizo querer colgar y fingir que la señal se había perdido en la niebla de Kerry.

Sentí el calor traicionero subir por mi cuello hasta las orejas.

—Eso es irrelevante —repliqué, aunque mi voz salió un poco demasiado aguda.

Siobhan soltó una carcajada abierta al fondo, un sonido burbujeante que me hizo apretar el teléfono con más fuerza.

—¡Mamá tiene razón! —intervino mi hermana, arrebatándole el móvil—. ¡Kelsy, qué fantasía de aventura vives! Hasta te tengo envidia, y eso que no deseo a nadie más que a mi novio. Pero Aiden... Si no estuviera felizmente comprometida, me apuntaría a sus travesuras.

—¡Siobhan! —gruñí, hundiendo la cabeza en la mano libre mientras imaginaba a mi hermana, con su melena castaña ondulada y sus vaqueros ajustados, revoloteando por el pueblo como una mariposa en una tormenta—. Aiden no es un héroe local, es un imán para multas y desastres. El mismo que me convenció de saltar del puente a los catorce, ¿recuerdas? Acabé con el brazo enyesado.

Mamá chasqueó la lengua, un sonido que era mitad regaño, mitad cariño.

—Oh, Kelsy, eso fue hace una eternidad. Y mírate ahora, placa brillante, uniforme que, según los comentarios de los vídeos, te queda como un guante…

—Porque Siobhan se niega a enviarme el mío —la interrumpí, pero ella no se detuvo.

—… y un hombre que te trae pan a medianoche. Tu padre siempre decía que los O'Connor nos enredamos en los problemas más guapos. Mira cómo nos conocimos él y yo: yo huyendo de una manifestación, él arrestándome por alteración del orden. Tres meses después, planeábamos la boda.

Siobhan soltó un silbido juguetón mientras yo ponía los ojos en blanco, porque mi madre omitía la parte en la que habían acabado separados.

—Aiden es mi principal sospechoso en un par de casos. Sacaos de la cabeza cualquier historia romántica —insistí.

Entonces vi algo moverse por la ventana. Finn, sentado fuera, con una cinta roja nueva en el cuello.

—Tengo que colgar —las avisé y lo hice antes de escuchar sus reproches.

Salí y miré alrededor, pero Aiden no estaba por ningún lado.

—¿Y tú qué? ¿Otra vez volviste? —le pregunté—. ¿Dónde está el desgraciado que te puso el lazo?

Finn meneó la cola y trotó hacia la plaza. Lo seguí con la mirada y allí estaba Aiden, cómo no, rodeado de un pequeño grupo de vecinos que lo escuchaban fascinados. Supuse que relataba, de nuevo, su epopeya fluvial.

Lo observé desde la distancia, batallando entre el fastidio y la curiosidad que solo él podía provocarme. Se movía entre la gente

con naturalidad, pero había algo en su expresión cuando creía que nadie lo miraba: una sombra, una tensión leve, casi imperceptible, que me hizo fruncir el ceño. ¿Me lo imaginaba? ¿Quería verlo como a un sospechoso solo para vengarme por nuestro pasado?

No, mis instintos eran buenos. Normalmente. Aunque no en relación con él…

Finn me ladró, después se detuvo, me miró con los ojos brillantes y volvió a trotar hacia mí.

—No te atrevas a ir con él —le advertí—. Te lo prohíbo.

Meneó la cola con entusiasmo y echó a correr directo hacia Aiden.

—¡Eh! ¡Eres mi perro! —le grité.

Resoplé y me negué a seguirlo. Qué más daba. No podía competir con Aiden, ni siquiera por el afecto de mi propio perro. Era como si el universo hubiera decidido que él era el protagonista de esta historia.

Volví al despacho y añadí una nota al pie del informe:

«El testigo A. Byrne presenta contradicciones en su declaración. Posible reticencia a revelar detalles.» Y luego, en un impulso, escribí en el margen: «Algo no cuadra».

Durante unas horas dejé de pensar, ocupada con el caso de un turista inglés borracho que intentó robar un reno de decoración porque «se movía y por tanto era real». Al reno lo movía el viento y en el turista hablaban las seis pintas de Guinness.

Después me mandaron a hablar con un adolescente que usaba punteros láser para dirigir a las ovejas como si fueran aviones.

A veces pensaba que Aiden era solo la guinda del pastel absurdo que era Glenshannon… pero era la guinda más dichosa, destructiva y encantadora con la que había tenido que lidiar.

Una parte de mí, la más testaruda, sabía que los casos en los que era sospechoso no iban a cerrarse con un simple milagro. Tenía que pillarle con las manos en la masa.

Así que esperé. Fingí comportarme normal, acabé mi jornada de trabajo, regresé a casa y hasta me decidí por una cama que compré en una página web. Después cené, me cambié de ropa y salí a hurtadillas.

# 15 Inspección no oficial y otras mentiras que me conté

El sendero que subía a la casa de Aiden serpenteaba entre árboles desnudos.

Sabía que su hermana vivía ahora en un estudio alquilado, Kirian se había construido la casa de sus sueños y Darik pasaba la mayoría del tiempo en el taller. Solo él y su madre ocupaban la casa, y ahora, que lo pensaba, no había saludado a la señora B desde que había vuelto. La había visto de paso, debería haberme acercado. Pero en ese momento agradecí mi cobardía. No quería ni imaginar su cara cuando tuviera que explicarle que sospechaba de su hijo.

La casa apareció al final del camino como una postal que alguien había dejado caer en medio del paisaje. Piedra gris, luz cálida filtrándose por las ventanas y el olor a leña escapando por la chimenea en volutas perezosas. Todo era tan acogedor que parecía un montaje; el porche barrido, macetas con ramas de acebo festivas, las luces navideñas.

Finn trotaba a mi lado, pero cuando nos acercamos, su cola se convirtió en un ventilador de pura euforia.

—No te emociones tanto, traidor —le advertí, tirando suavemente de su correa—. Esto no es un paseo romántico, es una inspección. Y si él te da una galleta, te arresto por soborno.

Me miró como si acabara de decirle que no habría cena.

Cuando llegué al porche, el perro se me adelantó para olfatear una caja enorme que reposaba junto a la puerta. Decía Luces LED de hadas, en letras doradas.

Me agaché para investigar, pero la puerta se abrió de golpe y me enderecé, con el corazón a mil.

Aiden apareció en el umbral y se apoyó contra el marco. Un jersey oscuro se ceñía a sus hombros anchos y descendía en una uve tentadora sobre su pecho, lo justo para insinuar músculos. Los vaqueros abrazaban sus muslos con una pereza criminal.

—Kelsy —saludó, arrastrando mi nombre con un timbre que vibró directo en mi vientre—. ¿Es una visita oficial, o es que el frío de Kerry te ha dado antojo de mi compañía? Porque si es lo segundo, la puerta está abierta.

—Depende de lo que encuentre dentro —repliqué y señalé la caja con un gesto de barbilla. Me felicité por lo decidida que soné—. Si ahí dentro hay luces idénticas a las que han sido robadas, tendrás que explicármelo. ¿Abrimos la caja aquí, o prefieres que te cite en la estación?

Sus ojos atrapaban la luz del atardecer al bajar por mi cuerpo, haciendo evidente que estaba vestida de civil. Luego subieron por mi cuello, deteniéndose un segundo de más en mis labios antes de clavarse en los míos. La conocida chispa de diversión se encendió, caliente y juguetona.

—Una visita oficial —murmuró, inclinándose apenas hacia adelante, lo justo para que el calor de su cuerpo cortara el viento—. Qué… emocionante. Pero me temo que necesitarás una orden para registrar mi humilde morada, agente. A menos que... ¿Es una excusa para invitarte a pasar? Tengo té, o algo más fuerte, si el caso te pone nerviosa.

—No estoy nerviosa —mentí, aunque mi pulso latía en mi garganta, y un toque de cítricos del aroma de su colonia se coló por mi nariz—. Necesito respuestas a un par de preguntas.

Él miró la caja, después volvió a mí y soltó una risa baja, gutural. Dio un paso adelante, acortando la distancia hasta que pude sentir el roce fantasma de su jersey contra mi brazo y el calor de su aliento en mis mejillas.

—¿Y si te dijera que soy culpable, pero solo de tener un gusto exquisito en iluminación navideña? Podría confesar, Kelsy —susurró —. En privado, con una copa de vino, quizás. O algo más... cómodo que esa chaqueta tuya, que parece estar pidiendo a gritos que la desabroche.

Sentí un hormigueo subir por mi columna, asentándose en lugares que mi placa no aprobaba. Maldito fuera, con esa forma de mirarme como si ya estuviera desnuda.

—¿Estás intentando seducir a una agente en medio de una investigación? —pregunté.

Vale, primero tuve que carraspear.

—¿Y si fuera así? —contestó, ladeando la cabeza con lentitud felina—. Eres el tipo de problema que un hombre como yo podría disfrutar resolviendo. Lenta y meticulosamente.

Me crucé de brazos con fuerza, luchando por mostrarme serena mientras mi cuerpo gritaba lo contrario. El calor subió por mi pecho y los pezones se endurecieron contra la tela del sujetador.

Alcé una ceja para contrarrestar su sonrisa.

—No funciona, Byrne. Tu encanto de chico malo es predecible. Y si crees que un susurro y una mirada van a hacer que olvide los casos, estás más loco de lo que pensaba.

—Mentira —replicó él, su sonrisa curvándose en algo hambriento, mientras se inclinaba un centímetro más, hasta que su rodilla rozó la mía—. Estás dudando. Lo veo en cómo te muerdes el interior de la mejilla. En cómo tu aliento se acelera cuando me acerco. ¿El frío te pone la piel de gallina... o algo más?

Finn eligió ese preciso instante para ladrar desde el jardín. Fue un sonido agudo y oportuno que rompió el hechizo.

Aiden se enderezó pero no retrocedió, y yo aproveché para dar un paso atrás.

—Me gustaría invitarte a entrar, solo para que veas que no hay nada que esconder. Excepto, quizás, mi habilidad para prepararte algo que te haga olvidar el frío, las multas y esa placa que te queda tan jodidamente bien.

Antes de que pudiera replicar con algo ingenioso, unos ruidos se filtraron desde el interior de la casa; un golpe ahogado de madera contra madera, como un cajón cerrándose a toda prisa, seguido de unos susurros.

Su sonrisa se tensó por una fracción de segundo y rompió la fachada de encanto. Se pasó una mano por el pelo, revolviéndolo más, y se apoyó contra el marco.

—Como dije, me gustaría invitarte a entrar, pero estoy ocupado.

—¿Ocupado? —repetí, alzando una ceja mientras mi instinto se agudizaba y una corriente de frío hizo que me estremeciera—. ¿Con qué?

Su risa salió forzada.

—¿Celosa? No tienes que estarlo. Mañana te lo explico todo. Con té o vino. Tú eliges —añadió, hablando rápido.

Lo miré un segundo más, atrapada en esa red de ojos verdes y promesas a medias, con el corazón latiendo a un ritmo que era mitad ira, mitad anhelo.

—Apuesto a que sí —murmuré, pero no me moví del sitio, enfrascada en pensamientos.

¿Eran esas las luces del árbol o solo unas parecidas? Y si lo eran, ¿por qué las dejaría Aiden afuera, sabiendo que era mi sospechoso? ¿Con quién estaba? ¿Por qué molestaba pensar que era alguna mujer? ¿Por qué no había traído una orden de registro?

—Eh… ¿quieres un abrazo de despedida? —Aiden se rascó la cabeza y después metió las manos bajo las axilas. Estaba ocultando algo.

—Hasta pronto, Byrne —me despedí.

—Hasta mañana, agente O'Connor —gritó mientras me alejaba por el sendero—. Y por cierto, no necesitas excusas para visitarme. Ven cuando te apetezca, pero ten en cuenta las cámaras de seguridad si prefieres discreción.

Cámaras. Por supuesto que tenía cámaras. Eso explicaba por qué había salido aunque yo había sido sigilosa como un ninja. El muy cabrón me había visto en su monitor de seguridad.

No giré la cabeza, pero su risa me alcanzó igual, mezclándose con el viento.

Cuando llegué al final del sendero, me detuve y miré hacia atrás. En la ventana lateral, una silueta se apartó con prisa de la cortina. Era delgada, femenina, con el pelo rubio que captó la luz menguante. Mi estómago se hundió como una piedra en un pozo, y el frío se instaló en mi cuerpo.

Finn ladró una vez, urgiéndome a seguir, y reanudé el paso hacia el pueblo.

Mañana, pensé, apretando los dientes. Mañana lo pillaré.

Pero en el fondo, sabía que con Aiden las líneas entre investigar y rendirse eran borrosas como la niebla de Kerry. Y esta vez, los casos, y el hombre, prometían complicarse más que el robo de unas luces.

# 16 Todo el mundo ama a Aiden Byrne

Aiden no me explicó nada, porque desapareció como un truco de magia bien ensayado: por sorpresa. Un día estaba en todas partes, molestándome con la sencilla idea de su existencia, y al siguiente, nada.

Su ausencia coincidió con otro milagro navideño: el árbol de la plaza volvía a tener luces. Las mismas de antes, pero dobles, y mejor repartidas.

Esa mañana me quedé plantada delante del abeto, procurando entender cómo se había arreglado Aiden para colocar tantas luces durante la noche, sin que nadie lo viera. Por supuesto que no encontré la respuesta. Tuve que tragarme mi opinión, decorada con muchas maldiciones, y sonreírles a todos los que comentaban el evento con esperanza reforzada y caras ilusionadas.

No iba a admitirlo ni loca, pero su falta me afectó más de lo razonable. Mucho más de lo que debería importarme alguien a quien odiaba. O eso me repetía, mientras revisaba mis notas de los casos por enésima vez y fingía que el nudo en mi estómago era solo hambre.

Los dos primeros días intenté mantenerme profesional y hacer mi trabajo. Resolví disputas sobre música navideña a volumen criminal (el señor O'Brien, *Jingle Bells* a la 1 AM), medié una guerra vecinal sobre un árbol que «se inclinaba demasiado hacia la propiedad del vecino» (el árbol llevaba ahí cincuenta años y el vecino llevaba bebiendo treinta). Calmé a la señora Hennessy, que seguía denunciando el robo sistemático de sus calcetines del tendedero «con posibles fines satánicos» (sus gatos se los comían, pero ella se negaba a aceptar esa teoría racional).

Glenshannon no tenía crimen organizado, pero tenía un catálogo infinito de problemas menores que requerían mi intervención diaria.

En el poco tiempo libre repasé los informes del robo de las luces, aunque ya no había caso, y el muñeco apuñalado hasta que

las palabras bailaban en mi cabeza, volví sobre las declaraciones de los vecinos e incluso interrogué a Finn en mi salón, preguntándole si su otro dueño había mencionado algo sobre fugas repentinas.

El perro se limitó a ladear la cabeza, con una expresión de sabiduría canina que decía «yo no soy su niñera», y luego rodó sobre su espalda para que le rascara la barriga. Pero cuando empezó a ir solo a la colina y volver con el collar lleno de barro, la inquietud se me enredó en el pecho como una guirnalda mal atada.

Intenté preguntar con discreción, pero en Glenshannon la discreción era una leyenda urbana, igual que el duende que supuestamente robaba calcetines del tendedero.

Annie fue la primera en pillarme, sirviéndome un té, con una sonrisa compasiva.

—No lo he visto, cariño —dijo—, pero si ha desaparecido, seguro que es por una buena causa. Igual ha ido a Dingle a por más luces, a Galway a por ideas locas para el festival o a Dublín, a vender otra de esas aplicaciones suyas.

—O a esconder un cadáver en las colinas —murmuré.

Annie soltó una carcajada ronca.

—Ay, Kelsy, si Aiden esconde algo, es solo su corazón. Ese muchacho podría iluminar medio condado con lo que guarda dentro. ¿Quieres una galleta? Te calmará los nervios.

Espóiler: la galleta no me calmó los nervios, aunque tal vez fue porque la compartí con Finn.

La señora O'Dwyer fue peor: me ofreció té de manzanilla y un torrente de confidencias, como si fueran el mismo producto en oferta especial.

—¿Desaparecido? No digas tonterías, querida —protestó, ajustándose el delantal floreado—. Aiden no haría nada malo. Tiene un corazón de oro. ¿Sabías que pagó la reparación de la calefacción de la residencia de ancianos? Y ayudó a la escuela con la rifa benéfica, donó un proyector nuevo al cine... Un santo, ese muchacho. Si todos fuéramos como él, nuestro pueblo sería el paraíso.

—No lo sabía —contesté, anotando mentalmente «posible lavado de imagen, revisar facturas de la residencia». El escepticismo

me picaba como una astilla—. Suena... generoso.

La mujer ya estaba contándole a la viuda McCarthy lo del proyector, y el murmullo se extendió como la niebla: Aiden, el salvador, Aiden, el generoso.

A mediodía ya había escuchado suficientes elogios para redactar su canonización papal, con santoral incluido. Todo el mundo parecía tener una anécdota en la que Aiden irrumpía como un caballero de armadura brillante, salvando perros de riachuelos crecidos, reparando vallas torcidas en tormentas, o regalando té y *whisky* en días de lluvia que convertían las calles en ríos.

Me sentía como la única hereje en una religión devota de su sonrisa.

Para cuando llegué al taller de Kirian, su hermano mayor, estaba al borde de un colapso mental y a punto de cuestionarme si mi placa era solo una excusa para perseguir fantasmas.

Entré sin llamar en la pequeña estancia que Kirian usaba como oficina, a sabiendas que si estaba atrás, no me oiría. Olí el serrín fresco y la dulzura del barniz en el aire y escuché el ruido de las herramientas.

Me planté en la puerta abierta y esperé hasta que levantó la cabeza y me vio.

—¿Tienes un minuto? —le pregunté.

Él dejó el cepillo de madera sobre el banco de trabajo y me miró con una combinación de diversión y curiosidad.

—Si es sobre una multa de aparcamiento, habla con Darik —contestó—. Él usó mi coche los últimos días. Dice que lo repara, pero no lo creo.

Avancé, llamada por el calor del taller. La estufa crepitaba en una esquina y el polvo de serrín danzaba en los rayos de sol que se colaban por las ventanas empañadas.

—No, es sobre Aiden —le expliqué—. Hace días que no lo veo. ¿Sabes dónde está?

Kirian se enderezó y se limpió las manos en un trapo con movimientos lentos. Me miró con una sonrisa ladeada que me recordó que los hermanos Byrne no eran de los que se dejaban interrogar fácilmente.

—¿Y eso te preocupa como agente de la Garda o…? —preguntó, dejando la frase colgando en el aire.

Su mirada bajó a mis dedos, que jugueteaban con el borde de mi bufanda.

—Por supuesto —mentí, demasiado rápido—. El festival está a la vuelta de la esquina y él es el coordinador. Necesito saber dónde está antes de que el ayuntamiento me pida explicaciones.

En el taller sonó un ronquido proveniente de Finn, que se había echado bajo una mesa llena de virutas.

—Sí, sé dónde está. Pero no te preocupes, Kelsy —añadió, con un guiño que era puro ADN Byrne, juguetón pero sin maldad—. Volverá.

Me crucé de brazos, apoyándome en una columna de tablas apiladas.

—¿Seguro? ¿No se llevó el pasaporte? Porque si ha cruzado la frontera con un maletero lleno de guirnaldas, hablamos de tráfico internacional de decoraciones.

Kirian sonrió de lado.

—Aiden gana bien. Lo suficiente para viajar cuando le da la gana, pero también necesita hacer viajes de negocios. —Hizo un gesto amplio—. Como nadie le ve trabajando, muchos se olvidan de que lo hace.

—Ya, las famosas aplicaciones que le hicieron rico. ¿Cuál era la última? La que conecta a la gente con guías locales para escapadas improvisadas. Caminatas en los acantilados, catas de *whisky* en destilerías, ese rollo de aventuras, ¿verdad?

Kirian gruñó y empezó a lijar un borde de madera con un movimiento rítmico, adelante y atrás, que era casi hipnótico. Mi culpabilidad me hizo creer que estaba puliendo no solo la tabla, sino mis preguntas.

—Es fácil, Aiden volverá cuando le apetezca.

Finn levantó la cabeza al oír su nombre y soltó un ladrido perezoso.

Kirian lo rascó detrás de las orejas, un gesto tierno que hacía que sus dedos parecieran aún más grandes, más capaces, y me miró de nuevo, con una curiosidad que ahora rozaba lo personal.

—Solo por preocupación profesional —insistí, aunque las palabras sonaron huecas incluso para mí. Me ajusté la bufanda para ocultar el rubor—. Hechos, Kirian. No filosofía de carpintero. ¿Cuándo vuelve?

—En un par de días. —Me guiñó un ojo, juguetón, y volvió a su trabajo—. Trata de soportarlo.

Pues no lo soportaba.

Salí del taller con más preguntas que respuestas, el olor a madera y barniz pegado a la ropa y la cabeza hecha un lío. Aiden rico por una aplicación que vendía huidas, viajando a países que yo solo veía en postales, escapando para recargar ese carisma que el pueblo devoraba como bollos calientes.

No podía sacudirme la sensación de que su «aire» era solo humo.

Volví a la estación, con Finn pegado a mi pierna. El día se me estaba haciendo larguísimo.

Encontré el despacho vacío. Dejé el abrigo en el perchero, encendí el monitor y me quedé mirando la pantalla, preguntándome qué demonios estaba haciendo. Porque lo que estaba a punto de hacer no era profesional, no era ético y para nada emocionalmente saludable.

Al final, la culpabilidad se rindió ante algo peor: la ansiedad en su estado más puro.

«¿Y si le pasó algo?

¿Y si está herido?

¿Y si...»

—Para —me dije en voz alta—. Para ahora mismo, Kelsy. No es tu problema. No es tu responsabilidad. No es...

Pero mis dedos ya estaban tecleando la contraseña.

El sistema de la Garda tardó siglos en cargar, como siempre, y mientras aparecían los iconos pensé en que si me pillaban usando recursos para verificar el paradero de Aiden, me degradarían al departamento de objetos perdidos de por vida.

Apreté los dientes y abrí la base de datos.

Mi dedo dudó sobre el teclado un segundo, el último vestigio de sentido común protestando débilmente. Escribí:

**Byrne, Aiden.**

**Búsqueda de rutinas. Vehículos registrados. Movimientos en carretera. Informes de interacción. Multas. Accidentes.**

Como si supiera que tenía prisa, esta vez el sistema cargó de inmediato y dos líneas de texto aparecieron en la pantalla:

**SIN ACTIVIDAD REGISTRADA EN 48H.**

**SIN MULTAS. SIN CONTROL DE CARRETERA.**

Como si el maldito se hubiera evaporado del mapa de Irlanda.

Me incliné hacia atrás en la silla, sintiendo un peso incómodo cerrar mi pecho como un puño. No sabía si estaba preocupada, enfadada, o algo peor que no quería nombrar. Peor significaba admitir cosas. Cosas como que los días de silencio de Aiden me habían afectado más que cualquier crimen sin resolver.

Cosas como que me importaba.

«Mierda.»

# 17 Listas y mensajes fuera de servicio

En Glenshannon, la Navidad no se preparaba, se organizaba con presupuesto de pueblo y ambiciones de ciudad.

Habían colgado tantas luces por todas partes que parecía haber explotado una fábrica de bombillas. Los escaparates competían en una guerra silenciosa pero feroz por ver quién tenía más renos de plástico, más nieve falsa, o más decoraciones que desafiaban el buen gusto y las leyes de la física.

Y ahí estaba yo, enfrentándome a mi misión más compleja y aterradora hasta la fecha: las compras navideñas. Armada con una lista garabateada en el reverso de un informe, avancé con determinación por la calle principal.

El primer nombre de la lista era el más fácil: mi padre. Le compré un termo de acero con el escudo de la Garda grabado y una caja de pastillas de menta para cuando no pudiera fumar. Dudaba que apreciara el humor, pero al menos no podría quejarse de la practicidad.

Maggie fue más fácil de descifrar. En la tienda de la señora O'Dwyer encontré una bufanda de lana verde musgo, tejida a mano. Era perfecta para alguien que daba consejos envueltos en el mismo tipo de calidez, áspera en la superficie, pero duradera y reconfortante en el fondo.

Annie necesitaba algo con sentido del humor incluido. Elegí un set de tazas con frases irónicas estampadas (*Mantente calma aunque derrames el té, Empoderada por cafeína y cotilleos*) y añadí una caja cara de galletas artesanales, porque cualquier regalo que no incluía comida en Irlanda se consideraba una ofensa grave.

Erin se llevaría una taza en forma de oveja, adorable y rara, y un vale para el spa local que había abierto el año pasado. Sabía que probablemente jamás usaría el vale; Erin no era de las que se relajaban. Pero me hacía sentir como una amiga funcional que hacía regalos apropiados. Sobre todo porque había rechazado sus últimas dos invitaciones para que nos veamos.

Echaba de menos hablar con ella, pero Erin era demasiado perspicaz y a pesar de mi entrenamiento de garda, no me veía capaz de aguantar un interrogatorio suyo, sobre todo si abría el tema de su hermano.

Me concentré en la parte complicada de mi lista: mi madre. No estaba segura de si íbamos a vernos en Navidad. Probablemente no, aunque sabía que tenía planes con Siobhan. Planes perfectos que no me habían mencionado con suficiente antelación como para que me apuntara.

Pero no mandar un regalo sería dejarle claro que me dolía su ausencia. Así que, en un impulso que me negué a analizar con profundidad, elegí un libro de cocina irlandesa moderna en edición especial, y una vela aromática con etiqueta elegante, que decía «Alma en paz». Porque si algo necesitábamos ambas con desesperación, era paz.

Y luego estaba Siobhan. Pensé en enviarle un hermoso jersey de lana, pero imaginé su voz, ese tono suave cargado de superioridad, diciendo: «¿De lana? Kelsy, cariño, ¿quieres que parezca una oveja en las reuniones de trabajo?». Así que opté por un set de cosmética natural y orgánica (que me costó un ojo de la cara), y una nota breve: «Para cuando decidas que el filtro de Instagram no es suficiente. Con amor, tu hermana menos fotogénica».

Por último, en la esquina inferior derecha de la lista, estaba el nombre que me negaba a leer pero tampoco podía borrar: Aiden.

No debería estar ahí. No era familia ni amigo. Era... un problema. Y sin embargo, cuando pensaba en no incluirlo, en dejarlo fuera como castigo por todo (el pasado, ser sospechoso, su ausencia), algo se me encogía por dentro.

—Ni lo pienses —le espeté al papel con cero autoridad.

Finn, que trotaba a mi lado con su bufanda nueva, regalo de Saoirse, me lanzó una mirada de desaprobación.

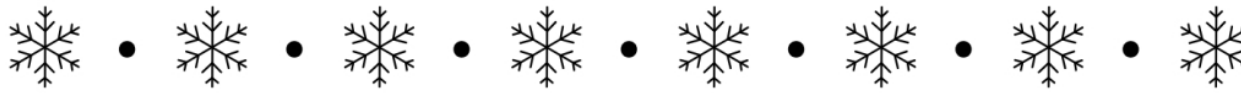
—Tú tampoco —añadí, señalándolo con el dedo—. Él no necesita más aduladores, ya tiene suficientes. Tiene un pueblo entero.

El perro sacudió la cabeza, pasando de mi opinión.

La tarde estaba gris y húmeda, pero el aire olía a hogueras de leña y azúcar caramelizado. Los niños correteaban entre los puestos del mercadillo, Maggie discutía con un repartidor sobre la seguridad estructural de los camellos de plástico del belén y al fondo, el árbol del pueblo parpadeaba con encanto.

Era la típica tarde navideña perfecta, que casi me hacía olvidar los casos abiertos, los informes sin terminar y los sospechosos atractivos que desaparecían sin explicación.

Casi.



El mensaje llegó a medianoche, justo cuando me había prometido a mí misma no pensar en él otra vez.

El móvil vibró sobre la mesilla con insistencia. Cuando lo levanté, apareció un número que no tenía guardado pero que reconocí de forma visceral.

**Necesito tu ayuda para un experimento.**

Sin saludo, sin emoticonos, sin disculpas por desaparecer durante días sin avisar, sin explicaciones sobre cómo había conseguido mi número. Solo eso.

Durante un minuto entero lo observé en la oscuridad, esperando que las letras confesaran algo más.

El maldito faltaba desde hacía días. Y ahora reaparecía, como si fuera lo más normal del mundo escribirme a medianoche para hablar de experimentos.

**¿Qué clase de experimento?**

La respuesta fue instantánea. Había estado esperando.

**Uno científico. Lo prometo. Bueno, casi.**

**Si acaba con explosiones, te recuerdo que soy garda.**

**Tengo esposas y sé usarlas.**

**Estoy trabajando en una idea. Una nueva aplicación para leer mentes.**

Me extrañó que no hiciera ninguna broma sobre las esposas.

**Suena perturbador e invasivo.**

**El propósito es detectar lo que piensan las personas más complejas del planeta.**

**Déjame adivinar con mi intuición detectivesca: las mujeres.**

**Solo una, en realidad.**

Sentí una sacudida estúpida en el pecho, pero me negué a caer en su juego. Absolutamente no.

**No pienso participar en tus delirios tecnológicos, Byrne. Y si esta es tu forma patética de disculparte por desaparecer, es un fracaso rotundo.**

Pasaron varios segundos que se sintieron como horas. Luego apareció el puntito de *escribiendo* que me hizo querer apagar el teléfono, lanzarlo por la ventana, o cambiar de número. Pero no lo hice.

**Si te debo disculpas, prefiero ofrecértelas en persona. Ahora solo necesito un par de respuestas. Sin compromiso. Y tengo una política de trato de datos personales muy estricta.**

**¿De verdad me estás escribiendo desde quién sabe dónde para hacerme una encuesta psicológica no solicitada?**

Intenté sacarle información pero no coló.

**Pregunta número uno: ¿Qué color tienen tus pensamientos cuando piensas en mí?**

Cerré los ojos y me asusté un poco, porque, por lo extraño que fuera, su manipulación estaba funcionando. Me pasaron por detrás de los párpados cerrados el verde intenso de sus ojos, el rosa de sus labios cuando se reía, el brillo oscuro de su pelo. También los colores del atardecer de los días que pasábamos en la orilla del lago, y un naranja cálido, que me invadía el pecho cada vez que se

acercaba a mí. Qué raro que no fuera todo del color de un agujero negro, pues así me imaginaba mis sentimientos con respeto a él.

Por descontado que no le contaría eso.

**Gris. Oscuro. Como una orden de arresto con tu nombre.**

**Ah, melancólico con notas de autoritarismo. Fascinante. Pregunta número dos: ¿Qué sonido hago en tu cabeza cuando no estoy presente?**

Me resultó muy fácil contestar, ahora que sabía qué esperar.

**El de la paz absoluta. Un silencio glorioso. Mi algoritmo detecta la mentira. Tercera pregunta, y esta es importante: ¿Me has echado de menos?**

Me lo imaginé sonriendo al escribir esto, con esos malditos hoyuelos que deberían estar registrados como arma blanca. El corazón me dio un salto tan ridículo que tuve que dejar el móvil sobre la almohada y ponerme de pie, esperando que el movimiento me devolviera la cordura. Caminé por la habitación en la oscuridad, tropezando con una bota, antes de volver a agarrar el teléfono con manos temblorosas.

**Para nada. Pero eres sospechoso en varios casos abiertos y no puedes desaparecer sin avisar y luego reaparecer con preguntas absurdas.**

**Lo que para ti es absurdo a mí me hace mucha ilusión. Mi única muestra eres tú, y los resultados son fascinantes. Me pasaré la noche en vela, pensando en eso.**

No pude evitar reírme. Una risa pequeña que sonó demasiado fuerte en el silencio de la noche. Maldito él y su habilidad sobrenatural para hacerme sonreír cuando quería gritar su nombre con furia.

**¿Y qué demonios estás haciendo, además de experimentar con mi paciencia y mi sueño?**

**Escribiendo códigos que probablemente no van a funcionar. Y echando de menos tu sarcasmo más de lo que es saludable.**

Supuse que estaba muy aburrido para que dijera eso.

**¿Dónde estás? ¿Cuándo vuelves?**

**Pronto. Tengo que resolver algo antes de volver.**

**¿Algo que tiene nombre y apellidos?**

**Tiene nombre, sí. Se llama «complicación mayor».**

**Te describes a ti mismo.**

El silencio que siguió fue tan largo que llegué a creer que había terminado la conversación. Me pregunté si había dicho algo equivocado, después resoplé porque, por supuesto que lo había hecho.

Entonces llegó otro mensaje:

**Última pregunta de la encuesta: Si regreso mañana, ¿me recibirías con una multa o con un abrazo?**

Miré la pantalla durante mucho tiempo. Fingí pensar con cuidado la respuesta, pero la verdad estaba ahí, latiendo bajo mi piel.

**Con ambas. Y probablemente un empujón.**

**Perfecto. La aplicación funciona. El algoritmo confirma mi hipótesis inicial.**

Antes de que pudiera preguntarle por su hipótesis, añadió:

**Buenas noches, agente O'Connor. No dejes que tus sueños conmigo sean demasiado decentes. Sería un desperdicio.**

Me quedé con el corazón acelerado y una sonrisa estúpida en la cara, que no podía controlar.

Dejé el móvil en la mesilla con la pantalla hacia abajo. Pero incluso en la oscuridad de mi habitación, las palabras seguían parpadeando en mi mente.

Antes de que pudiera sentarme el móvil volvió a vibrar. Lo recogí tan rápido que casi me dio un tirón en la mano. Ponía:

**Estoy en Dublín, ayudando a mi madre con algo.**

Su explicación me hizo sentir más liviana. Me tendí en la cama, mirando el techo, y Finn saltó para acomodarse encima de mi muslo. Suspiró, como si él también se hubiera quedado más tranquilo.

# 18 Invasión navideña

El día había sido sospechosamente tranquilo. Demasiado para mi pueblo, donde hasta los carteros cotilleaban más rápido que entregaban cartas y donde la señora Murphy podía contarte tu horario mejor que tú misma.

Estaba en el salón, envuelta en una manta nuevecita y tratando de convencerme de que el bagel duro que había tostado contaba como cena. Mi nevera vacía no me había dado opciones, pero esperanzada, me levanté para volver a buscar en los armarios.

Pasé por delante de la ventana justo a tiempo para ver a Aiden bajar de una camioneta, cargando con algo verde y enorme.

Un árbol de Navidad. Un jodido árbol de Navidad.

—No —murmuré a la ventana, como si mi negación fuera a detenerlo—. No te atrevas.

Finn corrió hacia la puerta, dando brincos de emoción.

—¿Es en serio? ¿Lo hueles a través de la pared? —lo interrogué, aunque en realidad estaba celosa de sus habilidades.

Los golpes en la puerta me hicieron dar un brinco, que se añadió a mi más que acelerado corazón. Me llevé la mano al pecho, sopesando qué hacer. Podía fingir que no estaba en casa. Apagar las luces y esconderme detrás del sofá.

Finn arruinó mi plan. Empezó a ladrar y a arañar la madera de la puerta.

—Cállate —le rogué, pero al perro no le importó.

Suspiré rendida, me pasé la mano por el pelo y tiré de la sudadera en un intento de alisar las arrugas. En todos mis encuentros con Aiden llevaba o el uniforme o una manta o el chaquetón que ocultaba mi cuerpo. No había una sola ocasión en que me había encontrado arreglada, y por alguna razón estúpida, me fastidiaba.

Abrí la puerta al máximo y di con la nariz en las ramas del abeto. Detrás de este, Aiden sonreía como un anuncio de colonia navideña para hombres que conocían el efecto que tenían en

mujeres con mal juicio. Llevaba un jersey de punto y copos de nieve se derretían en su pelo oscuro.

—Te traigo el espíritu navideño —anunció.

Mi cerebro seguía sin funcionar correctamente. Me eché a un lado sin querer y él entró, entendiéndolo como una invitación. Me quedé mirando las cajas apiladas junto a la puerta. Por las tapas de plástico, podía ver guirnaldas, adornos y un carrete de luces.

—No lo necesito —le informé, bloqueándole el paso al salón —. De hecho, no sé qué estás haciendo. Creo que te equivocaste de persona y de casa.

Él me esquivó con una gracia irritante. Me sentí como una piedra obstinada, vencida por el agua que fluía a su alrededor.

—No estoy equivocado. Y no te preocupes, seré breve. Solo voy a instalar la alegría y me largo. —Dejó el árbol en el centro del salón con un golpe seco que hizo temblar la colección de tazas de mi abuela en la estantería—. He oído rumores preocupantes sobre tu decoración navideña y tenía que tomar cartas en el asunto.

Me crucé de brazos y me negué a inhalar hondo para no rendirme al olor penetrante del abeto.

—¿Qué rumores?

Aiden pasó por mi lado y me lanzó una mirada de arriba abajo, que me hizo demasiado consciente de que llevaba pantalones de pijama con renos (la ironía no se me escapaba).

Regresó con dos cajas.

—Que es inexistente. Que vives como una ermitaña. Que incluso el Grinch te señala y dice «esa chica necesita ayuda». Que tu idea de decoración navideña es no quitar el calendario de octubre.

—Ese rumor es falso. Lo quité ayer.

—Impresionante.

—No necesito decoración para sentirme bien —repliqué, alzando la barbilla con dignidad.

—Claro que no. Tú respiras café y sarcasmo con extra de amargura. Pero una casa sin árbol de Navidad es como... un *pub* sin cerveza. Técnicamente posible, pero moralmente cuestionable.

Finn olfateó el árbol con curiosidad e intentó morder una rama.

—Ves —dije, señalándolo con gesto triunfal—. No creo que comerse eso sea bueno para él.

Aiden se agachó para rascar las orejas del perro, que se convirtió de inmediato en un charco baboso de adoración.

—Está emocionado por la llegada del espíritu festivo a esta casa sin alegría.

—Está planeando orinarlo —advertí.

—Lo tengo todo controlado. —Aiden se levantó, sacudiéndose las manos en los vaqueros—. ¿Dónde están los enchufes?

Resoplé.

—No puedes entrar en mi casa y...

Pero ya estaba desenrollando las luces, silbando una melodía navideña que solíamos poner en el coche cuando teníamos diecisiete años y el mundo parecía más simple.

«Capullo manipulador.»

—Has matado a un abeto. ¿Cómo se te ocurre traer un árbol natural?

—Me lo han entregado de una reserva que planta diez arbolitos en el lugar del cortado.

Jolines, tenía respuestas para todo.

—No pienso quedarme a mirar cómo destruyes mi salón —insistí, aunque mis pies no se movieron ni un milímetro de donde estaban clavados en el suelo.

Me lanzó una sonrisa por encima del hombro.

—Relájate, *a chroí*. Deja que la magia navideña haga su trabajo.

El uso del apelativo gaélico hizo que mis rodillas se convirtieran en gelatina, así que decidí sentarme.

—La única magia aquí es cómo no te he arrestado todavía —refunfuñé.

—El día es joven.

Empezó a trabajar con una eficiencia que me desconcertó, porque pensaba que iba a querer sacarme de mis casillas, como siempre.

Observé cómo colocaba las luces. No las enrollaba al azar como yo habría hecho en un ataque de pánico festivo. Las distribuía

con cuidado, probando cada fila antes de seguir, asegurándose de que no quedaran zonas oscuras. Era meticuloso y paciente. Cosas que no asociaba con él.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? —pregunté, porque la curiosidad me estaba matando y porque necesitaba llenar el silencio que me hacía sentir como una idiota.

—Mi madre es una fanática de la Navidad. —Su voz se suavizó—. Dice que si vas a hacer algo, lo haces bien o no lo haces. Nos obligó a todos a aprender desde pequeños.

Tomó una caja y empezó a sacar adornos. Había bolas rojas y doradas que brillaban como joyas baratas pero bonitas, cintas de terciopelo, incluso un pequeño ángel con alas torcidas, que parecía haber sobrevivido varias guerras navideñas y una caída desde un tejado.

—¿Vas a ayudar? —preguntó sin alzar la vista, pero con una sonrisa en la voz.

Me mantuve fiel a mi papel de apática.

—Te estoy vigilando.

—Mejor colabora antes de que Finn decida que las bolas son juguetes. —Me lanzó una guirnalda plateada que atrapé por reflejo —. Vamos. Muestra ese espíritu festivo que sé que escondes bajo toda esa armadura de sarcasmo.

—No tengo armadura.

—Claro que tienes armadura. Es tu superpoder. Acero templado con púas de ironía. —Se acercó y su voz bajó hasta convertirse en algo más suave—. Pero aquí, en tu casa, no la necesitas.

Algo en su tono me hizo tragar saliva.

—Necesitas recordar cómo eras antes de que decidieras que protegerte era más importante que sentir —continuó.

Me quedé mirándolo, con la guirnalda colgando de mis manos.

—Eso es muy profundo para alguien que se dedica a decorar vacas con luces.

Me guiñó un ojo.

No sé en qué momento terminé sosteniendo adornos ni cómo acabamos discutiendo sobre la distribución correcta de las bolas. Ni cuándo empecé a reírme de verdad, con carcajadas profundas que me salían desde el estómago y me hacían doblarme.

Discutimos sobre si el ángel torcido debía ir en la punta («es tradición, Kelsy») o si necesitábamos uno nuevo («parece que se quiere jubilar, Aiden»).

Finn no nos dio tregua intentando robar bolas. La tercera vez, Aiden lo distrajo con una galleta de perro que se sacó del bolsillo.

—¿Llevas galletas de perro encima?

—Nunca se sabe cuándo necesitarás sobornar a un canino. Es supervivencia básica en la Irlanda rural.

—Eres ridículo.

—Y tú tienes purpurina en el pelo. —Se acercó y, antes de que pudiera detenerlo, pasó los dedos por mi pelo, sacudiendo unos brillos plateados—. Así. Mejor.

Pero no se apartó. Se quedó ahí, a centímetros, con los dedos aún rozando mi sien, y el aire entre nosotros se volvió eléctrico.

Dio un paso atrás, rompiendo el momento, y volvió al árbol como si nada hubiera pasado.

Pero algo había pasado. Algo pequeño y peligroso que colgaba en el aire como una bola de cristal, a punto de caer y romperse.

Lo cierto es que cuando el árbol estuvo decorado y encendido, el salón parecía otro.

No era perfecto. Las luces parpadeaban con un ritmo un poco epiléptico, algunos adornos colgaban más bajos que otros, víctimas de la gravedad y mi falta de habilidad, y el ángel de la punta estaba torcido, mirando hacia la cocina como si buscara una cerveza para olvidar sus traumas.

Pero estaba vivo. Cálido. Real. Y la casa de mis abuelos parecía un hogar. Aunque no debería importarme, mi estancia era solo temporal, se sentía bien estar rodeada de cosas bonitas.

Aiden se quedó mirándolo con una satisfacción casi infantil, las manos en las caderas, el pelo revuelto de tanto estirarse para

alcanzar las ramas altas, una mancha de purpurina en la mejilla, que no tenía corazón para decirle que llevaba.

—Admite que es bonito.

—Está... aceptable —farfullé.

—Eso es un cumplido viniendo de ti. Casi una declaración de amor. —Se giró hacia mí y las luces del árbol se reflejaron en sus ojos—. Progresamos.

Me crucé de brazos para esconder la sonrisa que amenazaba con delatarme y arruinar mi fachada de mujer dura.

—¿Y ahora qué? ¿Esperas un aplauso? ¿Una medalla? ¿Un desfile en tu honor?

—Ahora, declaramos una tregua navideña —propuso.

—Interesante oferta —me burlé—. ¿Qué implica?

—Ninguna amenaza de arresto hasta Año Nuevo. Ningún interrogatorio sorpresa en mi casa. Ninguna investigación sobre mis finanzas sospechosas (¡oh, se había enterado de eso!) o mis conexiones con el ayuntamiento (y de eso también). —Extendió la mano—. ¿Trato?

Miré su mano suspendida en el aire entre nosotros, consciente de que aceptarla significaba algo más que una simple tregua. Significaba dejar entrar la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, Aiden no era el enemigo que había decidido que era.

—Eso depende de tu comportamiento —le expliqué, pero le estreché la mano.

Su palma era cálida y cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos, sentí ese chispazo eléctrico que llevaba semanas intentando ignorar.

—Entonces estoy condenado al fracaso —dijo con una sonrisa —. Porque nada más quiero hacer cosas malas cuando te veo.

Contuve el aliento. Cuando logré reaccionar, aparté la mano y miré para otro lado.

El fuego de la chimenea crepitó, lanzando reflejos naranjas sobre el árbol en un baile de sombras. La casa olía a pino fresco y a ese perfume que Aiden llevaba pegado a la piel.

—Gracias —dije en voz baja, las palabras saliendo sinceras de una forma que me hizo sentir desnuda.

Aiden me miró sorprendido. Solo un segundo, un parpadeo, pero lo vi. Ese destello de vulnerabilidad que escondía bajo las bromas.

—De nada. —Se acercó al perchero donde había dejado su chaqueta—. Pero si alguien pregunta en el *pub* o sale un vídeo de Saoirse, digamos que me obligaste.

Asentí.

—Con amenazas de esposas y un calabozo húmedo.

—Si ese escenario te incluye, no me disgusta en absoluto.

Me guiñó un ojo y se dirigió a la puerta con pasos seguros. La abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío que hizo que se me erizara la piel. Se detuvo en el umbral, una silueta recortada contra la noche, con una expresión que no supe leer.

—Kelsy.

—¿Sí?

—Si alguna vez necesitas... no sé. Compañía. O ayuda con Finn. O a alguien que te recuerde que eres humana y no un androide con placa y mal genio... —Se encogió de hombros, y por una vez parecía inseguro, casi tímido—. Tienes mi número.

Mi corazón dio un vuelco, que ignoré con todas mis fuerzas. Me recordé que Aiden tenía un repertorio amplio. Si no le había funcionado con la seducción, lo intentaría con la ternura.

—Buenas noches. —Sonrió y los hoyuelos también se despidieron.

—Buenas noches, Aiden.

Se fue, cerrando la puerta tras él con suavidad.

Me quedé ahí, en mi salón iluminado por un árbol que no había pedido pero que ahora no quería quitar, con un perro que roncaba feliz y un corazón que latía un poco más rápido de lo que era profesional, o apropiado, o seguro.

«Mierda.»

Esto no era solo una chispa. Era un incendio esperando a suceder, con toda la leña apilada y la cerilla en la mano. Y yo, estúpida con un título universitario y cero sentido común cuando se trataba de Aiden, había dejando que prendiera la primera llama.

Peor aún: una parte de mí quería ver cómo ardía todo.

# 19 Declaraciones en frío

La estación estaba tan congelada que podría haber servido como morgue improvisada, lo cual era irónico considerando que debería estar investigando crímenes y no contemplando mi propia muerte por hipotermia.

A mediodía llevaba dos camisetas térmicas por debajo del uniforme, dos pares de calcetines dentro de las botas, y aun así tenía los dedos tan entumecidos que apenas podía teclear.

La estufa de la sala principal llevaba muerta desde el día anterior. El técnico había prometido venir «lo antes posible» hacía veinticuatro horas, y en las últimas seis ni siquiera nos contestaba al teléfono.

Maggie se paseaba por la sala con los brazos cruzados, frunciendo el ceño como si su cabreo acumulado pudiera generar fuego. Mi padre había salido a pescar con Flaherty, porque los dos tenían que recuperar días libres, y las cosas estaban tranquilas en el pueblo. Así que solo nosotras dos éramos sujetos de esa congelación forzada. Y Finn, que estaba acurrucado junto a mis pies, temblando a pesar de su pelaje grueso. Lo acaricié, intentando transmitirle algún tipo de consuelo moral. Me daba tanta pena que pensaba mandarle con Aiden.

Estaba a punto de levantarme y hacerlo, cuando la puerta se abrió de golpe, dejando entrar una corriente de aire aún más fría que la que ya circulaba dentro.

—¡Cierra la pu...! —empecé a gritar.

No continué por la sorpresa de ver aparecer a Aiden. Me pregunté si lo había invocado con mis pensamientos, pero detrás de él iban Erin y Kirian, y ellos no habían aparecido en mi cabeza. El último cargaba lo que parecía ser una caja de herramientas.

—Vaya, el escuadrón del caos —observó Maggie, extrañamente alegre—. ¿Qué tal, chicos?

Aiden avanzó a la cabeza de la formación Byrne.

—Nos enteramos de que la Garda local está a punto de morir de hipotermia, lo cual sería una tragedia —nos informó —. Y como buenos ciudadanos preocupados por el bienestar de nuestras fuerzas del orden, venimos en misión humanitaria.

—¿Buenos ciudadanos? —repetí con todo el escepticismo que pude reunir, sin apartar mis manos congeladas del teclado porque el movimiento requería energía que no tenía—. No te va esa etiqueta.

Aiden se llevó la mano al pecho y los hoyuelos se marcaron con descaro en sus mejillas.

—Qué poca fe tienes en mí, O'Connor. —Chasqueó la lengua con desaprobación—. Kirian sabe de electricidad y sistemas de calefacción, tiene certificaciones oficiales y todo. Erin está aquí para supervisar que mi hermano no electrocute a nadie por accidente. Y yo, bueno, basta con que me miréis para calentaros un poquito.

Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco.

—¿Podemos empezar? —se quejó Kirian—. Tengo una vida y mucho trabajo pendiente. Ayudar al gilipollas de mi hermano a cumplir su fantasía con los uniformes de garda no es mi tarea.

Sacudí la cabeza. ¿De qué estaba hablando?

—Por favor —le pedí—. Tengo demasiado frío para echar a nadie a patadas, pero si esto se alarga mucho, puedo cambiar de idea.

Erin se rio mientras se acomodaba en el mostrador, dejando que sus piernas colgaran libremente. Envidiaba su gracia de sentirse cómoda en cualquier espacio.

—Yo también me apunté por eso —nos explicó—. No me canso de ver a Aiden perder la dignidad.

—Suficiente. —Aiden descartó las declaraciones de sus hermanos—. Maggie prometió que nos invitaría a una pinta si arreglamos esto. Ese fue el verdadero incentivo para convencer a mi muy ocupado hermano de venir.

—¿Es verdad? —pregunté a mi compañera con acusación fingida.

Maggie levantó su taza.

—Estoy a nada de convertirme en muñeco de nieve. Todo vale en el amor, la guerra y las emergencias de calefacción.

Aiden se detuvo al lado de mi mesa y dejó un termo plateado, que se veía caro y fuera de lugar en nuestra estación destartalada.

Alcé las cejas.

—¿Veneno?

—Café —me interrumpió, ofreciéndome el termo—. Con canela, dos cucharaditas, porque más sería abrumador y menos sería insuficiente. Lo hacía tu madre en las ferias cuando teníamos catorce años, ¿no? Todavía lo recuerdo, podía detectar el olor desde el otro lado del campo.

Lo miré con desconfianza.

—¿Cómo diablos recuerdas eso? Fue hace más de una década.

—Memoria selectiva. Solo guardo los recuerdos buenos, los que vale la pena conservar, y ese verano califica porque fue cuando ganaste ese ridículo oso de peluche gigante en el juego de tiro al blanco y te negaste a soltarlo durante toda la noche.

—Ese oso era majestuoso.

—Pesaba más que tú y no cabía en ningún lado.

—Sigue siendo majestuoso en mi memoria.

Tomé el termo con manos todavía entumecidas, y cuando lo abrí, el aroma familiar me golpeó con una ola de nostalgia tan fuerte que me dolió el pecho. Era justo como lo recordaba, ese equilibrio entre amargo y dulce que mi madre había perfeccionado durante años de práctica.

—¿Quién te dio la receta? —pregunté.

—Tu madre.

—¿Cuándo viste tú a mi madre?

Se encogió de hombros.

—No la vi. La llamé.

Me quedé con la boca abierta. Fingí mirar la pantalla del ordenador, pero el frío debía haberme afectado demasiado porque no me funcionaba el cerebro para darle una réplica inteligente.

En cuestión de minutos, los Byrne tomaron posesión del pequeño vestíbulo. Kirian se arrodilló frente a la vieja estufa y abrió compartimentos mientras murmuraba cosas técnicas en jerga de electricista, que sonaban a idioma extranjero para mis oídos no

capacitados. Erin se había instalado en el mostrador, charlando con Maggie sobre su teoría personal de que los gatos eran mejores jueces de carácter humano que cualquier test de personalidad inventado por psicólogos, una conversación que ambas encontraban fascinante a juzgar por sus expresiones concentradas.

Procuré taparle las orejas a Finn con el extremo de mi bufanda para que no se sintiera insultado por las comparaciones desfavorables con los felinos.

Aiden, como era predecible, se propuso distraerme de mi trabajo. Se inclinó sobre mi hombro para fisgonear la pantalla.

—¿Algún sospechoso guapo en tus informes?

—Ninguno —respondí sin mirarlo. Sentía su calor contra mi espalda y mi concentración se había evaporado—. Prefiero trabajar en silencio.

—Auch. Qué cruel eres conmigo, después de que vine hasta aquí con café y buenas intenciones.

Le dediqué una mueca.

—No quiero asustarte siendo repentinamente simpática.

Se inclinó más cerca, violando mi espacio personal lo suficiente para que su aliento cálido rozara mi mejilla congelada y enviando escalofríos que no tenían nada que ver con la baja temperatura.

—No disimules tan mal, Kelsy. Admítelo, me echabas de menos aunque fuera solo un poquito.

—Te vi ayer. Y aunque fuera hace cien años, sería poco.

Él se rio en voz baja. Ese sonido grave era peligroso para mi salud mental porque siempre conseguía colarse por debajo de mis defensas y llegar a mi estómago, donde se instalaba como calor líquido.

Maldito fuera y sus técnicas de seducción.

—¿Te acuerdas de cuando robamos esa botella de brandy que Annie usaba para los bizcochos, durante la fiesta de San Patricio? —preguntó de repente, su voz tomando un tono nostálgico—. Nos escondimos detrás del granero de los Murphy pensando que nadie nos encontraría nunca.

—Tu hermano nos encontró en menos de veinte minutos porque dejaste un rastro de pisadas en el barro.

—Te habías tomado unos tres tragos y reías tan fuerte que nos contagiaste a los dos. En ese momento decidí que quería escuchar ese sonido el resto de mi vida, aunque por aquel entonces no entendía exactamente por qué.

Mi respiración se atascó en algún lugar entre mis pulmones y mi garganta.

—Eh...

—Y luego forcejeaste con Kirian por la botella, lo que hizo que se rompiera y me empapara. Me dijiste que me lo merecía por ser tan idiota.

—Todavía lo creo.

Un ruido metálico fuerte retumbó desde el pasillo, interrumpiendo nuestra conversación nostálgica. Kirian se incorporó, sosteniendo una pieza oxidada en su mano. Intenté no reírme al ver su cara manchada de polvo negro.

—Encontré el problema —anunció—. No era el termostato, era el cableado interno, frito. Puedo reemplazarlo sin problemas.

—¿En cuánto tiempo puedes tenerlo funcionando? —pregunté. Esperanza renovada florecía en mi pecho congelado.

—En menos del que necesita Aiden para que su estrategia de coqueteo funcione.

El aludido hizo una mueca.

—Celoso —farfulló.

Las insinuaciones de su hermano debieron molestarle, porque pasó el resto del tiempo ayudándolo hasta que la llama se encendió con un chasquido.

Un calor tenue empezó a extenderse por la sala y los seis exhalamos al unísono en alivio colectivo, incluyendo a Finn.

Aiden levantó ambos brazos hacia el techo.

—¡Y no hemos electrocutado a nadie en el proceso! —proclamó.

Kirian guardó las herramientas en su caja y Maggie sirvió otra ronda de café como recompensa merecida por los servicios prestados a la comunidad. El lugar más frío e inhóspito del pueblo se

transformó en un rincón acogedor y ruidoso, con conversación amigable.

Aiden volvió a acercarse. Empezaba a creer que no podía dormir bien si no cumplía con su cuota diaria de «voy a joder a Kelsy». Es decir, no joder, joder. En el otro sentido, de irritar. Como si su día no estuviera completo sin haberme sacado de quicio al menos tres veces antes del mediodía. No en el sentido horizontal, el que implicaba menos ropa y mala toma de decisiones.

«Para. Para ahora mismo.»

Pero mi cerebro ya había ido por ese camino y no tenía intención de volver. Sobre todo con él acercándose así, con su sonrisa, con el pelo revuelto, con esos ojos que prometían problemas en todos los sentidos de la palabra que se disfrutaban.

—Mi acto heroico merece una recompensa —declaró, con una mueca de niño bueno, las manos a la espalda y balanceándose sobre los pies.

—Has ganado algunos puntos en tu marcador personal —reconocí—. Pero todavía te faltan muchísimos para compensar tu extenso historial negativo.

—Soy muy consciente de mis faltas del pasado. —Su sonrisa se suavizó—. Pero al menos ya estoy en el marcador, ¿no es así?

—Lo estás —admití a regañadientes—. En números negativos todavía, pero estás ahí, ocupando espacio.

—Es un comienzo. Por cierto —añadió, bajando la voz hasta convertirla en confesión—, tuve que sobornar a Kirian con tres favores futuros sin especificar para convencerlo de venir hoy.

—¿Por qué harías algo así?

—Porque la idea de que estuvieras aquí congelándote me estaba volviendo loco de preocupación. Y porque, aparentemente, no puedo evitar hacer cosas ridículas e impulsivas cuando se trata de tu bienestar. —Se encogió de hombros como si acabara de confesar algo trivial sobre el clima—. Además, necesitaba una excusa medio legítima para verte sin parecer desesperado, aunque sospecho que ya crucé esa línea hace tiempo.

Mis mejillas debían de desprender más calor en ese momento que la estufa reparada.

Mierda. Aiden Byrne se me acababa de declarar descaradamente. Y no tenía ni idea de qué le iba a responder.

# 20 No hay historia navideña sin muérdago

Para no sentirse culpable por la excursión de pesca, mi padre había cambiado mi horario y tenía el día libre.

Lo aproveché haciendo de adulta responsable, limpiando mi casa hasta que brilló y esperando como una niña en Navidad la entrega de mi nueva y flamante cama.

Cuando los dos chicos del camión de reparto llegaron con las cajas, di saltitos alrededor de ellos con un entusiasmo que los asustó un poco. Uno me miró como si estuviera considerando llamar a una ambulancia.

—¿Está bien, señorita?

—Mejor que bien. Llevo semanas durmiendo en un sofá que huele a moho. Me habéis traído el paraíso.

Acabé la tarde con una sonrisa inmensa en la cara, tumbada en diagonal sobre mi nueva cama, oliendo el suavizante de jazmín en las sábanas.

Qué fácil era hacerme feliz. Nada más que un colchón que no crujía y ropa de cama nuevecita. Bueno, tal vez un poco de compañía masculina no me hubiera sobrado…

Finn se subió de un salto y se hizo un ovillo a mis pies.

—Chico —le dije, cerrando los ojos—. Somos oficialmente adultos con muebles dignos.

Había costado lo suyo, pero la casa, por fin, se parecía a un hogar. Aunque la mayoría de los muebles seguían siendo antiguos, con un par de cortinas nuevas, mucha cera para el parqué y liberando espacios, había conseguido darle un aire distinguido. Aunque no tenía que haberme molestado tanto por el poco tiempo que viviría ahí, podría usarla cuando viniera de visita o en vacaciones.

Finn saltó y desapareció por el pasillo. Entendí por qué al escuchar los golpes en la puerta. Comprobé por la ventana que no era alguien de metro noventa, con ojos verdes y sonrisa insoportable, antes de abrir.

Era Annie.

—Vístete —ordenó, entrando tan animada que casi me empujó—. Vienes conmigo al mercado navideño.

—Eh… ¿no? —Me quedé aguantando la puerta abierta.

—Sí. Ahora.

La seguí hasta mi armario, donde se puso a rebuscar.

—Annie, es mi día libre. Y… creo que sería mejor no salir. Me he autocastigado. —Me arrepentí nada más decirlo porque era una cotilla.

Se giró con un jersey en la mano.

—¿Castigada? Niña, tienes veinticinco años, no seis. ¿De qué estás hablando?

Agaché la cabeza y refunfuñé:

—Necesito desaparecer del radar por un rato.

—¿Ah, sí? —Levanté la vista—. Pues tenemos un problema. Porque tu madre me hizo prometerte que te sacaría de casa. Y no es que tenga todo el tiempo del mundo. Además, entre lo que quieres tú y lo que sugiere tu madre, ¿con qué nos quedamos?

Había una única respuesta correcta: mi madre.

Miré mi pijama de renos, luego a Annie y a Finn, que me observaba con esa expresión de «lo siento pero estás jodida».

—Pues te sugiero que elijas un saco que me oculte, porque no quiero cruzarme con nadie.

Annie alzó una ceja y analizó mi rostro.

—¿Estás evitando a Señor Problemas porque se te declaró delante de todos?

—Ahh… No, ¿qué? ¿De dónde has saca…

—Kelsy, cariño. Nada ocurre en este pueblo sin que todos nos enteremos. Y lo tuyo con Aiden es como la serie de moda, así que, ¿de verdad pensabas que nadie iba a comentar que se presentó en la estación con una armadura brillante para salvar a su dama?

Después de soltar esa bomba, Annie me obligó a salir.

Por si acaso, me enfundé en el abrigo más grande que tenía, me puse gorro y una bufanda. Solo se me veían los ojos y la nariz.

Quince minutos después, estaba caminando por el mercado navideño con Annie agarrada de mi brazo. Así debería sentirse una

convicta en libertad condicional. Aunque disfrutaba de oler la canela, el vino caliente y el chocolate en el aire frío, escuchar la música navideña de los puestos y avistar las luces multicolores.

—¿Ves? No está tan mal —dijo ella, saludando a medio pueblo mientras me arrastraba entre los puestos—. Aire fresco, espíritu navideño, gente...

—Odio a la gente —le recordé.

—Eres garda. Tu trabajo es literalmente cuidar a la gente.

—Mi trabajo es arrestar a la gente. Mucho más satisfactorio.

—Ese comentario es perturbador. —Annie me apretó el brazo —. Sonríe y finge que no te están torturando. Tu madre me va a preguntar y quiero poder decirle que lo intentaste.

Caminamos entre los puestos, saludando con la cabeza a vecinos que me conocían desde que llevaba pañales. La señora Murphy me preguntó por mi respuesta a Aiden, acrecentando así mi ansiedad. El panadero me ofreció una rosca navideña y Saoirse intentó sonsacarme a qué hora había quedado con Aiden para continuar la conversación de la estación, mientras trataba de grabarme, pero se retiró cuando amenacé con confiscar su móvil.

Tras una hora comencé a sentirme bien. Disfrutaba de un paseo por el mercado navideño con una amiga.

Hasta que el último hombre al que quería ver y en el que no podía dejar de pensar, apareció.

Aiden estaba junto al puesto de sidra caliente artesanal, una moda que había llegado de Galway y que él, cómo no, se había apropiado como si fuera nuestra tradición.

Llevaba un delantal que proclamaba «Espíritu Navideño: 100% Natural y Orgánico». Reía con Kirian, sosteniendo una taza humeante, con el pelo revuelto por el viento, ajeno al hecho de que había jurado evitarlo hasta el día del Juicio Final o hasta que uno de los dos se mudara a Australia, lo que pasara primero.

—Oh, mira —dijo Annie con un tono de sorpresa tan falso que hasta a mí me dio vergüenza—. Aiden está sirviendo sidra. Vamos a saludar.

—No. Ni hablar —dije, dándome la vuelta.

La mujer era fuerte. Antes de dar un paso, ya me estaba arrastrando hacia el puesto, con la fuerza de un remolcador tirando de un barco que no quería zarpar.

—¡Aiden! —lo llamó—. ¡Mira a quién saqué de casa para influirle espíritu navideño!

Él alzó la vista y cuando me vio, juro que se sonrojó un poco. Si había algo en el mundo que nunca creí que llegaría a ver, era a Aiden incómodo.

Tragué saliva, notando que su timidez me ponía aún más nerviosa. ¿Qué estaba pasando? Esta no era nuestra dinámica habitual. Pensaba que lo odiaba, sus sonrisas confiadas, sus comentarios provocativos… pero hubiera dado cualquier cosa porque regresara y desapareciera esa tensión tan extraña.

—Kelsy —dijo. Maldita sea, ¿por qué tenía que pronunciarlo así, con ese acento que hacía que mi nombre sonara a algo… sucio y caliente a la vez?—. Pensé que la Navidad te daba urticaria.

—Estoy aquí bajo coacción —contesté, lanzándole una mirada asesina a Annie, que ella ignoró con alegría—. Esta señora me amenazó con chivarse a mi madre.

—Y debería cerrarte la cuenta de esta plataforma donde ves documentales sobre asesinos —añadió ella.

—Sonaba como un plan perfecto hasta hace una hora —refunfuñé.

—¿Estabas investigando técnicas de asesinato para cuando decidas acabar conmigo? —se burló Aiden.

—No necesito un documental para eso. Tengo imaginación suficiente.

Bien, parecía que volvíamos a la normalidad.

—Me halaga estar tan presente en tus fantasías violentas.

En lugar de responderle mordaz, como solía hacer, me sonrojé. Mierda, no habíamos vuelto a la normalidad. Me latía el corazón a mil, me costaba mantenerle la mirada y él me observaba con más seriedad de la habitual.

Annie rompió la incomodidad del ambiente con sus carcajadas.

—Vosotros dos. Es como ver a un matrimonio viejo discutiendo. —Señaló a Aiden—. Sírvele una sidra antes de que explote, y que sea de la buena, con el *whisky* escondido que guardas bajo el mostrador.

—Annie, no quiero...

—Sí quieres. Tu madre me lo ordenó.

Aiden ya estaba sirviendo la sidra con movimientos expertos, añadiendo un chorrito generoso de algo por lo que sospeché que no tenía licencia.

Annie me empujó hacia el mostrador.

—Ahora bebe, socializa y finge que eres una persona.

Me quedé frente a Aiden, con la taza en las manos.

—Tu madre es sabia —comentó él.

—Es una manipuladora con buenas intenciones.

—Los mejores manipuladores siempre lo son. Además, es tu día libre, ¿no? Alcohol y mi compañía es justo lo que necesitas para aprovecharlo a fondo.

Bebí un sorbo de sidra, dejando que el líquido caliente y especiado me quemara la garganta.

—Me basta con el alcohol —murmuré.

Aiden chasqueó la lengua de forma reprobatoria.

—Beber sola no está bien, Kelsy. ¿Y quién se va a aprovechar de que estés borracha?

Unos murmullos y risas contenidas hicieron que me diera la vuelta y al menos pudiera ocultarle mi sonrojo. Los amigos de Saoirse me apuntaban con los móviles levantados. Seguí la dirección de sus miradas y descubrí que encima de nosotros, colgando de un arco de madera decorado con luces, había un pequeño ramo de muérdago.

—No me jodas —susurré, con el pulso disparado—. No, no, no.

La mirada de Aiden siguió la mía y su sonrisa se volvió peligrosa.

—Estamos atrapados, Kelsy.

—Es una tradición tonta —gemí, notando que me ardían las mejillas.

—Si dos personas coinciden bajo el muérdago, deben besarse o atraerán mala suerte durante siete años —declaró Saoirse, con el móvil preparado.

—Ah, sí —respondí, arqueando una ceja—. Tampoco es que haya tenido muy buena suerte hasta ahora.

—La mía me está tratando bien —replicó Aiden sin perder la sonrisa, mientras le echaba otro vistazo a la ramita de muérdago sobre nuestras cabezas.

La gente empezaba a agolparse. La panadera le estaba dando codazos a su marido y señalándonos con la barbilla. Saoirse narraba mientras grababa:

—¡Atención, mis queridos seguidores! ¡En directo desde Glenshannon, donde la garda Kelsy se enfrenta al dilema moral más antiguo de la Navidad: romper la tradición o romperle el corazón al chico!

—Esto no está pasando… —murmuré entre dientes.

Había demasiada gente, demasiadas cámaras, y lo último que necesitaba era que mi padre volviera a verme en un vídeo viral.

Aiden se acercó a mí y el murmullo de la multitud se convirtió en un coro de ánimos, que sonaba como un estadio de fútbol esperando el gol decisivo.

Y entonces, cuando pensé que el suelo podía abrirse y tragarme con misericordia, Kirian levantó la voz:

—Bueno, si es tradición, será mejor que la mantengamos viva para las futuras generaciones —dijo con tono solemne pero ojos brillantes de diversión.

Tiró de la mano de una chica rubia que reconocí del coro parroquial, y se colocó bajo otro ramo de muérdago colgado del arco del puesto vecino. La besó con una teatralidad que arrancó risas y aplausos.

—¡Por la tradición! —gritó alguien.

Como si fuera un efecto dominó, otras parejas improvisadas comenzaron a reunirse bajo los múltiples muérdagos, repartidos por todos lados.

Annie se dejó besar por el repartidor. La señora O'Malley plantó un beso sonoro en la mejilla de un joven, que se puso rojo

como un tomate. Una chica que trabajaba en el taller de coches agarró al cartero entre carcajadas y le dio un beso que lo dejó tambaleándose. Incluso el padre Donald besó la mano de la florista.

En segundos, el mercado entero se convirtió en una coreografía absurda de besos, risas y *flashes* de móviles. Era caos puro. Era ridículo y perfecto de una forma que solo Glenshannon podía lograr.

Aiden me miró divertido, el brillo de sus ojos reflejando todas las luces del mercado.

—Respira, Kelsy —dijo—, ya no somos los protagonistas del escándalo.

No pude evitar reírme y él me acompañó.

Por un segundo, mientras Finn ladraba feliz entre las piernas de los vecinos, la gente coreaba villancicos desafinados y la nieve fingía caer, porque, como siempre en Irlanda, era lluvia travestida, pensé que si la Navidad tenía un corazón latiendo en algún lugar del mundo, debía sonar justo así: entre el absurdo y el cariño, entre la tradición y el desastre.

—Podemos dejar la suerte para otro año —murmuró Aiden—. No tiene que ser aquí. No tiene que ser ahora. No con todo el pueblo mirando.

Me di la vuelta para mirarlo y algo en mi pecho se apretó.

Si iba a besarlo, (cuando lo besara, susurró una voz traidora en mi cabeza), sería porque yo lo decidiera. En mis términos. Sin cámaras ni testigos ni *hashtags* virales.

Y Aiden lo había entendido sin que yo se lo pidiera.

No aparté la vista. Ni él tampoco.

El resto del pueblo siguió riendo, grabando y besando bajo todos los muérdagos del mercado. Y aunque no hubo beso entre nosotros, algo en el aire cambió. Algo se desplazó, como una puerta que se había abierto apenas una rendija, dejando entrar la luz.

Aiden y yo teníamos una historia sin acabar. Pero en el silencio entre nosotros, en la forma en que sus ojos se demoraban en mis labios, en cómo mi corazón latía contra mis costillas como queriendo escapar...

Ya estaba escribiéndose sola.

Y cuando él se apartó con una reverencia teatral que arrancó más risas, cuando me guiñó un ojo y volvió a su puesto como si nada hubiera pasado...

Supe que la próxima vez que hubiera muérdago entre nosotros, no habría público. No habría excusas. Y no habría forma de fingir que no había querido besarlo desde el principio.

# 21 Las malas decisiones son las mejores

Para mi sorpresa, pasé unas buenas horas en el mercadillo. Me vi envuelta en conversaciones con conocidos y gente que no había visto en mi vida, sobre temas de lo más diversos, desde si era mejor el algodón o la lana para los jerséis de perros hasta la temperatura óptima para que las galletas salieran perfectas.

Annie aparecía y se iba, repartiendo su encanto entre todos. Mientras nos calentábamos con una taza de *mulled wine*, me guiñó un ojo.

—No es por nada, Kelsy, pero desde que te vi de servicio, quería decirte que tu uniforme pide a gritos una jubilación anticipada —se mofó.

Me reí por lo bajo. Había estado tan ocupada que se me había olvidado recordarle a Siobhan que me enviara el uniforme de Dublín. Y entre una cosa y la otra, casi me había acostumbrado al que usaba, menos los días cuando la ansiedad me vencía y quizá comía un poco más de pan. Y algunas de las galletas que Maggie traía al trabajo. Y los *brownies* que Annie me mandaba. Y...

Erin asintió desde su taburete, con los ojos brillando como si olfateara carnaza fresca.

—Yo diría que no es el uniforme el que encogió. —Dio un sorbo a su té, con una sonrisa de gato—. Has estado haciendo «entrenamiento intensivo de campo», ¿verdad?

—Patrullas —dije, apretando los labios—. Ejercicio normal. Nada especial.

—Claro, patrullas —repitió Erin—. Y seguro que el entrenamiento incluye ejercicios cardiovasculares de levantar cejas cada vez que pasa cierto hermano guapo por la plaza.

—Y respiración acelerada —añadió Annie sin perder el ritmo —. Y pulso irregular. Y esas mejillas sonrojadas que tienes ahora mismo. Si ese hombre me mirara así, yo también tendría que pedir un uniforme nuevo. Uno ignífugo.

—¿Viste cómo la miraba antes? Pensé que iban a prender fuego al muérdago.

—Sois imposibles —protesté, sintiendo el rubor subir por mis mejillas, por las orejas, probablemente hasta la raíz del pelo—. Las dos. No puedo con las cotillas profesionales.

—Y tú estás preciosa —dijo Annie, con ese cariño perfecto entre tía y cómplice—. Siempre lo estuviste, incluso cuando eras una adolescente gruñona que fingía que odiaba los villancicos y la Navidad.

—Sigo odiándolos —murmuré, dando otro sorbo a la taza de vino.

—Sí, cariño —suspiró ella con infinita paciencia—. Y yo sigo fingiendo que mi *whisky* matutino es descafeinado con extracto de vainilla.

Erin levantó su taza en un brindis silencioso.

—Y yo sigo fingiendo que estoy feliz sola y que no fantaseo con el cartero.

Las tres nos miramos un segundo y luego estallamos en carcajadas.

Glenshannon no era del todo el castigo que había creído que sería. Claro que ayudaba que Annie siguiera invitándome a café todos los días y que Erin tuviera los mejores chismes del condado. Y que ninguna de las dos me juzgara por engordar un poco.

Eso también ayudaba.

Cuando me decidí a marcharme, algunos de los puestos ya estaban cerrando y el pueblo estaba casi desierto al cruzar la plaza.

Tenía el abrigo empapado y no sentía los dedos de los pies, a pesar de la protección de las botas y los calcetines térmicos. Pero me sentía bien. Liviana, esperanzada…

Me detuve de golpe. ¿Dónde se había perdido mi mala leche habitual?

—¿Te vas sola?

La voz llegó desde atrás, cálida y familiar, y maldita sea si mi corazón no dio un salto estúpido.

No hizo falta que me girara, porque Aiden me alcanzó y empezó a caminar a mi lado.

—No necesito escolta.

—Es tarde, llueve y dicen que hay un ladrón de luces suelto por el pueblo. —Hizo una pausa teatral—. Muy peligroso, según me han contado. Guapo, pero peligroso.

Metí las manos enguantadas en los bolsillos y reprimí una sonrisa. No era una confesión de que él había robado las luces, pero a estas alturas ni importaba, ya que había vuelto a ponerlas.

—Soy garda, Aiden. No necesito protección.

—Técnicamente, yo necesito la tuya. —Me guiñó un ojo—. Soy el sospechoso número uno, ¿recuerdas? Si algo me pasa camino a casa, tú eres la responsable. Así que realmente me estás escoltando a mí.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—Tu lógica es ridícula.

—Pero efectiva.

Se me escapó un hipido por la risa, que convertí en tos.

Seguí caminando, observando los charcos que reflejaban las luces navideñas como espejos rotos. El sonido de la lluvia fina golpeando los tejados de pizarra nos envolvía. No había nadie más en la calle, salvo Finn, que nos seguía a unos metros de distancia, meneando la cola.

Pasamos frente al taller cerrado de Kirian, después por la panadería, donde las luces del escaparate dibujaban sombras de panes y pasteles en el cristal mojado.

El silencio entre nosotros era espeso, incómodo, lleno de todo lo que no nos habíamos dicho en años de evitarnos y fingir indiferencia.

Aiden fue el primero en romperlo:

—No me odias tanto como finges —dijo de pronto, con la voz más seria de lo habitual.

—¿Ah, no? —Intenté sonar sarcástica, pero salió más curiosa de lo que pretendía.

—Si me odiaras de verdad, no me habrías mirado así hace un rato, cuando todo el mundo esperaba que nos besemos bajo el muérdago.

Me detuve en seco y el agua me salpicó los tobillos.

—¿Así cómo?

Se giró para mirarme de frente, y las luces de la calle hacían que sus ojos verdes parecieran más oscuros y más profundos.

—Como si estuvieras tentada.

—Eres un tarado con delirios de grandeza —logré responder. Debía haber algo en el aire, porque empezaba a sentirme flotar.

—Lo soy —dijo, sonriendo de lado—. Pero uno muy observador, que ha pasado años estudiándote.

«También has pasado años sin verme», quise decir, pero seguí caminando, más rápido esta vez, como si pudiera dejar atrás sus palabras junto con los charcos.

—¿Sabes qué es lo peor de ti? —Hablé antes de poder detenerme.

—Ilumíname. Soy todo oídos.

—Crees que puedes esconderte detrás del humor y las bromas y salir ileso. Que si haces reír a todo el mundo, nadie se dará cuenta de que también estás huyendo de algo, como cualquiera de nosotros.

Él asintió despacio, mirándome de reojo con una expresión que no supe descifrar.

—Y tú crees que si no te ríes de nada, si mantienes todo bajo control con reglas y uniformes, no te dolerá nada. Que si no dejas entrar a nadie, nadie podrá volver a hacerte daño.

Volví a detenerme. Había dado en el blanco con la precisión de un francotirador, y lo sabía.

La lluvia caía más fuerte, goteando de los aleros. El viento levantaba pequeñas olas en los charcos que parecían océanos en miniatura.

—Mira eso. Parece que el destino nos da otra oportunidad —dijo él.

Alcé la cabeza hacia donde me señalaba. Estaba bajo el arco de piedra antiguo que marcaba la entrada a mi calle, y de él colgaba un pequeño ramo de muérdago, torcido y a punto de caer.

—Ni se te ocurra —le advertí.

—¿Qué? Yo no he dicho nada. Solo observo la decoración —se mofó.

—Lo estás pensando.

—Tú también.

Tenía razón. Me conocía demasiado bien, maldita sea.

Estaba a menos de un metro y podía ver bajo la luz opaca de la farola las gotas de lluvia resbalando por su mandíbula y sus pestañas mojadas, sombreando las mejillas.

Sentí el momento exacto en el que se creó una burbuja alrededor de nosotros, cargada con algo eléctrico, algo vivo, que llevábamos evitando desde que había vuelto al pueblo. Y antes de que pudiera pensarlo dos veces, antes de que mi cerebro recordara todas las razones por las que no debía hacerlo, antes de que el miedo pudiera detenerme...

Agarré su bufanda húmeda con ambas manos, tiré de él, me alcé sobre las puntas de los pies, y lo besé.

Fue torpe al principio. Demasiado fuerte, demasiado urgente. Quería callarlo, castigarlo, borrarlo de mi cabeza de una vez por todas. Nuestras narices chocaron, mis dientes rozaron su labio inferior. Fue un desastre.

Pero Aiden tomó el relevo.

Sus manos encontraron mi cintura, no tirando ni exigiendo, solo sosteniéndome como si fuera algo precioso que podría romperse. Su boca se suavizó contra la mía, guiándome con una ternura que me desarmó, que deshizo todas mis defensas con la eficacia de un cortocircuito.

Mis manos, torpes por el frío y la impaciencia, subieron desde los pliegues ásperos de su bufanda hasta la piel cálida de su cuello. Los guantes me robaban el tacto directo, pero aun así noté su pulso acelerado bajo mis dedos.

El mundo se redujo a ese punto exacto bajo el muérdago torcido. A la lluvia cayendo a nuestro alrededor como una cortina plateada. Al sabor de su boca, cálida y con un toque de la sidra especiada que había estado bebiendo. A cómo sus dedos se clavaban en mi cintura, como si estuviera conteniendo todo lo que sentía. A mi corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él podía sentirlo contra su pecho.

Inclinó la cabeza despacio y profundizó el beso. Solté un sonido, algo animal que nunca me había permitido antes. Se perdió entre nuestras lenguas cuando la suya rozó la mía, primero tímida, casi pidiendo permiso, y luego más segura al sentir que yo no solo aceptaba, sino que lo buscaba.

Sus manos, grandes y seguras, bajaron de mi cintura a mis caderas y me pegaron completamente a su cuerpo. Sentí el calor que desprendía a través de los abrigos, el latido desbocado de su corazón golpeando contra el mío, y un leve temblor en sus dedos que me dijo que él también estaba perdiendo el control.

El beso se volvió hambriento. Nos mordisqueamos los labios, nos respiramos dentro, nos bebimos los jadeos del otro. Cada vez que intentaba separarme un milímetro para tomar aire, Aiden me seguía, reacio a romper la conexión, y yo volvía a caer, rendida.

Era solo yo. Solo él. Y solo este momento robado bajo un muérdago olvidado, en una calle vacía.

Cuando me separé respiraba como si hubiera corrido una milla cuesta arriba. Él no estaba mejor. Tenía los ojos oscuros, la boca enrojecida y entreabierta, buscando aún la mía.

Nuestras frentes seguían juntas, las narices rozándose, el aliento entremezclándose en nubes blancas que se disipaban en el aire helado.

Aiden me miró con algo parecido a asombro.

—¿Y eso? —preguntó, su voz baja y ronca, acariciando mis nervios como terciopelo—. ¿Por qué?

Intenté encontrar una respuesta ingeniosa, algo sarcástico que me devolviera el control, pero mi cerebro había dejado de funcionar varios segundos atrás.

—Para no tener siete años de mala suerte —dije, intentando sonar casual, pero la voz me tembló y me traicionó.

—Demasiado tarde para eso. —Su sonrisa fue suave, casi triste, sacando a relucir solo un poco los hoyuelos. Sus dedos acariciaron mi cintura con una ternura que me dolió—. Ya estoy maldito, Kelsy. Llevo años maldito.

Algo en su tono, en la forma en que dijo mi nombre, atravesó mi coraza.

No pude quedarme. No pude escuchar lo que fuera a decir después.

Me giré antes de que pudiera desarmarme más de lo que ya lo había hecho y caminé hasta mi puerta con pasos que intentaban parecer firmes pero que no lo eran.

Era consciente de su mirada siguiéndome, del sabor de él aún en mis labios, del beso colgando entre nosotros, como el último adorno secreto de la noche.

Mis manos temblaban cuando busqué la llave en el bolsillo. Me tomó tres intentos meterla en la cerradura.

Cuando finalmente conseguí abrir y entré, Finn se sacudió el agua junto a mis pies, empapando el suelo de la entrada, y me miró con esa expresión sabia que tenían los perros que habían visto demasiadas cosas humanas estúpidas y ya no se sorprendían.

—Ni un ladrido —le amenacé.

Él estornudó y se acurrucó junto a la chimenea.

Me quedé apoyada contra la puerta cerrada, con el corazón aún desbocado y los labios hormigueando.

Había besado a Aiden y había sido mejor de lo que jamás me había permitido imaginar.

Estaba tan, tan jodida.

Porque ahora que sabía cómo era besarlo, cómo encajábamos, cómo sus manos me sostenían como si fuera algo que valía la pena proteger... No iba a poder dejar de querer hacerlo otra vez. Y otra. Y otra. Hasta que una de las dos cosas pasara: o me curaba de él de una vez por todas...

O me rendía por completo.

# 22 Esposas y cero profesionalidad

No debería seguir en el trabajo. La estación cerraba a las nueve, pero en busca de puntos extra, me había ofrecido voluntaria para quedarme y cerrar informes pendientes.

Eran las diez y media y el silencio era tan completo que podía oír el zumbido eléctrico del fluorescente y el crujido de la madera protestando por cada cambio de temperatura.

Afuera, la calle estaba más muerta que mi vida amorosa antes de morrearme con Aiden; ni un coche, ni un alma, solo las luces anaranjadas de los faroles reflejándose en los charcos como manchas líquidas de fuego.

Finn dormía bajo el escritorio, hecho un ovillo y yo pasaba las hojas de los informes por enésima vez, con la mente a kilómetros de distancia. Pasé con desgana otro folio cuando escuché pasos acercándose desde el pasillo.

Mi mano fue por reflejo profesional al cinturón. Luego recordé que solo llevaba las llaves y una linterna medio muerta. El arma la había guardado en el cajón y las esposas las había tirado sobre el escritorio, junto a los papeles.

La puerta se abrió y Aiden entró. Por un momento, no entendí si era real o había salido de mis fantasías.

—Vi la luz encendida y pensé que estarías cumpliendo una condena autoimpuesta —dijo mientras se quitaba la chaqueta y el gorro.

Era exactamente lo que estaba haciendo, pero no pensé que él lo adivinaría.

—Estoy trabajando. —Formé un escudo de los papeles e ignoré el vuelco de mi estómago que aparecía cada vez que lo veía —. Lo que tú deberías estar haciendo, si tuvieras una ocupación.

—Oh, la tengo. —Cerró la puerta detrás de él despacio, con un gesto calculado que hizo que mi interior se contrajera—. De hecho, vengo por algo muy oficial. Una declaración que dijiste que debía firmar.

Arqueé una ceja. Como excusa, era buena. Si no fueran casi las once de la noche.

—Podía esperar hasta mañana.

—No podía. —Avanzó hacia mi escritorio, dejando huellas de agua en el suelo—. Era urgente.

El fluorescente titiló, pero la pausa no me ayudó a tranquilizar mi corazón.

—¿Sabes qué hora es? —espeté.

—La hora de irnos a casa —respondió al instante.

Era como si tuviera preparadas respuestas a mil de mis preguntas.

Su mirada cayó sobre el escritorio y las esposas. Las tocó con un dedo y ese gesto insignificante hizo que el aire cambiara de temperatura.

—Curioso objeto de decoración —murmuró—. Me pregunto si solo las usas para trabajo o también... fuera del horario laboral.

—No empieces —dije, pero mi voz salió más aguda de lo que pretendía.

Aiden levantó la mirada. Esa sonrisa traviesa que conocía tan bien apareció, apenas insinuada, con un solo hoyuelo a la vista.

—¿Por qué estás tan a la defensiva? ¿Es por miedo a usarlas conmigo o porque temes no querer quitarlas después?

Mi respiración se atascó en la garganta, pero mi lado combativo no me permitió acobardarme. Me levanté de la silla con más confianza de la que sentía.

—¿Sabes qué, Byrne? —dije, rodeando el escritorio con pasos lentos—. Estoy harta.

Él arqueó una ceja, sorprendido pero claramente interesado.

—¿De?

—De que seas un capullo engreído que se cree que puede conmigo. —Me detuve tan cerca que pude ver cómo se le dilataban las pupilas.

Tragó saliva y sus manos se cerraron en puños a sus costados.

—¿Curioso objeto de decoración? —repetí sus palabras con una sonrisa lenta. Tomé las esposas del escritorio, sintiendo el peso

frío del metal en mi mano—. Tienes razón. Pero no son decoración, son una herramienta de trabajo.

—¿Ah, sí? —Su voz salió ronca—. ¿Y qué tipo de trabajo piensas hacer con eso?

—Depende. —Di un paso más, eliminando cualquier espacio entre nosotros—. ¿Has sido un ciudadano respetuoso de la ley últimamente?

Sacudió la cabeza.

—No.

—Bien. —Le agarré la muñeca y sentí su pulso acelerado bajo mis dedos—. Porque esto va a ser mucho más divertido si no lo has sido.

Sus ojos se oscurecieron hasta volverse casi negros.

—Kelsy, si esto es algún tipo de interrogatorio...

—Oh, lo es.

—Me apunto —dijo con rapidez, casi sin respirar.

Cerré una de las esposas alrededor de su muñeca, con un clic metálico.

—Vas a responder cada una de mis preguntas. ¿Entendido?

—Joder. —Soltó una risa entrecortada, incrédula—. Sí, señora.

Lo empujé suavemente hacia atrás hasta que chocó contra mi escritorio. No opuso resistencia. Me miraba como si no estuviera seguro de si sentirse aterrado o fascinado. Era embriagador tenerlo así. Sorprendido. Expectante.

—Primera pregunta. —Me incliné hacia él, dejando que mi aliento rozara su oreja—. ¿Por qué has venido?

—Ya te lo dije. Mi declaración...

—Mentira. —Tiré suavemente de la esposa, acercándolo más —. Inténtalo de nuevo.

Su mandíbula se tensó. Luchaba internamente entre mantener su fachada de tipo duro o rendirse.

—Vine porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque me estoy volviendo loco. Porque cada vez que cierro los ojos te veo, y cuando los abro no estás. Y no puedo... —se interrumpió y su pecho se hinchó al inhalar—. No puedo... Quería verte.

Ay, madre. En la Garda no nos enseñaban cómo mantenernos cuerdos ante tal confesión. Carraspeé para ganar tiempo.

—Segunda pregunta. —Mis dedos rozaron su mandíbula, sintiendo la leve aspereza de su barba incipiente—. ¿Qué quieres que haga al respecto?

Me miró. Intenso, ardiente.

—Bésame o detenme —susurró con aspereza—. Pero, por el amor de Dios, deja de torturarme.

Mi sonrisa fue una copia muy buena de la que él usaba normalmente.

—¿Y si quiero hacer las tres cosas?

No dudo en responder:

—Empieza por el beso.

Busqué el destello de cálculo detrás de esos ojos verdes que siempre habían sido mi perdición. Pero no había nada de eso. Solo un anhelo que me hacía sentir expuesta, como si él pudiera ver cada capa que había apilado sobre mi corazón durante esos años.

Se inclinó y esperó con los labios a un aliento de los míos. Su mano libre se enredó en mi pelo, atrayéndome más cerca. El metal de las esposas resonó contra el escritorio cuando se movió, pero no le importó. No me importó.

Rozamos nuestras bocas. Su lengua acarició mi labio inferior antes de deslizarse dentro. Me saboreó como si yo fuera el primer trago de algo prohibido después de una eternidad de sed. No era dulce; era crudo.

Apoyé las palmas en su pecho. Sentí los músculos tensos bajo la ropa, el latido errático de su corazón martilleando contra mis dedos.

Gruñó en mi boca y sus manos se clavaron en mis caderas, tirando de mí hasta que nuestros cuerpos estuvieron alineados y encajados.

La fricción me arrancó un jadeo que él devoró. Profundizó el ángulo, su lengua enredándose con la mía en un ritmo que imitaba algo primitivo y urgente.

El calor se extendió por mi vientre como un incendio lento. Mis pezones se endurecieron al rozar su pecho con cada respiración

entrecortada.

Sus dedos se hundieron más, amasando la carne de mis caderas a través de los pantalones de uniforme, bajando apenas lo suficiente para rozar el borde de mi trasero.

—Kelsy. —Mi nombre sonó como una oración.

—Tercera pregunta. —Jadeé contra sus labios—. ¿Te vas a arrepentir de esto?

—Nunca. ¿Y tú?

—Pregúntame mañana.

Rompió el beso lo justo para mirarme, sus ojos oscurecidos por un deseo que me reflejaba como un espejo.

—¿Confías en mí?

Le fruncí el ceño en respuesta, respirando con dificultad.

—Reformulo. Necesito que confíes en mí ahora mismo, solo durante unos minutos —dijo.

—Vale —susurré.

No necesitó más. En menos tiempo de lo que pude procesar, tenía la llave de las esposas en la mano, se arregló para liberarse y me giró. El clic metálico del cierre fue tan repentino que me electrocutó el cerebro. Solo unos momentos después comprendí que me había esposado. De ambas manos, a la espalda.

—¿Qué? —forcejeé, incrédula—. ¡Aiden!

—Relájate, agente. —Su tono era el de un pecador. Intenté mover las muñecas, pero el metal frío me mordió la piel. Él se inclinó y su aliento me acarició el cuello—. Es una de mis fantasías verte así. Alguien como tú, que nunca baja la guardia… rindiéndose.

Mi respiración se volvió errática.

—Eres un imbécil —espeté entre dientes, pero mi voz salió temblorosa.

—Sí. —Giró mi rostro con dos dedos, obligándome a mirarlo por encima del hombro. Su sonrisa era arrogante, pero habló con seriedad—: Si te molesta, me detengo.

Tragué saliva.

—No… —susurré—. No me molesta.

Sus labios acariciaron mi mandíbula, luego un punto sensible debajo de mi oreja, que me hizo gemir.

—Dios, ese sonido —murmuró contra mi piel—. Podrías destruirme con ese sonido.

Esta vez no hubo gentileza. Sus labios reclamaron los míos con hambre, su lengua invadiendo, devorando, mientras su mano sacó mi camisa del pantalón y acarició mi vientre desnudo, subiendo hasta abarcar un seno con una posesión que me hizo gemir en su boca.

—Joder, Kelsy —gruñó, su pulgar rozando el pezón endurecido en círculos lentos, apretando lo justo para que no entendiera si era placer o dolor—. Eres tan sensible... Dime que solo conmigo. Dime que solo por mí.

Gemí bajito y moví las caderas en círculos. Su erección empujaba contra mi trasero y quería mucho más que palabras.

Al ver que no respondía, se arqueó, creando espacio entre nuestros cuerpos.

—Por ti —admití, preguntándome qué estaba haciendo conmigo.

Fui recompensada con otro empuje de su erección.

—Mis sueños, últimamente, son sobre… escucharte suplicar.

No supliqué. No al principio. Pero cuando su mano bajó, desabotonando mi pantalón con dedos expertos, deslizándose dentro de mis bragas con una audacia que me dejó sin aliento, intenté liberarme, enloquecida por tocarlo a mi vez.

Sus dedos me encontraron resbaladiza y rozó con una presión que me hizo arquearme. Eran fríos y el contraste entre mi calor y el frío duro de sus dedos, me volvía loca. El pulgar presionaba mi clítoris en círculos implacables, rápidos, como si conociera cada secreto de mi cuerpo.

—Estás empapada —murmuró contra mi cuello, su aliento caliente y entrecortado contra mi oreja—. Tan lista para mí. Tan jodidamente perfecta.

El placer se construyó como una tormenta, ondas que me recorrían desde el vientre hasta las puntas de los dedos. Mis caderas se movían contra su mano en un ritmo desesperado. Las suyas empujaban mi trasero, frotando su dureza que notaba caliente y palpitante.

Gemí su nombre y él respondió con un gruñido gutural. Busqué su boca, girando la cabeza. Su lengua imitó el movimiento de sus dedos dentro de mí. Con la otra mano me agarró el pecho y pellizcó el pezón por encima del encaje del sujetador.

—Quiero enterrarme tan a fondo dentro de ti que no vuelva a encontrar el camino de vuelta —gruñó en mi oído.

El orgasmo me golpeó como un rayo. Las olas de placer me nublaron la vista mientras el mundo se reducía a ese pulso, a su mano prolongando las réplicas con toques suaves, a su aliento jadeante en mi boca.

Perdí el control de mis extremidades y me dejé caer contra su pecho. Me sostuvo y besó mi sien con dulzura.

Entonces Finn decidió hacer su presencia, con un gemido de desaprobación tan dramático que ambos nos congelamos.

Nos separamos, jadeando, y miramos hacia abajo.

Nuestro perro nos observaba con una expresión que decía: «¿En serio? ¿Delante de mí?».

—Finn nos está juzgando —dijo Aiden, su voz todavía ronca.

Me reí y el sonido salió entrecortado.

—Y tiene razón. Estamos en mi trabajo. Sobre mi escritorio. Con esposas.

—Suena a un martes normal para mí.

—¿Te importaría liberarme? —propuse, aunque ninguna parte de mí quería moverse—. Antes de que mi padre decida hacer una ronda nocturna y nos encuentre así.

—¿Así cómo? ¿Esposados y felices?

—Esposados y comprometiendo mi profesionalidad.

Aiden se rio.

—La verdad es que no me apetece jugar con tu padre. Tiene mal genio, un arma y muy buena puntería. No soy suicida.

Me reí, débil pero burbujeante, con el cuerpo aún temblando y el rubor quemándome la piel. No podía creer que me había comportado como una adolescente sin autocontrol.

—Eres muchas cosas, pero suicida no es una de ellas —estuve de acuerdo.

Mientras arreglaba mi ropa, eché un vistazo al bulto visible en sus vaqueros. Lo que acababa de pasar solo me había abierto el apetito.

—Como sigas mirándome así, te voy a cargar al hombro y atravesar el pueblo contigo hasta llegar a casa.

—Vaya confianza —me burlé—. No puedes conmigo. Soy demasiado grande.

—¿Quieres apostar?

Antes de que pudiera responder, me agarró por la cintura y me levantó como si no pesara nada, girándome hasta tenerme sobre su hombro.

—¡Aiden! —grité, medio riendo, medio escandalizada—. ¡Bájame!

He cargado sacos de cemento más pesados.

—Qué romántico.

—Y ninguno gemía mi nombre tan sexi como tú. ¿Vas a seguir dudando de lo que puedo o no puedo hacer contigo?

—¡Bájame ahora mismo!

—No. —Empezó a caminar hacia la puerta—. Dijiste que no podía. Tengo que defender mi honor masculino.

—Tu honor masculino va a terminar arrestado.

—Promesas, promesas, a *chroí*.

Finn volvió a gemir, más fuerte esta vez, harto de nuestro numerito.

—¿Corazón? —repetí, histérica—. ¿Ahora soy «corazón»?

—Siempre has sido mi corazón. Solo que ahora te lo digo en voz alta.

Aiden me bajó y mantuvo las manos en mis caderas. No tenía la cara roja ni resoplaba. No había mentido en que podía cargar conmigo.

—Eso es... ridículamente cursi.

—Lo sé. —Sonrió sin vergüenza—. No se lo digas a mis hermanos.

Sacudí la cabeza, pero no como una promesa de no chivarme a sus hermanos sino porque no podía creer que estuviera bromeando con Aiden.

—Nota para mí. La próxima vez que hagamos esto, no va a ser en mi trabajo, donde cualquiera podría entrar.

—¿La próxima vez? —Su sonrisa se volvió traviesa—. Así que vas a mantenerme.

—No te emociones demasiado, Byrne.

—Mi ego ya está haciendo piruetas.

Me di la vuelta para colocar mi uniforme.

—Vamos. Te llevo a casa antes de que hagamos algo aún más estúpido —se ofreció.

—¿Más estúpido que esposarme?

—Créeme, mi cerebro tiene ideas mucho peores.

—Ahora estoy intrigada.

Ambos estábamos sonriendo como idiotas.

Salimos de la estación juntos, con Finn trotando adelante. Aiden me tomó la mano, entrelazando nuestros dedos con naturalidad. Caminamos en un silencio cómodo hasta mi casa.

Por una vez en mi controlada y planificada vida, me había dejado caer. Y Aiden había estado ahí para atraparme.

# 23 A quemarropa

Si esto fuera una comedia romántica, Aiden y yo estaríamos desnudos, teniendo sexo salvaje contra superficies horizontales y verticales, riendo sobre lo de las esposas y planeando nuestra boda con temática navideña.

Pues no.

Llevaba cuatro días sin verlo. Cuatro. Días de silencio incómodo y avistamientos reportados como si fuera el monstruo del lago Ness.

«Vi a Aiden en la gasolinera.» «Aiden estaba en el *pub* anoche.» «Aiden ayudó a mi madre con las compras.»

Genial. Fantástico. Aiden estaba vivo, bien, y siendo un ciudadano modelo. Solo que no conmigo.

Después de lo de las esposas y de que él se negara a entrar cuando lo invité a mi casa (porque tenía «asuntos que atender», sus palabras textuales), habíamos intercambiado exactamente cinco mensajes. Cinco. Tonterías coquetas del tipo «Que sueñes conmigo.», «Sueña tú que voy a soñar contigo.», que sonaban íntimo pero no decían nada real. Y luego, silencio.

Me hervía la sangre cada vez que alguien mencionaba su nombre, lo cual era constantemente. Porque Aiden estaba en todas partes, menos donde yo estaba.

Eso me hacía sentir como una mierda. Y descartable. Usada. Sobre todo, me daba un cabreo de los que hacían temblar edificios.

Esa noche, cuando regresaba a casa, con Finn trotando a mi lado, lo vi salir del taller de su hermano, con una caja grande de cartón bajo el brazo, que parecía pesada. No llevaba puesta su llamativa bufanda ni lucía su sonrisa de catálogo. Solo un abrigo oscuro y un gorro que le tapaba media cara y ocultaba sus rasgos.

El perro levantó la cabeza y me miró con ojos que decían «ni se te ocurra dejarme fuera de esta aventura».

—No hagas ruido —le advertí.

Salió disparado como bala peluda.

Suspiré derrotada, mirando hacia el cielo oscuro.

—Estupendo. Somos el dúo perfecto de idiotas en misión encubierta.

Seguí a Aiden por las calles empedradas y resbaladizas del pueblo, cuidando de que mis botas no resonaran demasiado fuerte contra las piedras mojadas. Mi trabajo implicaba vigilancia, pero una vocecita me recordó que lo hacía fuera de servicio, por iniciativa propia, movida por algo que no era deber profesional.

Aiden se movía rápido y decidido, sin mirar atrás ni una sola vez y sin la cautela de alguien que esperaba ser seguido.

Lo vi entrar primero en la tienda gourmet de Delaney, esa donde solo los turistas ricos con demasiado dinero compraban quesos artesanales y vinos caros. Cinco minutos después salió con una bolsa grande envuelta en papel dorado elegante.

Luego pasó por la pastelería O'Brien, que ya debía estar cerrada, y sin embargo, alguien le abrió la puerta desde dentro. Le entregaron una caja atada con cinta roja brillante que reconocí como su embalaje para ocasiones especiales.

Más tarde se detuvo frente a la floristería de la señora Mullen, que no abría de noche, y ella salió en bata y pantuflas, le entregó un ramo elaborado de flores blancas envuelto en papel de seda, y le dio una palmada en el brazo antes de volver adentro.

Mi cerebro de detective trabajaba más rápido que mis pies empapados.

Comida cara y elaborada. Regalos envueltos con cuidado. Flores. Todo en secreto y todo coordinado con anticipación. Podrían ser regalos navideños, pero la historia más obvia era una amante secreta, quizás alguien de fuera del pueblo. O peor, alguien casada que no podía ser vista con él en público. O un cómplice en algo ilegal, aunque esa opción dolía considerablemente menos que la primera, por razones que me negaba a analizar.

Aiden no me había buscado ni enviado un triste mensaje de texto. Lo que habíamos hecho no había significado nada. Además ¿qué esperaba? Me iría pronto y él volvería a ser un recuerdo en mi mente.

Finn eligió ese momento para decidir que la discreción era un concepto opcional y sobrevalorado. Se adelantó corriendo con ladridos entusiastas que resonaron por toda la calle vacía, y antes de que pudiera detenerlo, fue directo hacia Aiden, que guardaba los paquetes en el maletero del coche.

—¡Finn! —susurré horrorizada—. ¡Ven aquí ahora!

Aiden se giró tan rápido que casi dejé de respirar.

Sus ojos me encontraron en la penumbra y su expresión pasó de sorpresa a algo más calculado.

—Vaya, vaya —dijo y acabó con un golpe cuando cerró el maletero—. La agente O'Connor trabajando horas extra, y seguro que sin compensación. Qué dedicación al deber.

Intenté parecer competente mientras mi corazón latía como tambor de guerra contra mis costillas.

—Estaba... patrullando —improvisé, con voz que sonó poco convincente incluso para mis propios oídos—. Es mi zona asignada.

Busqué a Aiden que me había esposado, pero quien me miraba, era otra persona que no conocía.

—A las diez y media de la noche, bajo lluvia. —Su sonrisa era la definición del sarcasmo—. Qué vocación más admirable y específica.

Finn seguía mordisqueándole feliz el borde del abrigo, encantado con el reencuentro, pero yo no compartía su entusiasmo. Algo no estaba bien. Aiden no parecía él mismo.

—Te vi recoger varias cosas —le informé, intentando recuperar algo de autoridad—. Comida cara, paquetes envueltos para regalo... ¿Qué estás planeando? ¿Para quién es todo eso?

Intenté que sonara a interrogatorio y no a celos apenas contenidos.

Él sonrió, pero no de su manera habitual despreocupada. Esa sonrisa era distinta, cansada hasta los huesos, dolida en los bordes, despojada de la chispa burlona.

—No todo lo que parece raro o sospechoso es necesariamente un crimen, Kelsy —dijo dando un paso hacia mí. Y aunque su voz se suavizó al pronunciar mi nombre, seguía estando a

la defensiva—. A veces, las cosas extrañas son solo... vida normal complicada.

—Tú eres el que lo convierte todo en sospechoso con tus actos —repliqué con terquedad—. Tú eres el que siempre está en el centro de cada desastre.

—O tú eres la que ve delitos y crímenes donde solo hay gente viviendo como puede. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro ronco—. ¿Alguna vez te has preguntado eso, agente?

Me hirvió la sangre. Ya estaba cabreada, por su desaparición, por los días de silencio, por todo, pero cuando usaba mi título profesional con ese tono burlón, como si fuera un apodo cariñoso en lugar de mi trabajo, sentía que se estaba riendo de mí, de mi autoridad y de todo lo que había construido lejos de él.

—¿Qué buscas cuando me sigues así? ¿Pruebas? ¿O excusas para estar cerca?

Me acorraló contra la pared húmeda de ladrillo, sus manos a ambos lados de mi cabeza, su cuerpo demasiado cerca. Había algo roto en su expresión, algo salvaje en su mirada, que no había visto antes. Respiraba con dificultad y la furia vibraba en cada línea de su cuerpo. Pero no entendía si estaba furioso conmigo o consigo mismo.

—¿Sabes qué? Vete a la mierda, Aiden. —Planté las manos en su pecho, aunque no lo empujé—. Hago mi trabajo. Y lo hago jodidamente bien.

—Demasiado bien. —Su sonrisa era pura provocación—. Tan bien que apareces donde estoy, incluso cuando no estoy haciendo nada sospechoso.

—Siempre estás haciendo algo sospechoso.

—¿Como qué? ¿Comprar leche? ¿Pasear al perro?

—Como desaparecer durante días y luego actuar como si nada.

—Ah. —Alzó las cejas—. ¿Entonces esto es personal?

—Es profesional. Debería arrestarte ahora mismo por obstrucción a la justicia —alcancé a decir.

Soltó una carcajada seca.

—O podrías besarme otra vez y dejarte de excusas.

Fue como encender una cerilla en un charco de gasolina. Todo estalló.

—Joder —murmuró, y no sé cuál de los dos cerró primero la distancia entre nuestras bocas.

Solo sé que de repente sus labios, cálidos y firmes y seguros, estaban presionando contra los míos con una urgencia que me robó el aliento. Y los míos ya no recordaban cómo resistirse ni por qué deberían hacerlo.

Me empujó contra la pared, presionando su cuerpo contra el mío, y el beso se volvió voraz. Sus labios bajaron por mi mandíbula, por mi cuello, dejando un rastro de fuego sobre mi piel helada. Sentí sus dientes rozar el pulso acelerado bajo mi oreja, y un escalofrío me recorrió entera.

Sus manos encontraron mi cintura bajo el abrigo y me atrajo más cerca hasta que no quedó espacio entre nuestros cuerpos. Las mías se enredaron en su pelo mojado, tirando de él hacia abajo.

Gemí en su boca, un sonido pequeño y vergonzoso que me habría horrorizado en cualquier otro contexto, y lo sentí sonreír antes de morderme el labio inferior con suavidad juguetona.

Sus dedos trazaron líneas de fuego por mi espalda bajo el abrigo. Los míos se aferraron a sus hombros como si fuera lo único sólido en un mundo que se tambaleaba.

Y entonces un ladrido seco y ofendido nos separó de golpe.

Finn, plantado con la lengua fuera, nos miraba con una expresión que decía «esto es inapropiado y yo soy el único adulto responsable aquí».

—Tu perro —dijo Aiden con voz ronca, intentando recuperar la compostura mientras su pecho subía y bajaba —es muy inoportuno.

—No es solo mi perro —respondí sin aliento, con los labios hinchados y sensibles.

—Nuestro perro. —Su sonrisa era suave.

Nos miramos durante segundos. La tensión todavía vibraba peligrosa en el aire húmedo entre nosotros, más fuerte que antes del beso, pero diferente. Cambiada como si algo fundamental hubiera quedado expuesto y ya no pudiera volver a ocultarse.

Apoyó su frente contra la mía.

—Maldita sea, Kelsy, ¿por qué eres así?

Tuve que carraspear para poder hablar.

—¿Cómo? —pregunté susurrando.

Sentí el temblor de sus dedos sobre mi cintura, el esfuerzo que hacía para no moverse, para dejarme espacio. Era una batalla que ninguno de los dos sabía cómo ganar.

Aiden me robó un beso casto, antes de separarse de mí.

—Todo lo que deseo —dijo.

Sacudí la cabeza, desesperada por no perder del todo la cordura.

Él dio un paso atrás con esfuerzo visible.

—No te metas en esto, por favor —me pidió con voz tensa, sin mirarme a los ojos.

—¿En esto? —Mi voz sonó más aguda de lo normal—. ¿En qué? ¿Qué es «esto» que tanto proteges?

—Algo que tu placa no puede entender ni resolver. —Levantó la vista hacia mí y había algo en sus ojos que me atravesó—. Algo que necesita confianza ciega en lugar de investigación. ¿Puedes darme eso?

—No sé si puedo —admití con honestidad—. No sé si debo.

Asintió despacio, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Lo entiendo y no te culpo. Pero te pido que me des tiempo. —Me dio la espalda y abrió la puerta del coche—. Solo un poco más de tiempo y te lo contaré todo.

Abrí la boca, pero no supe qué decir.

—¿Kelsy? —me llamó él—. Es el cumpleaños de mi madre. Mis hermanos y yo le hemos preparado una fiesta sorpresa.

Cerré la boca de golpe y conseguí a duras penas levantar la mano para saludarlo mientras se marchaba.

Me quedé apoyada contra la pared de ladrillo frío, con Finn lamiéndome preocupado la mano, el corazón desbocado y su sabor todavía ardiendo en mis labios, una evidencia que nunca podría incluir en ningún informe oficial.

# 24 El encendido navideño

En la víspera del festival navideño tenía una lista de pendientes tan larga que me hacía sentir falsamente organizada y en control, aunque la mitad de los puntos consistían en recordatorios inútiles para no pensar en Aiden.

Cada vez que cerraba los ojos, podía sentir el peso de su mano en mi cintura, su respiración contra mi mejilla, sus labios sobre los míos. Desde entonces vivía con la sensación de que algo me faltaba y me sobraba al mismo tiempo. Mi cuerpo lo recordaba incluso antes de que mis pensamientos lo hicieran: el calor súbito, la electricidad en la piel. Tenía la certeza de que no debería haberlo hecho… y al mismo tiempo, de que lo haría de nuevo sin dudarlo.

Necesitaba aclarar mis pensamientos, y por eso no le había contestado a los mensajes y me estaba concentrando solo en el trabajo.

A media tarde, mientras revisaba informes, con los pies congelados y un dolor de cabeza creciente, me enteré de que el comité municipal había tomado una decisión drástica: cancelar el gran encendido del árbol navideño de la plaza.

«Demasiados incidentes», dijeron en el comunicado que circuló por todos los grupos de WhatsApp del pueblo. «Demasiado riesgo de otra ocurrencia protagonizada por Byrne».

No podía culparlos por su cautela. Resultaba que Saoirse había subido una encuesta en su canal y los comentarios del post eran de lo más preocupantes.

Eran casi las diez de la noche cuando el móvil vibró sobre mi mesilla con insistencia.

Un mensaje de un número que ahora tenía guardado y que decía:

**Trae abrigo y sentido del humor. Ambos obligatorios.**

Pasé de los latidos acelerados de mi corazón y puse los ojos en blanco para demostrarme a mí misma que era fuerte.

**No pienso salir. Estoy en pijama. Es tarde. Tengo dignidad.**

**Aiden: ¿Me mandas una foto de tu pijama? El mío es viejo y quisiera comprarme uno a juego.**

**¿No tienes algo mejor que hacer que fastidiarme?**

**Aiden: Hablar contigo me hace olvidar todo lo demás, pero sí. Ven a la plaza o te arrepentirás de no haberlo hecho.**
**¿Qué? ¿Es algo ilegal?**
**Respóndeme.**
**Aiden, como la líes otra vez…**

Ninguno de mis mensajes obtuvo respuesta.

Cinco minutos después acepté que mi fuerza de voluntad era patética y me estaba abrochando el abrigo más grueso que tenía y maldiciendo mi falta absoluta de principios.

Finn me siguió con entusiasmo, convencido de que cualquier plan nocturno iba a incluir aventura y posibilidades de causar caos.

No estaba equivocado.



La plaza estaba casi desierta cuando llegué, con pasos tan rápidos que casi patinaba sobre el pavimento húmedo y medio congelado. Pero había un murmullo extraño proveniente de los laterales, voces mezcladas con un sonido metálico que no conseguía identificar.

Después de buscar con la mirada, vi a Aiden subido a una grúa. Llevaba un disfraz de Papá Noel y sostenía un cable grueso como si fuera el cetro de un rey loco. A sus pies, un grupo de vecinos miraba hacia arriba con expresiones que oscilaban entre divertidas y preocupadas.

—¡Buenas noches, Glenshannon! —gritó Aiden desde las alturas—. ¡Esta Navidad no se cancela mientras Papá Noel tenga

acceso a corriente eléctrica!

El público estalló en risas. Algunos levantaron sus móviles para grabar el momento, y en una esquina vi al sargento, con el abrigo echado a toda prisa sobre el pijama a rayas.

—Por el amor de Dios todopoderoso, Byrne —gritó—, ¡baja de ahí antes de que te electrocutes!

Intenté hacerme pequeña entre la multitud para que nadie notara mi presencia, pero no tenía la complexión discreta de un Minión, sino de un ejército de ellos, uno encima de otro.

—¡Cuando este árbol brille con toda la gloria que se merece! —replicó Aiden con dramatismo teatral—. ¡Hasta que ilumine la plaza como los ojos de Kelsy cuando me amenaza con arrestarme!

El murmullo de la gente se convirtió en risas y algunos aplausos espontáneos. Empecé a verlos reunidos en grupos debajo de los abetos artesanales y apoyados en la valla que protegía el belén. Algunas miradas se dirigían hacia mí, y me sonrojé.

—Aiden —dije con voz que intentaba sonar autoritaria pero que temblaba— baja, por favor. Esto no es gracioso. Es peligroso e ilegal.

Sus ojos brillaron bajo las farolas.

—Es un acto de servicio público.

—Vas a electrocutarte por el espíritu navideño.

—Al menos moriré iluminado.

—Por favor, baja de allí —le imploré.

—Ven a bajarme.

Negué con la cabeza y me crucé de brazos, pero entonces escuché murmullos y cuchicheos. «Le dejará hacerlo solo.» «¿Te lo puedes creer?» «Y eso que lo está haciendo solo para llamar su atención.»

Me faltaba el aire.

—Joder —farfullé—. Aiden… —empecé, pero no supe qué decir para convencerle.

Era la misma dinámica de nuestra infancia, me obligaba a seguirlo por miedo de que fuera a hacerse daño. Y por supuesto, actué como él esperaba: empecé a subir los escalones metálicos de la

grúa. Sentía cada vibración bajo mis botas, cada ráfaga de viento que me recordaba lo idiota que era.

Aiden extendió la mano libre.

—¿Confías en mí?

—No —respondí con honestidad brutal—. Ni un poco. Ni siquiera un poquito.

—Sube de todas formas. Mi madre se sentirá mejor si no estoy solo aquí arriba.

—¿Tu madre? —pregunté, mientras aceptaba su mano.

Me ayudó a alcanzar la plataforma estrecha y me señaló un punto entre la gente. No distinguí bien a su madre, pero sí a Erin, que rodeaba con el brazo los hombros de alguien más bajito.

—Te dije que es su cumpleaños. Y quiere ver el árbol encendido.

Desde arriba, el pueblo entero se veía pequeño, acogedor y perfecto; una maraña de luces amarillas, tejados oscuros de pizarra y chimeneas echando humo blanco al cielo nocturno. El viento helado de diciembre olía a pino.

—Esto es una absoluta locura —murmuré, aferrándome con fuerza a la barandilla metálica.

Aiden se colocó detrás de mí, tan cerca que sentí el calor de su cuerpo a través del abrigo. Su brazo se deslizó por mi cintura, con un movimiento tan natural que parecía haberlo ensayado durante años.

—Me encanta que me hagas caso, Kelsy —susurró en mi oído, su aliento cálido atravesando la lana del gorro.

No sé cómo conseguí responder con voz firme:

—No te acostumbres.

Aiden no contestó. Se separó de mí y conectó el cable en la caja eléctrica. Durante un segundo infinito el árbol parpadeó con luces débiles y luego estalló en una sinfonía gloriosa de colores. Rojas, verdes, doradas, azules, blancas, cientos de bombillas se encendieron al mismo tiempo, como si el cielo con todas sus estrellas hubiera descendido a la plaza.

El pueblo entero contuvo el aliento para después aplaudir con entusiasmo. Algunos vitorearon y los niños chillaron. Los perros

ladraron y una anciana gritó «¡Bravo!» desde su ventana.

Era precioso.

En ese momento, a veinte metros de altura, sostenida por una plataforma y los brazos de Aiden, viví un instante de dicha. El pecho se me hinchó al suspirar y el abrazo de Aiden se sintió incluso más estrecho. No podía verle, pero me dio la impresión de que su alegría era contagiosa. Su barbilla rozó mi sien con ternura, y olvidé todas las razones por las que no debería estar ahí.

—¿Ves? —susurró contra mi pelo—. Inolvidable. Como tú.

Advertí un chispazo en el panel eléctrico, seguido de un zumbido, y me llegó olor acre a plástico quemándose.

—¡Aiden! —grité, señalando el panel de donde saltó un latigazo de chispas, semejante a fuegos artificiales.

Unas de estas volaron en arco y aterrizaron en unas guirnaldas. El plástico se arrugó al instante y brotó una llama anaranjada. Cayó sobre el montón de paja decorativa, que se encendió en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Fuego! —gritó alguien entre la multitud con pánico creciente—. ¡Hay fuego!

En menos de un minuto la plaza se transformó en un desastre nada festivo; vecinos corriendo en todas direcciones, el sargento Flaherty maldiciendo en tres idiomas diferentes, Saoirse grabando con su móvil desde un ángulo seguro. El perro de los O'Malley ladraba furioso al árbol encendido como si luchara personalmente contra las fuerzas del Apocalipsis.

Me giré hacia Aiden.

—Bueno —dijo con una mueca—, al menos ahora hay calor navideño. Mucho mejor que la lluvia de la otra noche, ¿no crees?

—¡Aiden! —Intenté apagar desesperada unas chispas que habían llegado a su pecho y encendido el ribete blanco del disfraz—. ¡Esto es un delito! ¡Varios delitos! ¿Lo sabes? ¿Entiendes las consecuencias legales?

—Técnicamente —dijo con calma injuriante—, es un accidente.

—¡Estás arrestado! —exclamé porque ya no me quedaba otra opción—. Por daños a la propiedad pública y poner en peligro la seguridad ciudadana. Y por ser una cabeza hueca sin sentido común.

Su sonrisa desapareció.

—Qué triste, Kelsy. Pensé que estabas empezando a disfrutar de la aventura. Vi cómo sonreías hace un minuto.

—Cállate.

—¿Por qué? —Su voz se volvió más suave—. ¿Porque te asusta admitir que lo disfrutaste?

Antes de que pudiera replicar con algo cortante, el sargento Flaherty nos enfocó con una linterna potente desde el pie de la grúa.

—¡Muy bien, los dos! —gritó con un rostro que habría congelado un volcán activo—. ¡Bajad de ahí! ¡Ahora mismo!

Bajamos con cuidado entre el humo que flotaba, llevado por el viento.

En mi estómago se asentó la vergüenza aplastante de quien sabía con certeza que su carrera acababa de morir envuelta en espumillón y cables eléctricos mal conectados.

—Agente O'Connor —dijo Flaherty con voz grave. Que usara mi apellido no era una buena señal—, ¿confirma que participó de forma voluntaria en esta payasada pirotécnica?

—No exactamente voluntaria —intenté defenderme—. Fue más bien... obligada por las circunstancias.

—Quedan arrestados los dos hasta que aclaremos responsabilidades con el jefe. —Señaló el coche patrulla aparcado—. Subid. Ya.

—¿Qué? —protesté con voz aguda—. ¡Yo soy la Garda! ¡Estoy en el lado de la ley! ¡Acabo de arrestar a Aiden!

—Felicidades. —Su sonrisa fue sombría—. Te has convertido en tu propio caso de investigación interna. Será interesante de explicar en el informe.

Caminé cabizbaja y solo de reojo advertí que Erin le puso un abrigo en los hombros a Aiden. Me sentía congelada hasta el alma cuando nos metimos en el coche patrulla por la puerta de atrás. Aiden y yo, la garda que lo había detenido… y que en ese momento no era más que otra delincuente cualquiera.

—Estamos coleccionando momentos, Kelsy —dijo él.

—Voy a matarte —murmuré entre dientes—. Cuando salgamos. Estoy intentando decidir cómo hacerlo, así que cállate para

que pueda pensar.

—Amor —Aiden se quitó los guantes con calma y tiró de uno de los míos hasta que dejó mi mano descubierta—, ahora estamos en el mismo barco. Somos compañeros de crimen. Igual que somos... otras cosas que sigues negando.

Lo miré de reojo. Había hollín manchando su mejilla como pintura de guerra. El brillo naranja de las luces de emergencia se reflejaba en sus ojos haciéndolos brillar con algo salvaje.

—Si tuvieras dos gramos de cordura en esos sesos tuyos, te darías cuenta de que no es un buen momento para recordármelo.

—¿Nuestros besos? —preguntó con suavidad—. Nunca es mal momento para recordarlos, Kelsy.

No respondí. No confiaba en mi voz. Tuve que admitir algo que había estado negando durante semanas: que tenía razón. Que todo esto, el caos y el fuego y el peligro y la risa y la forma en que me miraba como si fuera la única persona que le interesaba, era inolvidable. Que él era inolvidable. Y estaba en problemas mucho más serios que un simple arresto.

Porque en algún momento, entre los muñecos inflables agredidos y los belenes y los mensajes de medianoche y este incendio navideño accidental y los besos que no podía dejar de recordar...

Me había enamorado del sospechoso.

Y eso sí que era un delito sin defensa posible.

# 25 Un corazón mojado

La lluvia caía con tanta fuerza que parecía como si el cielo hubiera decidido borrar Glenshannon del mapa.

—Vamos, tortolitos —dijo el sargento Flaherty con tono seco desde el asiento del conductor—. Fin de la aventura.

El coche patrulla se detuvo frente a la estación con un chirrido de frenos que resonó en la plaza vacía. En cuanto abrimos las puertas traseras, el agua nos golpeó con una muralla sólida de hielo líquido.

Finn saltó al suelo primero. Se sacudió con energía, mandando gotas en todas direcciones y empapándonos aún más de lo humanamente posible.

—Genial —murmuré con sarcasmo, apartándome el pelo mojado de la cara y preguntándome dónde había perdido el gorro—. El final perfecto para una noche de gloria absoluta.

Aiden bajó detrás de mí con movimientos lentos y relajados.

—¿Sabes lo que me gusta de ti? —preguntó, gritando para hacerse escuchar sobre el ruido del agua.

—Nada. Absolutamente nada —respondí, y le dediqué el tipo de sonrisa que él enseñaba todo el tiempo: una burlona.

—Tu optimismo inquebrantable —dijo con aire solemne—. Es contagioso. Inspirador. Deberías vender posters motivacionales.

Le hice una peineta y me agaché junto a Finn, que temblaba de forma visible, con las orejas caídas y las patas hundidas en un charco. Su expresión oscilante entre el reproche y tragedia, me partió el corazón.

Sin pensarlo dos veces, me quité el abrigo empapado y se lo eché encima, intentando envolverlo para darle algo de calor. Se negó a quedarse en mis brazos, saltó y se ocultó bajo el abrigo.

En un segundo, el frío de diciembre se me metió por los brazos como agujas de hielo atravesando carne. El sudor que tenía del susto del incendio se convirtió en escarcha en mi piel. Un escalofrío violento me recorrió todo el cuerpo.

Aiden me observó en silencio. Luego, sin decir palabra, se quitó su abrigo, un monstruo grueso, gris, empapado por fuera pero aún conservando calor corporal por dentro, y me lo echó sobre los hombros sin darme opción de rechazarlo ni tiempo para protestar.

El peso me envolvió como un abrazo. El calor inesperado y denso se filtró a través de mi ropa mojada hasta la piel helada. El olor de él me rodeó y cuando apartó de mi frente un mechón pegado por la lluvia, sus dedos rozaron mi sien con una ternura que me robó el aliento. Me pareció que el aire entre nosotros ardía, a pesar del aguacero.

—Póntelo, Kelsy —dijo, y por primera vez en toda la noche su voz sonó seria—. Vas a congelarte hasta los huesos.

—Estoy bien —mentí de forma automática, aunque mis dientes castañeteaban.

Intenté devolverle el abrigo con manos torpes de frío, levantándolo de mis hombros, pero él dio un paso atrás y no lo aceptó. Sus manos se quedaron en los bolsillos de sus vaqueros mojados.

—Ya has salvado a un perro callejero, sobrevivido a varios desastres navideños y arrestado a Papá Noel —dijo, haciendo un gesto hacia su disfraz chamuscado en el pecho—. Déjame al menos hacer algo remotamente heroico para equilibrar la noche. Para compensar por arrastrarte a esto.

—Lo heroico sería que te callaras —repuse, pero sin el filo habitual en mí. La frase salió suave, casi cariñosa.

«Mierda. Me voy a delatar.»

Mi fastidio y resistencia se silenciaron bajo el peso del abrigo. La lluvia pareció caer más lenta. El murmullo lejano de Flaherty hablando por la radio de la patrulla se desvaneció. Volví a sentir sus labios sobre los míos.

Odié que mi cuerpo lo recordara de forma tan clara. El simple roce de su abrigo bastaba para traerlo de vuelta con fuerza cinematográfica.

Aiden estaba empapado de pies a cabeza, ridículo con el disfraz de Papá Noel. Las gotas resbalaban desde sus pestañas y tenía los labios rojos por el frío y un corte fino en la ceja, que no

había notado antes. Pero no parecía importarle. Su sonrisa se había suavizado. Me miraba como si yo fuera lo único que veía.

—Mierda —murmuró.

—¿Qué? —Mi propia voz sonó ronca.

—Hasta empapada hasta el alma, embarrada y con purpurina en el pelo, sigues siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

La seriedad en su voz chocaba con la curva suave de sus labios, con los hoyuelos apenas insinuados.

El corazón me dio un salto brutal.

—Y tú —logré decir —sigues siendo un desastre.

Su sonrisa volvió, pequeña y genuina.

—Ese es precisamente el problema.

Finn gimió bajo mi abrigo, recordándonos que la realidad era menos poética y mucho más húmeda.

—Vamos. Entremos antes de que Flaherty decida arrestar también al perro. —Aiden levantó una ceja, volviendo a su tono ligero pero con algo más cálido debajo.

Lo seguí hacia la puerta de la estación. Finn nos adelantó, arrastrando mi abrigo como una capa real.

La lluvia me golpeaba, pero lo único que sentía era el calor que me había dejado el gesto y las palabras de Aiden, y aunque jamás lo admitiría en voz alta, ni bajo tortura ni bajo juramento, ese calor se sintió peligroso y adictivo de una manera que no había experimentado antes. El tipo de cosa de la que no sabías cómo recuperarte una vez que la habías sentido instalarse en tus huesos.

Las reglas decían que no debía inmiscuirme con un sospechoso. Pero en ninguna *Garda College* te enseñaban qué hacer cuando el sospechoso te miraba como si fueras lo único que valía la pena en el mundo. Cuando te daba su abrigo bajo la lluvia sin pensarlo dos veces. Cuando te besaba como si llevara años esperando el momento. Cuando te hacía sentir que tal vez, solo tal vez, rendirse no sería lo peor que podrías hacer.

Me giré para mirarlo. Aiden estaba observándome.

—Deja de mirarme así —le pedí.

—¿Así cómo?

—Como si supieras lo que estoy pensando.

—No lo sé. ¿Qué estás pensando?

Que estaba jodida. Que había cruzado el punto de no retorno. Que su abrigo olía como hogar y eso me aterraba más que cualquier arresto.

—Que vamos a pescar una neumonía —dije en cambio.

Él se rio, sacudiendo la cabeza y mandando gotas de agua por todas partes. Sus dedos buscaron los míos y los apretaron. No los aparté.

—Valdría la pena. Cada momento contigo vale la pena.

# 26 Las celdas frías son perfectas para confesiones

El sargento iba delante murmurando algo sobre necesitar un aumento de sueldo.

—Esto es un malentendido, Flaherty —insistí por enésima vez, aunque con un poco de miedo, por si le daba por esposarnos.

Me lanzó una mirada de reojo.

—Malentendido o no, el jefe te va a colgar de las orejas mañana a primera hora. Ya puedes ir preparando tu discurso de defensa. —Giró la cabeza hacia Aiden—. Y a ti, Byrne, debería darte vergüenza.

Aiden compuso una mueca de arrepentimiento. Conociéndolo, no creí que lo sentía de verdad.

—¿Si digo que lo lamento vas a liberar a Kelsy?

—No quiero que me libere.

—¿Cómo que no? Pero tú…

—Callaos los dos. —Flaherty abrió la puerta con un chirrido—. O'Connor, ¿quieres que llame a Maggie? No es protocolario que una agente pase la noche en su propia celda, con el sospechoso principal y un perro como único testigo.

Aiden murmuró «no necesitamos carabina», pero se calló cuando lo fulminé con la mirada.

—Protocolario o no, aquí me quedo —repliqué con firmeza.

Flaherty soltó un bufido.

—No me hagáis llamar refuerzos en mitad de la noche. Y si oigo algo raro... —Nos miró a ambos con severidad—. Bueno, ya sabéis cómo funciona esto: en Glenshannon las paredes tienen orejas y el pueblo entero va a misa mañana. Dulces sueños, tortolitos.

La puerta se cerró con un golpe seco. Quedamos solos en ese espacio reducido, que de repente parecía mucho más pequeño e íntimo de lo que las dimensiones físicas sugerían.

No era una celda de película; no había barrotes, ni rejas. Solo una habitación rectangular de cemento, pintado en verde desteñido,

con un banco de madera pegado a la pared y una bombilla fluorescente que parpadeaba con el sonido de una mosca atrapada.

Finn trotaba entre nosotros, olfateando el aire húmedo como si esto fuera una excursión nocturna. Su cola azotaba el aire con un entusiasmo que me hizo querer reconsiderar mi decisión de adoptarlo.

Aiden recorrió el cuarto con la mirada. Se dejó caer en el banco y quedó de piernas abiertas y con los brazos extendidos a lo largo del respaldo, reclamando espacio como si estuviera en un *pub* acogedor en lugar de en un cubículo de cemento frío.

Tenía el pelo pegado a la frente en mechones negros y salvajes, y el agua le resbalaba por las sienes hasta perderse en la comisura de esa boca que yo no debía querer besar. La luz pálida y fantasmal lo bañaba en un resplandor que hacía que sus ojos parecieran más profundos, más conscientes de cada uno de mis movimientos.

—Vaya —dijo—. Minimalista.

—Funcional —repliqué.

—Fría. Perfecta para una noche romántica.

—Ni lo sueñes —gruñí.

Finn se cansó de husmear y se acomodó a mis pies, apoyando el hocico sobre mis botas embarradas.

—Podrías sentarte —propuso—. El banco está diseñado para dos personas. Hay espacio más que suficiente.

—Podría —repliqué, cruzándome de brazos y apoyándome contra la pared opuesta—, pero eso no significa que vaya a hacerlo.

—Porque eso implicaría admitir que estamos en esto juntos.

—No estamos en nada juntos.

—El frío puede hacer que necesites un poco de... calor masculino.

Puse los ojos en blanco, aunque el gesto salió más como un parpadeo nervioso. Para hacerlo callar, me senté en el extremo opuesto del banco. Lo bastante lejos para mantener algo de dignidad, lo bastante cerca para sentir el roce inevitable de su rodilla contra la mía cuando se movió, ajustando su posición.

El banco estaba congelado bajo mis vaqueros húmedos. La manta que Flaherty había dejado servía más de decoración que de abrigo. De todos modos, pensando en los borrachos habituales que la habían utilizado después de peleas de *pubs*, prefería no usarla.

Aiden se desabrochó el cinturón ancho, abrió la casaca roja y la tiró al suelo con un plaf.

—¿Sabes? Creo que nunca te había visto así.

—¿Empapada?

—Sin la armadura de garda impecable.

—Gracias por el análisis tan detallado, detective amateur —repliqué con una ceja alzada—. Lo que estoy es harta de tus ideas que terminan en chispazos y arrestos compartidos.

Se rio y se inclinó hacia mí. Su rodilla rozó la mía otra vez, esta vez sin excusa, solo para provocarme.

—Admito la acusación —concedió, con una sonrisa que se curvó en algo íntimo, mientras su mirada bajaba a mis labios, deteniéndose ahí como si estuviera midiendo la distancia exacta, imaginando el sabor—. Pero me refería a una clase diferente de exposición. De la que implica mejillas sonrojadas por el frío —pausa — o por mi proximidad. Labios que muerdes cuando luchas por no sonreír. Un cuerpo que tiembla no solo por la temperatura baja, sino por lo cerca y solos que estamos. Es demasiado tentador, Kelsy. Me hace querer hacer algo muy… muy estúpido.

Me dejó sin aire en los pulmones.

El calor de su rodilla presionando contra la mía se convirtió en un ancla que me impedía moverme y pensar con claridad. Sentí un hormigueo traicionero asentándose caliente en mi estómago.

—Ya hiciste algo estúpido esta noche —le recordé, aunque mi voz salió considerablemente más ronca y suave de lo que pretendía, traicionada por el modo en que mi cuerpo se inclinaba hacia él de forma inconsciente—. Varios actos estúpidos, de hecho. Por eso estamos ambos encerrados en lugar de estar en nuestras casas calientes.

—Cierto. Pero me refería a otra clase de estupidez. De la que implica manos en sitios privados que tu placa no aprueba. O besos que te dejan sin aliento.

Para mi vergüenza, me quedé muda y con la boca abierta. También me di cuenta de que tenía los dedos entumecidos por el frío.

Él extendió las manos con lentitud deliberada, con las palmas abiertas.

—Ven aquí —murmuró.

—Ni lo sueñes, Byrne —me resistí.

—Kelsy, si te da una pulmonía, me sentiré tan culpable que tendré que cuidarte yo mismo. ¿Es lo que quieres?

Al final me acerqué unos centímetros. Aiden me tomó las manos con una delicadeza que no esperaba. Su piel estaba caliente y la mía, entumecida. El contacto envió ondas expansivas de calor por mi piel helada, despertando terminaciones nerviosas que el frío había adormecido. Me dejé llevar. «Solo un poco más», me mentí, hasta que nuestras manos se entrelazaron por completo.

Sus pulgares comenzaron a trazar círculos lentos y deliberados en el dorso de mis manos, un gesto tan simple y cotidiano que casi dolía por su ternura inesperada. Alcé la vista despacio y encontré sus ojos cargados de esa intensidad característica que siempre había sido su arma más peligrosa, ahora suavizada por algo que parecía más vulnerable de lo que le había visto nunca.

—¿Ves? No era tan terrible como pensabas.

—No. —Tragué saliva.

Aiden sonrió apenas y apretó mis manos un poco más, con presión reconfortante. Su pulgar se detuvo en mi muñeca izquierda, sobre el pulso que latía desbocado.

Nos quedamos así durante minutos que se convirtieron en una pequeña eternidad. Su dedo trazaba círculos que parecían promesas en mi piel. Su calor se colaba bajo mi ropa empapada, y no me importaba lo que el pueblo entero fuera a comentar mañana en la misa.

Al menos por esta noche, el frío implacable de diciembre y la resistencia férrea de mi corazón parecían un poco menos invencibles. Un poco más dispuestos a rendirse.

Aiden me atrajo hacia él y me rodeó los hombros con sus brazos.

—Sé que normalmente te hago hervir la sangre solo para molestarte —murmuró contra mi pelo—, pero esta noche vamos a calentarnos a la antigua, ¿vale?

Asentí sin voz.

Entre sus brazos, tenía la impresión de que ninguna tormenta podía alcanzarme.

# 27 Los fantasmas de los novios pasados

El silencio en la celda se había vuelto insoportable.

Finn dormía pegado a la puerta y Aiden se había recostado contra la pared, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Por una vez, parecía arrepentido. Algo había hecho que perdiera la sonrisa y me descubrí echando de menos sus hoyuelos.

El fluorescente zumbaba con insistencia maniática. El grifo goteaba marcando segundos interminables y yo contaba cada uno de esos, porque era más fácil que pensar en todo lo que no estábamos diciendo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él, con los ojos todavía cerrados.

—No —contesté de forma automática.

Abrió los ojos y giró la cabeza hacia mí.

—¿Sigues odiándome después de todos estos años? —susurró.

Solté una risa que sonó sin una pizca de humor. No respondí.

—Lo entiendo, de verdad. Podrías hacerme una lista cronológica de todas las cagadas que te hice con un *ranking* por intensidad del trauma causado. —Su mirada era intensa, casi desesperada, buscando algo en mi cara que no sabía si podía darle.

Esa expresión derribó mis defensas.

—Quiero que me digas la verdad —le pedí, a pesar de saber que era abrir la caja de Pandora y que lo que saldría me haría daño —. Explícame por qué lo hiciste, sin convertirlo en un chiste.

Él se tensó de modo visible. Cada músculo de su cuerpo se puso rígido.

—Lo que pasó... —empezó con voz que arrastraba culpa—. Lo que hice...

Lo interrumpí porque necesitaba decirlo, sacar las palabras antes de que me ahogaran.

—¿Lo de contarle a mi padre que mi novio era mayor de edad y yo todavía una menor?

Aiden bajó la mirada hacia sus manos.

—Bueno… sí. Pero eso no fue todo.

La rabia que llevaba años congelada en algún lugar profundo de mi pecho volvió a hervir.

—¿Qué más hiciste?

Levantó la vista y lo que vi en sus ojos me heló hasta los huesos: culpa cruda.

—Dos de tus novios anteriores, Liam y Connor, saboteé tu relación con ellos.

Sentí náuseas y me llevé la mano al estómago.

—Para —le pedí—. Para ahora mismo.

Pero no paró. Como si hubiera estado guardando la confesión durante años, y ahora que había empezado, no pudiera detenerse.

—Tú no lo veías, no sabías lo que decían de ti. —Su voz se quebró—. Empezando por el capullo de Michael, que era ocho años mayor que tú.

Las lágrimas me quemaban los ojos pero me negaba a dejarlas caer.

—Manteníamos nuestra relación en secreto. Solo Erin lo sabía…

Asintió.

—Michael se pasaba las noches en el *pub,* contándole a cualquiera que le escuchara sobre la pelirroja buenorra y fácil que se había echado.

Me levanté de un salto y di varios pasos. No había espacio suficiente para lo que necesitaba. Aire. Distancia. Correr.

Lo sentí a mis espaldas cuando se incorporó también.

—Se aprovechaba de ti…

—¡Lo sé! —estallé y me giré para enfrentarlo—. Lo sabía entonces. Pero me hacía sentir bien. Con todos esos comentarios sobre mi sobrepeso, tenía la autoestima por los suelos. Era de los pocos que no se burlaba de mi apariencia. Me gustaba creer que lo que sentía por mí era real.

—Kelsy…

Sacudí la cabeza y me tapé las orejas con las manos. Ya no quería escucharlo. No funcionó, porque oí el gimoteo lastimero de

Finn.

Aiden me agarró por el codo y me dio la vuelta. Alejó mis manos con las suyas y me obligó a escucharlo.

—Liam salía contigo para tener un respaldo. Estaba seguro de que si la cagaba con algo gordo, tu padre no lo arrestaría mientras fuera tu novio. Y Connor quería ganar una apuesta con sus amigos sobre quién tenía la novia con las tetas más grandes.

Abrí los ojos, horrorizada. Me reñí a mí misma por quedarme sin palabras frente a él, justo él, la persona a la que siempre había querido responderle con algo inteligente, algo que le cerrara la boca. Pero mis pensamientos no eran una línea recta, se habían convertido en un enjambre furioso. Tenía tanta ira en mi interior que temía estallar como un meteorito en contacto con la atmósfera terrestre. Estaba furiosa con él por lo que había hecho (delatarme a mi padre) y por lo que no había hecho (no contarme lo de mis otros novios), conmigo por mis errores de joven, con mi padre, que seguía castigándome años después.

—Intenté advertirte —continuó Aiden—. Te lo juro, lo intenté. Pero cada vez que abría la boca tú me cortabas. Me decías que me metiera en mis asuntos, que sabías lo que hacías. Cada vez que procuraba decir algo, me mirabas como si yo fuera el problema. Como si yo fuera el enemigo.

Me quedé inmóvil. Esperé a que acabara, aunque tenía ganas de sacarle las palabras de la boca con los alicates.

Alzó la mirada, y en sus ojos había a la vez dolor y ternura contenida.

—Al final, decidí ser ese enemigo. Era un cobarde porque no tenía valor de declararme como quería, pero lo menos que podía hacer era… salvarte.

—¿Salvarme? —repetí, aturdida. Mi mente se había quedado atascada en algo—. Espera. ¿Has dicho... declarar?

Una sonrisa amarga cruzó su cara. La luz azulada del fluorescente creaba sombras que lo hacían parecer más vulnerable de lo que jamás lo había visto. Sin arrogancia. Sin encanto calculado. Solo él, expuesto.

—Nunca quise hacerte daño, Kelsy. —Susurró las palabras como una confesión en una iglesia vacía—. Lo lamento en el alma.

La tensión entre nosotros era un cable de alta tensión a punto de explotar. Podía escuchar cada respiración entrecortada, cada latido acelerado, el sonido de Finn moviéndose inquieto, sensible a la tormenta que se formaba entre nosotros.

—Aiden... —murmuré su nombre pero mi voz no salió firme.

Dio un paso más, eliminando el último centímetro de distancia hasta que su pecho casi rozaba el mío.

—Llevo años, años enteros, Kelsy, necesitando que lo sepas.

Su mano se levantó con lentitud, dándome tiempo de apartarme o de detenerlo.

No me moví.

Sus dedos rozaron mi mejilla con una ternura que contrastaba con todo el daño que había causado. Limpió una lágrima con el pulgar en un gesto tan suave que me hizo temblar.

—Cada vez que te veo —continuó con voz ronca—, cada vez que te ríes o me miras con ese odio justificado, pienso en todas las formas en que te herí. Sé que no merezco estar cerca de ti. Pero aquí estoy, porque no puedo evitarlo.

—Para —susurré aunque no sabía si le pedía que parara de hablar o que parara de tocarme.

—No puedo. —Su frente se apoyó contra la mía, nuestros alientos mezclándose—. Lo he intentado durante años. Me fui del pueblo. Volví. Me mantuve alejado. Fracasé. Lo arruiné todo por cobarde.

—No digas eso —repetí sin fuerza.

—¿Por qué? ¿Porque es demasiado tarde? ¿Porque el daño ya está hecho y es irreparable? Lo sé. Créeme que lo sé. —Se rio o algo parecido, porque no vi ni rastro de los hoyuelos—. Cada maldito día me levanto con ganas de golpear mi cabeza contra la pared porque mi primer pensamiento eres tú. Sonrío, y después recuerdo que me odias y quiero morir.

Nos quedamos así, congelados, respirando el mismo aire viciado de la celda, compartiendo el mismo silencio cargado de años

de dolor y verdades sin decir, y un pasado que se negaba a morir por mucho que lo enterráramos.

Su cuerpo irradiaba calor que me hacía olvidar el frío del cemento. No supe si quería empujarlo lejos o acercarlo más. Si quería gritarle o besarlo hasta que ninguno de los dos pudiera respirar.

—Di algo —susurró Aiden—. Lo que sea. Grítame. Golpéame. Pero por favor no te quedes callada, porque tu silencio me está matando.

—¿Qué quieres que diga? —Soñé extraña a mis propios oídos —. ¿Que te perdono? ¿Que entiendo que era por mi bien?

Se apartó.

—No sé lo que espero, la verdad.

—Te convertiste en el que más daño me hizo de todos. No lamento mis relaciones con Liam y Connor, pero Michael… por su culpa, mi padre sigue mirándome y hablándome como a una chiquilla sin cerebro. Soy garda, luché por llegar a serlo, pero él sigue viéndome como a una niña fácil de engañar.

—Lo sé —dijo—. Lo siento.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunté. Él levantó la vista, como si temiera la respuesta y la necesitara al mismo tiempo—. Que si no hubieras hecho eso —continué, y ya no pude disimular el temblor en mi voz—, yo te lo habría dicho.

Frunció el ceño.

—¿Me hubieras dicho el qué?

—Lo que sentía. Lo que nunca te dije. —Me abracé, buscando anclaje—. Que estaba enamorada de ti. Ridículamente, completamente enamorada de ti.

Aiden se quedó tan quieto que me dio miedo mirarlo. Cuando por fin lo hice, vi cómo el pecho le temblaba y cómo la agonía convertía su hermoso rostro en una máscara de dolor.

—Kelsy... —empezó, y su voz sonó ronca—. Eso lo cambia todo… Los dos fuimos unos cobardes y nos hicimos daño por no confesar…

—Oh, Dios —me lamenté y dejé caer la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que me golpeé contra la pared—. Pues sí que eras

estúpido. No hay secretos en este pueblo, Aiden. Todos lo sabían.

Negó con la cabeza.

—Pensaba que se burlaban de nuestra amistad. Nunca me diste ninguna señal, jamás vi…

—No te preocupes —lo interrumpí—. Lo sentía entonces, es distinto.

El parpadeo del fluorescente volvió a iluminarnos intermitentemente, y por un segundo su rostro quedó a medias entre la sombra y la luz: la mitad del hombre que había sido, la mitad del que podría ser.

Él asintió despacio. Apoyó la espalda contra la pared, dejando que la cabeza le cayera hacia atrás, con los ojos cerrados y los puños apretados. Yo lo imité, sin pensarlo. Éramos dos prisioneros del mismo recuerdo.

La lluvia seguía golpeando el techo, el sonido acompasado como una especie de aplauso cruel. Finn se acurrucó entre nosotros con un gemido suave.

Solo quedaban unas horas para el amanecer, pero ya sabía que esa noche iba a ser larga. Y que, de una forma u otra, cuando saliéramos de esa celda, nada entre nosotros volvería a ser igual.

# 28 Las O'Connor al rescate

Me desperté con el cuello torcido y un dolor de cabeza que debía ser el castigo divino por todos mis pecados acumulados. Durante un segundo no recordé dónde estaba. Luego, el olor penetrante a desinfectante mezclado con humedad me devolvió a la realidad: la celda de Glenshannon. Arrestada.

Perfecto despertar.

Aiden dormía en el suelo de cemento frío, con mi abrigo hecho un ovillo bajo la cabeza como almohada y el pelo revuelto cayéndole sobre la frente en mechones oscuros que le daban aspecto de niño inocente. Lo cual era una mentira flagrante.

Finn estaba enroscado a su costado, roncando con un sonido suave. En otras circunstancias habría sido una imagen tierna, pero el hecho de que estuvieran durmiendo en el suelo de una celda era tan absurdo, que por un instante casi me reí.

Luego recordé que ese hombre había admitido apenas unas horas antes haber saboteado las relaciones que tuve siendo adolescente.

Después de esa confesión brutal nos habíamos quedado sin saber qué hacer con toda esa verdad. Todavía no lo asimilaba ni sabía qué pensar al respecto. Y estaba demasiado avergonzada por la situación como para prestarle atención.

Me levanté del banco con cuidado extremo de no despertarlos.

Mi ropa seguía húmeda por la lluvia y olía a una mezcla desagradable de lana mojada y humo. Cuando me pasé las manos por la cara, sentí el maquillaje corrido por las mejillas. Le dije adiós a mi ego.

Escuché ruido al otro lado de la puerta metálica, voces amortiguadas, pasos rápidos, y me acerqué para intentar distinguir las palabras.

La voz inconfundible de Maggie llenó el pasillo con tono alegre, luego la llave giró en la cerradura.

La puerta se abrió, revelando a Maggie con una sonrisa enorme en la cara.

—Vaya... —Apoyó una mano en el marco—. La Princesa de la Ley y el Señor del Caos, durmiendo juntos en una celda. Creí que lo del arresto era un chiste, pero no. Estáis aquí. En carne, hueso y culpa compartida.

Aiden se desperezó con movimientos lentos de gato y bostezó, mostrando todos los dientes.

—Buenos días. —Su voz salió ronca de sueño—. ¿Nos traes el desayuno?

—Traigo el sermón —respondió ella, cruzándose de brazos —. Pero después de ver el vídeo de anoche, igual debería empezar a cobrar entrada por visitas guiadas a esta celda.

Parpadeé confusa.

—¿Qué vídeo? ¿Qué dijo Saoirse esta vez?

—Oh, querida... —Maggie sacó su móvil del bolsillo y lo giró para que pudiera ver la pantalla, que ponía: «La agente estrella y el bandido navideño, arrestados juntos bajo la romántica lluvia»—. Casi doscientas mil visualizaciones en doce horas. Subiendo cada minuto. Saoirse te debe una comisión por sus ingresos.

Me quedé completamente helada.

En el vídeo que se reproducía en bucle se me veía con el pelo empapado pegado a la cara y los hombros, y una expresión que se podía interpretar como ternura en los ojos de un idiota. La cámara había captado el momento cuando entramos en el coche patrulla. Y había música dramática de fondo.

—Voy a matarla —murmuré entre dientes apretados—. Con testigos. Me da igual si vuelvo a esta celda.

—Yo diría que ya es demasiado tarde para eso, el daño está hecho —intervino Aiden, incorporándose—. Al menos salgo favorecido con la iluminación nocturna. La lluvia me sienta bien.

—¿Favorecido? —Lo miré incrédula—. ¡Pareces un delincuente! ¡Que es justo lo que eres!

Se encogió de hombros.

La puerta principal se abrió con tal fuerza que hasta Finn se sobresaltó y ladró con alarma.

Una voz femenina, clara y cortante, atravesó el edificio entero.

—¡Kelsy Marie O'Connor!

La sangre se me congeló en las venas.

Solo había una persona en todo el planeta que usaba mi nombre completo con tanta autoridad y tono de decepción: mi madre.

Apareció en el umbral de la celda como si hubiera descendido directa de una nube de perfume francés. El abrigo beige impecable sin una sola arruga. Maquillaje aplicado con perfección que gritaba «he venido desde Dublín a juzgar tus decisiones».

A su lado, mi hermana Siobhan sostenía su móvil en alto, grabando con una expresión entre divertida y horrorizada.

—¿Mamá? —Mi voz salió como chillido agudo—. ¿Qué... qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —repitió ella con tono que podría cortar acero—. ¿Qué haces tú aquí, arrestada, con... con este?

Aiden, porque era incapaz de leer un momento tenso o simplemente disfrutaba del caos, levantó la mano en gesto de saludo alegre.

—Encantado de volver a verla, señora.

Mi madre lo fulminó con la mirada.

—Ah, sí. Un Byrne. Por supuesto. Tenía que ser él el que corrompiera a mi hija. De nuevo.

—Es un honor mantener viva la distinguida reputación familiar —bromeó Aiden. Se levantó y ejecutó una reverencia exagerada que rozaba la burla—. Los Byrne siempre cumplimos las expectativas más bajas.

Siobhan susurró sin dejar de grabar:

—Le voy a pasar el vídeo a Saoirse.

—¡No! —grité con voz aguda por el pánico—. ¡Baja ese móvil ahora mismo!

Maggie tosió con fuerza para ocultar la risa y se cubrió la boca con la mano.

Y para que el reparto de la escena fuera completo, el sargento Flaherty se unió, arrastrando los pies.

—Bien. —Se frotó las sienes con gesto de dolor—. Como no tengo suficientes problemas esta mañana, debo informarte O'Connor, de que tu padre no quiere verte la cara hasta nuevo aviso. Me ha encargado comunicarte que quedas suspendida del servicio activo durante cuarenta y ocho horas, por conducta inapropiada.

—¿Qué? —grité.

—Tranquila, es con sueldo completo —añadió con un tono que intentaba ser reconfortante—. Considéralo vacaciones forzadas.

—¡Vacaciones! —Mi madre avanzó como general entrando en batalla—. ¡Mi hija no necesita vacaciones! ¿Y él? —Señaló a Aiden con un dedo—. ¿No van a arrestarlo de nuevo? ¿Procesarlo? ¿Deportarlo a una isla sin mujeres?

—Lo arrestaría con placer, señora —dijo el sargento con un suspiro cansado—, pero el problema es que no ha cometido ningún delito procesable. El incendio solo quemó la paja y algunas ramas bajas del abeto, que ya cortaron esta mañana. El propietario de la grúa se la prestó voluntariamente, no la robó —nos explicó, con evidente decepción—. No tenemos nada contra él. Es un cabrón con suerte.

Aiden tuvo la desfachatez de guiñarle un ojo.

—Gracias por el cumplido, sargento. Siempre es un placer contribuir positivamente a las estadísticas de crimen en el pueblo, sin consecuencias legales. Lo que haga falta para que no perdáis el trabajo.

Respiré hondo, rogando por un agujero negro que me absorbiera. Cuando los abrí, Aiden me observaba. Pero había algo diferente esta mañana en sus ojos verdes: una especie de silencio cargado, una pausa pesada con todo lo que se había dicho durante la noche y lo que todavía quedaba sin resolver, flotando en el aire.

Maggie, bendita Maggie, me pasó una taza de café caliente.

—Anda, bebe esto antes de que te desmayes. Y prepárate, porque te espera una avalancha de *memes* y hasta solicitudes de entrevista.

—Gracias —murmuré, intentando no reír histéricamente y aguantando apenas las lágrimas de vergüenza.

Aiden, todavía a mi lado, demasiado cerca para ser apropiado en ese momento, se inclinó para que solo yo pudiera oírlo por encima del caos de voces.

—Si te sirve de consuelo, Kelsy, en el vídeo sales preciosa.

Me sonrojé a pesar de todo. A pesar de mi madre fulminándolo con la mirada, a pesar de mi hermana grabando cada segundo.

—Salid —dije.

Mi madre abrió la boca.

—¿Qué?

—Que salgáis. Ahora. —Señalé la puerta—. Todos. Necesito hablar con él. A solas.

Ella protestó, pero Maggie la guio suavemente hacia afuera. Siobhan y el sargento las siguieron.

—Cinco minutos —dijo Flaherty—. Y no más escándalos.

Cuando la puerta se cerró, me giré hacia Aiden.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Perdón?

—Esto. —Gesticulé entre nosotros—. Los comentarios, las bromas, actuar como si nada importara cuando claramente... —Se me quebró la voz—. Cuando todo importa.

Su expresión se endureció. Aiden me miró como si lo hubiera abofeteado.

—Estoy suspendida por tu culpa. Mi familia piensa que soy una idiota. Y todo el maldito país nos ha visto arrestados juntos, pero tú te ríes.

—Lo sé.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué lo sabes?

—¿Qué quieres que diga, Kelsy? —Su voz se elevó—. ¿Que lo siento? ¿Que desearía que nada de esto hubiera pasado?

—¡Sí! ¡Eso estaría bien para empezar!

—Pues no puedo porque no soy un mentiroso. —Dio un paso hacia mí—. Porque no lo siento. No siento haber pasado esa noche contigo ni las otras. No siento que todo el mundo lo sepa. Lo único que siento es que tú lo lamentes y te avergüenzas.

—Yo no...

Su mirada me atravesó.

—Lo veo en tu cara. Te avergüenzas. De mí. De nosotros.

—No es eso...

—Entonces, ¿qué es? Porque necesito saberlo, Kelsy. Necesito saber si voy a pasar el resto de mi vida siendo tu secreto sucio o si alguna vez voy a ser algo más.

—Aiden… —Abrí la boca, pero nada salió.

Él asintió lentamente, como si esa fuera toda la respuesta que necesitaba.

—Eso pensé.

Se dio la vuelta para irse.

—¡Espera! —Lo agarré del brazo—. No es justo. No puedes decirme eso después de... de todo.

—¿Después de qué? ¿Después de diez años? —Se giró bruscamente—. ¿Cuánto debo esperar para que decidas si valgo algo más que migajas de tu atención?

—No son migajas…

—Entonces, ¿qué son? Porque pareces muy dispuesta a tenerme cuando nadie mira, pero en el momento en que hay testigos, soy el Byrne que te corrompió.

—Eso no es verdad...

—Tu madre acaba de decirlo y tú estuviste de acuerdo.

—¡Ella no sabe nada!

—¿Y tú sí? —me desafió—. ¿Sabes lo que quieres, Kelsy? ¿O sigues huyendo de ello como llevas haciendo diez años?

Las lágrimas me quemaban los ojos.

—Vete a la mierda, Aiden.

—Ya lo estoy. —Retrocedió—. Disfruta de tu vida perfecta sin el Byrne problemático jodiéndola.

—¡No quiero una vida perfecta!

—¿Entonces qué quieres?

Quería su risa. Quería esa forma en que veía el mundo, como si las reglas fueran sugerencias y la vida fuera una aventura. Pero no quería la irresponsabilidad. No quería tener que elegir entre él y mi trabajo cada vez que decidiera hacer algo impulsivo. Sí, entendía que encender las luces del el árbol había sido un regalo para su

madre, un gesto radical, pero nacido del amor. Pero eso no cambiaba el hecho de que podría haber terminado en tragedia.

No se lo dije.

Nos miramos, ambos respirando con dificultad, ambos esperando que el otro dijera algo, cualquier cosa, que lo arreglara.

Pero las palabras no vinieron.

Y cuando Aiden se fue, me di cuenta de que tal vez no sabía lo que quería. Pero sabía lo que acababa de perder.

# 29 Sentimientos bajo llave

La suspensión de cuarenta y ocho horas empezó oficialmente a las ocho de la mañana y, para las ocho y cinco, todo el pueblo lo sabía.

Glenshannon tenía su propio sistema nervioso, un chismorreo coral que se extendía más rápido que la señal de radio y con más precisión que cualquier informe de la Garda. No importaba que el caso hubiera sido clasificado ni que el sargento Flaherty pidiera discreción. Cuando pasé frente a la panadería, oí a una señora decirle a su amiga que «la agente O'Connor fue arrestada por amor prohibido» y que «Byrne, pobrecito, solo trataba de rescatarla de sí misma».

Si hubiera tenido la placa en ese momento, la habría usado… para golpearme la frente hasta perder el conocimiento.

Decidí refugiarme en la cafetería de Annie, donde el olor a pastelitos y a café recién hecho solía tener efecto sedante. Hacía un calor acogedor dentro y Annie estaba detrás del mostrador.

—No digas nada —le supliqué, antes de que abriera la boca.

Ella sonrió.

—Ni una palabra, cariño.

Suspiré agradecida y me senté junto a la ventana, dejando que el vapor del café me acariciara el rostro mientras fingía que el mundo no existía. Finn se acurrucó a mis pies. Le pasé la mano por la cabeza y él alzó los ojos, tan fiel y despreocupado que envidié su serenidad.

Annie se acercó con una sonrisa y un pedazo de tarta de manzana que no había pedido.

—De cortesía.

«Dicen que los encerraron juntos», susurró alguien.

«Y que se quedaron dormidos abrazados», añadió otra voz.

«¡Ay, bendito sea el amor!»

Cerré los ojos y recé por la extinción inmediata de la especie humana.

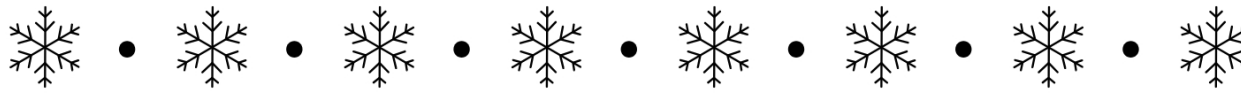
Annie, apiadándose, cambió de tema con elegancia.

—Tu madre vino temprano —comentó, limpiando una taza—. Dijo que se marchaba esta tarde con tu hermana. No puede faltar más al trabajo.

—Sí. Menos mal. —Hice una pausa—. ¿Comentó algo más sobre mi ruina moral?

—Solo que heredaste el carácter de tu padre y el sentido del drama de tu abuela.

Me tomé el café y me despedí con un abrazo.



Los días después de mi suspensión fueron grises, largos y vacíos. Parecía que el tiempo mismo hubiera decidido solidarizarse con mi humillación pública, arrastrándose con lentitud cruel.

Afuera, el pueblo seguía preparándose para la Navidad, entre el murmullo constante de los vecinos comentando lo ocurrido con lujo de detalles, la mayoría inventados. La banda sonora de mi vergüenza eran los villancicos que sonaban desde todas las radios de los comercios.

Dentro de casa, en cambio, el silencio era tan denso que se podía masticar. Había apagado el móvil, no por desinterés sino por miedo. Miedo a los mensajes, a los chismes elaborados del pueblo, a la furia de mi padre, a todo lo que me esperaba allá afuera, en el mundo real.

Me limitaba a mirar por la ventana durante horas, con Finn acostado junto a mí, levantando su cabeza peluda cada vez que algún ruido sospechoso provenía de la calle. El perro se había

convertido en mi única compañía, que no juzgaba ni exigía explicaciones.

Hasta que una tarde de lluvia fina, escuché golpes en la puerta.

No esperaba a nadie y no quería ver a nadie. Guardé silencio, esperando que la persona se diera la vuelta.

Otro golpe, más insistente esta vez.

—Kelsy. —La voz inconfundible de Aiden se filtró a través de la madera—. Sé que estás ahí. Escucho a Finn.

Me quedé quieta, con el corazón haciendo un ruido torpe y acelerado dentro del pecho, que seguro podía escucharse desde fuera.

Le dediqué una mirada de reproche al perro, que saltaba, giraba y se detenía a mirarme, con cara de «pero qué haces, mujer, ¿por qué no abres?».

—Solo quiero hablar cinco minutos —añadió Aiden y su tono no tenía ni rastro de burla ni sarcasmo—. Te lo prometo. Sin bromas.

—No tengo nada que decirte —respondí lo bastante alto para que me oyera a través de la puerta.

—Eso es mentira y ambos lo sabemos. —Pausa—. Tú siempre tienes algo que decirme. Aunque sea para insultarme o amenazarme.

No respondí.

—Lo siento —añadió después de unos momentos de silencio—. Lo siento, Kelsy. Te lo diré mil veces si hace falta y quiero contarte también… una cosa. Pero en este momento hay unos cinco móviles apuntándome y creo que no quieres más atención de la que ya has recibido.

—Vete, Aiden —le pedí.

Sus pasos se alejaron sobre el camino de grava, luego escuché el sonido de algo golpeando la puerta con suavidad, un sobre, imaginé. Cuando me acerqué y miré por la mirilla, vi una pequeña caja. No sé cuánto tiempo la observé, pero lo hice con la misma atención que hubiese dedicado a desarmar una bomba, si hubiera tenido el entrenamiento.

Al final abrí la puerta lo justo para agarrarla. No pesaba nada, y en su interior encontré dos bufandas a juego. Y una era para Finn.

Suspiré, derrotada por un gesto tan absurdo, que solo Aiden podía hacer.



Esa noche, después de horas de resistencia, encendí el móvil.

La pantalla se iluminó con una avalancha de notificaciones acumuladas; mensajes sin leer, llamadas perdidas de mi madre con sus correspondientes notas de voz y correos del trabajo que no quería abrir todavía.

Entre todo eso, Aiden me había escrito varias veces a lo largo del día.

**No voy a disculparme otra vez por todo lo que hice mal. Pero sí por todo lo que no dije cuando debía haberlo dicho.**

**No sé si te das cuenta de lo insoportable que es no poder verte cuando estás enfadada conmigo. Es como tener frío en pleno verano. Antinatural.**

**Por favor, háblame.**

**Extraño a Finn. ¿Podría tenerlo un par de horas?**

**Vale, sí, es una excusa pobre para verte.**

Me descubrí sonriéndole a la pantalla.

Me asustaba lo fácil que le resultaba colarse en los resquicios más pequeños de mis defensas, incluso cuando creía haberlos reforzado con cemento armado y alambre de púas. Como si él tuviera el mapa de todas mis grietas.

Mis dedos se movieron antes de que pudiera detenerlos.

**Deja de molestarme. Es una orden.**

La respuesta llegó antes de que pudiera arrepentirme o bloquearlo, como había planeado:

**Aiden: Molestarte es la única forma en que me dejas quererte.**

Sentí algo tibio y traicionero expandirse entre mis costillas, donde no tenía permiso para estar. Para defenderme, volví a apagar el móvil, pero no sé cómo, me descubría encendiéndolo cada pocas horas.

Los mensajes siguieron llegando a lo largo de la tarde.

Algunos eran absurdos; fotos de Finn durmiendo en posiciones imposibles en el taller de carpintería de su hermano, chistes malos, ideas para el festival navideño.

Otros eran más serios, pequeñas confesiones coladas estratégicamente entre las bromas, como contrabando emocional.

**Nunca me di cuenta de lo fácil que era hacer daño a alguien hasta que te vi dolida por mi culpa.**

**A veces pienso que inventaste esta nueva versión blindada de ti misma para que nadie pudiera romperte otra vez como yo lo hice.**

Cada mensaje era simultáneamente una herida abierta y un bálsamo curativo. Quise ignorarlos, borrarlos sin leer, bloquear su número y seguir adelante. Pero acabé contestando a todos. Primero con ironías y sarcasmo defensivo. Luego con algo que empezaba a parecerse peligrosamente a una conversación real.

**No necesito que me salves de nada.**

**Aiden: Obvio. Pero quiero aplaudirte de pie cuando destruyas el mundo que intentó romperte.**

En algún punto indefinido dejé de cerrar las cortinas gruesas del salón. Y a mediodía siguiente, cuando la lluvia persistente cesó, vi su coche aparcado al otro lado de la calle estrecha.

No tocó mi puerta ni hizo ningún gesto dramático. Se quedó ahí un par de minutos.

Finn levantó la cabeza y soltó un ladrido pequeño de reconocimiento.

—Sí, ya lo sé —le murmuré al perro mientras nos quedábamos ambos mirando por la ventana hacia el coche oscuro—. Yo también

empiezo a cansarme de estar enfadada todo el tiempo. Es agotador.

Pero todavía no estaba lista para abrir la puerta.

En lugar de eso, escribí un mensaje que borré tres veces antes de enviarlo:

**Vete a casa, Byrne. Hace frío ahí fuera y si no enciendes el motor, la calefacción del coche no funciona.**

La respuesta llegó en segundos:

**Aiden: Hace frío, sí. Pero no tanto como el vacío en mi pecho desde que decidiste que no merezco ni una palabra.**

La foto adjunta mostraba su mano sobre el corazón. Tontorrón dramático.

**No vas a conseguir que vuelva a confiar en ti mediante acoso y mensajes bonitos.**

**Aiden: Quiero saber que estás bien.**
**Aiden: Ódiame todo lo que necesites. Un mes, un año, para siempre… me lo he ganado. Pero por favor, sé feliz mientras lo haces. Porque verte feliz es lo único que hizo que valiera la pena.**

Cerré las cortinas y apagué el móvil con manos temblorosas.

Me quedé de pie, con Finn presionando su cuerpo cálido contra mis piernas, sintiendo cómo algo en mi pecho, algo que había mantenido congelado durante años, empezaba a descongelarse con una lentitud dolorosa.

Era aterrador.

Era inevitable.

Y no tenía ni idea de qué hacer con eso.

# 30 Conversaciones que nunca tuvimos

No esperaba visitas. Y mucho menos a las nueve de la noche de un jueves, cuando lo único en mi agenda era autocompasión y una segunda copa de vino.

Cuando escuchamos el timbre de la puerta, Finn levantó la cabeza desde su posición privilegiada en el sofá, ladró un par de veces con desgana, y volvió a acurrucarse en el cojín.

Así que cuando vi a mi padre en el umbral, con el abrigo empapado y la mandíbula tensa, me quedé un segundo sin saber si abrir o fingir que no estaba en casa.

Pero Finn ya me había delatado, así que no me quedó otra.

—Pensé que el timbre no funcionaba —dije, buscando una entrada al desastre que prometía ser esta conversación.

—Funciona —gruñó—. Lo que parece no funcionar es el juicio de mi hija.

«Directo al grano. Gracias, papá.»

Entró sin esperar invitación, dejando tras de sí el olor a lluvia, pero no la autoridad que llevaba pegada como una segunda piel. Se quitó el gorro con un gesto automático y lo colgó en el perchero.

Su mirada recorrió el salón con la eficiencia de un inspector buscando evidencias. Se detuvo en la pila de papeles sobre la mesa, el jersey tirado sobre el sofá, la copa vacía de vino y el cuenco de Finn a medio llenar.

—Bonito desorden —comentó.

—Estoy suspendida —le recordé, cruzándome de brazos en una postura defensiva—. Me pareció coherente que mi vivienda reflejara mi situación laboral actual.

Resopló y reconocí el bufido que equivalía a «no empieces conmigo, Kelsy».

—Nunca pensé que oiría la palabra «suspendida» junto a tu nombre —espetó.

La decepción en su voz era evidente, suponía que lo siguiente sería el cabreo. Hasta yo estaba cabreada conmigo misma, qué

esperar de mi padre.

—Yo tampoco —admití, porque qué sentido tenía mentir—. Pero si has venido a decirme lo decepcionado que estás de mí, ahórrate el esfuerzo. Ya tengo una lista mental completa y detallada de todas mis deficiencias.

Gruñó algo que no entendí.

Después intercambiamos el peso de un pie al otro, los dos incómodos en una casa que de pronto se sentía demasiado pequeña para tantos años de distancia acumulada.

Mi padre nunca había sido un hombre de abrazos ni de conversaciones largas sobre sentimientos. Era de esos que amaban dando órdenes, que mostraban preocupación en forma de advertencias, y que creían que el silencio era más noble que las disculpas.

Yo heredé lo peor de eso: la incapacidad de decir lo que de verdad quería decir.

—Aiden Byrne vino a verme esta mañana —soltó de pronto, como quien dispara una bala al aire.

Mi estómago se contrajo.

—¿Y? —logré decir, intentando sonar indiferente.

—Insiste en asumir toda la culpa del incendio. Que tú no tenías nada que ver. Que él te arrastró a la grúa, te coaccionó. —Me miró con esos ojos que habían interrogado a criminales durante treinta años—. Dice que intentaste impedirlo y que actuaste como agente responsable en todo momento.

—Parece sorprenderte —solté, mendigando un halago.

Lo que recibí fue un ceño fruncido.

—Qué generoso de su parte —murmuré con sarcasmo amargo—. Supongo que quiere sumar puntos para el cielo. O para reducir su condena en el caso en que lo vayáis a procesar.

Volvió a resoplar.

—¿Y tú? Deberías querer conservar los tuyos aquí en la Tierra —replicó él con sequedad—. Y tu placa. Y tu carrera.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Su voz subió un poco y reconocí ese tono, el del sargento O'Connor, no el de padre—. Porque desde donde estoy,

parece que no te importa lo que has hecho.

—Fue un accidente...

—¡Fue una estupidez! —me cortó—. Una estupidez monumental que ha puesto en peligro tu futuro por un hombre que...

Se detuvo, apretando la mandíbula.

—¿Qué? —lo desafié, sintiendo cómo la rabia subía por mi garganta—. ¿Por un hombre que qué, papá? ¿Que no apruebas? ¿Que crees que no es suficientemente bueno? O por el contrario, que es demasiado bueno para mí. ¿Crees que apunto demasiado alto? Dímelo. Era lo que pensabas cuando era joven, no creo que hayas cambiado de parecer.

Me detuve para respirar, buscando aire que de repente escaseaba en mi propia casa, y él aprovechó la pausa como el interrogador experto que era.

—Por un hombre que ya te rompió el corazón una vez —dijo con voz baja pero letal—. Y que parece decidido a repetir la hazaña.

El silencio cayó como un martillo sobre cristal.

Me quedé paralizada, con la boca abierta y las palabras atascadas por la incredulidad.

«Espera. ¿Qué?»

No tenía ni idea de que mi padre sabía que me gustaba Aiden de adolescente. Las habladurías en el pueblo eran moneda corriente, sí, pero mi padre nunca creía nada sin pruebas sólidas. Era un hombre de hechos.

«Lo que significaba...

Oh, joder.»

Descubrí, sorprendida y con un nudo del tamaño de Irlanda en la garganta, que eso significaba que me había prestado más atención de lo que creía. Mucha más. Que detrás de ese exterior de sargento gruñón que apenas me dirigía la palabra, había un padre observando a su hija y quizá preocupándose por ella.

Nunca había dicho nada, ni un reproche, ni una palabra. Había estado ahí todo el tiempo, callado, dejándome aprender la lección sola. Y ahora me estaba viendo cometer el mismo error de nuevo, solo que esta vez tenía más que perder que mi corazón de

adolescente. Esta vez tenía una carrera, una reputación, un futuro. Y estaba a punto de tirarlo todo por la borda por Aiden Byrne.

Finn eligió ese momento para interrumpir. Llevaba una de mis zapatillas en la boca. La dejó a los pies de mi padre con cuidado y se sentó, meneando la cola con orgullo.

—Al menos alguien intenta alegrarme el día —comentó él y se le escapó una media sonrisa, fugaz y torpe, que desapareció tan rápido como llegó.

—Y roba mejor que Aiden —contesté, agachándome para rascar la cabeza de Finn y así no tener que mirar a mi progenitor a los ojos.

Mi padre dio un paso más hacia mí. Por un momento, creí que iba a abrazarme o que iba a decir algo paternal y reconfortante, como en las películas o en los libros donde el personaje se daba cuenta de todos sus errores y cambiaba al final de la historia.

Pero se limitó a dejar su mano sobre mi hombro, torpe y breve. No se le daba nada bien eso de consolar.

—Kelsy, no puedes dejar que ese chico te arrastre a su caos.

—No lo estoy dejando —dije, pero mi voz sonó menos convincente de lo que pretendía.

—Entonces demuéstralo —me desafió—. No solo con palabras bonitas, sino con acciones. Con decisiones inteligentes. Te pareces más a tu madre de lo que crees —añadió, caminando hacia la puerta con pasos pesados—. Ella también se empeñaba en luchar sola contra el mundo. En no pedir ayuda, en creer que podía salvarlo todo y a todos.

—Y tú también, papá —repliqué en voz baja—. También luchabas solo.

Se detuvo con la mano en el pomo.

—Por eso duró tan poco —dijo sin mirarme, antes de abrir la puerta—. Debimos haber luchado en equipo.

Sin añadir nada más, salió bajo la llovizna que empezaba otra vez.

La puerta se cerró con suavidad.

Finn ladró una sola vez, protestando por el silencio incómodo que había dejado su marcha.

Me quedé de pie un rato largo, mirando el charco que el abrigo de mi padre había dejado en el suelo de madera. No sentí alivio ni enojo, solo ese familiar cóctel de orgullo herido y tristeza que me daba cada vez que hablábamos de verdad. Que era casi nunca.

Y mientras recogía la zapatilla mordida que Finn había abandonado, mientras veía la lluvia golpear la ventana y pensaba en mi progenitor conduciendo de vuelta a su casa vacía, me di cuenta de algo:

Mi padre podía gruñir todo lo que quisiera sobre Aiden. Podía advertirme, amenazarme, recordarme todas las razones por las que debería mantenerme alejada. Pero la verdad era que no me entendía.

No sabía lo fácil que era caer cuando alguien te miraba como si fueras lo único real en un mundo de sombras. No sabía lo difícil que era convencer al corazón de que no debía latir más rápido cada vez que Aiden entraba en una habitación. No sabía que ya era demasiado tarde para advertencias.

Porque ya había caído.

Había caído bajo un muérdago olvidado, bajo la lluvia fría de diciembre, en una grúa a veinte metros de altura.

Había caído en sus brazos, en sus besos, en su caos hermoso y peligroso.

Y una parte de mí, no quería levantarse.

# 31 Dignidad en oferta

Eran casi las diez de la noche. Cero hambre. Cero sueño. Cero ganas de enfrentarme a nada que se pareciera remotamente a la realidad.

Añadí más leña a la chimenea porque el frío se me estaba metiendo en los huesos. Preparé un té que se quedó enfriando sin que le diera un sorbo. No quería té, quería respuestas.

Me senté frente al fuego a mirar bailar las llamas. Había pasado oficialmente de día malo a noche existencial.

Lo más retorcido de todo esto era la ironía: mi padre todavía me veía como una cría que necesitaba que le enseñaran disciplina. Mi madre, por el contrario, quería que me soltara. Aiden me miraba como si fuera una mujer a la que ya no podía alcanzar.

Y yo... No tenía ni puta idea de quién era en realidad.

No era la hija perfecta, eso había quedado claro.

No era la agente capacitada que debería ser, mi suspensión lo gritaba con letras de neón.

No era la mujer fuerte e independiente que había jurado ser.

Era... ¿qué? ¿Un desastre con placa? ¿Una adulta jugando a ser adulta? ¿Una idiota enamorada del hombre equivocado?

Probablemente las tres cosas.

El fuego crepitó, mandando chispas que murieron antes de alcanzar nada.

La historia de mi vida.

Finn gimió en sueños, persiguiendo algo que solo él podía ver.

—Al menos tú lo tienes claro, chico —le dije, acariciándole—. Eres un perro. Tu trabajo es dormir, robar zapatillas y ser adorable. Simple.

Ojalá mi vida fuera así de simple. Ojalá supiera si Aiden era la peor decisión de mi vida o la mejor, pero que estaba demasiado asustada para tomarla.

Sentada ahí, en la penumbra naranja del fuego, con un perro roncando a mis pies y un té frío en la mesa, me di cuenta de algo:

tal vez no saberlo no era el problema. Tal vez el problema era tener demasiado miedo de descubrirlo.

El móvil vibró sobre la mesa, rompiendo el silencio con un zumbido insistente. No tenía ni que comprobar el nombre para saber quién era. Los mensajes de Aiden siempre llegaban en el peor momento posible, como si tuviera un radar instalado en su cabeza para detectar mi miseria.

Miré la pantalla.

**No voy a obligarte que hables conmigo. Pero si de verdad no quieres saber nada más de mí, dímelo en persona. Así sabré que lo dices en serio.**

Leí el mensaje una vez. Luego otra. Y algo en mí se quebró.

Había tenido suficiente.

Suficiente de quedarme sentada, sintiendo lástima de mí misma. Suficiente de buscar la aprobación de mi padre. Suficiente de permitir que Aiden pensara que podía leerme como si fuera uno de sus códigos de programación.

Me levanté de un salto, asustando a Finn.

—Vamos a hacer esto —le informé al perro, que me miró como si acabara de perder la cabeza.

Quizá la había perdido, pero al menos estaba haciendo algo. Yo misma, no arrastrada por la corriente.

Me envolví en el abrigo, agarré las llaves y salí como si tuviera una misión. La lluvia flotaba más que caer, una neblina densa que se pegaba a la piel. No me importó. Caminé con paso firme y la barbilla alta, como si supiera qué iba a decirle a Aiden cuando abriera la puerta.

Espóiler: no tenía ni idea.

Había luz en solo una de las ventanas de su casa. Golpeé la puerta antes de decidirme por dar la vuelta y abrazar una botella de vino.

Aiden tardó en abrir. Cuando lo hizo, estaba descalzo, en vaqueros y una camiseta gris que había visto mejores días, el pelo revuelto como si se hubiera estado pasando las manos por él durante horas. Tenía el aspecto de un hombre que no había dormido bien, pero que seguía siendo irritantemente atractivo.

Me miró con sorpresa.

—No pensaba que vendrías.

—Yo tampoco. —Me crucé de brazos—. Pero aquí estoy, así que habla. Dijiste que querías verme en persona, pues aquí me tienes. En persona. Empapada. Y cabreada.

Le tembló la sonrisa, frágil, como si no supiera si tenía derecho a sentirla. No ayudaba a su caso, porque mi primer instinto era besar esos hoyuelos y después golpearlo.

—¿Cabreada conmigo o contigo?

—Con el universo en general —espeté—, no te sientas especial.

—Pasa.

Entré y me sacudí el agua del abrigo, aunque me lo quedé puesto. Lo seguí hasta la primera puerta que estaba abierta y que parecía ser su lugar de trabajo. Había dos tazas sobre el escritorio, el portátil y un par de manuales apilados a su lado. Un sillón de ordenador que probablemente costaba más que mi cama y una alfombra del color de sus ojos. Todo muy doméstico y para nada lo que esperaba de él.

—Bonita puesta en escena —comenté, señalando alrededor—. ¿También tienes velas escondidas por ahí o es nivel principiante de seducción?

Aiden arqueó una ceja y yo quise golpearme a mí misma. Pero ¿qué estaba diciendo?

—Si esto fuera seducción, habría cambiado la ropa de cama de mi dormitorio y no estaría usando esta camiseta con un agujero en el hombro.

Miré el agujero para dejar de pensar en su cama.

—Pensé que lo hacías a propósito. Ya sabes, el aspecto «no importa lo que me ponga, sigo siendo irresistible».

—¿Funciona?

—Cállate.

Se rio y maldita sea, yo también sonreí.

Se apoyó contra la mesa, cruzando los brazos. Creí ver la esperanza brillando en sus ojos, pero sus rasgos seguían tensos.

—Entonces, ¿viniste solo para insultarme o hay algo más?

Respiré hondo. Vale. Eso era.

—Vine porque estoy harta de esconderme. De mi padre, de ti, de mí misma. Estoy harta de sentir que tengo que ser perfecta o disciplinada o lo que sea que todo el mundo espera que sea. —Di un paso hacia él—. Y estoy especialmente harta de que tú pienses que todavía me conoces.

—No pienso que te conozca —dijo en voz baja—. Pienso que quiero volver a conocerte.

Eso me detuvo en seco.

—Mira, Kelsy. —Se pasó una mano por el pelo, dejándolo más revuelto todavía—. Lo nuestro siempre ha sido complicado. Y durante mucho tiempo pensé que lo que sentía era... no sé, nostalgia. Querer revivir cómo me hacías sentir cuando éramos críos. Esa adrenalina, esa locura. —Se detuvo, buscando mis ojos—. Pero me equivocaba, porque ya no es eso. Tú ya no eres esa niña. Eres una garda, una profesional que ha trabajado duro para llegar donde está. Y respeto eso. Respeto tu carrera, tu dedicación, lo que significa esa placa para ti. —Su mandíbula se tensó.

—Aiden...

—Y yo... yo ya no soy el idiota irresponsable que era. O al menos intento no serlo. Aunque últimamente no lo parezca.

Lo miré, buscando la trampa, pero solo vi sinceridad y cansancio.

—Vas en serio —entendí. No sabía qué hacer con esa información. Pero otra cosa me interesaba en este momento—: ¿Y si vuelves a serlo?

—Entonces podrás darme una paliza. Eres garda. Sabes cómo hacerlo sin dejar marcas.

Me reí, no pude evitarlo. Unas carcajadas que salieron desde algún lugar profundo, cerrado cuando estaba con él.

—Quiero... —Las palabras se me atascaron—. Quiero al hombre que piensa en encender un árbol para su madre. Pero también necesito al hombre que entiende que tengo una placa que significa algo, un trabajo que he luchado por conseguir. —Tragué saliva—. Quiero ambas cosas, Aiden.

Me sostuvo la mirada.

—No te prometo perfección, Kelsy. Te prometo intentarlo cada día. Pensar antes de hablar, ser mejor que ayer. Pero también voy a cagarla. Voy a ser el mismo idiota impulsivo que te vuelve loca. —Tragó saliva—. Solo que ahora ese idiota está completamente enamorado de ti.

Me quedé sin aire. Sin palabras.

—Esto... —El pánico me cerró la garganta—. No puedes decir cosas así.

—¿Por qué no, si es la verdad? Si no poder concentrarme porque estás en mi cabeza es amor, entonces te amo. Si pensar en cosas solo para contártelas después es amor, te amo. Si quererte incluso cuando me odias es amor, entonces te amo con todo lo que tengo. Te amo cuando no estás y el día se siente incompleto. Te amo cuando estás y todo tiene sentido. Te amo cuando me sacas de quicio y cuando me haces reír. Simplemente te amo, Kelsy.

Mi corazón estaba a punto de explotar. Estaba segura. Lo sentía golpeando mis costillas como un preso intentando escapar.

—Yo no sé qué... —empecé, pero mi cerebro había entrado en modo de emergencia—. Tú no puedes... esto no es... ¿me das agua?

—¿Agua?

—Me estoy mareando. Creo que voy a desmayarme. O vomitar. Aún no estoy segura.

Aiden me atrapó la cara entre sus manos grandes y cálidas, obligándome a mirarlo a esos ojos verdes que me habían metido en tantos líos, incluyendo el de mi corazón.

—Tranquila. Respira. Dentro, fuera. Y tómate tu tiempo.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué tiempo? Ya hemos perdido años… Y me voy dentro de nada… —No conseguía ordenar mis pensamientos.

Aiden me rodeó con los brazos y yo encontré un hueco bajo su barbilla. Escuchar su ritmo cardiaco me calmó, aunque no entendía cómo podía estar tan tranquilo.

—Creo que necesito condiciones —decidí por fin.

Él se carcajeó y su pecho se sacudió bajo mi mejilla.

—¿Cómo no? —se burló, pero continuó—: A estas alturas te daría cualquier cosa, corazón, así que adelante.

Pasé por alto que había repetido esa palabra del órgano. No creía que pudiera acostumbrarme a que me llamara así.

—Primera: si tienes un mal día, me lo dices. Si prendes fuego a otro árbol de Navidad, me lo dices antes de que explote.

—Trato.

—Segunda: vas despacio conmigo. —Me separé de él e intenté explicárselo con suavidad—. El pasado... Todavía duele. Aunque lo hiciste con buenas intenciones, eras mi amigo y me traicionaste.

Su expresión se oscureció con culpa y arrepentimiento.

—Lo sé. Y lo entiendo.

—Y la tercera condición…

—¿Hay una tercera? —bromeó.

Sacudí la cabeza.

—En realidad, no. Creo que se me olvidó. Esto va a ser un desastre —dije.

—Probablemente.

—Voy a arrepentirme.

—Casi seguro.

—Y si vuelves a joderla, Aiden, juro por Dios que...

No terminé la frase porque él cerró la distancia y me besó.

Fue cálido y suave. Sus labios se posaron en los míos con una delicadeza que me pilló desprevenida. Pero no se quedó en eso. Su boca se movió contra la mía con una lentitud deliberada, explorando el contorno inferior con la punta de la lengua, un lamido sutil que me envió un escalofrío por la columna.

Sabía a nuevos comienzos y a segundas oportunidades, sí, pero también a algo más crudo: a miedos y a respuestas. Quizá equivocadas, pero respuestas al fin y al cabo.

Mis manos subieron por instinto y se enredaron en su camiseta, atrayéndolo más cerca hasta que su pecho se presionó contra el mío. Él gimió bajito contra mi boca y sus dedos se hundieron en mis caderas, tirando de mí con una urgencia contenida.

La barba incipiente de su mandíbula raspó mi piel al inclinarse más, un roce áspero que contrastaba con la suavidad de sus labios.

El calor de su aliento se mezclaba con el mío, caliente y entrecortado, como si estuviéramos compartiendo no solo un beso, sino el oxígeno mismo.

Su lengua se deslizó contra la mía en una danza lenta, profunda. Su pulgar trazaba círculos perezosos en mi cadera, subiendo hasta rozar el borde del jersey, despertando un calor que se extendió por mi vientre. Mi cuerpo traicionó cualquier intento de control. Un temblor me recorrió entera y mis uñas se clavaron en su espalda, arañando tela cuando lo que quería era piel.

Era un beso suave pero insistente, como si cada roce dijera «te he echado de menos».

—Espera —murmuró, con voz ronca, entrecortada, y sus brazos alrededor de mi cintura, como si luchara por soltarme—. Mi madre... está en casa. Si nos pilla así, nos obligará a confesar en la misa de mañana.

Casi entré en pánico y salí corriendo.

—No puedes. —Aiden leyó mis pensamientos y me atrajo hacia él—. Finn está bloqueando la puerta.

Miré hacia el pasillo. Efectivamente, mi perro se había acostado frente a la salida, roncando como si no tuviera ninguna intención de moverse en las próximas horas.

Consideré mis opciones: irme, mantener las apariencias, ser responsable. O quedarme con él, un hombre imposible, que acababa de abrirme su vida entera.

Me quedé.

Aiden se sentó en un sillón de dos plazas junto a la ventana y me atrajo a su lado. Mantenía los ojos fijos en mi rostro mientras apartaba mechones de mi frente. Nunca me habían mirado de esa forma, como si caminara por la línea delgada entre la ternura y el deseo.

El reflejo de la ventana me mostró a una mujer con el pelo suelto y húmedo, las mejillas encendidas, pecas salpicándole la cara, sin maquillaje que las escondiera, y ropa que apenas disimulaba las curvas. Por un segundo me costó reconocerla. No era la garda impecable ni la adolescente que esquivaba los espejos. Pero era yo.

Cerré los ojos, permitiéndome este momento.

Mañana volvería a ser la garda O'Connor. Pero esta noche, era solo Kelsy, la que había dejado entrar a Aiden. Y contra todo pronóstico, se sentía como la decisión correcta.

# 32 El día que la cabalgada perdió las vacas

El sonido del caos tiene un timbre muy concreto y reconocible. En Glenshannon, sonaba a motores que se negaban a arrancar después de múltiples intentos, a altavoces chirriando villancicos deformados hasta volverlos irreconocibles, y a docenas de personas gritando a la vez, que nada de esto era culpa suya mientras señalaban acusadoras a sus vecinos.

Así empezó la mañana de la gran cabalgata del Festival Navideño, que según el optimista comité debía ser la joya brillante de la Navidad local y, en palabras textuales de Mag, «una muestra de armonía ciudadana y espíritu comunitario».

Llegué a la plaza del pueblo con una libreta sin estrenar en el bolsillo y la esperanza absurda y casi infantil de que por una vez, solo una maldita vez, nada explotara, se incendiara, o saliera corriendo en estampida.

Diez minutos después de mi llegada, alguien hizo estallar sin autorización unos fuegos artificiales y tres ovejas disfrazadas de renos salieron disparadas, sembrando el pánico. Después de resolverlo, el Papá Noel se quedó atrapado en la parte superior de una carroza, que giraba sin control sobre su eje, mientras él pedía ayuda a gritos.

—Por el amor de todo lo sagrado —murmuré entre los dientes apretados.

Maggie, que intentaba con desesperación desenredar las cuerdas de un altavoz enorme, que el viento había liado, bufó con esfuerzo.

Finn ladraba emocionado, corriendo en círculos entre la gente. Intentaba mantenerlo alejado de los peligros cuando una voz familiar sonó detrás de mí.

—Dejámelo a mí.

Me giré sobre los talones.

Aiden se presentó en todo su esplendor problemático, vestido con un chaleco rojo brillante, prenda que usaban los organizadores.

—Esto es un desastre —comenté agobiada.

Aunque verlo me hacía sentir mejor. Quería un abrazo y una promesa de que «todo saldrá bien», pero mi uniforme me lo impedía.

—Está todo bajo control —respondió con tono despreocupado.

—¿Bajo control? —Señalé el caos—. ¡El reno inflable gigante está a punto de devorar al coro infantil!

Giró la cabeza hacia el reno de tres metros de altura, que se inclinaba sobre un grupo de niños vestidos de ángeles mientras estos retrocedían gritando.

—Pequeños detalles técnicos —dijo, restándole importancia.

No tuvo ni pizca de gracia.

Había algo distinto en él que me hizo detenerme y mirarlo con más atención. No era el Aiden burlón y despreocupado de siempre, el que hacía bromas incluso cuando todo se derrumbaba a su alrededor. Estaba tenso de forma visible, con los músculos del cuello marcados y los ojos moviéndose en todas las direcciones.

—¿Qué está pasando? Y no me vengas con tonterías.

—Nada. —Respondió demasiado rápido—. Son problemas técnicos normales.

Me crucé de brazos.

—Me refería a ti —le expliqué—. Y no me mientas a la cara. Te conozco suficiente para saber cuándo estás mintiendo.

—No es nada que puedas arreglar tú, Kelsy —respondió—. Ni siquiera con tu placa y todas tus buenas intenciones.

Antes de que pudiera replicar o presionarlo más, una explosión sorda y aterradora nos hizo girar a ambos al mismo tiempo.

El arco decorativo de entrada al desfile, una estructura elaborada de ramitas de abeto, se desplomó sobre el pavimento, en cámara lenta, como castillo de naipes. Nadie salió herido por milagro, pero el ruido fue lo bastante fuerte como para paralizar a todos los presentes en la plaza.

—¡Por el amor de...! —Corrí hacia allí con la adrenalina inundando mi sistema.

Entonces el generador empezó a echar humo negro. La multitud gritaba en pánico creciente y el viento nos azotaba con ráfagas violentas, llevándose decoraciones, bufandas y cualquier otra cosa que no estuviera bien amarrada, por igual. Una vaca escapó de la cerca y avanzó con determinación hacia la fuente central.

Aiden me siguió, intentando contener la situación con movimientos rápidos y eficientes. Cuando lo vi apartar con cuidado a dos niños pequeños de una cuerda suelta, o cómo levantaba un tablón pesado con las manos sin guantes, para despejar el camino, entendí que fuera lo que fuera lo que ocultaba, no estaba fingiendo preocupación ni actuando.

—¡Corten la corriente eléctrica! —gritó—. ¡Ahora mismo!

El silencio posterior fue casi milagroso.

Por un momento suspendido solo se oyeron las respiraciones agitadas de docenas de personas, el sonido del viento frío de diciembre moviendo las guirnaldas, y el mugido lejano de la vaca rebelde.

Entonces Maggie se acercó con pasos rápidos hacia nosotros, con una llave inglesa grande en la mano y el ceño fruncido en gesto preocupado.

—El electricista está revisando el generador. Pero encontró esto tirado cerca, y la caja está abollada. Alguien intentó manipularlo.

Aiden tensó la mandíbula.

—Sabes que es el grupo ese de adolescentes de siempre, Maggie —respondió con voz tensa—. Deberíamos haber pensado en más vigilancia.

No me miró cuando lo dijo, pero me sentí insultada hasta el tuétano.

—¿Perdona? Somos un pueblecito de mierda que cuenta con tres agentes —le recordé—. Y no es que anticipáramos terrorismo navideño.

No me contestó y eso activó mi radar de sospechas. Lo observé con atención de detective y la clara impresión de que me ocultaba algo.

—Espera —Maggie se metió entre nosotros, con la llave en alto—. Aiden, ¿esta no es la herramienta de Kirian? Sus estampas están justo ahí…

No la dejé acabar. Le arrebaté la llave y encontré las iniciales KB en el metal.

—Voy a necesitar que me acompañes a la estación —le dije con toda la suavidad que pude reunir. Procuré ignorar el dolor de mi corazón—. Para aclarar algunos detalles.

Aiden soltó una risa amarga.

—¿De verdad vas a hacer esto? ¿Después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¡Ni siquiera sabes qué ha sucedido aquí!

No lo sabía ni lo entendía. No podía creer que hubiera pasado de bromas que se iban de las manos a cosas peligrosas, que podrían haber acabado haciendo daño de verdad a la gente. Y sí, no pensé que fuera capaz de hacerlo después de lo que había pasado entre nosotros. Una flecha envenenada se incrustó en mi pecho.

—Precisamente por eso necesito que vengas —insistí, y me felicité por mantener la voz firme—. Para que me lo expliques con calma.

Nos miramos durante un instante largo. En sus ojos había una súplica muda desesperada y una advertencia urgente, algo vulnerable que nunca le había visto mostrar.

—Kelsy —dijo en voz tan baja que apenas pude escucharla—, no lo hagas más grande de lo que es. De verdad te lo pido.

Pero era demasiado tarde para retroceder.

Mi padre se acercaba desde el otro extremo de la plaza, con la cara roja de ira contenida y el teléfono móvil pegado a la oreja, gritándole a alguien.

Cuando Aiden lo vio venir, murmuró algo en gaélico que sonó a maldición.

—¿Quieres contarme qué has hecho esta vez, Byrne? —rugió mi padre antes de llegar siquiera cerca, su voz resonando por toda la plaza—. ¿O prefieres que lo averigüe yo solo?

Aiden levantó ambas manos en gesto de rendición.

—No estoy implicado —dijo. Sonó como alguien que estaba rogando que lo creyeran.

Mi padre no lo hizo.

—Claro que no estás implicado —dijo con un sarcasmo denso —. Igual que no estuviste implicado en los otros incidentes.

—Papá. —Me interpuse entre ellos—. Déjame manejarlo.

Me lanzó una mirada que me atravesó como un disparo.

—¿Cómo vas a hacerlo? ¿De la misma forma en la que has manejado todo lo demás con él?

El golpe fue directo. Me sonrojé, consciente de que toda la plaza nos observaba. Saoirse probablemente grababa desde algún sitio. El pueblo entero sería testigo de mi humillación.

—Es mi caso —insistí—. Y voy a investigarlo cómo corresponde.

Mi padre torció el gesto.

—¿Desde cuándo eres capaz de ser objetiva con él?

Aiden dio un paso adelante.

—Sargento O'Connor, con el debido respeto, su hija está haciendo su trabajo. Y yo estoy dispuesto a cooperar. Pero no aquí, no delante de todo el pueblo.

Mi padre lo miró con ojos de acero. Después se giró hacia mí.

—Vale. Quiero un informe completo antes de que acabe el día.

Se dio la vuelta y se alejó con pasos furiosos, dejando un silencio incómodo a su paso.

Maggie se acercó, tocándome el brazo con suavidad.

—Kelsy, cariño, ¿estás segura de que...?

—Estoy segura —mentí, porque no estaba segura de nada.

No estaba segura de si Aiden era culpable o inocente. No estaba segura de si estaba haciendo lo correcto. Y de ningún modo estaba segura de si mi corazón podría sobrevivir a descubrir la verdad.

# 33 La verdad no es lo que pensabas

El electricista reparó el generador. Un equipo de voluntarios se encargó de limpiar la plaza de los desechos y de asegurar a los animales.

De un modo u otro lo habíamos conseguido, habíamos sobrevivido al Gran Festival Navideño, sin bajas. Si no contaba la de mi corazón.

Seguía dando vueltas, vigilando, porque temía el momento de confrontar a Aiden en la estación.

La plaza olía a ese aroma navideño que me hacía sentir como si tuviera ocho años otra vez. Los niños correteaban con las mejillas pintadas de rojo y verde. Las madres formaban grupos, cargadas de bolsas con regalos de última hora. Y Annie, disfrazada con una barba que se le caía cada cinco minutos, explicaba con solemnidad la importancia de entregar las cartas antes de que cayera la noche.

Me acerqué a mi padre para informarle de que me retiraba para acabar con la declaración de Aiden. Pero cuando llegué a su lado, alzó la barbilla hacia una calle lateral que serpenteaba colina arriba hacia las casas más alejadas del centro, y frunció el ceño.

—¿Byrne? —murmuró, más pregunta que afirmación.

Seguí su mirada y lo vi.

Aiden atravesaba el gentío como una sombra, con la vista clavada en el suelo. Caminaba deprisa, con la postura tensa y encorvada que tenían las personas cuando huían de algo o de alguien. No me buscó con la mirada como hacía siempre, ese gesto suyo que me hacía sentir como si fuera la única persona en un radio de kilómetros.

—Está tomando un atajo —dije, más para mí misma que para mi padre—. Pero… la estación está en la dirección contraria.

Mi padre se puso en movimiento. Lo seguí por instinto y porque no quería que montara un escándalo.

Tomamos el sendero que bordeaba la escuela y la bolera. La luz anaranjada de las farolas nos recortaba sombras alargadas sobre

el suelo y nos convertía en los protagonistas de una película de detectives.

Aiden ya no estaba a la vista cuando doblamos la esquina, pero Finn, que me había seguido, ladeó la cabeza hacia un cobertizo medio oculto entre árboles y dio varios pasos decididos en esa dirección.

—Buen chico —murmuré.

Nos acercamos despacio y con cuidado. No sabía por qué estábamos tan silenciosos ni tan tensos. Aiden no era un criminal. Seguro que todo tenía una explicación y…

Todos mis pensamientos se esfumaron al verlo.

Aiden estaba agachado junto a una mujer mayor que se aferraba a una barandilla oxidada. Su abrigo estaba arrugado, el gorro se le había deslizado hacia un lado, y cuando levantó la mirada, vi en sus ojos esa confusión suave y aterradora de quien no entendía del todo dónde estaba.

El corazón se me encogió.

—Mamá. —La voz de Aiden era tan baja, tan llena de una cautela dolorosa, que apenas la reconocí—. No te vayas por ahí, ¿vale? Ven, volvamos juntos a casa.

La sujetó con un cuidado infinito. No con la arrogancia juguetona que usaba cuando bromeaba conmigo. No con esa confianza irritante que parecía ser su estado natural, sino con una ternura tan profunda, que me dolió en lugares que no sabía que podían doler.

Mi padre se quedó rígido detrás de mí, observando atónito la escena.

La mujer, la madre de Aiden, se frotó las manos contra el borde de su abrigo, murmurando algo sobre «las luces» y «demasiado ruido», que no llegué a entender del todo. Aiden le habló en frases cortas y tranquilizadoras, explicándole dónde estaban, por qué había decoraciones navideñas, sosteniéndola cuando daba un paso en falso. La apoyaba como si el mundo entero se hubiera reducido a ese único gesto.

No me acerqué. La vergüenza y la culpa me azotaron el cuerpo y fui incapaz de moverme. Verlo así, en modo protector y

vulnerable, desmontaba cada historia que me había contado a mí misma. Cada suposición maliciosa sobre por qué andaba por el pueblo de noche. Cada juicio apresurado. Cada muro que había construido para mantenerlo a distancia.

Mi padre, sin embargo, que no sabía de sutilezas, rompió el silencio:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Aiden tenía la cara mojada por la lluvia fina que había empezado a caer o por el sudor de la urgencia, no estaba segura, y cuando me miró a los ojos, no había rastro de su habitual defensa irónica.

—Mi madre… —empezó. Abrió la boca y la cerró—. La llevaré a casa. Si me permites —añadió en voz fría, dirigiéndose a mi padre.

Rodeó los hombros de la mujer y le acunó la cabeza contra su pecho.

—Chico, ¿qué cojones pasa? —insistió mi padre.

Creo que odié a mi progenitor y su cinismo en este momento.

—Tiene episodios —dijo Aiden, y su voz sonó rasposa, como si las palabras dolieran—. Ha tenido pequeños derrames. Ictus menores. A veces se confunde. Los ruidos la alteran, las luces la desorientan. Cree que hay gente moviéndole las cosas, extraños entrando en su casa. Salió y... —Se interrumpió, pasándose las manos por la cara—. Quiso apagar el generador para que dejara de hacer ruido.

Su confesión cayó como una piedra en agua quieta, creando ondas que me alcanzaron una tras otra.

Mi primer impulso fue la incredulidad.

«No puede ser verdad.»

El segundo fue culpa devastadora.

«Dios mío, qué he estado pensando de él.»

Mi padre no dijo nada al principio. Se quedó quieto, con el ceño fruncido, pero algo en su postura cambió. Se ablandó, apenas perceptiblemente.

—¿Por eso...? —Mi voz salió pequeña, extraña en mi propia boca—. ¿Por eso…? ¿Todo lo que pasó?

—Sí. —Aiden miró a su madre, que había apoyado la cabeza contra su hombro con esa confianza ciega que solo existía entre padres e hijos—. Ella sale a veces cuando está confundida.

—Pensé... —Me interrumpí, sintiendo cómo las lágrimas me llenaban los ojos. Sacudí la cabeza para detenerlas y no dejarlas caer—. No sé qué pensé.

—Pensaste lo peor. —No sonaba acusatorio, solo cansado—. Y no te culpo, nunca te di razones para pensar otra cosa. Lo siento si... No quería que la mirasen con pena.

Entonces mi padre hizo algo que nunca olvidaré: dio un paso adelante y sin demasiada ceremonia le ofreció la mano a Aiden. Fue un gesto torpe, pero cargado de significado.

—Si la cuidas así —dijo, con un gruñido grave que usaba cuando estaba emocionado y no quería admitirlo—, no me importa una mierda que seas un desastre el resto del tiempo.

Aiden parpadeó, sorprendido. Luego, con lentitud, tomó la mano ofrecida.

Finn, como si hubiera estado esperando su momento, se acercó a la madre de Aiden y frotó la cabeza contra su pierna. Ella bajó la mirada, confundida por un segundo, y luego sonrió. Una sonrisa dulce, infantil, que me hizo estremecerme por la emoción.

—Qué perro tan bonito —murmuró, acariciando sus orejas con dedos temblorosos.

—Es de Kelsy —le explicó Aiden con voz suave—. Se llama Finn.

—Finn. —Repitió el nombre como si fuera algo precioso—. Como el héroe.

—Exacto. Como el héroe.

La lluvia caía más fuerte ahora, empapándonos a todos, pero nadie se movió.

No era el momento de revelación perfecto que vendían las novelas románticas. No había música dramática ni diálogos ensayados. Era desigual, áspero, lleno de silencios incómodos y cosas que todavía necesitaban ser aclaradas.

Pero ahí, bajo la lluvia que seguía cayendo, con la plaza a lo lejos todavía vibrando con villancicos y risas infantiles, tuve una

certeza absoluta:

Aiden no era quien yo había pensado. Y lo que llevaba sobre los hombros era infinitamente más pesado de lo que su sonrisa dejaba ver.

Me acerqué despacio y puse mi mano sobre su brazo. Él se tensó, luego se relajó.

—Deberías habérmelo dicho —susurré.

—Debería haber hecho muchas cosas. —Me miró con ojos oscuros por el agotamiento—. Tenía miedo de que me miraras diferente.

—Y lo hago. —Su expresión se cerró, pero continué antes de que pudiera retirarse—. Te miro y veo a alguien más fuerte de lo que pensaba. Más valiente.

Su respiración se entrecortó.

—Kelsy...

—Déjame ayudar. —Apreté su brazo—. Por favor. No tienes que hacer esto solo.

Pensé que iba a rechazarme. A levantar sus defensas de nuevo y alejarse con su madre, a la que protegía con tanta fiereza. Pero asintió, apenas un movimiento de cabeza.

—Vale —dijo—. Vale.

Y en último «vale» había rendición. Aceptación.

Mi padre carraspeó.

—Venga. Vamos a llevar a tu madre a casa antes de que todos acabemos con neumonía.

Los cuatro (cinco contando a Finn), formábamos un grupo extraño. La madre de Aiden tarareaba bajito, apoyada en su hijo. Mi padre iba al otro lado, vigilante pero ya no hostil. Yo caminaba junto a Aiden, nuestros hombros rozándose ocasionalmente.

Cuando llegamos a la casa, él se detuvo en el porche.

—Gracias —dijo, mirándome—. Por no... ya sabes. Salir corriendo.

—¿Bromeas? —Intenté sonreír—. Soy garda. Perseguir es mi especialidad.

—Peligroso pasatiempo.

—Sobre todo cuando lo que persigo tiene tendencia a prender fuego a árboles de Navidad.

Se rio y el sonido fue como sol después de días de lluvia.

—Nunca vas a olvidarte de eso, ¿verdad?

—Nunca.

—Bien. No me gustaría que te quedaras sin munición para insultarme.

—Oh, tengo un arsenal entero.

Su mano rozó la mía.

—Es una de las cosas que más me gustan de ti. Ve a casa, Kelsy. —Su voz se suavizó—. Antes de que tu padre decida interrogarme sobre mis intenciones.

—Demasiado tarde para eso —gruñó mi padre desde atrás.

Aiden sonrió.

—Mañana, ¿vale? —dijo—. Te lo cuento todo mañana. Esta vez, de verdad.

Me alejé a regañadientes, con Finn trotando a mi lado y mi padre siguiéndonos con expresión pensativa.

Cuando miré atrás, Aiden todavía estaba ahí, observándome desde el porche, abrazando a su madre.

# 34 La reina de la sutileza

Mi padre se había ido hacía rato. Todavía sonreía al recordar que le había dado a Aiden una palmada en el hombro y había murmurado algo sobre «cuidarse el uno al otro».

Tuve la intención de irme yo también, pero en el último momento había cambiado de parecer. De todos modos, no iba a poder descansar o dormir, pensando en Aiden y su madre. No sabía si mi presencia era deseada, pero necesitaba hacer algo, intentar hablar con él. La ironía de la situación no se me escapaba: no hacía mucho Aiden me había implorado que le perdonara, y ahora era yo quien tenía que pedirle disculpas.

Me había quedado en el porche un tiempo, pero el frío me había forzado a entrar. Después me removí incómoda en el pasillo, sin atreverme a avanzar o a anunciar mi presencia.

Aiden estaba en una habitación, ayudando a su madre a acomodarse. Podía oírlo hablándole con una voz suave y paciente, que nunca le había escuchado usar con nadie más.

—Venga, mamá, a la cama.

Después, la respuesta de su madre, que fue demasiada baja y no la entendí.

—Sí, ya sé que no estás cansada, pero te hace bien tenderte un rato… No, no hay nadie moviendo las luces. Son las guirnaldas del señor Murphy, ¿lo recuerdas? Las pone cada año.

Una pausa.

—Sí, son horribles. Mañana le diré que tiene pésimo gusto.

Sonreí a pesar de todo.

Finn se había sentado a mis pies, mirándome con una expresión de «¿nos vamos ya o qué?», pero no podía decidirme.

Aiden salió mientras volvía a pensar en qué hacer. Estaba en camisa y había subido las mangas hasta los codos. Tenía ojeras que probablemente llevaban ahí semanas, pero que yo no había notado, porque estaba demasiado ocupada construyendo muros contra él.

Hice el gesto de salir en su encuentro, porque mi primer instinto fue abrazarlo, pero volví a apoyar el talón en el suelo.

—Creí que te habías ido —dijo, con una voz cansada que me rompió por dentro.

—Pensé en hacerlo —reconocí—. Pero resulta que soy… era, demasiado buena huyendo de las cosas importantes, y quiero dejar de hacerlo.

Una sonrisa curvó sus labios, tan pequeña que casi pasó desapercibida.

—¿Y yo soy importante?

Necesité dos segundos para reunir mi aplomo, pero se lo confirme:

—Lo eres.

Se pasó una mano por el pelo.

—Entra antes de que te congeles y tenga que explicarle a tu padre por qué devuelvo a su hija convertida en un bloque de hielo.

—Ya usaste esa frase cuando éramos jóvenes —le recordé, porque no todo lo que viví con él era doloroso. Había cosas que me hacían sonreír, bastantes, en realidad.

—Es una buena frase, la reciclo —bromeó.

Entré en el salón, con Finn pegado a mis talones y Aiden cerrando la fila.

Esperaba caos, desorden, pero en lugar de eso encontré una sala de estar acogedora con un sofá de ensueño, estanterías llenas de libros y fotografías enmarcadas, y un árbol de Navidad en la esquina, decorado con adornos diversos, algunos que tenían décadas de antigüedad y otros nuevos. Había guirnaldas, velas sin encender y calcetines navideños. Era doméstico y cálido.

—Bonito lugar —comenté, porque no sabía qué más decir.

—Gracias. Ahora vuelvo. —Aiden salió unos minutos y regresó llevando una sudadera y una toalla alrededor del cuello. Me ofreció otra a mí.

—¿Cuánto tiempo llevas cuidando de tu madre? —pregunté en un impulso.

«Muy bien, Kelsy, eres la reina de la sutileza», me felicité. No era un buen momento para darme cuenta de que me parecía a mi

padre más de lo que había creído, y no en lo mejor de su carácter.

Aiden se dejó caer en el sofá como si le pesara el cuerpo, y le dio unos golpecitos, invitándome a sentarme a su lado.

—El último año. Por eso regresé. Mis hermanos me avisaron de pequeñas cosas; olvidaba dónde había puesto las llaves, repetía las mismas historias. Luego vinieron los episodios. —Se frotó la cara con ambas manos—. Cuando la convencimos de que se hiciera unas pruebas, descubrimos que tuvo pequeños ictus. Después vinieron más. Y cada uno... cada uno se lleva un pedacito de ella.

Mi garganta se cerró.

—Aiden... Lo lamento tanto…

Levantó la vista, forzando una sonrisa y en este momento lo amé. Sin importar el peso que llevaba en sus hombros, no se dejaba vencer por la depresión.

—Seguro que te quedaste esperando té y galletas, no una sesión improvisada de terapia.

—Me quedé porque me importa. Porque me importas tú. —Me acerqué e intenté no presionarle, pero no tuve paciencia—. El muñeco apuñalado, el robo de las luces, el belén…

—Todo. —Gesticuló vagamente. Se rio, pero sonó hueco—. Intentaba encubrirla. No queremos agobiarla y vigilarla constantemente, pero tampoco podemos averiguar cuándo tiene los episodios. Ella rompió el dichoso muñeco de Papá Noel y cortó el cableado de las luces del árbol. No las robó, pero tuve que quitarlas y reemplazarlas.

Sacudí la cabeza.

—¿Pero por qué inculparte a ti mismo?

Aiden estiró la mano, pero no tocó la mía, la dejó a un lado. Hice yo el gesto. Estreché sus dedos, esperando poder transmitirle mediante el contacto todo lo que no sabía cómo decir.

—Si la gente piensa que soy un irresponsable, no hacen preguntas. No se acercan demasiado ni ven... esto. —Hizo un gesto abarcando la casa—. No quiero que miren a mi madre con lástima.

—Entonces, ¿qué? ¿Prefieres que piensen que eres un vándalo con tendencias pirotécnicas?

—Suena mejor que «el pobre Aiden Byrne cuidando de su madre enferma». —Su voz se endureció—. No quiero ser el protagonista de una historia triste de pueblo pequeño.

La indignación me nubló la vista.

—¡Nadie piensa eso!

—¿No? —Me miró—. ¿Tú no lo pensaste? Cuando entendiste cuál es el problema, ¿no sentiste lástima?

Me quedé callada porque tenía razón.

—Exacto. —Retiró la mano y se frotó la nuca—. Por eso no lo digo. Por eso lo mantengo en secreto y arreglo lo que puedo antes de que nadie se dé cuenta. Porque la lástima es peor que el juicio.

—No es lástima lo que siento ahora —dije despacio.

—¿No?

—No. —Me levanté y me arrodillé delante de él. Volví a tomar sus manos y las estreché con fuerza entre las mías—. Es admiración. Y un poco de furia porque eres demasiado orgulloso para pedir ayuda. Pero sobre todo admiración.

Sus ojos se encontraron con los míos, sorprendidos.

—¿Cómo?

—Estás cuidando de tu madre. Mantienes esta casa. Trabajas. Y encima te las arreglas para ser ridículamente atractivo mientras lo haces. —Sonreí—. Es molesto, en serio.

Eso le sacó una risa real.

—¿Ridículamente atractivo?

—No dejes que se te suba a la cabeza, Byrne.

—Demasiado tarde. Mi ego ya está haciendo la ola. —Lo dijo casual, juguetón, y entendí la pregunta muda de sus ojos.

Pero también entendí que no era el momento, que no se trataba de él y yo, sino solo de él.

—Me siento como una estúpida por haber creído lo peor de ti. Lo siento.

—¿Ah, sí? —Sus hoyuelos regresaron—. ¿Garda Kelsy O'Connor admitiendo que se equivocó? Espera, déjame grabar este momento histórico.

—No te pases.

—¿Puedes repetirlo? Más alto. Quiero asegurarme de que Finn sea testigo.

—Aiden...

—Me equivoqué, Aiden tenía razón, Aiden es maravilloso y yo fui una tonta. Vamos, di la frase completa.

Me cubrí la cara con las manos.

—Para, por favor.

—Perdona, un momento. —Se levantó y fue hacia la ventana. La abrió de par en par.

—¿Qué haces? —chillé.

—¡Atención, pueblo! —gritó hacia la calle—. ¡Kelsy O'Connor admite que se equivocó conmigo! ¡Repito: admite que se equivocó!

—¡Aiden Byrne, cierra esa ventana ahora mismo!

La cerró y volvió riendo.

—¿Sabes? Debería llamar a Maggie. Ella va a querer saber esto. Y a tu madre. Y probablemente al periódico local..., ah, no, Saoirse es la mejor divulgando noticias.

—¿En qué me he metido? —me quejé.

Se acercó y tiró de mi mano.

—Voy a recordártelo durante años. Décadas. «¿Te acuerdas de aquella vez que me investigaste como criminal y resultó que solo estaba cuidando de mi madre? Buenos tiempos.»

—Eres insoportable.

—Y aun así, te importo. Qué curioso.

—Te odio por hacerme sentir cosas.

—Bienvenida al club. —Volvió a tirar de mi mano, después me agarró por la cintura y me sentó sobre sus rodillas—. Llevo semanas sintiendo cosas por ti y es agotador.

Me quedé quieta, demasiado consciente de mi peso. Aiden era fornido, con músculos trabajados y miembros fuertes, pero yo no era el tipo de chica que se sentía cómoda sentada en el regazo de un hombre.

—¿Qué tipo de cosas? —me arreglé para preguntar mientras me removía, procurando encontrar una posición que no le hiciera daño.

Metió la nariz en mi cuello, lo que hizo que me quedara quieta.

—Cosas inconvenientes —susurró contra mi piel, su aliento cálido erizándome cada terminación nerviosa—. Cosas que me hacen desvelarme por la noche y mirar el techo como idiota. Sueños que quiero cumplir contigo.

—Oh… ¿Puedes darme más detalles? —le pedí, y volví a moverme, intentando encontrar un ángulo donde mi cuerpo no se sintiera tan... grande.

Aiden me atrapó por la cintura con manos firmes.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Su voz tenía un toque de diversión y preocupación—. ¿Necesitas usar el baño o algo?

—¿Qué? —le pregunté confusa.

—Llevas cinco minutos moviéndote como si estuvieras sentada sobre brasas.

—Ah… eso… —Me escabullí con más torpeza que gracia y me senté a su lado, abrazándome las rodillas. O por lo menos lo intenté, porque el cinturón del uniforme se me clavó en la barriga y los pantalones me apretaron en la ingle. Suspiré derrotada y puse los pies en el suelo—. Soy demasiado grande para que me tengas en tu regazo.

—¿Qué? —La voz de Aiden sonó extraña—. ¿Qué acabas de decir?

—Nada. Olvídalo. —Intenté levantarme, pero su mano me atrapó la muñeca.

—Kelsy, mírame.

—No quiero.

—Mírame. —Su tono no admitía discusión.

Lo miré a regañadientes y me encontré con una expresión que no supe leer. ¿Confusión? ¿Cabreo?

—¿De verdad acabas de decir que eres demasiado grande? —preguntó despacio, como si estuviera procesando cada palabra—. ¿Para mí?

—Es solo un hecho. —Me encogí de hombros con indiferencia fingida—. Peso más de lo que debería. Y sentarme en tu regazo es probablemente incómodo para ti, así que...

—Para. —Me cortó con voz firme—. Para ahora mismo.

Me tiró con suavidad pero con determinación de vuelta a su regazo, ajustándome hasta que quedé sentada de lado, con las piernas sobre las suyas y la espalda apoyada en su brazo.

Conseguí estar quieta un segundo entero antes de volver a moverme.

—No. —Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me hipnotizó—. No te muevas y escucha.

Abrí la boca para protestar, pero él puso un dedo sobre mis labios.

—Eres perfecta. —Lo dijo con tal convicción que casi me lo creí—. Cada centímetro de ti, cada curva, cada parte que crees que es «demasiado».

—Aiden...

Su mano se deslizó hasta mi cintura, donde el uniforme me apretaba.

—¿Sabes qué pienso cuando te veo con este uniforme? Pienso en lo increíble que es que algo tan estricto y formal no pueda ocultar lo hermosa que eres. Pienso en estas caderas. —Sus dedos trazaron la curva—. En cómo se mueven cuando caminas. En cómo llenan perfectamente mis manos.

El calor me subió por el cuello hasta las mejillas.

—Pienso en estos muslos. —Su otra mano se posó sobre mi pierna—. En lo fuertes que son. En cómo te sostienen durante horas de patrulla. En lo jodidamente sexy que es verte caminar con esas botas y este uniforme que intenta y falla en ocultar tu cuerpo.

—Yo no soy...

—Eres todo lo que he querido desde que tenías diecisiete años. —Su frente se apoyó contra la mía—. ¿Sabes cuántas veces te imaginé así? ¿En mis brazos? ¿Dejándome tocarte? ¿Confiando en mí lo suficiente para bajar la guardia?

Se me escapó una risa medio sollozo.

—Tengo espejos. Y todo el mundo ha observado cómo me queda el uniforme. Las demás chicas son...

—¿Qué? ¿Más delgadas? —Arqueó una ceja—. ¿Más pequeñas? ¿Y eso las hace mejores? ¿Más deseables?

—Más fáciles de... no sé. De cargar. De abrazar sin que sea incómodo.

—Kelsy. —Deslizó su mano hasta mi mejilla, obligándome a mirarlo—. Mírame bien. ¿Parezco incómodo?

—No, pero...

—¿Parece que no quiero tenerte exactamente donde estás ahora mismo?

Negué con la cabeza, porque la verdad era obvia en sus ojos, en cómo me sostenía, en cómo me miraba.

—Entonces créeme cuando te digo esto: eres perfecta. No a pesar de tus curvas y no ignorando tu cuerpo, sino con todo incluido. Con cada centímetro de piel que crees que es demasiado. —Besó mi frente con ternura, después me acomodó mejor en su regazo, ajustándome contra su pecho—. Como intentes escaparte de mis brazos porque crees que molestas, voy a traerte de vuelta. ¿Entendido?

—Eres un idiota —susurré, pero sin veneno.

—Un idiota enamorado de una mujer que no ve lo increíble que es. Pero voy a recordártelo todos los días hasta que te lo creas.

—Va a tomarte años.

—Tengo tiempo.

Eso me recordó lo egoísta que era y que era él quien necesitaba consuelo. Le abracé el cuello y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Por qué no me contaste antes lo de tu madre? ¿Por qué me dejaste pensar lo peor?

Tragó saliva y me quedé mirando el movimiento de su garganta.

—Quise hacerlo muchas veces. Pero tenía miedo de que me trataras con guantes de seda. De que dejaras de retarme, de discutir conmigo, y empezaras a mirarme como si fuera tu proyecto de caridad.

—Nunca haría eso.

—¿No? —Vi el contorno de su labio inferior cuando esbozó una sonrisa triste—. La gente cambia cuando lo sabe. Se vuelven cuidadosos, considerados. Y yo no quiero eso contigo. Quiero que

sigas diciéndome que soy una cabeza hueca cuando prendo fuego a árboles. Quiero que me arrestes y que volvamos a usar las esposas. Quiero... —Se detuvo—. Quiero que me veas a mí, no a mi situación.

—Te veo, Aiden. —Me levanté a horcajadas hasta que nuestras frentes casi se tocaron—. Y sigues siendo insoportable.

—Gracias a Dios.

Tiró de mi nuca y me besó. Dulce, despacio, saboreando cada rincón del interior de mi boca. Cuando nos separamos, ambos sonreíamos.

—¿Te quedas? —preguntó—. Solo un rato. No tenemos que... ya sabes. Puedo comportarme.

—¿Puedes? —me reí.

Torció el gesto.

—Probablemente no. Pero puedo intentarlo.

—Me quedo.

Nos acomodamos en el sofá, mi cabeza apoyada en su hombro, su brazo rodeándome con familiaridad. Finn roncaba suavemente sobre el sillón. Las luces del árbol de Navidad parpadeaban en la esquina.

—Oye, Kelsy.

—¿Mmm?

—Gracias por no salir corriendo.

—¿A dónde iba a ir? —Sonreí contra su camiseta—. Dejé mi orgullo en la puerta.

—Seguro que se encontró con el mío, que lleva en el suelo desde que te vi.

Nos quedamos envueltos en calor y silencio cómodo.

No todos los problemas estaban resueltos. No todos los miedos habían desaparecido. Pero por primera vez, ninguno de los dos estaba solo.

«Debimos haber luchado en equipo», había dicho mi padre.

Aiden y yo lo haríamos, me prometí. Esta vez sí.

# 35 Navidad en Glenshannon

Nunca había entendido por qué la gente decía que el día de Navidad tenía un olor especial. Siempre me había parecido una de esas frases cursi que repetían porque sonaba bien, no porque fuera verdad.

Pero esa mañana, cuando abrí los ojos en mi casa todavía medio a oscuras, lo entendí. Olía a pan tostado y canela. A humo de chimenea y lluvia sobre piedra fría. A esperanza envuelta en una manta mullida. Y sobre todo, olía a algo que no reconocí al principio porque me resultaba completamente nuevo: paz.

Paz verdadera. No la falsa calma que venía después de una tormenta cuando sabías que otra estaba llegando. Sino esa paz profunda que se instalaba en los huesos y te susurraba que, por una vez, todo iba a estar bien.

Me quedé en la cama unos minutos más, mirando el techo, procesando esa sensación extraña y maravillosa.

La víspera había sido un caos absoluto. Habíamos sobrevivido al desfile, a los incidentes menores, a los chismes de pueblo... Pero por alguna razón que todavía no terminaba de comprender, me había ido a la cama con una sonrisa. Quizá porque Aiden, en lugar de provocar mi paciencia o encender mi ira como hacía habitualmente, había entrelazado sus dedos con los míos y me había acompañado a casa en silencio.

El reloj marcaba las siete cuando finalmente me levanté, todavía envuelta en la manta como una oruga gigante, y me acerqué a la ventana.

El pueblo dormía bajo un velo de escarcha brillante. Abrí la puerta para que Finn saliera y lo miré mientras olfateaba el otro lado de la calle, adorable con su jersey de cuadros rojos.

Mi plan para el día era sencillo: una Navidad tranquila, sin trabajo, sin escándalos, sin interrupciones divinas o infernales. Solo yo, mi perro, y tal vez algo de comida decente si conseguía motivarme para cocinar.

Pero entonces mi mirada cayó sobre la mesa del salón, sobre esa cosa que había preparado en secreto durante los últimos días, y que todavía me faltaba envolver. Tenía el sobre, en el reverso donde había escrito con mi letra más cuidadosa:

*Para Aiden Byrne:*

*El hombre que incendió la Navidad y aun así, la salvó.*

Pasé la mañana entre preparativos y risas con Maggie, que había aparecido en mi puerta con un gorro de Papá Noel y una bandeja de *mince pies* recién horneados, que olían a gloria.

Entre el vapor del té y las huellas de azúcar glas que Maggie iba dejando al comer, ella me confesó que el sargento padre andaba de un humor insoportable esa mañana, porque su hija había decidido pasar la Navidad en su propia casa en lugar de presentarse como siempre para el tradicional sermón navideño.

—Es tan dramático —bromeó Maggie—. Como si le hubieras dicho que te mudabas a Australia.

—Bueno... —dudé.

Maggie se congeló con el pastelito a medio camino de su boca.

—¿Qué es ese tono? Lo conozco. Es el de «he tomado una decisión importante y no se lo he dicho a nadie».

—No es Australia —me apresuré a decir—. Es... lo contrario.

—¿Y lo contrario de Australia es...?

Estaba envolviendo el regalo de Aiden por cuarta vez, ya que Finn había decidido que el lazo rojo era un juguete y lo había destrozado tres veces. Mientras me decidía qué contarle a Maggie, escuché golpes en la puerta.

—Por favor, que sea para que me avisen que me ha tocado la lotería y no otro drama —murmuré.

—Es Aiden —canturreó Maggie—. Reconocería ese golpeteo arrogante en cualquier parte.

—¡Está abierta! —grité.

Entró con el pelo húmedo por la llovizna, una bufanda negra enredada alrededor del cuello, y el jersey con renos más horrible que había visto en mi vida. Y le sentaba genial.

—Buenos días, señoras. —Nos saludó con una reverencia exagerada—. Feliz Navidad para las dos mujeres más hermosas de

Glenshannon.

No pude evitar sonreír. Me adelanté para recibirlo, pero a un paso de llegar, me detuve. No tenía idea de qué hacer. ¿Abrazarlo? ¿Darle las gracias por el cumplido?

—Hola —susurré y me balanceé sobre los pies.

Maggie se levantó, y con una sonrisa conocedora, recogió su gorro y la bandeja vacía.

—Bueno, yo me voy. Aquí hay una situación navideña que requiere privacidad.

—No tienes que irte —protesté.

—Sí, sí tengo. —Me guiñó un ojo—. Feliz Navidad, Kelsy. Y tú, Byrne, más te vale haber traído un buen regalo.

—Sí, señora. —Aiden hizo un saludo militar y señaló las cajas que había dejado en el suelo.

Cuando la puerta se cerró, nos quedamos mirándonos. Aiden tenía una expresión en su rostro que nunca le había visto: nerviosismo mezclado con esperanza.

—Vengo a traer tu regalo de Navidad —dijo.

—¿Un regalo? —Arqueé una ceja.

—Uno que va a gustarte.

Retiró de la caja de cartón grande una casita de madera pintada a mano, con un tejado azul oscuro, las paredes amarillas y una placa diminuta que decía *Cuartel general de Finn*. En la puerta había un hueso tallado en madera.

Me quedé sin palabras.

—Le pedí a Kirian que la construyera. —Aiden se encogió de hombros como si no fuera gran cosa, pero sus mejillas estaban sonrojadas—. Para que tu compañero canino deje de acaparar tu sofá y tenga su propio cuartel general.

Había detalles por todas partes, ventanas pintadas, un felpudo diminuto, incluso un buzón en miniatura.

Finn levantó la cabeza, olfateó el aire y fue directo hacia ella, como si hubiera entendido cada palabra. Dio dos vueltas, se metió dentro, soltó un suspiro y se durmió al instante.

Aiden sonrió, satisfecho como un niño que acababa de ganar un premio por buena conducta.

—Parece que apruebo con nota.

—No puedo creer que hayas hecho esto —murmuré, tocando el borde barnizado del tejado.

—Tampoco lo puedo creer yo —dijo con humor.

Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que él se movió incómodo y buscó algo en el bolsillo de su chaqueta.

—Y… hay otro regalo. Este es para ti.

Sacó una pequeña caja alargada envuelta con papel rojo y una cinta dorada. Me la tendió sin hablar.

La desenvolví despacio, casi con miedo de lo que pudiera contener. Dentro, sobre terciopelo negro, descansaba un par de esposas de acero pulido, no de las reglamentarias sino de las ligeras de entrenamiento, brillantes y elegantes. En la parte interior, grabadas, se leían unas palabras diminutas:

*Solo tú tienes la llave.*

Alcé la mirada.

Aiden me observaba serio, sin la más mínima sonrisa.

—Confío en ti. Completamente. Con todo lo que soy y todo lo que he sido.

Mi garganta se cerró.

—Aiden...

—Quiero despertar cada mañana sabiendo que estás aquí. Quiero cuidar de mi madre contigo a mi lado. Quiero quemar cosas accidentalmente y que me arrestes por ello. Quiero todo el caos y la belleza y el desastre que viene con amarte, Kelsy —declaró de golpe, casi sin respirar.

Se me escapó la risa, mezclada con lágrimas y una felicidad tan grande que no cabía en mi pecho. Le di un empujón y él atrapó mi muñeca.

—Te amo. Te amo tanto que cada día que no te lo digo se siente como mentirte —susurró y me atrajo en sus brazos—. No hace falta que digas nada.

—Espera. —Recordé de repente, porque era mejor demostrar que decir—. Yo también tengo algo para ti.

Corrí a buscar mi regalo torpemente envuelto y se lo entregué.

—¿Para mí? —Fingió sorpresa tan mal que puse los ojos en blanco.

—Antes fingías mejor —me quejé.

Me guiñó un ojo mientras rompía el envoltorio sin ningún cuidado.

—Vale, eso es… —estudió el sobre—. *A chroí*, tengo dinero de sobra, pero si quieres comprarme para el resto de las noches del resto de tu vida…

—Ábrelo, idiota.

Necesitó menos de un minuto para leer el documento y después, cuando alzó la mirada, había tanta luz en sus ojos que me pareció que el mundo entero acababa de expandirse.

—Has pedido el traslado definitivo a Glenshannon —susurró—. ¿Es... es oficial? Ya está aprobado.

Asentí.

—Pero... cómo... eso significa que...

—Antes sabías más palabras, Byrne —bromeé, intentando aligerar el momento.

—No estoy acostumbrado a grandes gestos de tu parte, O'Connor. —Sus ojos brillaban—. Y me da miedo esperanzarme... —Me miró, buscando confirmación—. ¿Te quedas? ¿De verdad te quedas?

—¿En el pueblo? Sí. —Intenté sonar casual—. Resulta que la pierna de Donovan no se va a curar pronto. Y me gusta esta casa, tiene buen techo.

—¿Hay algo más que te guste de aquí?

—Los capuchinos de Annie son buenos. Los sándwiches del *pub* son decentes. Y tengo al padre Donald de vecino, lo cual es conveniente para las reparaciones domésticas.

—¿Qué más? —insistió, acercándose.

—El paisaje es bonito. Las colinas, el río...

—Kelsy.

—Finn parece feliz aquí.

—*Kelsy.*

—Tú —admití, con una sonrisa tan grande que me dolían las mejillas—. Me gustas tú. Tu forma de hacer que todo sea una

aventura. Tu dedicación a tu madre. Tu terrible sentido del humor. Tus jerséis ridículos. Todo.

Esperaba un momento de película romántica. En cambio, Aiden frunció el ceño.

—No vas a hacerlo.

—Eh… ¿Qué quieres decir?

—Que no quiero que eches a la mierda tu carrera, quedándote en un pueblecito, cuando puedes trabajar en Dublín, ascender y obtener casos de verdad, no pequeños incendios navideños y ovejas fugitivas.

Le puse una mano en el pecho para detener su torbellino de dramatismo. Vi cómo su respiración se aceleraba, cómo sus hombros se tensaban como si esperara que yo dijera «tienes razón, me voy, gracias por el entretenimiento temporal».

—No me estoy quedando por ti, tontorrón. Me estoy quedando por mí. Porque resulta que me gusta este trabajo y este pueblo. Y sí, me gustas tú también, pero no eres la única razón.

—Pero...

—Nada de peros. —Sacudí la cabeza—. Durante años pensé que huir de aquí era la única forma de ser feliz. De ser alguien. ¿Y sabes qué descubrí? Que no importa dónde vayas si no sabes quién eres. —Me encogí de hombros—. Aquí lo sé. Soy la garda que le grita al sargento. Soy la vecina del padre Donald. Soy la idiota que se esposó a un hombre, en el trabajo. Y me gusta esa versión de mí.

Aiden no dejó de fruncir el ceño. Me resultó muy reconfortante verlo agobiado por una vez.

—¿Quién eres y qué hiciste con Kelsy O'Connor?

Le di un golpe en el hombro.

—Oye, estoy teniendo un momento de crecimiento personal aquí.

—Y lo estás haciendo muy bien. Pero para que conste, me alegro egoístamente de que te quedes. Aunque sea solo parcialmente por mí. —Rodeó mi cintura con sus manos y susurró contra mis labios —: Quédate para siempre.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale. Para siempre suena bien en tus labios.



Nos pasamos la siguiente hora alrededor del árbol, redecorando, porque Aiden insistió en que necesitaba «optimizar» las luces.

Finn ladraba desde su nueva casa cada vez que Aiden movía una bola, como si estuviera dando su opinión crítica sobre cada decisión de diseño.

Y yo los miraba (a Aiden, a Finn, a la casa que sentía como un hogar) y no podía dejar de pensar en cómo habíamos llegado hasta aquí.

Dos idiotas con más pasado que sentido común, más cicatrices que certezas, intentando construir algo que se pareciera al futuro.

Cuando estuvo satisfecho, Aiden se apartó un paso para admirar su obra.

—Perfecto. Ahora sí parece Navidad.

—Siempre pareció Navidad.

—Sí, pero ahora parece *nuestra* Navidad.

# 36 Prueba de colchón

Aiden llevaba varios minutos en el baño. Me dio tiempo a reorganizar los regalos bajo el árbol por tercera vez, revisar mi teléfono sin ninguna razón y considerar si había salido huyendo por la ventana del baño.

Paseé por el salón, fingiendo que era por la energía navideña y no por el nudo de ansiedad que se me formaba en el estómago.

—Seguro que se asustó —le dije al perro dormido—. Demasiados sentimientos. Mucha honestidad. Los hombres huyen de eso.

Finalmente, mi paciencia se agotó. Me levanté y caminé por el pasillo, preparada para encontrar el baño vacío y tener que procesar el hecho de que Aiden había huido, pero lo encontré delante de la puerta abierta de mi cuarto.

Me detuve en seco.

—Esta cama parece nueva —comentó él como si nada.

—Estaba cansada de despertarme con dolor de espalda —logré decir en voz aguda.

—Comprensible —asintió con seriedad falsa—. La salud de la espalda es muy importante. Sobre todo si planeas... actividades vigorosas y repetidas, que requieran flexibilidad y resistencia.

El calor inundó mi cuerpo como una llamarada.

—¿Sííí? —Ni yo misma supe si era una pregunta o una afirmación.

—Tan importante —continuó, su voz bajando a un ronroneo grave que me puso la piel de gallina— que deberías asegurarte de que la inversión valió la pena. Deberías probarla bien. Bajo presión. Con peso añadido. —Sus ojos se oscurecieron—. Con un hombre que no puede dejar de pensar en tocarte.

Mi respiración se entrecortó. Carraspeé para encontrar mi voz.

Estiró la mano y la acepté sin pensarlo. Me atrajo hasta pegarme a él. Mis dedos quedaron atrapados entre nosotros y, al

intentar moverme, le rocé sin querer. Y madre del amor hermoso… Eso no cabía en ningún calcetín navideño.

—Ya la he probado —balbuceé mientras Aiden soltaba un jadeo.

No me apetecía retirar la mano, todo lo contrario. Presioné por encima de sus vaqueros, acaricié su dureza, y fui testigo de cómo los ojos de Aiden se nublaban y sus facciones se tensaban.

—¿Solo para dormir? —Se inclinó hacia mí y empujó las caderas contra mi mano—. Porque eso parece una evaluación incompleta.

—Es una cama —jadeé, mientras el placer se adueñaba de mi cuerpo—. Es para dormir.

Aiden caminó de espaldas hasta que la parte de atrás de sus rodillas chocó contra el colchón.

—Ven aquí, O'Connor. Voy a mostrarte para qué sirve una cama.

La orden me puso a cien. Mi cuerpo se movió, hipnotizado por la promesa de sus ojos.

Abrió los brazos y sus manos envolvieron mi cintura, guiándome hasta que quedé de pie entre sus piernas.

Me quitó la sudadera, sus ojos nunca abandonando los míos, como si estuviera memorizando cada segundo. La dejó caer al suelo y sus manos trazaron el contorno de mis costillas, enviando escalofríos por toda mi piel.

—Eres preciosa. —Su voz era reverente—. Y he estado queriendo hacer esto desde que volviste con este cuerpazo lleno de músculos.

—Sabes que tengo sobrepeso.

—Mírate, Kelsy. Eres una diosa. Amo lo fuerte que te has vuelto bajo toda tu tentadora voluptuosidad.

Sus manos subieron por mi espalda, encontrando el cierre de mi sujetador con una facilidad sospechosa.

—¿Cuánta práctica has tenido con eso? —pregunté mientras lo desabrochaba.

—Suficiente para ser competente. ¿Celosa?

—No estoy celosa —resoplé.

—Bien. Porque de ahora en adelante, tú eres la única que importa. —Me miró a los ojos mientras dejaba caer el sujetador—. La única que quiero. La única que necesito.

Sus manos exploraron cada centímetro de mi piel como si estuviera descubriendo un mapa del tesoro. Sus labios siguieron el mismo camino, deteniéndose en lugares que me hicieron jadear y arquearme contra él.

—Sensible aquí. —Murmuró contra mis costillas—. Interesante.

—¿Estás tomando notas mentales?

—Por supuesto. —Sus dientes rozaron la curva de mi pecho—. Esto es una investigación.

—Eres un tonto

—Tu tonto. —Capturó mi pezón con su boca, haciéndome gemir—. Y si sigues haciendo esos sonidos, esta investigación va a terminar muy rápido.

—¿Tan poca resistencia tienes?

Sus ojos se oscurecieron con desafío.

—Oh, ahora lo pagarás.

Me giró con un movimiento fluido hasta que estuve debajo de él, con su peso presionándome contra el colchón que tanto había costado.

—Mucho mejor. —Sus manos encontraron el botón de mis vaqueros—. Ahora puedo trabajar cómo es debido.

—¿Trabajar? Pues no esperes que te pague.

Me quitó los vaqueros con eficiencia impresionante.

—Mi pago eres tú —comentó, con los labios encima de mi ombligo—. La prueba de la cama la hago gratis.

—Podemos probarla leyendo —intenté, aunque salió como un gemido cuando su lengua entró en mi boca, robándome el aliento.

—Alguna vez, sí —admitió. Sus dedos rozaron por encima de mi ropa interior.

—Viendo Netflix —conseguí decir, pero las palabras se atragantaron en mi garganta porque Aiden se quitó el jersey junto con la camiseta interior y me encontré con una montaña de músculos, bajo piel lisa y caliente.

Por los dioses, no era justo que con lo guapo que era, tuviera un cuerpo de infarto. Y el maldito ni siquiera me dio tiempo de admirarlo, porque bajó la boca hasta uno de mis pechos.

—Otro día —murmuró, su lengua trazando círculos que me hacían temblar.

Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando para guiarlo.

—Durmiendo siestas —jadeé.

Levantó la cabeza para mirarme, con ojos oscuros que devoraban. Bajó la mirada por mi cuerpo con una lentitud que me hizo apretar los muslos. Se arrodilló y me quitó la ropa interior.

—Aiden, juro por Dios...

—¿Qué? —Su pulgar presionó exactamente donde me estaba volviendo loca—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a... oh...

—Garda O'Connor, no es una amenaza muy creíble —se mofó.

Lo miré y no recordé cómo había sido capaz de odiar su sonrisa, cuando era formada por rayos de sol y promesas veladas.

Tiré del botón de sus vaqueros.

—No es justo que yo sea la única desnuda —me quejé.

Se quitó los pantalones, y cuando volvió a mí no había nada entre nosotros, excepto calor y deseo y años de tensión, finalmente liberándose.

—¿Lista? —preguntó, su voz ronca.

—¿Para qué?

—Para que te demuestre cuánto te quiero. —Sus labios encontraron los míos en un beso que fue dulce y hambriento al mismo tiempo—. De todas las formas posibles.

—Eso suena ambicioso.

—Soy un hombre ambicioso.

Y entonces procedió a demostrar cuánto de ambicioso era.

Su toque era un incendio forestal. Manos expertas deslizándose para abarcar mis senos, pulgares rozando pezones endurecidos en círculos que me hacían jadear. Era un torbellino, besando un camino por mi clavícula, lamiendo el valle entre mis pechos mientras murmuraba contra mi piel:

—Preciosa… Dulce… Adictiva…

—Son las doce del mediodía —logré decir en un hilo de voz.

Estaba a punto de perder la cordura.

—¿Y? —Aiden levantó la cabeza para mirarme.

Sus ojos, oscurecidos por el deseo, tenían el color de las ramas del abeto de mi salón. Su aliento caliente rozó mi centro, provocándome un temblor que me recorrió desde las puntas de los dedos hasta el pecho, haciendo que mi corazón se estremeciera como un adorno mal atado en el árbol.

—Es... mediodía. En Navidad. Las actividades apropiadas para el mediodía en Navidad incluyen comer pavo, ver películas navideñas y visitar a la familia —balbuceé, aunque mis caderas se movían contra su mano, traicionándome.

—Las películas navideñas se saltan la mejor parte. Así que vamos a añadirla nosotros —dijo, con voz ronca y grave, mientras su pulgar trazaba un círculo lento, deliberado, que me hacía arquearme sin control—. Y tu padre está al otro lado de la calle si quieres visitarlo después. Aunque tienes razón, pienso comer. —Su lengua me acarició justo donde dolía de placer, y gemí, mis manos enredándose en su pelo como si pudiera anclarme a él—. Comerte. Devorarte hasta que supliques que pare. O que siga.

Su boca se detuvo en lugares que me hicieron retorcerme y gemir su nombre. Cuando llegó a donde más lo necesitaba, su lengua se movió con una precisión que sugería mucha experiencia.

—Joder, Kelsy. —Su voz vibró contra mi piel—. Sabés increíble.

—¿Estás... dándome una reseña?

—Cinco estrellas. —Un movimiento experto me hizo ver fuegos artificiales—. Altamente recomendado. Volvería a visitar.

Incluso en medio del placer que me estaba derritiendo el cerebro, me reí.

—Eres ridículo. —Pero solo salió un jadeo entrecortado cuando su boca se hundió más, su lengua trazando un camino lento y tortuoso que me hacía olvidar el nombre de las actividades «apropiadas»—. Eres bueno.

Sus manos se clavaron en mis muslos, manteniéndome abierta para él, como si yo fuera un secreto que solo él podía

descifrar. Y maldita sea si no me gustaba esa rendición, esa forma en que me hacía sentir suya, sin resquicios para dudas o quizás. Su aliento lamía cada uno de mis nervios y su pulgar siguió un ritmo y una presión que me hacían ver estrellas navideñas detrás de los párpados cerrados.

—Tu filtro por fin ha caído… Vamos, quiero saber qué más piensas de mí.

Pude responder solo con un gemido ahogado. Mis caderas se elevaron contra su boca mientras el placer se construía como una tormenta en las colinas, lenta al principio, un trueno lejano que retumbaba en mi vientre, pero ganando fuerza con cada lamida posesiva, cada roce de su lengua que me marcaba como suya.

—Eres exquisita —jadeó, levantando la cabeza. Sus ojos brillaban con hambre. Se relamió los labios y la visión de su lengua que acababa de estar en mi interior hizo que me convirtiera en un charco—. Tan sensible. Quiero esto cada día, cada maldita hora. Despertar con tu sabor en la boca, irme a dormir con tus gemidos en los oídos.

Volvió a bajar la cabeza y a mezclar el movimiento de sus dedos con los de la lengua. Era demasiado. El orgasmo me golpeó como una ola, intenso y abrumador, haciéndome gritar su nombre mientras mis dedos se enredaban en su pelo.

Aiden prolongó cada contracción con toques gentiles, como si quisiera memorizar cada estremecimiento de mi cuerpo. Después subió, manteniéndose en los codos, dejando un camino de besos por mi piel.

—La nueva cama de Kelsy ha superado la primera prueba —ronroneó, y su sonrisa era pura satisfacción masculina.

—¿La primera? —jadeé—. ¿Cuántas pruebas planeas hacer?

—Oh, cariño. —Se instaló entre mis piernas, su erección presionando contra mí de una forma que me hizo jadear—. Apenas estamos empezando.

Enredó sus dedos en mi pelo y tiró para inclinarme la cabeza y profundizar el ángulo del beso. Su lengua se enredó con la mía en un ritmo que encendió mi cuerpo.

—Más. Quiero más de ti. Todo el día. Toda la vida, Kelsy.

Mis caderas se elevaron en un movimiento instintivo que lo hizo gemir, pero no se rindió. Continuó acariciando mi piel con los dedos y con los labios, hasta que dejé de pensar, me perdí y me entregué.

Escuché el rasguño de un envoltorio y luego su cuerpo cubrió el mío como una manta cálida. Y joder, me sentí pequeña inmovilizada entre sus brazos, con sus manos grandes sosteniéndome y sus muslos musculosos atrapando los míos. Su erección dura y caliente se posicionó contra mi entrada mientras sus labios capturaban los míos. Me penetró centímetro a centímetro, estirándome con una delicadeza que me hizo clavar las uñas en su espalda.

Gruñó contra mi boca, un sonido grave que vibró en mi pecho.

—Dios, Kelsy. —Sus caderas se movieron con una lentitud tortuosa—. Esto es... tú eres...

—¿Sin palabras? —Le atrapé entre mis piernas, arrancándole un gemido—. Eso es nuevo.

—Sht —siseó con una sonrisa, besándome mientras empezaba a moverse.

Sus caderas chocaron contra las mías en un ritmo controlado, como un tambor de guerra que celebraba nuestra rendición.

Gemí su nombre y él respondió con un gruñido animal, su cuerpo tensándose mientras me llevaba al borde. Me volvía loca ver cómo se contenía, como reprimía sus instintos y los músculos de sus miembros se tensaban.

—Desátate, Byrne —susurré en su oído.

Soltó un quejido, pero me hizo caso. Los movimientos de sus caderas se hicieron más profundos y más seguidos. Su mano bajó entre nosotros para rozarme con el pulgar experto, acelerando hasta que exploté alrededor de él.

—Esta cama es muy buena —jadeó contra mi cuello.

—Te lo dije.

—Muy estable. —Aceleró los empujes y cerró los ojos, con una expresión de agonía en el rostro—. Sin chirridos molestos.

—Importante para... oh...

—Sí. —Sus dientes encontraron mi hombro, mordió con suavidad y después besó la piel—. Muy… importante.

—Aiden...

—¿Mmm?

—Deja de hacer reseñas de mi cama y concéntrate.

Se rio.

—A la orden, agente.

El ritmo se volvió más urgente y más intenso. Me tomó de las caderas, guiando nuestros cuerpos con una sincronización perfecta.

Envolví mis piernas alrededor de su espalda. Las olas de éxtasis me nublaron la vista. Le clavé las uñas y un rugido grave y ronco escapó de su garganta mientras se derramaba dentro de mí.

No se apartó de inmediato. Se quedó enterrado en mí, sus manos trazando líneas perezosas sobre mi piel mientras recuperábamos el aliento. Su boca rozó mi sien con besos suaves que eran una contradicción a la ferocidad de los momentos de antes.

Presionó su frente contra la mía mientras respirábamos el mismo aire, entrecortado, como supervivientes de una tormenta que habíamos invocado nosotros mismos.

—Conclusión. Lo mejor de la cama es su dueña —jadeó, su voz ronca y satisfecha.

Me reí, con la poca fuerza que me quedaba.

Nos acurrucamos bajo las sábanas arrugadas, con la luz del mediodía filtrándose por las cortinas y creando patrones dorados sobre nuestra piel.

Me acomodé contra su pecho y cerré los ojos, segura de que habíamos encontrado algo que, por raro y precioso que fuera, duraría.

# 37 Caos navideño y finales felices

Estábamos todavía acurrucados en la cama, en ese estado post-orgásmico de felicidad tonta, cuando Finn empezó a ladrar como si estuviera anunciando el Apocalipsis.

—Ignóralo —murmuró Aiden contra mi cuello—. Probablemente vio una ardilla.

—Finn no ladra a las ardillas.

—Entonces vio un fantasma navideño. Ignóralo de todas formas.

Pero Finn no se calló. De hecho, los ladridos se volvieron más insistentes, más urgentes, del tipo «hay humanos en la puerta».

—Mierda. —Me incorporé de golpe—. Viene alguien.

—Deja que llamen. Estamos ocupados.

—Aiden, son las dos de la tarde. En Navidad. Probablemente es...

El sonido inconfundible de una llave girando en la cerradura me heló la sangre.

—¿Tu padre tiene llave? —Aiden saltó de la cama como un resorte y empezó a buscar frenéticamente su ropa.

—Sí, pero él nunca...

—¡Kelsy, cariño! ¡Tu padre dijo que estabas sola así que trajimos la comida de Navidad! —La voz de mi madre resonó desde el salón como una alarma de incendio.

Aiden y yo nos miramos con horror.

—Vístete —siseé, lanzándole sus vaqueros a la cara.

—Lo estoy intentando, pero...

—¡No me importa! ¡Aiden!

Me puse mi ropa a una velocidad que habría impresionado a un bombero respondiendo a una emergencia. Aiden luchaba con su jersey de renos, que estaba del revés.

—Kelsy, ¿estás aquí? —Mi madre se acercaba por el pasillo.

—¡Sí! —grité—. ¡Estoy… vistiéndome! ¡Ahora vengo!

Hubo una pausa del sonido de tacones contra el suelo.

—¿Por qué te estás vistiendo a las dos de la tarde?

—Porque... porque me estaba probando... ropa nueva. Ropa de Navidad. Que me regalé a mí misma.

Aiden arqueó una ceja.

—Cállate —susurré—. No te veo inventando nada mejor.

Salimos de la habitación intentando vernos lo más casual posible, lo cual era difícil considerando que ambos teníamos el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas, y esa expresión de «acabamos de tener sexo» que era imposible de ocultar.

Mi madre había regresado al salón y estaba rodeada de bolsas. Mi hermana Siobhan acababa de entrar cargando lo que parecía ser un pavo entero, y...

Oh no.

Detrás de ellas estaba toda la familia Byrne. Kirian con una fuente de puré de patata, Erin con botellas de vino y la madre de Aiden, sosteniendo lo que parecía ser un pastel casero.

—¡Ah! —Mi madre me vio y su cara se iluminó—. ¡Ahí estás! Tu padre dijo que estabas sola, así que pensamos...

Sus ojos se deslizaron hacia Aiden, que intentaba acomodarse el jersey con disimulo.

—No estoy sola —la informe, intentando sonar casual y no como alguien que había sido pillada *in fraganti*—. Aiden estaba... visitándome.

—Visitándote. —Mi madre repitió la palabra silaba por silaba, sus ojos moviéndose entre nosotros dos—. Ya veo.

—¡Vino a traerle un regalo a Finn! —añadí, señalando la casita del perro—. ¡Mira! Una casa. Para Finn. Que Aiden construyó. Bueno, Kirian construyó. Aiden pagó. Creo.

Kirian levantó la mano.

—Confirmo. Pagó muy poco, le hice un descuento de familiar.

—Gracias por el apoyo, hermano —murmuró Aiden.

Erin se dejó caer en el sofá, con una botella de vino bajo cada antebrazo.

—Te dije que los encontraríamos juntos —le dijo a mi madre —. Aunque por el aspecto que tienen, diría que estaban... intercambiando regalos.

—¡Erin! —La madre de Aiden la reprendió, pero incluso ella estaba sonriendo.

La observé con atención, buscando señales de deterioro, pero aparte de su palidez y aspecto frágil, tenía la mirada clara y enfocada. Aiden me había contado que entre los cuatro hermanos habían decidido turnarse con ella, y él se quedaba más porque parecía sentarle mejor. Erin la agobiaba con exceso de cuidados médicos por ser veterinaria, Kirian se sentía torpe e inútil a su alrededor, y Darik era demasiado impulsivo incluso para su propio bien.

Se suponía que todos deberían estar en casa de Kirian celebrando la Navidad, incluido Aiden. El plan era que él se uniera a ellos después de que termináramos de... probarnos la ropa.

—Tu sudadera está del revés. —Siobhan llamó mi atención y me miró de arriba abajo, con una ceja arqueada.

Miré hacia abajo. Mierda.

—Yo... estaba probándome ropa y...

—Claro. —Mi hermana sonrió ampliamente—. Probándote ropa a las dos de la tarde, con Aiden. Muy creíble.

Antes de que pudiera defenderme, mi padre entró por la puerta, empapado por la lluvia, con el ceño fruncido y cargando más bolsas.

—Kelsy, espero que tengas *whisky* porque esta familia va a...

Se detuvo en seco al ver a Aiden.

Los dos hombres se miraron. El silencio se extendió por unos tres segundos muy incómodos.

Entonces mi padre suspiró pesadamente.

—Por supuesto que está aquí. —Dejó las bolsas en el suelo—. ¿Tienes *whisky* o no, Byrne?

Aiden, para su crédito, no se amilanó.

—Varias botellas, señor. Le traje una como regalo. Está en mi coche.

—Bueno. —Mi padre se quitó el abrigo mojado—. Al menos sirves para algo.

—Papá...

—Está bromeando. —Mi madre le dio un buen codazo que le hizo torcer el gesto—. ¿Verdad, Eamon?

—Ya. —Mi padre aceptó la mano que Aiden le ofrecía—. Feliz Navidad, chico.

—Feliz Navidad, señor.

La tensión se rompió y de repente todos estaban en movimiento. Mi madre tomó control de la cocina, Siobhan organizó platos, Kirian y Erin discutían sobre la mejor manera de recalentar el pavo.

La madre de Aiden se acercó a mí con una sonrisa cálida.

—Kelsy, querida. Qué casa tan encantadora tienes.

Me balanceé incómoda sobre los pies. Aiden había tenido razón, no sabía cómo comportarme con ella. Pero tenía toda la intención de aprender.

—Gracias, señora Byrne. Yo... siento el caos.

—¿Caos? —Miró alrededor con expresión divertida—. Esto es Navidad, cariño. Se supone que debe ser caótico.

Aiden apareció a mi lado con dos copas de vino.

—Pensé que podrías necesitar esto —susurró en mi oído y me ofreció una.

Después rodeó los hombros de su madre y se alejaron hacia un rincón más tranquilo.

—Necesito algo más fuerte —farfullé.

La casa se llenó de voces, risas, olor a comida y a leña ardiendo. De alguna manera, mi pequeña mesa se extendió con una adicional que Kirian había traído «por si acaso», y pronto estábamos todos apiñados alrededor, pasando platos y sirviendo comida.

Y entonces llegó más gente.

Maggie apareció con una bandeja de postres.

—¡Escuché que había una fiesta y no estaba invitada! —anunció—. Imperdonable.

—No hay fiesta —protesté débilmente.

—Hay al menos diez personas en tu casa, Kelsy. Eso es una fiesta.

El sargento Flaherty llegó momentos después, todavía en uniforme y con gorro de Santa.

—Acabé mi turno. Me dijeron que había *whisky*.

—Hay —confirmó mi padre, sirviéndole con generosidad.

Annie apareció con más pan. El señor Murphy trajo cerveza. Hasta el padre Donald vino en algún momento, comentando algo que sonó como que «las bendiciones que enviaba a la casa necesitaban ser renovadas y requerían su presencia».

También hubo regalos tontos; golosinas y juguetes para Finn, calcetines, gorros y bufandas, tés y vales de compra en las tiendas locales.

Justo cuando pensé que la noche no podía volverse más caótica, Erin irrumpió desde la cocina con un paquete cuadrado envuelto en papel de periódico y una cinta improvisada de hilo rojo.

—Casi lo olvido —anunció triunfante—. Regalo oficial del gremio Byrne.

Me lo plantó en las manos con una sonrisa que me hizo sospechar.

—¿Por qué tengo miedo? —pregunté.

—Porque soy la única que te dice las verdades de frente. —Se dejó caer en el sofá junto a su madre—. Anda, ábrelo. Aprovecha que tu padre ha salido a fumar.

—Ahora definitivamente tengo miedo.

—Abre el maldito regalo, Kelsy —urgió Maggie desde su silla —. La anticipación me está matando.

Lo desenvolví con cuidado, consciente de que todos los ojos estaban sobre mí. Dentro había un cuaderno grueso, y en la portada, escrito con caligrafía perfecta:

**Manual de supervivencia: Cómo manejar a Aiden Byrne (y no perder la cordura en el intento)**
**1ª Edición. Compilado por E. Byrne, testigo ocular de todos sus actos.**

La carcajada que solté fue tan fuerte que asusté a Finn, quien ladró indignado desde su casita.

—¿Qué es? —preguntó mi madre, acercándose curiosa.

Abrí la primera página. En letra manuscrita, con tinta azul, había una lista:

REGLAS FUNDAMENTALES PARA SOBREVIVIR A UN BYRNE:

1.Nunca discutas con un Byrne antes del desayuno. Están de mal humor y tienen argumentos ridículos que no puedes desmontar.

2.Si intenta coquetear durante una catástrofe, ignóralo. (Funciona el 0.3 % de las veces, pero hay que intentarlo).

3.Cuando diga «confía en mí», asegúrate de que hay un extintor cerca. O un botiquín de primeros auxilios.

4.En caso de duda, usa las esposas. Funcionan para múltiples situaciones.

5.Si sonríe con los hoyuelos, estás perdida. Acepta tu destino con dignidad.

6.Los Byrne no saben cocinar. Nunca lo dejes solo en una cocina.

7.Si dice «tengo una idea», di que no de inmediato.

8.Mantén *whisky* de calidad a mano. Lo necesitarás.

9.A pesar de todo lo anterior, probablemente vale la pena quedarse.

—No puedo creer que hayas hecho esto. —Me dolía la mandíbula de tanto reír—. ¿Cuánto tiempo te tomó?

—Años de observación meticulosa. —Erin se encogió de hombros—. Lo considero un servicio público. Además, planeo vender copias al resto del pueblo. Ya tengo cinco pedidos anticipados.

—¿Cinco? —Aiden levantó la cabeza desde donde estaba ayudando a Kirian con los platos—. ¿Quién demonios quiere un manual sobre mí?

—Annie, Saoirse, obviamente.

Aiden dejó los platos y se acercó con expresión ofendida.

—Voy a demandarte.

—Por favor. —Erin puso los ojos en blanco—. Si uso una foto tuya en la portada, con esos hoyuelos ridículos, se venderá como pan caliente. Podría retirarme a los treinta.

—¡Sus hoyuelos no son ridículos! —protesté.

Toda la sala se giró a mirarme.

—Oh, cariño. —Mi madre sacudió la cabeza con una sonrisa —. Estás perdida.

—Completamente perdida —estuvo de acuerdo Maggie—. Es la regla número cinco.

—¡Yo escribí esa regla! —Erin señaló triunfante—. ¡Y ya se está cumpliendo!

Siobhan se acercó para leer por encima de mi hombro.

—«En caso de duda, usa las esposas» —leyó en voz alta, luego me miró con una ceja arqueada—. ¿Hay algo que quieras compartir con la clase, hermanita?

Mi cara se puso del color de un adorno navideño.

—Es... una metáfora.

Maggie casi escupió su vino de tanto reírse mientras movía las cejas hacia la caja con las esposas que Aiden me había regalado, dejada en el alféizar de la ventana.

—Si lees hasta el final, hay una sección especial —continuó Erin.

Pasé las páginas, riéndome por los dibujos de Aiden en situaciones ridículas, anécdotas de su infancia y una lista de «frases que usa para salirse con la suya».

En la última página, había un mensaje:

*Para Kelsy:*

*Bienvenida a la familia Byrne. Lamento informarte que no hay política de devolución. Lo que ves es lo que obtienes: caos, lealtad inquebrantable y un idiota que te ama más de lo que sus palabras pueden expresar.*

*Cuídalo. Es un desastre, pero es nuestro desastre. Y ahora también es tuyo.*

*Con cariño (y una disculpa anticipada por todas las veces que tendrás que sacarlo de problemas),*

*La familia Byrne*

Firmaban todos: Erin, Kirian, Darik, y la madre de Aiden con su letra temblorosa pero clara.

Las lágrimas amenazaron con aparecer.

—Maldita sea, Erin. —Mi voz salió estrangulada—. ¿Cómo se supone que mantenga mi reputación de mujer dura si me haces llorar con un libro de chistes?

Ella se acercó y me abrazó.

—Es un manual de supervivencia. Y bienvenida a la familia, cuñada.

—No estamos casados.

—¡Todavía! —Kirian gritó desde la cocina—. Dale tiempo. Aiden es lento pero al final llega.

—¡No soy lento! —protestó el susodicho.

—Te tomó años admitir que estabas enamorado de ella.

—Eso es diferente. Estaba siendo estratégico.

Era adorable. La imagen que tenía formada de él, de que no le importaban las opiniones de los demás y las consecuencias de sus actos, cayó en picado, al verlo con su familia.

Mi madre se unió al abrazo, luego Siobhan y Maggie, y de repente estaba en medio de un abrazo grupal femenino mientras los hombres observaban con expresiones entre divertidas y aterradas.

—Las mujeres son raras. —Escuché a mi padre murmurar.

—Muy raras —confirmó Kirian—. Pero de alguna forma hacen que todo funcione.

Cuando me soltaron, busqué a Aiden con la mirada. Estaba del otro lado del salón, apoyado contra la pared, observándome con esa expresión que me derretía. Su sonrisa se amplió y atravesó la sala en tres pasos largos.

—¡Bésala ya! —gritó Maggie.

—Sí, por favor —insistió mi hermana—. Necesito contenido para mandárselo a la pobre Saoirse. Desde que el caballero aquí presente le prohibió grabarte, anda un poco de bajón.

Me separé de Aiden, o lo intenté, porque no me soltó la cintura.

—¿Cómo que le prohibiste que me grabara?

—Afectaba a tu carrera —dijo, después se inclinó para hablar en mi oído—. Fue la hazaña más difícil de mi vida, porque miraba esos vídeos una y otra vez para verte.

Maldito fuera, con sus cursilerías que estaban empezando a encantarme.

Tiré de su cuello y lo besé. Suave y dulce, apropiado para una audiencia que incluía a ambos padres y a medio pueblo.

Cuando nos separamos, el salón estalló en aplausos y silbidos. Finn ladró su aprobación desde su casita.

La conversación fluyó naturalmente, pasando de bromas a historias vergonzosas, a recuerdos navideños y a planes futuros. La comida era increíble, el vino fluía libremente, y la casa, que había estado tan silenciosa y vacía durante tanto tiempo, estaba llena de vida y amor.

—Oye. —Aiden llamó mi atención—. ¿En qué piensas?

—En que esto es perfecto.

—¿Esto? —Miró alrededor la sala desordenada, la gente hablando sobre él, mi hermana editando fotos para mandárselas a Saoirse en ese mismo momento—. ¿Esta locura?

—Esta locura —confirmé—. Es perfecta.

Y mientras la noche continuaba a nuestro alrededor con historias compartidas, risas y planes para el futuro, me di cuenta de que esto era lo que había estado buscando sin saberlo.

No perfección. No tranquilidad. No una vida ordenada y predecible. Sino amor en todas sus formas desordenadas, ruidosas, caóticas y hermosas. Y con Aiden a mi lado, nuestras familias mezclándose y un futuro lleno de promesas y posibilidades... Bueno, no podía pedir nada mejor. Esta era mi vida ahora y no la cambiaría por nada en el mundo.

En algún momento, Aiden se inclinó hacia mí, con un trozo de tarta en una mano.

—¿Sabes qué es lo mejor de esta Navidad? —preguntó en voz baja, solo para mí.

—¿Que no terminamos arrestados de nuevo?

—Eso también. Pero no. —Sus ojos brillaron con ternura—. Lo mejor es que esta vez no tuve que incendiar nada para verte sonreír así.

Mi corazón se derritió completamente.

Aiden me besó la frente y mi hermana nos hizo una foto.

—¡Eso va directo a Instagram! —anunció triunfante.

—Por favor, no...

—Demasiado tarde. Ya tiene cincuenta «me gusta».

Aiden se rio y me atrajo más cerca.

La noche continuó con más comida, más historias, más risas. Maggie organizó un juego de preguntas que se volvió competitivo.

Kirian y mi padre se enfrascaron en un debate sobre la mejor marca de *whisky*. Erin y Siobhan intercambiaron historias de hermanos menores sufridos. Y en algún punto, alguien puso música. Villancicos al principio, luego canciones más animadas. Mi madre arrastró a mi padre a bailar, lo cual fue tanto adorable como embarazoso. Kirian sacó a su madre, quien bailó con una gracia que contradecía su edad.

Aiden extendió su mano hacia mí.

—¿Bailas?

—No sabía que bailabas.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí todavía. —Me guiñó el ojo—. Pero tenemos toda una vida para que las descubras.

—¿Una vida? —Mi corazón dio un salto ridículo.

—Te dije que iba en serio. —Me atrajo hacia él mientras la música cambiaba a algo más lento—. No hago las cosas a medias, Kelsy O'Connor. Me tomas o me dejas. Por favor, no me dejes —añadió con rapidez.

—Te quiero —susurré contra su pecho.

Aiden se tensó, luego me apretó más cerca.

—¿Qué dijiste?

—Que te quiero, idiota. No me hagas repetirlo.

—Oh, vas a tener que repetirlo. —Se apartó para mirarme, sus ojos brillando—. Muchas veces. Durante mucho tiempo.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero, Aiden Byrne.

—Una vez más.

—Te quiero y si no dejas de pedírmelo voy a...

Me besó, ahogando el resto de mi amenaza.

Alguien silbó. Probablemente Maggie. O Erin. O ambas.

Cuando nos separamos, había lágrimas en los ojos de su madre y una sonrisa en el rostro de mi padre que sugería que podría estar aceptando esto.

—Yo también te quiero —dijo Aiden—. En caso de que no quedara claro.

—Quedó bastante claro.

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche. La comida se terminó, la bebida fluyó, y en algún momento alguien sugirió karaoke, lo cual fue la mejor y peor idea de la noche.

Cuando todos empezaron a irse, con abrazos y promesas de verse pronto y amenazas de organizar más reuniones, me encontré agotada pero feliz.

Mi padre fue el último en marcharse. Se detuvo en la puerta con expresión seria.

—Kelsy.

—¿Sí, papá?

—Hiciste bien. —Miró hacia Aiden, quien estaba ayudando con los últimos platos—. Con todo. Con quedarte aquí. Y con él.

Mi garganta se cerró.

—Gracias, papá.

—Y si te hace infeliz...

—Lo sé. Responderá ante ti y probablemente ante medio pueblo.

—Exacto. —Me dio un beso en la frente—. Feliz Navidad, cariño.

—Feliz Navidad, papá.

Cuando cerré la puerta detrás de él, la casa quedó en silencio. Había platos por todas partes, decoraciones desordenadas, evidencia de una noche caótica.

Aiden apareció a mis espaldas y me rodeó la cintura.

—Feliz Navidad, Kelsy O'Connor —susurró.

—Feliz Navidad, Aiden Byrne. La primera de muchas.

—La primera de infinitas. —Me apretó más cerca—. Y cada una va a ser mejor que la anterior.

—Esa es una promesa ambiciosa.

—Bueno, ya establecimos que soy un hombre ambicioso.

Y mientras Finn roncaba felizmente en su casita, las luces del árbol parpadeaban suavemente, y Aiden me sostenía como si fuera lo más valioso del mundo, supe que tenía razón.

Esta era solo la primera.

Y las mejores estaban por venir.

# Epílogo

***Un año después***

**Directo desde Glenshannon**

**Por Saoirse O'Donnell (influencer semiretirada, reportera del amor ajeno)**

Damas y caballeros, os presento el especial navideño que todos esperabais y que yo también quería ver.

Es el segundo encendido del árbol de Glenshannon, un año después de aquel evento histórico que recordamos como La Noche del Incendio Festivo.

Todos estamos aquí otra vez, tentando al destino con cables eléctricos y esperanza. Hay ponche gratuito, guirnaldas colgando de cada poste y farola disponible, y los villancicos suenan desde los altavoces.

Contra todo pronóstico, nadie ha traído grúas o extintores. Sé que el Comité tiene tres escondidos detrás del escenario por si acaso, porque en Glenshannon hemos aprendido que la prevención hace la diferencia entre una celebración memorable y un desastre viral.

Kelsy O'Connor está perfecta con su abrigo azul marino, botas negras brillantes que reflejan las luces de la plaza, y esa expresión que oscila entre «profesional en servicio» y «al borde de perder la paciencia con todos».

A su lado, Aiden Byrne, lleva un gorro de reno con nariz de pompón que, según mis fuentes confiables (Erin), se ha puesto solo porque Kelsy lo odia y él lo encuentra tronchante.

Esto resume bastante bien su dinámica en general.

Ah, sí, y están juntos.

No «juntos casualmente en la misma plaza porque es un evento público» ni «juntos porque él es el sospechoso principal en un caso que ella no logra cerrar», sino *juntos juntos* de la forma en que dos personas están juntas cuando han decidido que van a jugar a hacer la cuchara para el resto de sus vidas.

Puedo confirmar, después de observarlos durante los últimos doce meses (que no es acoso sino periodismo de investigación, hay una diferencia legal importante), que se ven irritantemente felices.

El viento agita las luces colgadas alrededor de la plaza. Los cables han sido revisados tres veces y asegurados con cinta industrial que podría sostener un puente colgante en condiciones de huracán. Y sin embargo, cada vez que una bombilla parpadea, todos en el pueblo giran la cabeza hacia Aiden con la misma mezcla de risa nerviosa y terror.

El sargento Eamon O'Connor está junto al árbol. A sus pies, tres cachorros de *Golden Retriever* corretean persiguiéndose las colas.

—Deberías haberles puesto nombres decentes —gruñe el sargento, agachándose para apartar a uno que intenta morderle los cordones de las botas.

—Tienen nombres decentes —replica Aiden, con una mano en el pecho como si hubiera sido mortalmente ofendido—. Sidra, Espumillón y Desastre.

—El último te describe mejor a ti que al perro —responde el sargento con sequedad.

—Es un homenaje a mi legado, señor —dice Aiden con esa sonrisa suya que sugiere que sabe lo irritante que está siendo y lo disfruta.

Kelsy se acerca. Se muerde el labio inferior de esa manera que hace cuando está luchando por mantener su compostura profesional. Aiden aprovecha para rodearle la cintura con el brazo libre, porque el otro sostiene la correa del perro llamado Desastre, lo cual es irónicamente apropiado considerando quién lo está sujetando.

Ella se derrite un poco ante el gesto, no mucho, porque Kelsy no es de las que se derriten en público, pero lo suficiente para que quienes la conocemos notemos la diferencia entre la mujer que era y la mujer que es ahora.

Datos exclusivos que mis fuentes me han confirmado:

Kelsy y Aiden comparten casa desde hace seis meses, la casa de ella. Según Aiden «tiene mejor cama». Comparten mañanas

tranquilas con café y periódico; él lee las noticias internacionales mientras ella revisa los informes locales. Tienen discusiones absurdas sobre quién olvidó sacar la basura y debates filosóficos sobre nada y todo.

En el evento principal:

Erin Byrne discute con el padre Donald sobre si el ponche lleva o no lleva *whisky*. Espóiler: lleva. Mucho.

La madre de Kelsy sostiene una vela encendida, mientras le dice a cualquiera que escuche que «sabía que acabarían juntos desde la secundaria».

Maggie está tomando fotos con una cámara profesional que robó de su ex novio fotógrafo.

Annie distribuye galletas gratis porque «es Navidad y todos merecen azúcar, especialmente después del año que hemos tenido».

El señor Murphy está borracho y canta villancicos desafinados, pero con todo el corazón y el alma de un hombre que ha dejado de preocuparse por lo que piensen los demás. Tomad ejemplo de él.

Y yo... tengo el móvil en la mano, lista para capturar el momento.

El sargento Flaherty, jubilado, más feliz que nunca según todos los informes, con un gorro de Papá Noel que dice *Ho Ho Holy Shit* en letras brillantes, sube al estrado.

—Queridos vecinos. —Su voz resuena con autoridad—. El objetivo es simple: no quemar nada. ¿De acuerdo? —Hace una pausa dramática y mira a Aiden—. ¿Entendido, Byrne?

—Alto y claro, señor. —Aiden saluda militarmente—. Prometo mantener mis tendencias pirotécnicas bajo control.

La plaza estalla en carcajadas.

Kelsy le da un codazo en las costillas pero está sonriendo, una sonrisa completa que rara vez mostraba antes de que Aiden volviera a su vida.

El sargento Flaherty sacude la cabeza con una mezcla de derrota y diversión que sugiere que ha aceptado que algunas batallas no pueden ganarse.

—En fin. Feliz Navidad a todos. ¿Listos?

El pueblo entero grita «¡Sí!» con el entusiasmo de gente que no ha aprendido nada de la experiencia previa.

Kelsy y Aiden se acercan juntos al interruptor principal, ese botón grande y rojo que controla el destino eléctrico de toda la plaza.

—¿Lista? —pregunta él, con esa voz baja que probablemente usa en la intimidad, la voz que sugiere que hay capas bajo capas bajo capas que solo ella llega a ver.

—Nunca he estado más lista en mi vida.

Presionan juntos y por un segundo, largo y tenso en el que todos contenemos el aliento, no pasa nada. Luego, oh gloria divina y milagros modernos, no hay chispas saltando como fuegos artificiales, no hay explosiones pequeñas o grandes, no hay sargento gritando improperios en gaélico que harían sonrojar a un marinero. Solo luz.

Pura, gloriosa, luz.

Una cascada de luz dorada que inunda la plaza y lo cubre todo: los rostros sonrientes de vecinos que han vivido aquí toda su vida, los tejados nevados, los ojos brillantes de los niños que están viendo la magia desplegarse frente a ellos. Miles de bombillas parpadean en perfecta sincronía, rojas y verdes y doradas, cada una conteniendo un fragmento de todas las risas compartidas, todos los tropiezos superados, todos los pequeños y grandes milagros de los últimos doce meses.

El árbol brilla, a prueba de Byrnes.

El aplauso es ensordecedor, el tipo de aplauso que hace que las manos duelan, pero nadie quiere parar porque el momento es demasiado perfecto.

Aiden hace algo imperdonable en público, cuando Kelsy está de servicio: se gira hacia ella, la mira con ojos que dicen que ha encontrado exactamente lo que necesitaba, y la besa. Con mayúscula y con intención clara. La besa como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera usar cada segundo para demostrarle cuánto la ama.

El sargento O'Connor pone los ojos en blanco, con una expresión de padre sufrido, pero está sonriendo.

Y yo, Saoirse O'Donnell, guardiana autodesignada de los vídeos navideños más virales de la historia de Glenshannon, creadora de contenido, influencer con contratos de marca y colaboraciones pendientes que dependen de mi capacidad de capturar momentos como este, bajo el teléfono lentamente y lo guardo en mi bolsillo sin grabar un solo segundo.

No grabo nada.

Miro con los ojos en lugar de a través de una cámara vídeo. Por primera vez en mi carrera como documentalista de vidas ajenas, no quiero contenido exclusivo que genere clics y compartidos, no quiero *engagement* que impulse mi algoritmo, no quiero «me gusta» ni comentarios que validen mi existencia a través de métricas.

Solo quiero recordar este momento tal como es, sin filtros ni edición ni narrativa construida.

Y mientras el coro local entona *Silent Night*, pienso que quizá el amor también merece un poco de privacidad, un poco de espacio sagrado que no necesita ser compartido o documentado o convertido en contenido consumible.

Quizá algunas historias merecen vivirse con todos los sentidos en lugar de grabarse a través del filtro distorsionador de una lente que nunca puede capturar la totalidad de un momento. Y quizá, solo quizá, porque no quiero ser demasiado optimista sobre la naturaleza humana, esta es exactamente la clase de final feliz que todos merecemos.

Uno con luces brillantes, amor verdadero que sobrevive al escrutinio público y cero incendios que requieran evacuación o intervención de servicios de emergencia.

Esperemos hasta el próximo año antes de que algo explote o se incendie o requiera explicaciones complicadas a las autoridades.

Una última cosa y acabo. Mi radar de escándalos ha detectado algo interesante: Siobhan O'Connor ha vuelto al pueblo con más frecuencia de lo normal, y siempre con excusas vagas sobre asuntos familiares.

Aunque si tuviera que apostar sobre quién causará el próximo escándalo en Glenshannon, pondría mi dinero en el Byrne que nadie ve venir.

Porque si algo he aprendido, es que la calma nunca dura mucho. Siempre hay otra historia esperando a desarrollarse. Otro secreto a punto de salir a la luz.

Estaré aquí, observando, esperando.

Pero eso, mis queridos lectores, será otra historia, para otro día.

Feliz Navidad, Glenshannon. Nos vemos el próximo año.

Fin.

## Nota de la autora

Cuando escribí esta historia, necesitaba encontrar una razón real para todo lo que hace Aiden. Los incidentes festivos, el robo de las luces, el muñeco apuñalado... no podían ser solo travesuras sin sentido. Quería comedia romántica, sí, pero con corazón y sentido.

Entonces pensé: ¿y si está protegiendo a alguien? ¿Y si todo este caos tiene un propósito?

La respuesta estaba en su madre.

Esta parte de la historia es profundamente personal. Nace de quince años viviendo con mi padre después de múltiples derrames cerebrales y accidentes isquémicos. Su comportamiento cambiaba sin aviso: días enteros de lucidez perfecta se alternaban con episodios de violencia, confusión profunda, depresión. No era él, pero tampoco dejaba de serlo.

Amar a alguien así duele. Cuidar a alguien así te cambia. Y protegerlo del mundo, y del juicio, se convierte en tu misión.

Por eso Aiden hace lo que hace. Por eso miente, encubre, crea caos. Por amor. Por protección. Por la desesperación de mantener la dignidad de quien amas, cuando el mundo no entiende.

No quise profundizar demasiado en este tema. Esta historia debía ser luz, esperanza, risas.

Mi padre se fue un 23 de diciembre. Amaba leer y reír.

Parte de esas palabras son para él, pero espero que hayas sonreído al leer la última de la historia.